

República Bolivariana de Venezuela
CELARG
Fundación
Centro de Estudios
Latinoamericanos
Rómulo Gallegos

Emiliano Terán Mantovani

EL FANTASMA DE LA GRAN VENEZUELA

Un estudio del mito del desarrollo y los dilemas
del petro-Estado en la Revolución Bolivariana



CLACSO

El fantasma de la Gran Venezuela

Un estudio del mito del desarrollo y los dilemas
del petro-Estado en la Revolución Bolivariana

Caracas-Venezuela

El fantasma de la Gran Venezuela

Un estudio del mito del desarrollo y los dilemas
del petro-Estado en la Revolución Bolivariana

Emiliano Terán Mantovani

Colección Nuestra América
Fundación Celarg

Primera edición

*El fantasma de la Gran Venezuela. Un estudio del mito del desarrollo
y los dilemas del petro-Estado en la Revolución Bolivariana*

Edición al cuidado

Gabriel González

Corrección

César Russian, Francys Zambrano Yáñez

Diseño de tripa

Raylú Rangel

Diseño de portada

Adolfo Dávila Jarque

Imagen de portada

Ricardo García

Impresión

Fundación Imprenta de la Cultura

© Emiliano Terán Mantovani, 2014

© Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 2014

Depósito legal lf16320143011503

ISBN 978-980-399-055-8

Casa de Rómulo Gallegos

Av. Luis Roche, cruce con Tercera Transversal,

Altamira. Caracas 1062/ Venezuela

Teléfonos: (0212) 285-2990/ 285-2644

Fax: (0212) 286-9940

Página web: <http://www.celarg.gob.ve>

Correo electrónico: publicaciones@celarg.gob.ve, publicacionescelarg@gmail.com

Impreso en la República Bolivariana de Venezuela

*Orinoco, déjame en tus márgenes
de aquella hora sin hora:
déjame como entonces ir desnudo,
entrar en tus tinieblas bautismales.
Orinoco de agua escarlata,
déjame hundir las manos que regresan
a tu maternidad, a tu transcurso,
río de razas, patria de raíces,
tu ancho rumor, tu lámina salvaje
viene de donde vengo, de las pobres
y altivas soledades, de un secreto
como una sangre, de una silenciosa
madre de arcilla.*

«Orinoco», Pablo Neruda

*El mago se tragó el río, las piedras del borde,
los cabellos de la campana, los esqueletos de vacuno
y habló luego:
iluminadas mis andanzas
y esperanzador mi designio,
de esta copa de ejército
y en mi mano el agua y los alimentos.
Yo soy el mago ante quien las víboras tiemblan,
animales de humo pronto silbarán en los árboles de hierro
y a su peso se desplomará el viento
y su carne será retama.*

Yo soy ustedes, el poderoso mago que no perdona.
«El mago» (fragmento), Argenis Daza Guevara

Agradecimientos

Este trabajo es, como toda producción de conocimiento, un producto colectivo, que no sólo se alimenta de valores académicos, sino también de valores afectivos y ecológicos, los cuales han sido constantemente invisibilizados y/o marginalizados en nuestros imaginarios modernos. Agradezco enormemente todas las contribuciones y apoyos, especialmente a mi compañera Andreína Hermansson, a mi madre Marisa Mantovani, a Maura Pérez, Sergio Mantovani, Edgardo Lander, Francisco Javier Velazco, Francisco Herrera, Douglas Marín, Carlos Mendoza Pottelá, Dayaleth Alfonzo, Diego Griffon, Paulino Núñez, Carlos San Vicente, Doralice Aya, Yader Nández, Leonardo Bracamonte y al Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Celarg), Jesús García, Víctor Poleo, Nelson Hernández, Marhylda Victoria Rivero, Liliane Blaser y a Cotrain, Lenin Cardozo, Andrés Rojas Jiménez, Antulio Rosales y Giovanni Gómez Ysea.

Al mismo tiempo extendiendo un agradecimiento a todas aquellas personas que, de una u otra forma, directa o indirectamente, aunque por omisión no hayan sido nombradas aquí, estuvieron involucradas con el proceso investigativo de este trabajo, en sus discusiones, reflexiones, hipótesis y conclusiones, las cuales también conforman un valioso aporte para el trabajo que en este volumen presentamos. Por último, recalcamos que esta obra quiere ser un estímulo para que aprendamos a agradecer a la Madre Tierra, a la Pachamama, como nuestra propia expresión común de vida, sin la cual nada de lo que pretendemos como humanos, por más sublime que sea nuestra aspiración, sería posible.

A modo de presentación

Más allá del capitalismo, del desarrollo, del rentismo petrolero

Edgardo Lander

El lector tiene en sus manos un texto que, para la coyuntura que vive Venezuela, no es sólo importante, sino necesario. Constituye un llamado de atención urgente a la necesidad de abrir un debate nacional sobre la Venezuela, sobre el mundo, que podemos construir, cuando día a día, se están tomando decisiones, firmando acuerdos, realizando inversiones, definiendo políticas con relación a los grandes planes de desarrollo de la Faja del Orinoco y del Arco Minero, que están estrechando severamente las perspectivas de otro futuro posible, más allá del desarrollo, más allá del rentismo, más allá del extractivismo, más allá del capitalismo.

Encontramos en este trabajo de Emiliano Terán Mantovani un recorrido, tanto histórico como teórico, sobre lo que ha sido el impacto de la producción petrolera en el país, así como las severas amenazas que desde el punto de vista ambiental, político y cultural representan los actuales mega planes de expansión de la producción petrolera con su inevitable consecuencia de consolidación del modelo petro-rentista. Las dimensiones políticas, geopolíticas, económicas, culturales y ambientales no son abordadas como temáticas diferenciadas, sino integradas en un análisis que, en consecuencia, termina siendo mucho más rico.

Es particularmente valiosa la recuperación de los aportes de analistas de la Venezuela petrolera en diferentes momentos del siglo pasado. Hay en estos autores una diversa y rica reflexión crítica, llamados de atención urgentes, diagnósticos y visiones prospectivas que han resultado proféticas, sobre las consecuencias que había tenido y seguiría teniendo el modelo petrolero rentista depredador para la sociedad venezolana. Sin embargo, la mayor parte del mundo político e intelectual de esta sociedad embriagada de rentismo e imaginarios de abundancia, respondió a estos textos con sistemáticos silencios y olvidos.

En este texto, el autor no se limita a caracterizar y criticar al modelo petrolero-extractivista-rentista, sino que igualmente dedica el último capítulo a asumir la responsabilidad de formular reflexiones y aportes, de modo necesariamente tentativo, sobre lo que podrían ser las características de la transición hacia una Venezuela post-petrolera. Con ello se establecen lazos con los vigorosos debates sobre alternativas al desarrollo y otras formas de ser, conocer y estar en la naturaleza que recorren muchos ámbitos del mundo popular, campesino e indígena a lo largo y ancho de América Latina.

El extractivismo en América Latina hoy

El extractivismo en sus muy diversas expresiones: explotación de hidrocarburos, minería en gran escala, monocultivos masivos como la soya transgénica, las grandes represas hidroeléctricas (extractivistas en el sentido de que implican la utilización masiva de agua y tierra para la producción de energía), constituyen hoy los asuntos más conflictivos en toda América Latina. Esto es particularmente cierto para los pueblos campesinos e indígenas, que están siendo desplazados de sus territorios por esta lógica agresiva de acumulación por desposesión.

En las actuales re-configuraciones de la división internacional del trabajo y la naturaleza, América Latina y África están siendo reafirmadas como proveedoras de bienes primarios con poco o ningún procesamiento. Debido al extraordinario incremento en la demanda y precio de los *commodities* impulsado principalmente por el acelerado crecimiento económico de China y de India, durante la última década, la proporción de los bienes primarios en la composición de

las exportaciones ha aumentado en prácticamente todos los países del continente y se ha renovado vigorosamente la participación de corporaciones transnacionales en el negocio extractivo.

[En México] El territorio nacional concesionado a empresas mineras para la extracción de metales y minerales del subsuelo aumentó 53 por ciento en cinco años y medio del gobierno del presidente Felipe Calderón, al pasar de 21 millones 248 mil hectáreas en 2007 a 32 millones 573 mil hectáreas hasta junio de 2012, de acuerdo con estadísticas de la Secretaría de Economía (González, 2012, 3 de septiembre, s.p.).

Durante los primeros diez años del gobierno del Partido Acción Nacional (PAN), 26% de la superficie total del país fue otorgada en concesiones a empresas mineras. Gran parte de estos territorios son tierras municipales o comunales (cf. Enciso, 2011, 8 de agosto).

La asignación de los derechos de explotación minera en Perú creció 85% entre 2003 y 2008. En Colombia, la inversión extranjera en los sectores extractivos, en particular la minería aumentó en casi 500% entre 2002 y 2009. La exploración minera en Argentina –un país con poca tradición en dicha actividad– tuvo un aumento de casi 300% entre 2003 y 2008. Las exportaciones de minerales de Mercosur ampliado (Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay) subieron de 20 mil millones de dólares en 2004 a 58 mil millones de dólares en 2009 (cf. Seoane, Taddei y Algranati 2013).

La concentración de la producción y exportación de materias primas va más allá de la minería, la misma tendencia está presente en el caso de la energía y las materias primas agrícolas.

En 2012 Argentina, Bolivia, Brasil, Paraguay y Uruguay plantaron 50 millones de hectáreas de soja transgénica, es decir, 500.000 km² de un solo monocultivo. Un área de 200.000 km² más grande que Italia o 150.000 km² más que Alemania. Un «desierto verde» del tamaño aproximado del estado español (Ecoportal, 2013, 18 de septiembre, s.p.).

Lo más notorio de esta re-primarización de las economías latinoamericanas y de su inserción subordinada en la lógica global de acumulación por desposesión es el hecho de que estas tendencias operan por igual independientemente de la orientación política de sus gobiernos, desde los más de izquierda a los más neoliberales. Incluso

en Bolivia y en Ecuador, cuya población indígena logró que los nuevos textos constitucionales estuviesen atravesados por los ideales del *Suma Qamaña* y el *Suma Kawsay* y que (en Ecuador), por primera vez en la historia, se estableciesen los derechos constitucionales de la naturaleza; la actividad minero extractiva se ha acentuado durante los gobiernos de Evo Morales y Rafael Correa. Los impactos socio-ambientales, en particular sobre los territorios de los pueblos indígenas, han generado movimientos de resistencia popular más activos a dichos gobiernos. Las luchas tanto locales como nacionales por la preservación del Territorio Indígena Parque Nacional Isiboro Sécure (Tipnis) y contra la extracción de petróleo en el Yasuní se han convertido en referencias emblemáticas de estos conflictos en todo el continente.

Ambos gobiernos argumentan que, en sus proyectos de transformación, el extractivismo es sólo una primera fase que permitirá responder a las demandas de la población y permitir la acumulación de recursos que haga posible, en una fase posterior, superar el extractivismo. Es éste un debate de muchas aristas; sin embargo, esta noción de etapas sucesivas del proceso de transformación parece ignorar un hecho que ha sido destacado por Fernando Coronil,

...la producción abarca la producción de mercancías y también la formación de los agentes sociales involucrados en ese proceso y, por tanto, unifica en un solo campo de análisis los órdenes material y cultural en el seno de los cuales los seres humanos se forman a sí mismos al tiempo que construyen su mundo (2013, p. 82).

Como resulta evidente de la experiencia venezolana, el extractivismo rentista no sólo produce petróleo: conforma un modelo de organización de la sociedad, un tipo de Estado, un régimen político, unos patrones culturales y unos imaginarios colectivos. Éstos no pueden ser simplemente revertidos cuando en una etapa posterior de los procesos de cambio se decida que se ha llegado a las condiciones económicas que permitirían abandonar el extractivismo.

A pesar de que los impactos del extractivismo pasado, presente y futuro en términos ambientales, culturales y políticos son mucho más severos en Venezuela que en los otros países mencionados, es notoria la ausencia de este asunto como tema central en el debate político nacional. Se ha instalado en el país, desde hace muchas

décadas, un sentido de inevitabilidad en el cual, aún en los casos en que se reconocen los impactos más perversos del petróleo, tiende a asumirse que no hay alternativas: *hemos sido, somos y seguiremos siendo un país petrolero*.

Esto se expresa en la existencia de un *gran consenso petrolero nacional*, que quizás tuvo su expresión más nítida en los programas de gobierno presentados por Hugo Chávez y Henrique Capriles Radonski para las elecciones presidenciales del año 2012. A pesar de los profundos desacuerdos en todos los otros contenidos de dichos programas, hubo una notable convergencia con relación al tema petrolero. Ambos programas ofrecen duplicar la producción petrolera para llevarla exactamente a la misma cifra, seis millones de barriles diarios para el año 2019.

Como señala Emiliano Terán Mantovani en este libro, las confrontaciones políticas articuladas en torno al eje gobierno-oposición, con todas sus diversas configuraciones, dejan fuera algunos de los asuntos medulares que tendría que confrontar el país, si de lo que se trata es de debatir opciones alternativas de sociedad.

Petróleo y extractivismo en el proyecto político bolivariano

La mayor parte de los principales objetivos de transformación de la sociedad que han sido formulados en el proyecto bolivariano, en el texto constitucional, y en los documentos y propuestas políticas hasta llegar al *Plan de la Patria*, no son realizables sobre la base de la afirmación del modelo de la monoproducción petrolera. Sin una transformación profunda de este patrón productivo, si no se abandona el imaginario del crecimiento sin fin, si no se reconocen los límites del planeta y la profunda crisis civilizatoria que confronta la humanidad, si el cambio que se propone al país no tiene como eje medular la transición hacia una sociedad post-petrolera, como condición de la posibilidad misma de una sociedad post-capitalista, los objetivos principales que han sido propuestos por el movimiento bolivariano no tienen posibilidad alguna de realizarse.

Este proceso político está atravesado por profundas contradicciones, por un lado, entre sus principales objetivos declarados, y por el otro, el reforzamiento sistemático de la lógica colonial del desarrollo

y del rentismo petrolero. Objetivos tan centrales en las formulaciones de este proyecto de transformación societal como lo son la *democracia participativa* y el *Estado comunal*; la *soberanía nacional*; la *soberanía alimentaria*; la *pluriculturalidad*, y el *reconocimiento de los derechos constitucionales de los pueblos indígenas*; y el quinto objetivo del *Plan de la Patria*, «contribuir con la preservación de la vida en el planeta y la salvación de la especie humana» no sólo presentan tensiones, sino que son estructuralmente incompatibles con un petro-Estado, con una economía extractivista depredadora cuyos ingresos están, además, altamente concentrados en manos del Poder Ejecutivo.

La participación democrática de base y el autogobierno comunal encuentran un límite estructural en el hecho de que, en esta economía petrolera, las comunidades carecen de un piso productivo propio y dependen en una forma permanente de las transferencias (“bajadas”) de recursos y líneas políticas desde el Ejecutivo y el partido de gobierno. Sin autonomía en relación tanto al Estado como al mercado, no es posible la construcción de una genuina democracia participativa. Por más organización y participación de base que se promueva, no se puede hablar de democracia protagónica si las principales decisiones sobre el rumbo del país son tomadas en el vértice de las estructuras políticas, burocráticas y técnicas altamente centralizadas que caracterizan al petro-Estado venezolano.

La experiencia internacional permite constatar que cuando la economía de un país es altamente dependiente de una sola actividad económica o de una sola corporación, sea esta pública o privada, ésta termina por la vía de los hechos imponiendo límites a la democracia. En los petro-Estados, las decisiones fundamentales sobre el futuro de la sociedad terminan siendo tomadas en forma técnica, como imperativos tecnológicos o de mercado, al margen de la voluntad de la mayoría de la población cuya opiniones se considera que tiene poco que aportar al manejo de las complejidades del negocio petrolero. Esto ha sido así incluso en el caso de lo que se suponía que era la excepción entre los petro-Estados: Noruega. Cuando este país descubrió sus abundantes reservas petroleras ya contaba con una larga tradición consolidada de socialdemocracia. En las primeras décadas de la explotación petrolera en el país, y a partir de rigurosos estudios y debates sobre las experiencias previas de otros petro-Estados, el

sistema político logró establecer normas, criterios de inversión y controles estrictos para buscar garantizar que la explotación petrolera no reprodujese la experiencia de la *maldición de los recursos*, y que por el contrario, beneficiase a toda la sociedad sin socavar su sistema político democrático. Sin embargo, en la medida en que Statoil se fue haciendo más poderosa, en un contexto global cada vez más neoliberal, sin dejar de ser una empresa pública, fue, paso a paso, liberándose de los controles y regulaciones que el sistema político había logrado imponer en décadas anteriores, hasta terminar operando, en lo fundamental, con la lógica de una corporación petrolera global que, como todas, le da prioridad a la ganancia sobre todo otro interés político, social o ambiental (cf. Ryggvik 2010).

La búsqueda de niveles crecientes de autonomía nacional y regional en un mundo cada vez más interconectado y globalizado no es compatible con una estructura económica monoprodutora de uno de los *commodities* más importantes del capitalismo global. Por esta vía, por el contrario, se produce una creciente articulación con la lógica depredadora y militarizada de acumulación por desposesión que caracteriza al neoliberalismo. Los hidrocarburos son la energía que alimenta la maquinaria de devastación sistemática del capitalismo. Por otra parte, las escalas faraónicas de expansión previstas en la producción petrolera de la Faja del Orinoco no serían posibles a partir de los recursos financieros y las actuales capacidades tecnológicas de Pdvsa. Lograr estas metas sólo se alcanzarían por la vía de un extraordinario endeudamiento externo, siempre condicionado (cf. Gallagher, Irwin y Koleski 2013), y de la participación masiva de corporaciones transnacionales, sean éstas públicas o privadas, asiáticas u occidentales. Es previsible que esto conduzca a flexibilizar algunas de las normas del control nacional sobre este recurso y su industria.

El siglo xx venezolano y las experiencias de la mayor parte de los otros petro-Estados del Sur global que han padecido la sobrevaluación histórica de sus monedas y la llamada *enfermedad holandesa*, aportan suficiente evidencia como para poner en duda la posibilidad del logro de la soberanía alimentaria sin alterar la lógica de la mono-producción petrolera. Los inmensos montos que se han invertido en el impulso de la producción agrícola y pecuaria en estos años no han disminuido ni la dependencia en las importaciones de alimentos ni su escasez. La economía de puertos es un componente estructural de este modelo productivo.

La Constitución del año 1999 define entre sus «fines supremos» el logro de una «sociedad democrática, participativa y protagónica, multiétnica y pluricultural». Esto está reforzado por el Capítulo VIII de dicha Constitución referido a los derechos de los pueblos indígenas, que representa un extraordinario avance jurídico, a tono con las aspiraciones y plataformas de luchas de dichos pueblos en todo el continente. El más importante de todos estos derechos es el referido a la demarcación territorial, ya que los demás están definidos en forma altamente dependiente de la existencia de “hábitats” indígenas reconocidos y demarcados. Sin embargo, a pesar del plazo de dos años establecido en la Constitución de 1999, prácticamente no ha habido ninguna demarcación territorial efectiva, entendida ésta como el reconocimiento de territorios a pueblos indígenas, no como la entrega de haciendas a comunidades. Esto puede atribuirse a la falta de voluntad política del gobierno, al veto del estamento militar, que ve en la demarcación una amenaza a la unidad del territorio nacional soberano y a los intereses materiales directos de sus integrantes (negocios de oro, ganadería), y al poder que siguen teniendo los “terceros”, como los ganaderos, que han ido ocupando los territorios ancestrales de los pueblos indígenas. Hay, sin embargo, una razón aun más fundamental. Ésta tiene que ver con la incompatibilidad entre la demarcación territorial (reconocimiento efectivo de los derechos indígenas garantizados tanto por la Constitución como por los acuerdos internacionales con los cuales se ha comprometido el país)¹, y la lógica del desarrollo extractivista. El reconocimiento

1 De acuerdo al artículo 119 de la Constitución: «El Estado reconocerá la existencia de los pueblos y comunidades indígenas, su organización social, política y económica, sus culturas, usos y costumbres, idiomas y religiones, así como su hábitat y derechos originarios sobre las tierras que ancestral y tradicionalmente ocupan y que son necesarias para desarrollar y garantizar sus formas de vida. Corresponderá al Ejecutivo Nacional, con la participación de los pueblos indígenas, demarcar y garantizar el derecho a la propiedad colectiva de sus tierras, las cuales serán inalienables, imprescriptibles, inembargables e intransferibles de acuerdo con lo establecido en esta Constitución y en la ley» (1999, art. 119, s. p.).

De acuerdo al *Convenio N° 169 sobre pueblos indígenas y tribales de pueblos independientes* de la Organización Internacional del Trabajo: «Los pueblos interesados deberán tener el derecho de decidir sus propias prioridades en lo que atañe al proceso de desarrollo, en la medida en que éste afecte a sus vidas, creencias, instituciones y bienestar espiritual y a las tierras que ocupan o utilizan de alguna manera, y de controlar, en la medida de lo posible, su propio desarrollo económico, social y cultural. Además, di-

efectivo de los derechos territoriales de los pueblos indígenas implicaría un severo freno para los planes extractivistas que impulsa el Estado venezolano. Los mega planes de desarrollo tanto de la Faja y el Delta del Orinoco como del arco minero y la explotación de carbón, ocurren en una importante proporción en territorios ancestralmente ocupados por pueblos indígenas. Estos planes tendrán como consecuencia inexorable el aceleramiento del avance extractivista sobre estos territorios. Ante esta contradicción, la opción por la cual ha optado el gobierno parece estar clara.

De todos los severos problemas ambientales globales que hoy se confrontan (pérdida de diversidad genética, contaminación de aguas y tierras fértiles, deforestación, sobrepesca, etc.), ninguno representa a corto y mediano plazo una amenaza mayor para la vida en el planeta que el cambio climático que, a su vez, es un factor contribuyente fundamental para cada uno de los otros problemas señalados. Hay hoy un consenso generalizado, más allá de toda duda razonable, que el calentamiento global que ha venido experimentando el planeta en las últimas décadas tiene como causa fundamental la emanación de gases de efecto invernadero, debido principalmente a la quema de combustibles fósiles. Las voces disonantes provienen principalmente de fundamentalistas de mercado que ven en toda regulación una amenaza a su libertad, y los llamados científicos escépticos, muchos de ellos asalariados de la industria energética. Existe igualmente un amplio consenso en que si la temperatura promedio de la superficie terrestre se eleva más de dos grados centígrados sobre el promedio existente para el inicio de la era de los combustibles fósiles –aproximadamente 1750–, se podrían producir eventos climáticos catastróficos e irreversibles con severas consecuencias para la vida en el planeta. Son muchas las formas en las cuales se han expresado los límites de la capacidad de carga del planeta. Una de ellas, de uso cada vez más generalizado, es la noción de *presupuesto*

chos pueblos deberán participar en la formulación, aplicación y evaluación de los planes y programas de desarrollo nacional y regional susceptibles de afectarles directamente». (2007, art. 7, p. 23). «Deberá reconocerse a los pueblos interesados el derecho de propiedad y de posesión sobre las tierras que tradicionalmente ocupan. Además, en los casos apropiados, deberán tomarse medidas para salvaguardar el derecho de los pueblos interesados a utilizar tierras que no estén exclusivamente ocupadas por ellos, pero a las que hayan tenido tradicionalmente acceso para sus actividades tradicionales y de subsistencia» (ibíd., art. 14, pp. 28-29).

*de carbono*². De acuerdo a los cálculos del *Quinto Informe del Panel Intergubernamental de Cambio Climático*, del presupuesto total de emisiones de carbono que podía utilizar la humanidad para que la temperatura media del planeta no superase esos dos grados centígrados, ya ha sido utilizado –en estos 250 años– más de 50%. Las proyecciones realizadas sobre la base de las tendencias actuales permiten estimar que el resto de este presupuesto total será utilizado en las próximas tres décadas. Esto significa que, si se quieren evitar las transformaciones climáticas catastróficas previstas, se tendría que producir una inmediata y radical reducción de las emisiones de gases de efecto invernadero. De lo contrario, la única forma de evitar las anunciadas catástrofes climáticas sería reduciendo a cero la quema de combustibles a partir de la década de los cuarenta. Esto obligaría a dejar bajo tierra la gran mayoría de las masivas reservas de hidrocarburos que han sido identificadas por la industria petrolera global. Dada la magnitud de las inversiones en cuestión, es previsible que tanto las transnacionales energéticas como los petro-Estados hagan todo lo posible por continuar esta actividad, independientemente de sus consecuencias.

A pesar de estas alarmantes proyecciones, como ha señalado Michael Klare, no estamos en la actualidad en una fase de transición hacia una época post-petrolera, sino por el contrario en la transición hacia la época de combustibles fósiles no-convencionales, esto es: sucios, caros y ambientalmente cada vez más contaminantes y riesgosos. Los elevados precios de los combustibles, el incremento de la demanda y extraordinarias innovaciones tecnológicas han hecho posible la explotación de reservas de combustibles que hasta hace muy pocos años no parecían posibles: petróleos extrapesados como los de la Faja del Orinoco; las arenas bituminosas de Alberta; los depósitos bajo el océano dentro del círculo ártico; depósitos a grandes profundidades bajo el mar como el depósito de pre-sal en Brasil; depósitos en la Amazonía, a pesar de los reconocidos y extraordinariamente severos impactos socio-ambientales; y la explotación de gas y de petróleo mediante las tecnologías de fractura hidráulica. La

2 El presupuesto de carbono se refiere a la totalidad del carbono que se podía emitir con un cierto grado de seguridad de que el nivel de saturación de todos los principales mecanismos de retención de dichos gases (atmósfera, mares, bosques) no implicase la elevación de la temperatura terrestre promedio a más de un determinado nivel. (Global Carbon Project 2013, noviembre, s.p.).

industria petrolera continúa operando como si todo el debate climático fuese irrelevante.

Como se ha argumentado desde diversas organizaciones y movimientos populares, el objetivo de «Consolidar el papel de Venezuela como potencia energética mundial» previsto en el *Plan de la Patria* mediante la duplicación para el año 2019 del volumen de producción petrolera del país es simplemente incompatible con el quinto objetivo formulado en dicho documento: «Contribuir con la preservación de la vida en el planeta y la salvación de la especie humana». Implica, por el contrario, una significativa contribución directa a su destrucción.

Para el Estado venezolano, contribuir a salvar el planeta, implicaría igualmente salvar el territorio nacional de la lógica despiadada del extractivismo. Las dimensiones de los proyectos de explotación de la Faja y el establecimiento de grandes plantas de «mejoramiento de crudos» en las riberas del Orinoco, en condiciones en las que la protección ambiental ha venido ocupando una prioridad tan secundaria en las políticas públicas, permite suponer que el Orinoco y su delta pasarán a ser, como lo ha sido el Lago de Maracaibo, un «daño colateral» de la Venezuela potencia energética.

El objetivo en el cual el gobierno bolivariano ha tenido más éxito es en la reducción de la pobreza, la exclusión y la desigualdad. Se trata, sin embargo, de un logro que no está garantizado en el tiempo, ya que tiene como sustento la transferencia de recursos de la renta petrolera a los sectores menos favorecidos de la sociedad. No es el resultado de una transformación en la estructura del proceso productivo. Está plenamente justificado que la distribución de la renta dejase de hacerse prioritariamente hacia los sectores privilegiados como ocurría antes. Sin embargo, se trata de un proceso que tiene pies de barro, porque está basado en una producción petrolera en continua expansión y sobre el supuesto de que los precios del petróleo van a incrementarse o por lo menos se van a mantener en torno a los niveles actuales. Dadas las incertidumbres del mercado energético, y las inevitables presiones que exigirán una reducción del consumo global de hidrocarburos, ésta no parece ser una apuesta razonable.

La transición hacia una sociedad post-petrolera

En el siglo XXI los retos de ir más allá del capitalismo no pueden separarse de la exigencia, igualmente crucial, de desprenderse de los modos de producción, distribución y consumo y de las modalidades hegemónicas de producción de conocimiento de este orden social. Esto pasa necesariamente, entre otras cosas, por el establecimiento de las diversas formas de relacionarse los seres humanos con el resto de la naturaleza y la creación de otros patrones energéticos. El surgimiento y primacía global del capitalismo industrial se sustentó en el acceso a combustibles fósiles baratos y ampliamente accesibles. En dos siglos y medio, el capitalismo industrial logró transformar esos inmensos depósitos –creados a lo largo de millones de años– en la energía que hizo posible tanto el espectacular crecimiento económico de este periodo, como la acelerada destrucción de las condiciones que hacen posible la vida en este planeta. Este patrón energético no es un componente secundario, sino una dimensión constitutiva esencial de la forma como se desplegó históricamente este régimen de producción y de vida.

Nadie pretende que el paso a una sociedad post-petrolera signifique que de un día a otro se puedan cerrar todos los pozos petroleros. Sin embargo, es necesario dar pasos y formular las direccionalidades de esta indispensable transición en forma urgente. Este imperativo está ausente en las políticas públicas de prácticamente todos los gobiernos del mundo, que siguen dándole prioridad al crecimiento económico sobre las exigencias de la preservación de la vida. De la misma manera, las políticas del Estado venezolano no sólo no contemplan la necesidad de esta transición, sino que por el contrario están comprometiendo el futuro del país a largo plazo en una dirección opuesta.

Concluyo insistiendo en que este libro constituye un nuevo llamado de alerta y una valiosa contribución a los debates sobre los retos que nos presenta dicha transición. Mirando al futuro, no hay asunto más inaplazable en Venezuela.

Caracas, enero 2014.

Prólogo

Si desde la cosmovisión maya y la cultura campesina de México y Guatemala se desprende el «somos gente de maíz», mostrando el vínculo identitario, geográfico y cultural de buena parte de las poblaciones centroamericanas con esta planta sagrada, nos preguntamos: ¿será que los venezolanos «somos gente de petróleo»?

Lo cierto es que, hasta nuestros días, nuestro imaginario nacional está determinado por mitos, narrativas e imágenes profundamente atravesados y significados por el petróleo y el “progreso”, elementos fundamentales en la construcción social del valor en nuestro país. Cuentos y promesas, riquezas y pobreza, fantasías y realidades. «Venezuela es todo petróleo», afirmaba Juan Pablo Pérez Alfonzo; y el petróleo sería el tren que nos llevaría por el camino de la modernidad, para culminar el proyecto emancipatorio inconcluso de Bolívar. Así nos han dicho.

Este trabajo nace de las entrañas de esta sociedad rentista; de su crisis y reformulación en la Revolución Bolivariana, un proceso en una encrucijada que, además, ya no contará con la determinante presencia física del presidente Hugo Chávez; de los límites de la naturaleza y el problema del cambio climático; de la globalización neoliberal y de un mundo convulsionado en sus calles, en sus ideas, en sus estructuras. En las siguientes páginas trataremos de mostrar la compleja y problemática dinámica de la Revolución Bolivariana, haciendo evidente cómo el paradigma colonial del desarrollo atraviesa todo el campo de pugnas, tensiones y contradicciones en el cual se desenvuelven pulsiones emancipatorias, deseos de transformación radical y fuerzas conservadoras, excluyentes y reaccionarias, que buscan mantener el *esquema de soberanía* y de dominio de la naturaleza que determina el petro-Estado desarrollista venezolano.

Sin embargo, lo que aquí presentamos es una mirada profunda de la Revolución Bolivariana, un análisis y deconstrucción

histórico-geográfico, haciendo visibles los rasgos fundamentales de una discursividad y práctica política inscrita en el patrón de poder moderno/colonial propio del sistema-mundo capitalista. Se trata de ampliar el espectro espacio-temporal del problema del desarrollo, recreando el anclaje histórico de los procesos y las palabras, así como sus articulaciones geográficas, para mostrar cómo opera sistémicamente un concepto que ha sido constantemente adjudicado a una temporalidad futura y a un problema de “soberanía nacional”. De esta forma, el trabajo esboza un mapa a partir de la geografía política del desarrollo, en el marco de la crisis civilizatoria, y la historia decolonial del desarrollo en Venezuela, para luego ubicar en dicha cartografía los procesos sociopolíticos, económicos y culturales propios de la Revolución Bolivariana hasta la fecha, problematizando a la vez nuestro futuro, orientado hacia la continua búsqueda de un nuevo Dorado, la Faja Petrolífera del Orinoco.

Creemos que los debates y planteamientos expresados aquí son de suma importancia, debido a que en Venezuela, a pesar de que se han abierto nuevos temas en la discusión política y que éstos llegan a un mayor número de personas, existen algunas ideas, imágenes y/o planteamientos que parecen haber sido expulsados del universo simbólico del discurso político nacional o que se muestran como tabúes para la sociedad venezolana.

El debate sobre petróleo y progreso (o desarrollo) se ha paseado, al menos desde la etapa posgomecista hasta la actualidad (1936+), entre planteamientos sobre cómo conseguir un mejor desarrollo, cómo mejorar la industria de extracción petrolera para lograr este objetivo y, en el mejor de los casos, cómo traducir la extracción petrolera en un desarrollo agrícola e industrial que haga de la economía venezolana, una economía productiva, más “desarrollada”. Lo que ha estado ausente, o en todo caso bastante marginal, ha sido un cuestionamiento radical al concepto mismo de desarrollo, así como una desconexión del propio modelo del capitalismo rentístico, siendo que los problemas derivados de estos esquemas y cosmovisiones más bien se han magnificado en la actualidad. Esto hace que los debates propuestos aquí tengan una altísima pertinencia y que necesiten un mayor impulso y difusión, de manera que se incorporen en nuestros imaginarios políticos y sociales, para así trascender este muy contraproducente modelo de sociedad. Las condiciones empobrecedoras del debate producto de la polarización política, la gravedad de la crisis

ambiental global y los peligros del neoliberalismo para los pueblos de América Latina, le dan aún mayor importancia a la apertura de estas fundamentales discusiones.

Nuestra investigación ha partido de un enfoque transdisciplinario, en términos de tratar de conectar áreas y disciplinas que generalmente tienden a segmentarse en los análisis tradicionales. Se trata de un libro concebido como una red, que intenta vislumbrar las intersecciones entre las transversalidades histórico-geográficas expuestas al inicio del trabajo, con la dinámica actual y futura de la Revolución Bolivariana. Hemos recurrido a una diversidad de fuentes, documentos oficiales, documentos históricos, entrevistas, estudios académicos, científicos e institucionales, investigación historiográfica, cartografías y mapas, trabajo hemerográfico, pronunciamientos y notas de prensa, estadísticas oficiales, para poder construir este análisis integral de tipo diacrónico y sincrónico. La idea era elaborar el estudio por medio de la intertextualidad que existe entre las diversas capas de discursividad y de producción y reproducción de la realidad social, y poder dar cuenta de las especificidades del desarrollo en Venezuela, sin obviar su carácter profundamente histórico, colonial y civilizatorio; su condición primordialmente sistémica y sus raigambres estructurales latentes en la dinámica política corriente.

De esta manera, el trabajo consta de cinco capítulos. Un primer capítulo en el cual se analiza y describe la dinámica de la geografía política del desarrollo, construyendo los vínculos de la llamada “acumulación por desposesión”, con la cosmovisión moderna del dominio humano sobre la naturaleza y su proyección en el extractivismo, los cuales se inscriben en el proceso histórico de la crisis civilizatoria del sistema-mundo capitalista. Desde la geopolítica del desarrollo se tratará de explicar los vínculos entre el patrón energético basado en combustibles fósiles, el neoliberalismo y la crisis sistémica, de manera tal de comprender los complejos panoramas que se expresan en Venezuela y América Latina, y la forma como estos vectores sistémicos atraviesan la realidad regional y nacional del desarrollo y el modelo rentista petrolero.

El capítulo 2 consta de una investigación historiográfica del desarrollo en Venezuela desde una perspectiva decolonial. El objetivo es evidenciar cómo este concepto representa un correlato contemporáneo de la misión civilizatoria de la modernidad colonial, y cómo este patrón de poder es constitutivo del proyecto de la nación venezolana.

Hemos establecido una periodificación que va desde 1492 hasta 1999, en la cual se caracterizan los procesos históricos que van conformando la especificidad de la construcción del discurso, de la soberanía y control del espacio/naturaleza, prefigurando a Venezuela en la dinámica sistémica del “progreso” de las naciones. En este análisis mostramos los procesos en los cuales surgen nuestros mitos fundacionales, nuestro esquema de poder específico y la conformación del petro-Estado, la aparición de la idea de “sembrar el petróleo”, la trilogía desarrollista petróleo-Estado-pueblo, la práctica política del populismo, así como las diversas formas en las cuales el desarrollo operaba en el marco de la naciente globalización, hasta la llegada de la Revolución Bolivariana en 1999.

El siguiente capítulo da continuidad al análisis histórico-geográfico, pero ahora centrado en la sincronicidad de la Revolución Bolivariana. Se intenta mostrar las bases fundacionales de este nuevo proceso histórico nacional y la forma como se insertan nuevas modalidades al tiempo que se recurre a los viejos esquemas del petro-Estado desarrollista. La idea es problematizar las profundas tensiones y contradicciones que se dan en este período histórico, mostrando los dilemas del neoextractivismo en un mundo en crisis, así como la forma en la cual el desarrollo se resignifica, opera y determina los diferentes ámbitos de la vida social y la geografía nacional.

El cuarto capítulo intenta visibilizar los peligros futuros de la búsqueda de nuestro nuevo Dorado, la megaexplotación de la Faja Petrolífera del Orinoco, la cual representa el bastión del desarrollo en la discursividad de la alta política oficial nacional. Trataremos de dar cuenta de las características de los proyectos y el territorio de la faja del Orinoco, resaltando en particular las amenazas a la naturaleza y los bienes comunes que supone un tipo de explotación como la de esta zona petrolífera; a la vez que expondremos los rasgos visibles del nuevo imperialismo en estos planes de desarrollo, y los peligros de apertura a procesos de *acumulación por desposesión* por la vía del endeudamiento.

Por último, presentamos un análisis y caracterización de las alternativas al desarrollo y las posibilidades de establecer las vías hacia una biocivilización pospetrolera, poscapitalista y con soberanía territorial. Con esto intentamos, modestamente, mostrar una serie de horizontes alternativos al modelo desarrollista y extractivista imperante en el sistema-mundo, los cuales aunque no representan una

hegemonía cultural global, son proyectos, prácticas y cotidianidades de numerosos grupos en todo el planeta. A partir de los análisis delineados previamente y de una serie de experiencias recogidas en diversos espacios de comunicación se proponen estrategias político-ontológicas y territoriales que toquen todos los ámbitos posibles de acción, de manera de activar procesos simultáneos de transición de corto, mediano y largo plazo. Se trata de evitar plantear estrategias muy globalistas, pero que tampoco sean muy localistas, mostrando no sólo las dificultades sino las posibilidades que están contenidas en el sustento constituyente de la Revolución Bolivariana: el poder popular.

Dados los constantes desafíos de un mundo aceleradamente cambiante, este trabajo constituye un primer paso para ampliar la construcción simultánea de crítica y de alternativas al desarrollo, con el fin de poder materializar el inicio de un verdadero proceso de cambio y transición de modelo en Venezuela y Latinoamérica.

Capítulo 1

La geopolítica del desarrollo: crisis sistémica, neoliberalismo y límites del planeta

...el período de post-guerra ha terminado.
Mensaje al Congreso del presidente Richard Nixon
el 18 de febrero de 1970

Si la modernidad es un proceso que se caracteriza por la incesante, obsesiva e irreversible transformación de un mundo fragmentado en entidades separadas entre sí, entonces los efectos de la producción y el consumo de petróleo reflejan el espíritu de la modernidad.

Fernando Coronil

Crisis civilizatoria en el moderno sistema-mundo capitalista: neoliberalismo, acumulación por desposesión y multipolaridad

La globalización, más que un fenómeno reciente, es un proceso histórico inscrito en la formación del moderno sistema-mundo capitalista colonial. El carácter inherentemente expansivo del capital se basa en la necesidad de éste de reproducirse geoméricamente, motorizada por la construcción de una desigualdad ontológica –la división racial del trabajo (cf. Quijano, en Lander [comp.] 2000) y la escisión-dominio “hombre”/naturaleza– que fundamenta una desigualdad geográfica, la división internacional del trabajo. De ahí que el capitalismo histórico ha ido incorporando paulatinamente nuevos espacios, nuevas fuerzas de trabajo, nuevas naturalezas y nuevas identidades

subalternas a este patrón de poder colonial, patriarcal, antropocéntrico y eurocentrado, pasando del circuito comercial del Atlántico como núcleo fundacional de la economía-mundo en el siglo XVI, a un mundo profundamente integrado, sincronizado e interconectado como totalidad sistémica globalizada, tal y como se caracteriza el sistema capitalista en la actualidad.

Una vez constituido el proceso histórico de lo que Marx llamó la «acumulación primitiva», y hegemonizado el capital como relación social y esquema de producción en el moderno sistema-mundo sobre las otras formas de trabajo/cultura, la reproducción económica provocaba crecientes fases de sobreacumulación y afectaciones del circuito del capital –básicamente de la tasa de ganancia capitalista–, lo cual dictaba la necesidad de soluciones que ineludiblemente trascendieran el territorio afectado por la crisis, lo que David Harvey denomina *ajustes espacio-temporales* (cf. 2007a), logrados a partir de la alteridad no-Occidental –mano de obra no-blanca barata y naturalezas no racionalizadas ni administradas, básicamente halladas en zonas periféricas–, que permitieron la expansión de los procesos de “modernización” a escala mundial, con toda la carga que éstos tienen en la reproducción de la *colonialidad del poder*¹.

De esta manera, este proceso expansivo del capital ha establecido las condiciones históricas para la constitución de un mundo globalizado –la *mundialización*–, para el surgimiento de un proyecto de restauración del poder de los grandes núcleos del capital global –el neoliberalismo–, y para la desestructuración de los mecanismos que hacían posible los ajustes espacio-temporales de capital, junto a sus límites físico-geográficos –la crisis civilizatoria.

Desde el Nuevo Orden Mundial de la segunda posguerra, los procesos de transnacionalización del sistema-mundo apuntan hacia la completación geográfica de la modernización colonial del espacio como proceso histórico; la *mundialización* es pues una fase “más pura”

1 Ob. cit. En la contradicción campo-ciudad se genera una subordinación del primero respecto a la segunda, no sólo referido a la centralidad del poder del capital alojado en la ciudad, sino a las identidades asimétricamente relacionadas. De ahí que la expansión capitalista siempre se orienta hacia la mano de obra e insumos baratos que se hallan en el campo (como espacio rural periférico o no-modernizado), o en lugares periféricamente modernizados donde los trabajadores están mal organizados (o no están organizados) y las condiciones políticas son dependientes de los poderes del capital de los centros de acumulación del sistema.

y totalizante del capitalismo, que Ernest Mandel denominaría *capitalismo tardío* (cf. 1979) y que Fredric Jameson define como

...la forma más pura de capital que jamás haya existido, una prodigiosa expansión del capital por zonas que hasta ahora no se habían mercantilizado. Así, el capitalismo más puro de nuestros días elimina los enclaves de la organización precapitalista que hasta ahora había tolerado y explotado de modo tributario. Siento la tentación de relacionar esto con la penetración y colonización, históricamente nueva y original, de la Naturaleza y el Inconsciente: esto es, la destrucción de la agricultura precapitalista del Tercer Mundo por la Revolución Verde, y el auge de los media y la industria publicitaria (2005, enero, pp. 18-19).

Esta reestructuración del capitalismo histórico, con profundas repercusiones en la producción cultural y la producción de “realidad” y de subjetividad, ha dado lugar a lo que Immanuel Wallerstein denomina la *desruralización del mundo*, que supone un extraordinario avance en la conversión de zonas rurales a zonas “modernizadas”, lo que implica un agotamiento de las zonas de bajo costo que afecta cada vez más la tasa de ganancia capitalista o en su defecto a la propia reproducción del circuito del capital; básicamente al proceso de acumulación (cf. Wallerstein 1995). La Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE), proyecta que para el año 2050 casi 70% de la población mundial será urbana (2012, p. 1), dato que expresa la progresiva desestructuración de la desigualdad geográfica orgánica, factor constitutivo del capitalismo mundial, sin el cual el mismo no puede mantener su proceso reproductivo².

Estos límites estructurales, junto con aquellos límites materiales que evidencian un desequilibrio entre los niveles de demanda de

2 Sobre esto, Wallerstein nos dice que: «...a fin de resolver las dificultades recurrentes de los estancamientos cíclicos, los capitalistas fomentan cada vez una desruralización parcial del mundo. Pero, ¿y si no hay más poblaciones a desruralizar? Hoy nos acercamos a esta situación. Las poblaciones rurales, todavía hace no mucho fuertes en la propia Europa, han desaparecido enteramente de muchas regiones del mundo y disminuyen en todas partes. Probablemente, son menos de 50% mundialmente hoy y dentro de 25 años la cifra va ser menos de 25%. La consecuencia es clara. No habrá nuevas poblaciones de bajo pago para compensar los salarios más elevados de los sectores proletarizados anteriormente. En efecto, el coste de trabajo aumentará mundialmente, sin que los capitalistas puedan evitarlo» (ob. cit., s. p.).

“naturaleza” por parte del mercado capitalista mundial, y la capacidad que tiene ésta para regenerarse, son factores determinantes de la actual crisis sistémica, una crisis de orden civilizatorio, que se expresa multifactorialmente por medio de la crisis económico-financiera, la crisis ambiental, la crisis alimentaria, la crisis energética y la crisis paradigmática, que en conjunto evidencian el progresivo agotamiento de las propias capacidades de sostenibilidad y legitimidad de este patrón moderno-colonial, apuntando hacia una situación creciente de caos sistémico-social, muy sensible a efectos dominó, dados los estrechos niveles de concatenación de los factores que hacen parte del sistema-mundo.

La confluencia multifactorial de los fenómenos biosociales de la crisis civilizatoria se evidencian tanto en el creciente malestar de la ciudadanía global, como en las cada vez más críticas condiciones naturales que hacen posible la vida en el planeta. La brecha de desigualdad social ha crecido en los últimos años de esta crisis global, con sus respectivas consecuencias sociales y políticas: según un reporte del grupo financiero Credit Suisse, «...un total de 3.051 millones de adultos, que representan 67,6% de la población adulta global, es dueña de sólo 3,3% de la riqueza global. En contraste con esto, el 10% más rico es dueño de 84% de la riqueza global, el 1% más rico posee 44% de la riqueza global», y el 0,5% más rico es dueño de 38,5% de dicha riqueza (En Lander [comp.] 2012, enero, p. 5). Los problemas de acceso al alimento, al agua potable, a una vivienda y educación digna, a servicios públicos acordes, así como a la posibilidad de vivir en un ambiente sano, no violento y no contaminado, van también de la mano con la intensificación de los efectos de la expansión capitalista en la globalización.

Los mecanismos de gestión de esta crisis por parte de los sectores hegemónicos globales, en la cual están sintetizadas tanto una crisis estructural como una coyuntural del capitalismo, están inscritos en el proyecto geopolítico del neoliberalismo. La crisis mundial surgida desde los años setenta con el inicio de un ciclo contractivo determinado primordialmente por el déficit estadounidense y el comienzo del declive del valor del dólar, la crisis del petróleo de 1973-1974, las luchas sociales globales de finales de los años sesenta contra el esquema disciplinario y neocolonial del capital, junto con el resurgimiento económico de Europa (principalmente Alemania) y Japón —como serias competencias a la producción estadounidense—, crearon las

condiciones materiales para la emergencia y auge tanto de las ideas neoliberales, como de una serie de reformas, soluciones y ajustes en pro de derribar los obstáculos que impedían la acumulación de capital, bases del modelo de apertura de la globalización.

El esquema de reproducción del capitalismo ha sido presentado tradicionalmente por la economía, la teoría social y la historiografía hegemónica como un proceso administrativo y racional, básicamente matematizable. Marx enmarcaba este proceso, aunque desde una perspectiva diferente –la economía política–, en lo que llamó la «reproducción ampliada de capital», el modelo básico que expone como el capitalista, considerado aisladamente, convierte la plusvalía en dinero para su posterior reinversión, reproducción y crecimiento exponencial (Marx 1967, pp. 265-299).

Sin embargo, la historia del capitalismo y de su proceso expansivo evidencian que los rasgos de lo que Marx describía como acumulación primitiva –como proceso originario de la hegemonía mundial capitalista–, tales como el despojo, el saqueo, la rapiña y la violencia, no sólo son factores fundacionales del capitalismo histórico, sino que funcionan como mecanismos permanentes del proceso de acumulación de capital. Esto supone que los ajustes a cada crisis de la reproducción capitalista, junto con las tendencias expansivas del capital, desde el período de conquista y colonización de América hasta la actualidad, se inscriben en una lógica binómica: al igual que la luna, el capitalismo presenta un lado iluminado y visible que oculta su lado oscuro. No es posible comprender el funcionamiento del capitalismo sin reconocer que al entrar en crisis el proceso de acumulación por reproducción ampliada, el capital requiere aminorar costos de producción abriendo nuevos espacios y geografías e incorporando nuevos sujetos subalternos en el marco de la colonialidad del poder: esto se hace por medio de la violencia, la destrucción o subsunción de formas de organización social o culturas locales, el establecimiento de esquemas de trabajo servil o esclavo, el despojo de geografías a sus pobladores anteriores, o mediante diversas formas de saqueo y fraudes. Estos dispositivos del “lado oscuro de la modernidad” son constitutivos de su reproducción, lo que David Harvey ha llamado la *acumulación por desposesión*³ (2007a, pp. 111-140). La

3 Harvey abandona el término «acumulación originaria» o «primitiva» y lo sustituye por acumulación por desposesión.

reproducción ampliada y la acumulación por desposesión se conjugan orgánicamente para la supervivencia del capitalismo histórico. De ahí el carácter colonial del capital.

En el neoliberalismo, proyecto geopolítico de la mundialización, la acumulación por desposesión se hegemoniza como forma de reproducción capitalista. El modelo de la posguerra de fuerte intervención estatal en sus diversas modalidades sistémicas –los *welfare states*, los modelos socialistas, los Estados desarrollistas–, al entrar en crisis, se hace disfuncional al proceso de acumulación de capital. De ahí que se inicie un giro neoliberal con Margaret Thatcher (1979) y Ronald Reagan (1980), quienes impulsarán el desmantelamiento de buena parte de las reivindicaciones sociales logradas a través de años de luchas de las clases trabajadoras. Básicamente el neoliberalismo busca derribar barreras para la acumulación de capital, atacando a sindicatos, privatizando empresas públicas, retirando subsidios de asistencia social y recortando presupuestos estatales, desregulando las actividades económicas, atacando formas de solidaridad social en beneficio de la competencia individualista, reduciendo los impuestos de los ricos y aumentando los de los pobres y, de manera resaltante, abriendo los caminos a la afluencia de capitales foráneos.

Los profundos cambios cualitativos y cuantitativos que ha sufrido el sistema-mundo contemporáneo evidencian que la ejecución histórica de los mecanismos de acumulación por desposesión se han diversificado y sofisticado, pasando de formas de dominación y explotación más directas, mecánicas y lineales, a otras de gran complejidad que conjugan formas tradicionales con elementos de carácter desterritorializado, reticular y flexible. En la actualidad, los tres mecanismos principales de la acumulación por desposesión son la privatización –básicamente, la desposesión–, el capital financiero y el esquema geopolítico de control, en el marco de la «guerra contra el terrorismo» inaugurada el 11 de septiembre de 2001, con el atentado que produjese la caída de las Torres Gemelas del World Trade Center en Nueva York.

Desde los terribles y violentos procesos de despojo de tierras que se produjeron en la acumulación originaria tanto en la Europa mercantilista como en la América colonizada y saqueada, hasta la cadena de privatizaciones mundiales impulsadas primordialmente desde los años ochenta del siglo xx, no sólo de sectores e instituciones públicos,

sino de la propia naturaleza –que en nombre de la crisis ambiental global se intenta mercantilizar como nunca antes–, la lógica sistémica de la acumulación por desposesión ha replicado los procesos originarios de la reproducción del capital, pero en el neoliberalismo esa lógica posee una tendencia totalizante en términos espaciales que amenaza no sólo la propia sostenibilidad de este sistema histórico, sino la posibilidad de vida en el planeta. De ahí que recurra a la sobre-explotación: sobre-explotación de los cuerpos, tanto en el trabajo en sus diferentes formas como en la *biopolítica*⁴; sobre-explotación de la naturaleza, con la creciente privatización y mercantilización de los *bienes comunes*⁵ que hacen posible la vida; sobre-explotación del discurso, con la producción de una matriz comunicativa mediatizada que persigue una construcción de la realidad como espectáculo; y sobre-explotación de la creación de valor simbólico, por medio de la creación de burbujas especulativas y de la reproducción del capital financiero inorgánico. Son éstos los pilares de los reajustes del ejercicio del poder global, transformaciones que han llevado a Harvey a hablar del «Nuevo Imperialismo»⁶.

La acumulación por desposesión en plena globalización neoliberal no está motorizada pues, por ninguna “mano invisible”, sino que es gestionada de una manera compleja, primordialmente por las grandes transnacionales, el gran capital financiero, y los Estados y

4 Nos referimos a los diversos mecanismos que Foucault denunciaba en sus análisis acerca del control y disciplinamiento de “el cuerpo” (desde la represión, la muerte, el castigo-miedo, el erotismo, lo que Foucault llama anatomopolítica) o sobre “los cuerpos” (como el control jurídico, discursivo e institucional sobre la corporalidad de los sujetos, lo que Foucault denomina biopolítica). Véase Foucault 1998.

5 Los bienes comunes se refieren a toda entidad material o inmaterial que se reconozca en propiedad común, por no ser propiedad de nadie, o ser universal y de la humanidad. No es concebido como la propiedad pública administrada por el Estado, sino producto de una decisión colectiva resultado de un consenso social. Bouguerra nos dice que: «Los bienes comunes de la tierra y de los pueblos engloban los recursos naturales como el aire, el agua, la biodiversidad, las selvas tropicales, los océanos, los ecosistemas, pero también el conocimiento y el saber, la salud, la educación...» (2005, p. 131).

6 Ob. cit. De ahí que la célebre expresión de Marx, en su análisis de la acumulación primitiva, «el capital llega a él (mundo) sudando sangre y lodo por todos sus poros», aplica, de manera muy intensa y con sus nuevos dispositivos, en cada espacio que coloniza o recoloniza el neoliberalismo.

las instituciones supranacionales bajo la égida de las Naciones Unidas. Esto supone afirmar que la presunta oposición teórica entre el neoliberalismo y el Estado es engañosa, y que éste juega un papel fundamental tanto apalancando los procesos de reestructuración neoliberal, estableciendo marcos de legalidad y legitimidad de estos procesos, así como desempeñando un importantísimo papel en el control poblacional a través de un esquema neoorwelliano y policial de “seguridad nacional”, acorde con la desposesión neoliberal y su lucha contemporánea contra el “terrorismo”. De esta forma, la articulación entre los factores territoriales y los desterritorializados es fundamental para la lógica de acumulación en la mundialización.

No obstante, a lo dicho el actual poder global del gran capital financiero, en el contexto de una extraordinaria financiarización de la economía-mundo, de enormes desigualdades en la distribución de los excedentes capitalistas y de doblegamiento de los modelos de Estado de bienestar, ha dibujado un nuevo orden donde la oligarquía financiera mundial se coloca en la cúspide del poder, con mucho mayor alcance e incidencia que aquella a la que hiciera referencia Lenin en su texto de principios del siglo xx sobre el imperialismo. La crisis de los setenta, que abrió el campo a un proceso de desregulación financiera de poderosas consecuencias para el sistema-mundo, lo cual permitió la apertura a un proceso de financiarización de todos los aspectos de la vida impulsada desde Wall Street y el Departamento del Tesoro, pero replicada por otros núcleos hegemónicos como los centros financieros de Tokio, Londres, Frankfurt, entre otros, ha hecho del sistema bancario y crediticio uno de los principales instrumentos para la concentración global de capital, fundamentalmente basados en la acumulación por desposesión (cf. Harvey 2007b).

Desde la gran oleada de financiarización desatada a raíz de la crisis petrolera de 1973, que sirviera la mesa para la Crisis de la Deuda de las periferias en los años ochenta –y que supuso una enorme transferencia de capitales desde el llamado Tercer Mundo a los países centrales del sistema y la ejecución de los programas de ajuste estructural neoliberal administrados por el Fondo Monetario Internacional–, hasta la crisis financiera mundial que vivimos en la actualidad desatada entre 2007-2008, el gran capital financiero gestiona y manipula las crisis a través de una serie de

mecanismos enmarcados en los esquemas de Ponzi⁷, en el incentivo y presiones al endeudamiento de países de las periferias en nombre del desarrollo –e incluso de administraciones públicas de países del centro del sistema–, la creación de papeles y títulos fraudulentos, la manipulación del crédito, de las cotizaciones y de la inflación, así como la destrucción deliberada de activos de empresas y fraudes empresariales y bancarios (Harvey 2007a, p. 118), lo que nos da una idea de los amplios, complejos y poderosos mecanismos con los que cuenta el gran capital financiero global para motorizar y ejecutar de una manera determinante los procesos de despojo de pueblos y territorios, la acumulación por desposesión.

Este proceso se ha venido acentuado y agravando progresivamente, posibilitando una enorme capacidad de circulación monetaria y de colonización territorial del capital, que en gran medida no está respaldada por activos, sino que se sostiene en obligaciones, evidencia de esta sobre-explotación de la creación de valor-simbólico. La actual situación de crisis europea da señales del avance de los grandes poderes del capital financiero para generar y globalizar la nueva esclavitud contemporánea: la servidumbre por deudas. El candidato por el Frente de Izquierda a la presidencia de Francia, Jean-Luc Mélenchon alertaba sobre un «golpe de Estado de los financieros» (cf. Rabilotta 2011, 16 de noviembre), al ser colocados como primeros ministros por la *troika* europea, en 2011, a Lukas Papadimos y Mario Monti en Grecia e Italia respectivamente, tras la crisis de la deuda de estos países. Ambos fueron economistas y banqueros que sirvieron al banco de inversiones Goldman & Sachs y representan dos tecnócratas en la cabeza de dos Estados centrales, al servicio de las reestructuraciones neoliberales para la ejecución de los programas

7 El esquema de Ponzi consiste en un sistema piramidal en el cual se coloca un dinero en préstamo, que en un plazo determinado sería devuelto con un porcentaje adicional de ganancia. El asunto es que se trata de un esquema fraudulento pues los fondos de las ganancias no están sostenidos por una base material de respaldo, sino por la confianza de nuevos inversores que a su vez ganarán por la entrada de nuevos inversores. Básicamente el sostén de este sistema es la confianza, o una promesa, no un referente material, siendo similar a la forma como se reproducen las formas de especulación financiera, del crédito y el interés, y del capital financiero inorgánico en el capitalismo.

de austeridad económica, lo que muestra, junto a otros acontecimientos –por ejemplo, el papel de la propia Goldman & Sachs en la crisis alimentaria global–, una peligrosa tendencia de dominación antipopular por parte de una oligarquía financiera global –el llamado 1 por ciento, según las consignas del Occupy Wall Street. De ahí que Alberto Rabilotta afirme que se trata de la capitulación de la democracia liberal ante las instituciones financieras, ante el club de acreedores, abriéndose el camino para lo que Melenchon ha llamado la «nueva etapa de la tentación totalitaria» en la Unión Europea (cf. Rabilotta 2011, 16 de noviembre).

Harvey afirma que: «El cordón umbilical que vincula la acumulación por desposesión y la reproducción ampliada queda a cargo del capital financiero y las instituciones de crédito, respaldados, como siempre, por poderes estatales» (2007a, p. 121). Este respaldo estatal, que en la teoría neoliberal aparece de forma engañosa como un Estado mínimo, juega un papel fundamental en los diferentes mecanismos de acumulación por desposesión. Y como ya hemos mencionado, ante el ataque frontal del neoliberalismo contra trabajadores y trabajadoras, pueblos y territorios, el mejor instrumento para mantener estas formas de acumulación es la instalación de una completa y compleja estrategia policial mundial, un estado de excepción permanente y generalizado –tal y como lo proponen Hardt y Negri (2007, pp. 21-124)–, una sociedad de control. Esto supone un replanteamiento de la noción de guerra, que pasa de estar solamente acotada a formas precisas, alojada en un campo espacial determinado y de efectuarse en momentos específicos, a desplegarse a todos los espacios globales y subjetivos y ser un *continuum* temporal. Aquí se hace clara la inversión que Foucault hace a la premisa de Clausewitz: *la política es la continuación de la guerra por otros medios*⁸ (2001, p. 29). La guerra se transforma en un régimen de biopoder, en el contexto de la sobre-explotación de los cuerpos propia del neoliberalismo. Las intervenciones militares son la punta del iceberg del nuevo imperialismo. De ahí que el subcomandante Marcos ha llamado a esta guerra permanente en el contexto del neoliberalismo, la «Cuarta Guerra Mundial», una reestructuración de la guerra donde el

8 La conocida idea de Carl von Clausewitz de principios del siglo XIX, rezaba: «la guerra es la continuación de la política por otros medios».

enemigo es la humanidad⁹ (cf. Subcomandante Insurgente Marcos 2001, 23 de octubre).

La «Cuarta Guerra Mundial», como régimen de biopoder articulado a la acumulación neoliberal, se inserta, pues, en las específicas condiciones globales de la mundialización. Esto implica el hiperdespliegue del control social, pero recurre también a dispositivos bélicos tradicionales. Su momento declarativo en el marco de la geopolítica del sistema-mundo es el 11 de septiembre de 2001, como inicio de la guerra mundial contra el “terrorismo”. El discurso del “terrorismo” comprende entonces el marco referencial y la hoja de ruta del ejercicio geopolítico de esta guerra hiperdesplegada. En este sentido, si por un lado es importante resaltar el papel de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (Otan) como un gran cuerpo policial global encabezado por los Estados Unidos, en pro de mantener la “seguridad” y los “derechos humanos”, y continuar el proyecto civilizatorio garantizando el acceso del mundo civilizado que necesita la riqueza natural de las periferias subdesarrolladas y violentas que «no saben usarla» (cf. Meyssan 2011, 17 de abril); por el otro lado, es fundamental evidenciar cómo la guerra esquematiza la organización social: globalizando marcos legales y jurídicos acordes a un estado de excepción, como la Ley Patriota en Estados Unidos y las leyes antiterroristas que se replican en todo el mundo¹⁰, en las cuales la “seguridad” se coloca por encima de los derechos civiles y humanos; generando sistemas neoorwellianos de vigilancia y control ciudadano; estableciendo mecanismos policiales de represión y satanización de la protesta; impulsando la militarización de territorios estratégicos así como el control territorial por medio de empresas militares

9 Hardt y Negri muestran también que la reconfiguración de la guerra se inscribe en la reestructuración global del sistema-mundo que se da desde los años setenta: «El cambio de forma y finalidad de la guerra a comienzos del decenio de 1970 coincidió con un período de grandes transformaciones de la economía global. No es casual que el tratado ABM (tratado de misiles antibalísticos) se firmase a medio camino entre el momento de la desvinculación del dólar estadounidense con respecto al patrón oro en 1971 y la primera crisis del petróleo en 1973» (ob. cit., p. 63).

10 Todos somos sospechosos de terrorismo. Esta globalización de leyes antiterroristas incluye a Venezuela, donde se aprobó la Ley Orgánica contra la Delincuencia Organizada y Financiamiento al Terrorismo, el 31 de enero de 2012, disponible en http://www.asambleanacional.gob.ve/index.php?option=com_docman&task=doc_details&gid=3823&Itemid=62&lang=es

privadas; generando *shock* sobre las poblaciones o aprovechando situaciones catastróficas para establecer privatizaciones y reestructuraciones neoliberales, lo que Naomi Klein denomina «capitalismo del desastre» (cf. 2008); construyendo un discurso global del miedo que facilite las condiciones para la legitimación de los mecanismos de control social y la acumulación por desposesión. Ante los procesos de desposesión permanente es necesaria la guerra permanente.

Vemos, pues, cómo el neoliberalismo y la acumulación por desposesión actúan a través de múltiples mecanismos y frecuentemente de maneras flexibles, difusas y desterritorializadas. Es ésta una hipótesis fundamental para comprender los procesos geopolíticos que viven Latinoamérica y Venezuela en el marco de la globalización neoliberal. El neoliberalismo no es sólo una ideología, un programa de gobierno o un paquete de ajustes estructurales: las formas de acumulación en la globalización neoliberal, impulsadas primordialmente por la lógica de la acumulación por desposesión, también se reproducen en procesos moleculares, escurridizos, híbridos, pudiendo a su vez coexistir con formas de control estatal. El neoliberalismo como proceso puede también ser tan “líquido” como las características desterritorializadas de la mundialización, mientras golpea tan sólidamente como una roca. La neoliberalización pura no funciona, según David Harvey (2007b).

Es necesario, en este sentido, reconocer cómo se conjugan los factores territoriales y los no territoriales en el ejercicio del poder del capitalismo globalizado, cómo la sincronización del mundo en torno a la abstracción –motorizada principalmente por el gran capital financiero y los medios globales de comunicación– se entrecruza con las formas de dominio material en el territorio. La idea de lo “trans”, acorde con la estructura flexible de la mundialización neoliberal –la transnacionalización de la economía–, nos remite entonces a categorizaciones que reconozcan sus posibilidades de hibridación –los procesos de acumulación capitalista en la globalización buscan adaptarse constantemente a las condiciones contingentes y difusas del sistema–. Las divisiones maniqueas de la realidad –por ejemplo, y pertinentes a nuestro trabajo, Estado neoliberal-Estado progresista– no dan cuenta de los procesos de entrecruzamiento que tienen la reproducción ampliada y la acumulación por desposesión, las formas híbridas en las cuales pueden funcionar los mecanismos de acumulación de capital. La propia

dinámica del capitalismo globalizado nos exige análisis que puedan ayudarnos a hacer una lectura de su movimiento complejo.

Lo expuesto anteriormente no establece de ninguna manera un sistema-mundo puramente híbrido. Más bien nos remite a enunciados complejos pero asimétricos en términos de poder. Esto significa que una mayor flexibilización no hace referencia a un relajamiento en el ejercicio del poder sino a la complejización de los mecanismos de dominación y a la aplicación de otros nuevos, adaptados a estas nuevas estructuras mundializadas. Si bien las hegemonías del moderno sistema-mundo capitalista colonial se han transformado, esto no ha implicado la desaparición de su patrón biopolítico y de conocimiento polarizante. De esta manera tenemos la vigencia de la *colonialidad del poder* y de la *división internacional del trabajo*, así como del poderío de los Estados Unidos, aunque este último en franco declive desde los años setenta, con una marcada tendencia del sistema-mundo a la multipolaridad que apunta hacia la conformación de un nuevo orden mundial.

Estas tendencias a la multipolaridad descansan sobre la base de los reordenamientos de las hegemonías productivas, tecnológicas y financieras. Tal y como un juego de suma cero, en la medida en que los Estados Unidos pierden terreno, éste pasa a ser ocupado por otro país, región, bloque o sector de la economía-mundo. El contrapeso multipolar al aún vigente poderío militar y financiero norteamericano –el dólar y su condición como principal acreedor mundial de los flujos financieros, con los cuales se reproducen nuevas capas de ganancia inorgánica, sustentadas en el interés y en la deuda– lo están planteando principalmente las llamadas “potencias emergentes”, los Brics (Brasil, Rusia, India, China y Suráfrica). Según el Centre for Economic and Business Research de Londres, en el año 2011, Brasil sobrepasó al Reino Unido para convertirse en la sexta economía del mundo, mientras que para el año 2020 se espera que India pase del décimo lugar en la lista de las mayores economías del mundo al quinto lugar, y Rusia de ser la novena economía del mundo a ser la cuarta (cit. por Lander 2012, enero, p. 20).

Rusia es una de las potencias “emergentes” mundiales que impone mayor contraposición al eje EE UU -UE-Israel, utilizando sus reservas de energía –primeras reservas de gas, segundas de carbón y entre los primeros productores de petróleo–, en una situación de

crisis energética, para reposicionarse tanto en áreas de influencia que había perdido en la época de la posguerra Fría –disputando a los Estados Unidos el control de la región del Mar Caspio y el Cáucaso–, como en nuevos territorios, incluyendo América Latina, aprovechando la coyuntura de reivindicaciones nacionalistas en ciertos países y equilibrando ciertos factores del juego geopolítico en Latinoamérica.

Sin embargo, la partida maestra de ajedrez del siglo XXI es entre EE UU y China. Es este país el principal contrapeso para los objetivos de la geopolítica estadounidense. Los procesos de privatización “con características chinas” lograron erigir un modelo de economía de mercado administrada por el Estado, que establecieron la estructura para que este país fuese la principal receptora de la transferencia de capitales para abaratar costos de producción y paliar la caída de la tasa de ganancia mundial. Así China se convertía en el “taller del mundo” y una economía con un gigantesco potencial exportador, logrando un espectacular crecimiento económico sostenido cercano a 10% anual, abriendo campos a nuevos procesos de modernización/colonización interna y provocando cambios radicales no sólo en los niveles y estilos de vida de buena parte de su población desde hace más de 20 años, sino en las correspondientes tensiones domésticas que se producen a raíz del avance de estos procesos propios del carácter expansivo del capital. Esto ha convertido a China en la economía más dinámica y robusta del planeta (Chao, cit. por Harvey 2007b, p. 129).

A estas alturas, China ya ha sobrepasado a Japón como la segunda economía del mundo y a Alemania como el primer país exportador. Según el Centro Internacional para el Comercio y el Desarrollo Sustentable, en 2011, China sobrepasó a los Estados Unidos como el primer país con mayor producción industrial del mundo (International Centre for Trade and Sustainable Development, cit. por Lander 2012, enero, p. 19), y para el año 2020 la economía china representará 84% de la economía de los Estados Unidos (Centre for Economics and Business Research Ltd, cit. por Lander 2012, enero, p. 20). Los enormes excedentes chinos en cuenta corriente se han dirigido de manera creciente a la inversión de bonos del Tesoro estadounidense, lo cual genera una relación económicamente muy estrecha entre estas dos potencias –de hecho, con estas inversiones, China financia parcialmente el complejo militar estadounidense (Harvey 2007a, p. 16)–. A su vez, estos excedentes han presionado para la expansión de esta

potencia emergente: vemos cómo China se ha hegemonizado en el este y el sureste de Asia; se calcula que hoy tiene 40% de sus inversiones de la UE en Portugal, España, Italia, Grecia y Europa del Este –como forma de penetrar el mercado europeo por la vía de sus “periferias”–, según un estudio del Consejo Europeo de Relaciones Exteriores (cf. Garton 2011, 3 de julio); es el principal socio comercial y la mayor fuente de inversiones en África, siendo además, junto a Reino Unido, Alemania e India, uno de los países con mayor participación en el proceso de acaparamiento de tierras que se está desarrollando en ese continente (cf. Grain 2012, 26 de marzo); sin contar con su avance en América Latina, principalmente en Brasil. La influencia de China en el sistema-mundo es enorme y tiene gran capacidad para ampliarla.

Los procesos de acumulación capitalista, en el marco de la globalización neoliberal y de la acumulación por desposesión como mecanismo hegemónico de reproducción de capital, se inscriben en un esquema de profundo caos sistémico. Las diversas crisis de la gran crisis estructural del sistema-mundo se conjugan y evidencian la extrema vulnerabilidad a un quiebre del “equilibrio” mundial. Estos factores son transversales y determinantes para comprender la dinámica latinoamericana y venezolana, y se expresan con mucha intensidad en los proyectos de desarrollo que impulsa la Revolución Bolivariana, principalmente el de la explotación petrolera de la faja del Orinoco. Vistos estos factores es necesario comprender los elementos fundamentales del patrón energético global, su proyección en la crisis ambiental mundial y los límites del planeta, la crisis energética y la llamada “guerra por los recursos”, claves de la geopolítica del desarrollo.

Petróleo y globalización neoliberal: límites del planeta, crisis energética y guerra global por los recursos

No es posible entender el despliegue de la globalización neoliberal, de las sociedades de consumo, de la hegemonía estadounidense, de la desruralización del mundo y del desarrollo de la crisis civilizatoria sin comprender el papel principal que jugó el petróleo como patrón energético de la máquina capitalista contemporánea. Al sustituir al carbón como principal fuente energética abundante y

barata no sólo se procuraron las bases para un fordismo de alta productividad –sin precedentes en la historia del capitalismo–, sino que prácticamente todo el estilo tecnológico se adaptó al petróleo, expandiendo este esquema a otras ramas de la producción, como la agricultura masiva –el patrón de la llamada “revolución verde”–, la gigantesca petroquímica, la industria, la construcción e infraestructura, el transporte y la comercialización, así como imponiendo un estilo de vida basado en la electrificación de todo el hogar, el ascenso del automóvil como su ícono principal y la urbanización de los espacios geográficos que avanzaba a medida que crecía la disposición de energía. Todo esto, manteniendo el esquema moderno de la división internacional del trabajo y potenciando a los Estados Unidos como hegemonía global en torno a su modelo de vida consumista y transnacionalizado. Se trata de la formación contemporánea de una civilización petrolera.

Este patrón energético basado en los hidrocarburos, al ser estructuralmente insustentable con los límites materiales del planeta, es uno de los motores fundamentales de todas las crisis que confluyen en la crisis civilizatoria. Nosotros atenderemos especialmente a la crisis ambiental y a la crisis energética globales, estrechamente vinculadas con el ideal de desarrollo que se expresa en el extractivismo latinoamericano, incluido evidentemente el petrolero venezolano y el megaproyecto de explotación de la Faja Petrolífera del Orinoco.

En torno al patrón energético basado en combustibles fósiles, y a los límites del planeta que lo prefiguran, se desarrollan cuatro desacoplamientos estructurales que han generado las crisis ambiental y energética globales, y su conexión con el resto de las crisis del modelo civilizatorio histórico: una descompensación entre los niveles de la demanda de energía y materias primas del mercado capitalista global, y la tasa de reproducción de la naturaleza; un desajuste del ciclo natural del carbono originado primordialmente por la creciente y frenética quema de combustibles fósiles; una descompensación entre la propia oferta y demanda de combustibles fósiles, y una desigualdad social global determinada por el esquema estratificado que se organiza alrededor del patrón energético petrolero.

Estos cuatro desacoplamientos, inscritos bajo la lógica del capital/colonial, son transversales a toda la dinámica geopolítica de la crisis civilizatoria. Se creó un esquema socioenergético global incongruente, que no puede responder ni a sus propios requerimientos

materiales, ni al ritmo exponencial de crecimiento que éste configuró. El giro neoliberal impulsado desde los ochenta, como solución a esta incongruencia sistémica, ha intensificado este desacoplamiento estructural –el período neoliberal es la época que más energía ha quemado en toda la historia de la humanidad–, apuntando hacia la sobreexplotación de todos los ámbitos para recuperar el proceso de acumulación de capital en el marco de la acumulación por desposesión, al mismo tiempo que se acerca peligrosamente a los límites de insostenibilidad que harían colapsar no sólo al sistema-mundo moderno, sino a la vida misma en el planeta tal y como la conocemos, por lo que ciertamente la crisis ambiental global es la más delicada y trascendental de todas las crisis, sin por esto dejar de reconocer la importancia fundamental de la emancipación social.

Donde hay petróleo hay contaminación. No obstante, el daño ambiental generado por la actividad petrolera tiene no sólo raíces territoriales sino que la extracción de crudo fomenta todas aquellas formas de producción, consumo y vida que emergieron con la civilización petrolera contemporánea. Si bien estas formas de producción de energía provocan serios daños ecoterritoriales en todas sus fases –exploratoria, perforación y producción–, tales como intervención de ecosistemas y deforestaciones, explosiones y accidentes, generación de desechos tóxicos bioacumulativos a las aguas y al ambiente, derrames de pequeña y gran escala, mortalidad de especies vivas, etc.; los efectos más nocivos se encuentran primordialmente en las etapas móviles –transporte y consumo–, pues son éstas las que se incorporan y reproducen al esquema de acumulación de la globalización neoliberal.

El desacoplamiento referido a los ciclos y ritmos ecológicos del planeta, originado por el progresivo avance de la demanda global de “naturaleza” y de la desruralización del mundo que se despliega sobre la maquinaria hidrocarburífera, se expresa en el influyente informe de la World Wildlife Found, la Zoological Society of London y la Global Footprint Network, denominado *Planeta Vivo*, el cual determinó que la llamada «huella ecológica», indicador principal del informe que mide la relación entre los niveles de consumo de “recursos naturales” que impone el mercado capitalista global en un espacio y período de tiempo determinado, y la capacidad que tiene la naturaleza para reproducirse y regenerarse dentro de este margen, excede en la actualidad en casi 30% dicha capacidad del planeta, y que si

nuestras demandas a la Tierra «continúan a este ritmo, a mediados de la década de 2030 necesitaremos el equivalente a dos planetas para mantener nuestro estilo de vida» (World Wildlife Fund [WWF], Zoological Society of London [ZSL] y Global Footprint Network [GFN] 2008, p. 1).

La enorme explotación de energía hidrocarburífera en la era neoliberal se ha traducido en un aceleramiento exponencial de estos procesos de depredación ambiental¹¹: extraemos anualmente 60 mil millones de toneladas de recursos, en los últimos 40 años se calcula que hemos perdido un aproximado de 30% de la biodiversidad del planeta, a la vez que aumentamos en 50% nuestra demanda de “recursos naturales” en apenas 30 años (cf. Amigos de la Tierra s. f.; cf. WWF, ZSL y GFN 2008). Este desacoplamiento extractivista hace que la idea de «recursos renovables» deba ser replanteada, lo que provoca que se vayan perdiendo, sin reposición, bienes comunes como los forestales o la propia fertilidad del suelo, que bajo esta acelerada lógica depredadora pasan a ser «no renovables». Nuestra «huella ecológica» actual –¿cuál será cuando seamos, como se estima, 9 mil millones de habitantes en 2050?– está llevando los problemas típicos de los recursos naturales no renovables al resto de los recursos para la vida (Acosta, en Lang y Mokrani [comps.] 2011, p. 86).

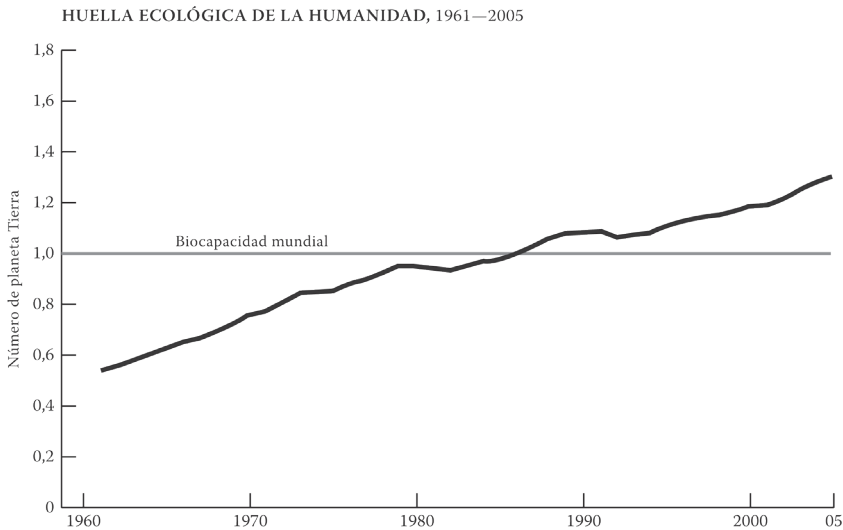
Uno de los problemas ambientales globales más serios y dramáticos tanto por sus consecuencias actuales como por las estimadas para el futuro, es el cambio climático, de amplio consenso científico mundial y que ha sido determinado por el Grupo Intergubernamental de Expertos para el Cambio Climático de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), como de carácter “antropogénico” –producto del accionar del ser humano, sumado a la variabilidad natural del clima observada durante períodos de tiempo comparables–. El renombrado informe de 2007 realizado por este grupo de especialistas determina una muy preocupante tendencia de aumento de la temperatura de la Tierra –el calentamiento global– primordialmente a causa de la emisión de Gases de Efecto Invernadero (GEI), la cual se proyecta a 4 °C o más de incremento para finales

11 «La era de la más rápida extinción en masa de especies ocurrida en la historia reciente de la Tierra» es la neoliberal, según N. Myers (cit. por Harvey 2007b, p. 180).

de siglo, y que en los polos pudiese llegar a los 6 °C y 7 °C, lo que haría del planeta un entorno prácticamente inhóspito no sólo para la humanidad sino para un gran número de especies (cf. Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático 2008).

La intencionada falta de compromisos por parte principalmente de los países ricos e industrializados junto a los Brics se ha notado no sólo en la carencia de resoluciones y medidas concretas en las cumbres mundiales de cambio climático para lograr detener esta tendencia de aumento de la temperatura media del planeta, sino en el acelerado crecimiento exponencial de las emisiones de GEI en los últimos años de la era neoliberal, en gran medida generada por la quema de combustibles fósiles¹². El Departamento de Energía de los

HUELLA ECOLÓGICA DE LA HUMANIDAD, 1961-2005



FUENTE: *Informe Planeta Vivo 2008* (WWF).

¹² El año 2010 registró un máximo histórico en las emisiones totales de GEI, con 52 giga-toneladas de CO²-equivalentes, siendo según el Departamento de Energía de los Estados Unidos (US-DOE), el mayor incremento en un sólo año del que se tenga registro (Borenstein, cit. por Lander 2012, enero, p. 4).

Estados Unidos (US-DOE) calcula que en 2035 se habrán duplicado las emisiones totales de carbono de todas las formas de uso de energía que había desde 1990 –de 21.200 millones de toneladas a 42.400 millones (Klare 2010, 27 de junio), y la OCDE proyecta que la concentración de GEI en la atmósfera podría alcanzar la insostenible cifra de 685 partes por millón (ppm) hacia 2050, de no detener este ilimitado esquema energético (Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico [OCDE] 2012, p. 2)¹³.

Las consecuencias de este fenómeno, ya vividas por pueblos de todo el mundo –la Organización Mundial de la Salud (OMS) las ha calificado como “alerta de salud pública” y afirmó que produce unas 13 millones de muertes al año (cf. ABC 2011, 6 de diciembre)–, se sobredimensionarían si se sobrepasaran a los 2 °C de aumento de temperatura –límite recomendado por un gran número de científicos para evitar, con alta probabilidad, un cambio climático catastrófico¹⁴–, generando una intensificación y proliferación de grandes inundaciones, extremas sequías, desaparición de ciudades costeras, calores extremos y pérdidas masivas de cosechas con escenarios de hambrunas y aumento de los índices de malnutrición, reducción del acceso al agua limpia, miles de refugiados climáticos y pérdidas irreversibles de biodiversidad, entre otros. El mundo con 4 °C a finales del siglo XXI sería un mundo muy diferente al que conocemos en la actualidad (The World Bank 2012, p. IX).

Estas preocupantes tendencias, tensiones y contradicciones sistémicas producto de los límites materiales de la geografía del planeta suponen una progresiva desestructuración de los patrones organizativos de la producción capitalista globalizada, lo que tendría trascendentales consecuencias, acordes con la crisis estructural de un sistema histórico. La crisis energética, producto de este proceso, implica una reestructuración fundamental del sistema-mundo, colocándolo en un momento crítico –una «bifurcación»,

13 El nivel máximo de concentración de GEI en la atmósfera, recomendado por un gran número de científicos, es de 350 ppm, para estabilizar el aumento de temperatura. La concentración de CO₂ en 2011 llegó a 392 ppm.

14 La Agencia Internacional de Energía alertó que «Si el mundo pretende cumplir el objetivo de limitación del aumento de la temperatura mundial a 2 °C, hasta 2050 no se podrá consumir más de un tercio de las reservas probadas de combustibles fósiles», con lo cual lanzó el enorme desafío al mundo que supone dejar bajo tierra dos terceras partes de estas reservas (2012, p. 4).

en palabras de Immanuel Wallerstein (1995)– que se definirá en los años venideros, dependiendo de una serie de factores que están en juego en el Gran Tablero Mundial.

La crisis energética tiene dos dimensiones: una interna y otra sistémica. La interna se refiere básicamente al problema del creciente desacoplamiento entre el consumo de energía, fundamentalmente combustibles fósiles, y la oferta de la misma, que bajo este patrón energético está teniendo problemas estructurales para responder a la demanda capitalista mundial, representando así una gran amenaza para el proceso de acumulación de capital que se había motorizado gracias al petróleo barato y accesible. La otra dimensión, la sistémica, se refiere a la forma en que esta crisis afecta al resto de las crisis –la ambiental, la alimentaria, la económico-financiera, e incluso la geocultural– y se vincula con todas las esferas e instancias de la sociedad capitalista a escala mundial (Mieres 1979, pp. 164-215).

El desajuste sistémico de los años setenta también trastocó los dispositivos de funcionamiento de la estructura energética mundial, lo cual unido a los límites materiales de las reservas de hidrocarburos –para el petróleo, el llamado *Peak oil*–, están haciendo más latente la creciente disfuncionalidad de este patrón energético. Sin otorgar centralidad al hecho de que las reservas de crudo han entrado en una fase de declive –por cada barril que se descubre en el mundo se consumen cuatro¹⁵ (cf. Bullón Miró 2005)–, las fuentes de hidrocarburos que quedan por explotar son cada vez más remotas, de alta dificultad y riesgo geológico para emprender procesos extractivos, por lo que además son ambientalmente más perjudiciales y económicamente más costosas. A esto debe sumársele el hecho de que la crisis capitalista global ha provocado una progresiva disminución relativa de las

15 No es posible conocer con exactitud la fecha del cenit de la producción mundial de petróleo. Sin embargo, las estimaciones más fiables lo sitúan en algún momento entre los años 2004 y 2010. Las referencias a las que hace Michael Klare rondan entre 2010 y 2015. Incluso, informes de Shell y Exxon Mobil de 2004, reflejan estimaciones que indican el cenit en algún momento de la década en curso. Algunos analistas hablan de que existe un límite práctico para la cantidad de barriles diarios que se podrán producir para el consumo mundial, el cual se sitúa en los 100 MM de barriles diarios, lo cual está muy por debajo de las proyecciones para las próximas décadas. Cf. Klare 2007, 15 de febrero; cf. Ballenilla 2004.

inversiones en exploración petrolera, lo que va en detrimento del desarrollo de nuevas fuentes y, por ende, del aumento de la oferta para que se corresponda con el de la creciente demanda.

El incremento progresivo de la brecha entre oferta y demanda está presionando a los precios del crudo constantemente al alza, lo cual repercute directa o indirectamente en el precio de prácticamente todas las mercancías mundiales, influyendo en los costos de producción, disparando la inflación e intensificando el grave problema de liquidez internacional y de la pirámide global de endeudamiento financiero acumulada, que afecta a todos los países del mundo, con diversos grados de severidad (Mieres 1979, p. 172; cf. Fernández Durán 2006). Esto representa una de las causas de las crisis alimentaria y económico-financiera, que en el marco de una crisis sistémica y de una gigantesca financiarización de todo ha llevado a que los precios del petróleo no sean únicamente determinados por la oferta y demanda real, sino también por la especulación no regulada en mercados futuros de petróleo, que se convierte en la parte más rentable de este negocio (Engdahl 2012, 16 de marzo, p. 2)¹⁶.

La necesidad de cada vez mayores sumas de dinero para financiar las nuevas y costosas inversiones de exploración y explotación requieren de un alto precio del petróleo. Y como ya expusimos, estos desacoplamientos no sólo afectan los costos de producción petrolera sino que suponen una disminución de la Tasa de Retorno Energética y, por ende, una intensificación de la externalización de costos hacia la naturaleza, tanto por las características de la estructura energética capitalista como por la situación de crisis sistémica. En cuanto a los costos de producción, es importante mencionar que la producción petrolera mundial ha estado prácticamente estancada desde 2004, a pesar de la constante alza de los precios del crudo (BP 2011, p. 8). El hecho de que la producción de petróleo esté dejando de ser elástica respecto al precio —el alza del precio suponía un alza de la producción— es reflejo de que existen factores de fondo que son disfuncionales para este patrón energético. Esta situación impulsa los procesos de recesión económica global, lo cual crea un círculo vicioso en el cual las actividades de exploración y explotación —e incluso refinación¹⁷— se

16 Engdahl explica que «Un 60% del precio petrolero se explica por la especulación de grandes bancos y fondos de inversión como los *hedge funds* (fondos de cobertura)» (íd.).

17 ¿Estamos en presencia de una caída en la capacidad mundial de refinación?

hacen cada vez más costosas y complicadas, lo que impide compensar las fuentes que actualmente están en uso y se encuentran en declive, siendo que el ritmo de la oferta se hace cada vez más lento ante el de la demanda. La Agencia Internacional de Energía advierte que

...si entre 2011 y 2015 las inversiones requeridas en la región de Oriente Medio y el Norte de África fueran un tercio inferiores a los 100.000 millones de dólares anuales requeridos, los consumidores podrían tener que hacer frente a corto plazo a precios de 150 dólares por barril de petróleo (Europa Press 2011, 9 de noviembre, s. p.).

Por otro lado, en lo referente al patrón energético y los límites del planeta hay una tendencia a la disminución de la brecha entre la cantidad de energía necesaria para producir nueva energía y la cantidad total de energía nueva que se produjo. Si cuesta más energía extraer el petróleo que aquella que al final se obtiene, se produce un déficit que haría que en teoría no valiera la pena hacerlo. Sin embargo, si existe un déficit ecológico/energético pero un superávit económico/financiero, lo que está ocurriendo es que se están externalizando los costos, y éstos se dirigen entonces a la naturaleza y a los pueblos y países pobres –en el marco de la colonialidad del poder¹⁸–. El patrón energético del capitalismo tardío, en especial el de la era neoliberal, no sólo reproduce los mecanismos que operan para el establecimiento de una crisis ambiental global, sino que amplifica las desigualdades sociales propias del moderno sistema-mundo. Las características del control centralizado y oligopólico mundial de la producción y administración de la energía, sean en los Estados o en las empresas

Parte de esto estaría asignado a la propia recesión global, que no puede mantener la creciente tasa de inversión en refinerías para la creciente demanda petrolera, que cada vez procesa más crudos no convencionales. Cf. *Petróleos de Venezuela, S. A. (Pdvs)* 2006, marzo.

18 La producción industrial petrolizada de alimentos es un buen ejemplo de esto: para transportar 1 caloría de lechuga a través del Atlántico son necesarias 127 calorías de energía (combustible de aviación); o bien 97 calorías de energía de transporte son necesarias para importar 1 caloría de espárrago por avión desde Chile (cf. Church 2005, 21 de abril). Si a esto se le suman las “unidades ambientales” –los bienes comunes para la vida– que se destruyen en los procesos de producción, transporte y consumo, las cuáles siempre han sido invisibilizadas en las cuentas de la producción capitalista –incluyendo claro está la industria petrolera–, se hace evidente la enorme incongruencia sistémica de este patrón energético de producción capitalista.

transnacionales, permite la gestión de la crisis orientando sus objetivos a la externalización de costos vía acumulación por desposesión. Por lo tanto, cuando nos referimos a estos desacoplamientos, hay que resaltar que son ellos producto primordialmente del consumo energético intensivo de una fracción de la población mundial, esto es, el de las clases medias y altas, alojadas primordialmente en los países del centro del sistema-mundo¹⁹.

En la dinámica de la puesta en marcha de estas “soluciones” que el capital globalizado ha implementado para la coyuntura de la crisis energética, se inscribe el auge de los crudos no convencionales como medida para mantener una menor descompensación entre la oferta y la demanda de combustibles fósiles, lo cual supone la apertura a una progresiva reestructuración del mercado energético, en el marco de la dinámica de la multipolaridad de nuestro sistema en crisis. Las proyecciones de aumento de la demanda de petróleo para el futuro²⁰, que estaría motorizada principalmente por los Brics –con China a la cabeza, segundo mayor consumidor de petróleo después de Estados Unidos desde 2003²¹–, presiona al mercado capitalista para suplirla por los medios que fuese necesaria, abriendo el camino a la ampliación de la explotación de crudos no convencionales y el consiguiente avance de la frontera petrolera, inscrito en la lógica de la desruralización del mundo.

La Agencia Internacional de Energía (*International Energy Agency*) afirmó a fines de 2012 que «El incremento neto de la producción mundial de petróleo se debe en su totalidad al petróleo no convencional» (2012, p. 5), mientras que la consultora Wood Mackenzie calcula que más de la mitad de las inversiones a largo plazo de las grandes transnacionales de la energía como Shell, Exxon Mobil

19 De las siete mil millones de personas que ya somos en la Tierra, 700 millones de personas son las responsables de 50% de las emisiones globales de CO₂, mientras que las tres mil millones de personas más pobres del mundo solamente emiten 6% del CO₂. Cf. Pacata, cit. por Assadourian 2010, 9 de noviembre.

20 Para el año 2035, la EIA proyecta que el consumo mundial llegará a 112,2 millones de barriles por día, la OPEP calcula 110 Mb/d para ese año, y la AIE predice unos 99 Mb/d. Cf. Energy Information Administration, U.S. 2011, pp. 1-2; cf. Organization of the Petroleum Exporting Countries 2011; cf. Europa Press 2011, 9 de noviembre.

21 Para el año 2000, China consumía 4.766.000 barriles de petróleo diarios, creciendo sostenidamente hasta llegar a los 9.057.000 en apenas diez años (2010) (BP 2011, p. 9).

Corp. y Chevron se están dirigiendo hacia la explotación de crudos bituminosos, gas licuado y perforado en aguas profundas y de mar adentro, así como gas de esquito o *shale gas*, lo que representa un cambio radical (cf. Chazan 2011, 21 de diciembre) que apunta a impactar de manera importante el curso de la crisis civilizatoria.

Esta situación ha abierto igualmente la posibilidad de modificar las relaciones geopolíticas de poder en términos de control y administración de las fuentes de energía. En un informe de la Fundación Heinrich Böll, se afirma que:

In the 1960s, IOCs (International Oil Companies) had access to around 85 percent of global oil reserves: today that has shrunk to only 6 percent. OPEC controls the vast majority of the world's remaining "easy" oil, which means the majority of future non-OPEC production growth will be in unconventional oil²² (2011, mayo, p. 4).

Esto implica que las grandes transnacionales petroleras occidentales (GTPO), impulsando la explotación de hidrocarburos no convencionales, intentan una reterritorialización de su poder ante los nacionalismos petroleros. Ha sido en gran parte gracias a los avances tecnológicos que se han abierto las posibilidades a las explotaciones de este tipo, y son las GTPO las que se han encargado de desarrollar estas tecnologías para el acceso a los crudos difíciles. Una estructuración para la explotación masiva de estos no convencionales, ubicados en buena parte en países occidentales como EE UU, Canadá o Australia, o bien administrados por empresas mixtas donde se ubican en posición privilegiada las GTPO, en una década pudiese hacer perder influencia a la Opep a manos de Occidente, lo que tendría una gran incidencia geopolítica (cf. Chazan 2011, 21 de diciembre)²³.

Los actuales proyectos de exploración y explotación de crudos no

22 «En los años sesenta, las Compañías Petroleras Internacionales tenían acceso a alrededor de 85% de las reservas globales de petróleo: hoy eso se ha reducido a sólo 6%. La OPEP controla la vasta mayoría del remanente mundial del petróleo 'fácil', lo cual significa que la mayor parte del crecimiento futuro de la producción No-OPEP será de petróleo no convencional».

23 La AIE proyecta a los Estados Unidos como el principal productor mundial de petróleo hacia la década de 2020 gracias a los "no convencionales", convirtiéndose prácticamente en autosuficiente en términos netos, lo que representa para esta agencia un "cambio espectacular" (ob. cit, p. 2).

convencionales, entre los que se incluyen las arenas bituminosas de Alberta en Canadá, los crudos extrapesados de África, los crudos de mar adentro y de gran profundidad en el Atlántico brasilero, el golfo de México y África, el petróleo pesado en la Amazonía Occidental, hasta la consideración de perforaciones en los océanos del Ártico, Antártida y Groenlandia; tienen a la faja del Orinoco en Venezuela como uno de sus principales proyectos, siendo en la actualidad la zona con la mayor concentración de petróleo de todo el mundo, y el bastión del desarrollo del gobierno bolivariano. Todos estos proyectos, en diferentes grados, conllevan muy altos costos económicos y sobre todo ambientales.

Para estas perforaciones profundas se requieren maquinarias especializadas, sofisticadas e inmensamente costosas²⁴, así como para el procesamiento de los crudos extrapesados y bituminosos se necesitan grandes procesos de mejoramiento. El nivel de devastación ambiental supera al estimado tradicionalmente para los crudos convencionales, no sólo en términos de grandes desastres, sino a lo largo de todo su proceso, pues son extracciones sumamente complejas en términos geológicos, sin contar con que emiten mayores cantidades de gases de efecto invernadero (GEI)²⁵.

Michael Klare, haciendo referencia al desastre petrolero del Deep-water Horizon en el golfo de México –segundo peor derrame de la historia–, afirma:

La explosión de Deepwater Horizon fue el resultado inevitable de un esfuerzo implacable por extraer petróleo de sitios cada vez más profundos y más peligrosos. De hecho, mientras la industria continué con su implacable e imprudente busca de “energía extrema” –petróleo, gas natural, carbón y uranio obtenidos de áreas geológica, ecológica y políticamente inseguras– más calamidades semejantes están destinadas a ocurrir (...) no importa cuán sofisticada sea la tecnología o escrupulosa

24 Por ejemplo, la plataforma petrolera “Pazflor”, inaugurada en 2011 frente a las costas de Angola por la compañía francesa Total, tuvo un costo nada más y nada menos que de nueve mil millones de euros para una producción de 200 mil b/d, evidencia del enorme nivel de costos de este tipo de explotaciones (cf. Total 2011).

25 Sobre los daños ambientales de las arenas bituminosas de Alberta en Canadá, véase Cardozo 2012. Sobre el agravamiento del calentamiento global a raíz del gas de esquisto, véase Leahy 2012, 27 de enero.

la supervisión (...) Eso garantiza el equivalente de dos, tres, cuatro, o más desastres del estilo del vertido del Golfo en nuestro futuro energético (2010, 27 de junio, s. p.).

Resulta muy preocupante que la tendencia de las “soluciones” a las crisis profundicen los desacoplamientos estructurales que hemos mencionado, lo que representa un avance hacia el precipicio. La propuesta de la “economía verde”, los mercados de carbono y los agrocombustibles²⁶, por citar algunos ejemplos, son los intentos para “verdificar” la acumulación de capital y así mantener lo más fluida posible la marcha hacia el desarrollo. La crisis ecológica global, junto a la crisis energética, supone entonces que los bienes comunes para la vida, las formas de energía y la capacidad para producir alimentos se encuentran en serio peligro, por lo que el control, manejo y/o administración de los mismos están en disputa como nunca antes en la historia de la humanidad. El *Informe Planeta Vivo 2008* nos plantea que

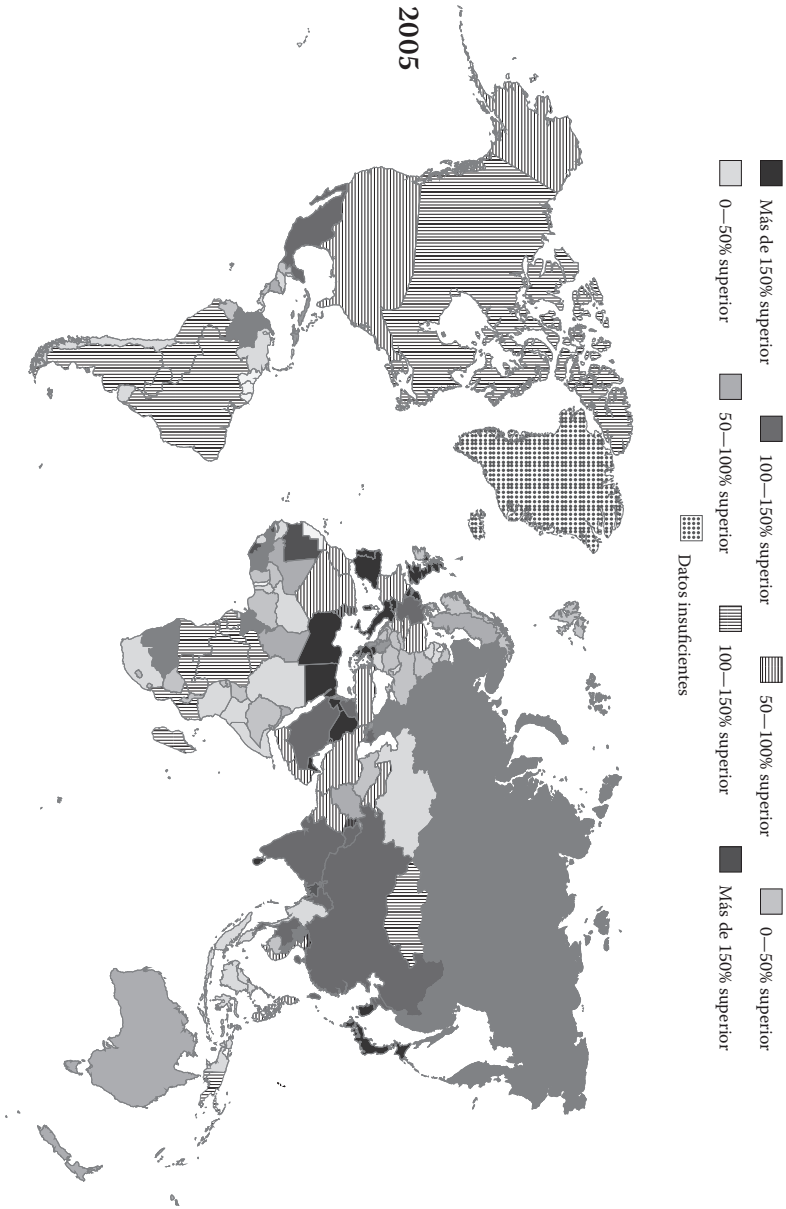
...más de tres cuartas partes de la población mundial vive en naciones que son deudores ecológicos –es decir su consumo nacional ha sobrepasado la biocapacidad de su país. Por lo tanto, la mayoría de nosotros basamos nuestros estilos de vida actuales, y nuestro crecimiento económico, en la extracción (y cada vez más en la extracción excesiva) del capital ecológico de otras partes del mundo (WWF, ZSL y GFN 2008, p. 1).

La geografía del capitalismo ha planteado la llamada “guerra por los recursos”, una disputa global que en el marco de la crisis civilizatoria se trata no sólo del dominio geopolítico, sino de la sobrevivencia. Ciertamente esta guerra se juega en el tradicional Gran Tablero de Ajedrez, pero como ya expusimos, es a la vez una guerra transnacionalizada, un régimen biopolítico, un despliegue de conflictos “ecoterritoriales” (Svampa, en Lang y Mokrani [comps.] 2011, pp. 185-216), expresiones del *nuevo imperialismo*.

Quien fuera secretario general de Naciones Unidas, Kofi Annan, afirmó en 2001 que «La competencia feroz por el agua puede volverse

26 Sobre la crítica a la llamada “economía verde”, véase Agencia Latinoamericana de Información (ALAI) (coord.) septiembre-octubre 2011. Sobre cómo operan los mercados de carbono como mecanismo neoliberal, véase Lohman 2009. Sobre los agrocombustibles, aquellos elaborados con alimentos, y su relación con la crisis alimentaria, véase Ribeiro 2007.

PAÍSES DEUDORES Y PAÍSES CON CRÉDITO ECOLÓGICO — 2005
Informe "Planeta Vivo" — WWF, 2008.



una fuente de conflictos y guerras en el futuro» (Batalla 2006, octubre, s. p.). Esta expresión refleja claramente todo lo expuesto hasta aquí, y se despliega en varios ámbitos de espacialidad, desde conflictos ecoterritoriales, como la “guerra del Agua” en Cochabamba en 2000, hasta estrategias de invasión militar, como en el caso de Libia y sus reservas acuíferas en 2011. Ambas, en escalas diferentes, comparten el hecho de que se inscriben en las estrategias geopolíticas de la acumulación por desposesión, circunscritas a las doctrinas bélicas de los grandes *lobbys* transnacionales y estatales. Nuevamente, el peso de EE UU, China y los Brics es determinante.

La dinámica de la “guerra por los recursos” está profundamente marcada por la agenda estadounidense, la cual a partir del atentado del 11 de septiembre de 2001 se ha basado en una política exterior muy agresiva, dadas las ingentes necesidades de petróleo de este país –importa más de lo que produce–, destinada a controlar los bienes comunes y mantener su hegemonía global en declive. Las derrotas militares estratégicas de los Estados Unidos en Irak y Afganistán, los nuevos balances de la geopolítica global, junto a sus crecientes limitaciones financieras, han obligado al presidente Barack Obama al replanteamiento de algunas definiciones respecto a la política exterior de “machismo ilimitado” de su antecesor George W. Bush –manteniendo su objetivo guerrerrista pero haciendo una modificación de la metodología de la guerra–: la denominada “Doctrina Obama”. Se trata de una estrategia militar flexible que se va amoldando a las nuevas circunstancias, con una fuerza armada más reducida pero tecnológicamente más avanzada, lo cual se enlaza con las formas de guerra transnacionalizadas establecidas como régimen biopolítico descritas anteriormente.

La importancia de diversificar las fuentes de energía para la política exterior estadounidense ha llevado a este país a trazar estrategias de posicionamiento no sólo en Medio Oriente, un foco fundamental de su política energética, sino también en Suramérica, la costa occidental de África y la cuenca del Mar Caspio. No obstante, dada la problemática coyuntura de crisis de la hegemonía estadounidense, la “Doctrina Obama” le otorga prioridad estratégica a la concentración de sus fuerzas en la región Asia-Pacífico

con el triple propósito de contener a China, fracturar a los Brics y seducir a India (cf. Jalife-Rahme 2012, 11 de enero)²⁷.

China también está buscando reposicionarse en pro del control y la administración de fuentes energéticas y bienes comunes, buscando a su vez diversificar, en la medida de lo posible, el suministro de petróleo de su dependencia con el Medio Oriente. De ahí que las compañías energéticas chinas tienen claros intereses en Sudán e Irán, lo cual ha creado tensiones con Estados Unidos en ambas áreas; ha establecido negociaciones con Arabia Saudita para obtener un acceso seguro a los suministros de petróleo de Oriente Próximo, así como también ha tratado de invertir en los yacimientos del Mar Caspio y ha competido con Japón por el acceso al petróleo ruso; ha destinado préstamos para desarrollos petroleros a sus vecinos de Asia Central y los productores de América Latina, entre ellos Venezuela; ha firmado acuerdos no sólo para la explotación de petróleo convencional sino también de los no convencionales, como las arenas bituminosas de Canadá y la faja del Orinoco venezolana; los acuerdos de extracción se han extendido a las áreas de gas, carbón, uranio y otros recursos naturales importantes también de Irak, Australia, Turkmenistán y Sudáfrica (Heinrich Böll Stiftung 2011, mayo, p. 20); y adicionalmente ha establecido acuerdos comerciales con países como Chile, Brasil, Indonesia, Malasia, Argentina y muchos otros más para importaciones agrícolas y madereras (Harvey 2007b, p. 147).

Las características de la crisis civilizatoria muestran que estos conflictos tienen una tendencia espacio-temporal de largo alcance. Y las crisis ambiental y energética globales no sólo son causales de éstos, sino que a su vez pueden ser detonadores de grandes escaladas bélicas. La lucha es global y transnacionalizada, pero tiene a su vez puntos críticos. Si bien podemos ver múltiples conflictos territoriales en todo el planeta atravesados por la lógica de la acumulación por desposesión, a su vez esta “guerra por los recursos” tiene nodos clave como Medio Oriente y Asia-Pacífico, los cuales tienen como uno de los pivotes principales a Irán –donde Siria es una fase estratégica–.

27 Este reposicionamiento de la política exterior estadounidense fue denominado como el «siglo del Pacífico Americano», según la ex secretaria de Estado de los EE UU, Hillary Clinton, sosteniendo que el «futuro de la política será decidido en Asia, no en Afganistán o en Iraq, y los Estados Unidos estará en el justo centro de la acción» (Clinton, cit. por Lander 2012, enero, p. 26).

Quien controle las fuentes de energía y los bienes comunes podrá controlar a sus oponentes.

América Latina y Venezuela: panoramas de crisis y contradicciones en el juego geopolítico de la acumulación por desposesión

Como hemos visto, en esta disputa global América Latina tiene también una significación geopolítica estratégica, tanto por sus grandes fuentes de “recursos naturales”, como por el papel de Brasil como una “potencia emergente”, sin dejar de resaltar los movimientos políticos alternativos que han surgido en la región, los cuales producen profundas contradicciones sociales, políticas y culturales. La región posee uno de los mayores reservorios naturales y energéticos del mundo, donde resaltan: a) tres grandes acuíferos, como lo son la cuenca del Amazonas, la cuenca del Marañón y el sistema acuífero Guaraní, siendo este último la reserva de agua subterránea más grande del mundo, que se extiende por Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay. Por el volumen de las reservas de estos acuíferos y su capacidad de reposición, América del Sur representa la principal reserva de agua dulce del planeta (cf. Bruckmann 2012, 14 de marzo); b) las reservas petroleras más grandes del mundo en la faja del Orinoco, en Venezuela, junto con unos cien mil millones de barriles en los yacimientos *off shore* de las cuencas del “Pre-sal” de Brasil, y las nada despreciables reservas de petróleo y gas de Colombia, Ecuador y Bolivia²⁸; c) Suramérica es la principal zona productora de agrocombustibles en el mundo, con Brasil produciendo 45% del etanol mundial, Argentina como primer productor global de aceite de soja y Colombia como el principal productor de aceite de palma africana en el continente, los cuales se utilizan para la producción de agro-diesel (cf. Sangronis Padrón 2011, 18 de febrero); d) grandes reservas de biogenética y la mayor producción de oxígeno del planeta en la Amazonía (Dieterich 2005, pp. 139-140); e) enormes reservas mineras, con recursos estratégicos como el litio –de gran capacidad de almacenamiento de energía–, donde Bolivia (que posee 50% de las reservas mundiales), Chile y Argentina concentran 85% de las reservas

28 Según la Red Oilwatch, en cuanto a la relación reservas-producción (R/P) América Latina está en el primer lugar de reservas mundiales de petróleo. Cf. Oilwatch Sudamérica 2011, 24 de noviembre.

globales (cf. *Clarín* 2011, 29 de junio), o el coltán –mineral por el que se han desatado guerras sangrientas en África debido al alto precio que se paga por éste–, hallado en Venezuela, con reservas que han sido calculadas por encima de los cien mil millones de dólares (cf. *Correo del Orinoco* 2010, 16 de marzo). Si a esto le sumamos que Venezuela también posee la tercera reserva de bauxita, la cuarta de oro, la sexta de gas natural, la décima reserva de hierro del mundo (cf. Zibechi 2012, 4 de mayo), junto con altos índices de biomasa, así como de estaño y tantalio, entre otros (Escobar Ramírez 2011, pp. 10-11), la importancia estratégica que cobra este país es sumamente elevada.

Los nuevos balances geopolíticos hacia un mundo multipolar y el actual auge de la demanda de materias primas no han supuesto una modificación fundamental de la división internacional del trabajo. Proporcional a la intensificación de la demanda global se ha reforzado el papel de surtidor de materias primas de América Latina, con una tendencia fuerte al extractivismo y la reprimarización de las economías: más de 97% del Producto Interno Bruto (PIB) de la región se produce en países exportadores netos de materias primas, de los cuales sólo siete aportan aproximadamente 85% del PIB regional (datos del Banco Mundial, en Sena-Fobomade 2010, s. p.).

El papel de los Brics, principalmente de China –y destacando a Brasil–, ha sido determinante en el crecimiento sostenido de las exportaciones y del PIB de los países latinoamericanos. Desde que China forma parte del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) en 2008, este país ha incrementado su intercambio comercial con naciones de América Latina y el Caribe en casi 16 veces desde hace diez años, alcanzando en 2011 los 188 mil millones de dólares –unos 77 mil millones de dólares sólo con Brasil, que tiene en China su principal socio comercial (Fundação Centro de Estudos do Comércio Exterior, cit. por Frayssinet 2012, febrero)–. En 2010, ya la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) pronosticaba que para 2015 el gigante asiático se convertiría en el mayor socio comercial de la región (cf. D’Almeida 2011, 22 de septiembre). Estas proyecciones se hacen evidentes en los préstamos que impulsa China para garantizar el flujo de materias primas desde Latinoamérica: según el centro estadounidense de análisis Dialogo Interamericano, China otorgó créditos por 37 mil millones de dólares a América Latina en 2010, superando a la sumatoria de lo que prestaron el Banco Mundial, el Banco Interamericano de

Desarrollo (BID) y el Banco de Exportaciones e Importaciones de Estados Unidos. Casi la totalidad de esos montos se dirigieron a Venezuela, Brasil, Argentina y Ecuador, para el financiamiento de la infraestructura necesaria para los proyectos de producción (cf. Frayssinet 2012, febrero).

Por su parte, el rol geopolítico asumido por Brasil en América Latina será trascendental en los procesos de acumulación por desposesión, pues no sólo representa un objetivo estratégico/territorial en la “guerra por los recursos”, sino que a su vez es un protagonista activo de estos reacomodos hegemónicos en la región. El proceso de transnacionalización del capital de las grandes compañías brasileras desarrollado desde los años setenta se ha expandido al punto que el gobierno brasiler impulsa y fortalece a dichas compañías para que actúen como multinacionales regionales, y así puedan controlar mercados latinoamericanos y fuentes de recursos naturales de esos países (cf. Sena-Fobomade 2012, 21 de febrero).

Basta ver el papel que está fungiendo el Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social de Brasil (Bndes) para impulsar la expansión de dichas transnacionales sobre sus intereses estratégicos: entre 2001 y 2010, los financiamientos de este banco de desarrollo orientados a construcciones brasileras en el exterior crecieron vertiginosamente 560%, pasando de 194,5 millones a 1,3 billones de dólares. Para el caso de América Latina, los préstamos del Bndes se multiplicaron por siete en casi una década, 80% para infraestructura –con una fuerte orientación hacia centrales hidroeléctricas– y 20% para importación/exportación de productos brasileros (id.)²⁹.

De ahí que Brasil sea el principal interesado en la integración regional latinoamericana, la cual se configuraría en torno a su poderío económico. Esta potencia emergente es quien coordina el Consejo Suramericano de Infraestructura y Planificación (Cosiplan) de la Unión de Naciones de América del Sur (Unasur), que ha

29 En la actualidad, las multinacionales Odebrecht, Andrade Gutierrez, Queiroz Galvão, OAS y Camargo Corrêa construyen en por lo menos 16 países de América Latina. Por ejemplo, las organizaciones sociales de la “Plataforma Bndes” dan cuenta del vínculo entre este banco de desarrollo y el conflicto que se generó en Bolivia en el Territorio Indígena y Parque Nacional Isiboro Secure (Tipnis). Véase Plataforma Bndes 2011, 29 de septiembre.

reimpulsado los proyectos de la antigua Iniciativa para la Integración Regional Sudamericana (Iirsa)³⁰, aprobando en febrero de 2012 un programa de inversiones para la ejecución de 31 proyectos de infraestructura en los próximos diez años, con una inversión estimada de 16 mil millones de dólares, siendo el principal financiador de estos proyectos el Bndes de Brasil (íd.).

El avance de los Brics en América Latina plantea a los Estados Unidos la necesidad de una estrategia de posicionamiento y despliegue territorial. De ahí que exista de hecho una

...correspondencia entre la ubicación de los yacimientos de los combustibles fósiles, las fuentes de agua, los bancos genéticos de bosques y arrecifes de corales, los ejes de desarrollo, aeropuertos, vías y puertos multimodales con las bases militares y líneas de desplazamiento militar del Comando Sur de los Estados Unidos (Portillo 2004, abril, s. p.).

Esta estrategia sirve tanto de plataforma de infiltración territorial como para facilitar tentativas de intervención directa, y se basa en un esquema militar/policial, el cual no sólo es realizado por medio de un ejército sino de paramilitares, compañías militares y de seguridad privadas, que buscan “resguardar” las zonas estratégicas de recursos naturales (Azzellini 2009).

Vemos, pues, cómo se manifiestan los diversos mecanismos de la acumulación por desposesión que hemos descrito al inicio del capítulo, en las formas de posicionamiento geopolítico y territorial en nuestra región. Este accionar neoimperialista se reproduce junto con diversas expresiones de resistencia locales ante el avance neoliberal que van desde una serie de movimientos sociales y organizaciones populares que se oponen a estos mecanismos de acumulación capitalista territoriales, hasta la aparición de los llamados “gobiernos progresistas” que han supuesto una compleja alianza entre Estados y pueblos, no carente de profundas contradicciones.

30 La Iirsa es una iniciativa que surge en el año 2000, a partir de la propuesta que el BID y la CAF llevaron a la reunión de presidentes de Suramérica, realizada en Brasilia ese mismo año, y aprobada (inconsultamente con sus pueblos) por los doce mandatarios regionales. Su fin es impulsar una integración física por medio de la puesta en marcha de proyectos de infraestructura que impulse nuevas estrategias de desarrollo. Cf. Iniciativa para la Integración de la Infraestructura de la Región Suramericana (IIRSA) 2012.

A rasgos generales, las contradicciones manifiestas en estas alianzas popular-nacionales latinoamericanas de tendencias progresistas expresan la coexistencia de reivindicaciones e inclusiones sociales históricas simbólicas y materiales, una postura ideológica explícitamente antineoliberal, un discurso de independencia en la política exterior y una fuerte crítica al imperialismo estadounidense, junto con una agenda orientada a la modernización, un estilo de desarrollo basado en la apropiación de la naturaleza y a altos niveles de inversión enfocado en el mercado capitalista global, lo cual fortalece estructuras productivas escasamente diversificadas (cf. Petras 2012) y muy dependientes de la dinámica de la economía-mundo globalizada. Lo que se ha denominado como un *neo-extractivismo* progresista implica un Estado más activo y de mayor alcance que intensifica su papel extractivo para la exportación y que logra una mayor legitimación social por medio de la redistribución de los excedentes generados por la renta de estas materias, aunque se repiten los impactos sociales y ambientales negativos propios de estos esquemas (Gudynas 2009, p. 188).

De esta forma, y en el marco de la lógica del mercado mundial y de la crisis civilizatoria, los gobiernos progresistas están inmersos en una dinámica de grandes tensiones sistémicas, en las que han optado cada vez más por la profundización de la explotación de los sectores primarios convencionales, promoviendo a su vez la apertura hacia nuevos sectores extractivos. Dicha política, al generar contradicciones socioambientales, exige reacomodos por parte del Estado para permitir y fomentar el auge extractivista, mediante la firma de proyectos de explotación de recursos en la forma de “riesgos compartidos”; la promulgación de leyes para enmarcar estas actividades en un cuadro “legal”, o bien la derogación de las mismas –como la reforma del Código Forestal en Brasil, que desregula la protección ambiental de la Amazonía, y que fuera parcialmente vetada por la presidente Dilma Rousseff a finales de mayo de 2012–; y/o regulando y controlando a los movimientos sociales que puedan resistirse a este tipo de actividad.

A pesar de la estatalización de los movimientos populares y la cooptación social posibilitada en buena medida por los propios procesos redistributivos de la renta de las exportaciones, la presión ejercida por los flujos de capital hacia espacios naturales que no habían sido incorporados (colonizados) a la dinámica extractiva de la

expansión capitalista, y el consiguiente desplazamiento y afectación de los sujetos y pueblos “no-incluidos” en el moderno proceso de producción y consumo global, como son principalmente las comunidades indígenas y campesinas, han generado importantes niveles de conflictividad en toda la región, que giran primordialmente en torno a la minería, sin dejar de lado las explotaciones petroleras, el agronegocio y la instalación de represas hidroeléctricas, entre otras.

Latinoamérica es el primer destino de las inversiones mineras en el mundo: 38% de la prospección minera mundial total y 27% de la prospección de oro tiene lugar en Suramérica, donde destacan Chile, Perú, Brasil, Colombia, México y Argentina –en 2003 era apenas 10% de las inversiones mundiales– (cf. Zibechi 2012; cf. Rodríguez 2012), con facilidades y ventajas para las transnacionales explotadoras de estos recursos. Los conflictos sociales desencadenados por el extractivismo –resaltando la megaminería–, están presentes prácticamente en todos los países latinoamericanos, incluyendo todos los denominados como “progresistas”: según el Observatorio de Conflictos Mineros de América Latina (Ocmal) existen actualmente 120 conflictos activos en toda la región relacionados con este tipo de actividad, que involucran a más de 150 comunidades afectadas (Svampa 2012, marzo, p. 6)³¹. Esta tensión por un lado, entre el extractivismo, el desarrollo y el capital, y por el otro, la emancipación social y la justicia ambiental, se hace extensiva a toda la región y se inserta en la dinámica de la “Guerra Mundial” que supone la acumulación por desposesión en la globalización neoliberal.

En el caso de Venezuela existe una coyuntura atravesada por estas tensiones y contradicciones sistémicas y regionales, pero profundamente marcada por su condición particular de ser un país petrolero y vivir un proceso histórico-político como lo es el establecimiento de la Revolución Bolivariana, nacida bajo el liderazgo del presidente Hugo Chávez, la cual ha modificado e impactado tanto el imaginario social nacional como el entramado de las relaciones de poder en el país, siendo una notable influencia para el resto de Latinoamérica. El curso de la acumulación de capital en Venezuela desde la llegada de la Revolución Bolivariana ha estado determinado primordialmente

31 Véase el mapa de conflictos sociales y ambientales en América Latina elaborado por el Programa Democracia y Transformación Global, disponible en <http://forajidosdelanetwar.blogspot.com/2011/12/cartografia-colectiva-de-las-luchas-de.html>

tanto por las políticas nacionalistas del gobierno bolivariano como por las condiciones del mercado energético mundial que expusimos anteriormente, lo que provocó una reestructuración y redistribución del poder político y de los procesos de concentración del capital nacional. Esta nueva cartografía del poder en Venezuela se basa en un capitalismo petrolero de Estado, que opera sobre la redistribución de la elevada renta extractivista, vía control estatal de algunas empresas estratégicas, del crédito y de la banca pública, y de la expropiación de tierras e inmuebles, que nuevamente se redistribuyen en menor proporción hacia mecanismos de asistencia e inclusión social como las misiones, redes de distribución de alimentos, cooperativas y consejos comunales, entre otros, siendo ésta la base material de la alianza nacional popular entre el Estado Bolivariano y el “pueblo”.

El resultado de este proceso es un reordenamiento y redimensionamiento de la lucha social en el país, donde aparecen: a) el fallecido presidente Chávez como representación simbólica de un proceso político y de una alianza Estado-pueblo. El fin de su presencia en la dirección de la Revolución Bolivariana genera altos niveles de incertidumbre en el país y abre el camino para la formación de nuevas correlaciones de fuerza; b) una clase gobernante de la cual surgió una *burguesía corporativa* (cf. Denis 2011) fusionada al mando estatal y principalmente al sector militar, que expresa las contradicciones a lo interno de la alianza chavista y que en términos de hegemonía es dependiente de la figura-símbolo del desaparecido presidente Chávez. Persigue el monopolio del control de la renta petrolera y sus cadenas económicas, y a medida que crece en poder debilita al resto de los factores sociales en disputa; c) la vieja burguesía tradicional/colonial que ha establecido su poder sobre las históricas jerarquías de clase y raza, y que desde tendencias derechistas persigue derribar los obstáculos para el despliegue de la acumulación por desposesión y la restauración neoliberal, en alianza con el bloque occidental; d) los sujetos nacionales, sea en sus formas organizadas, grupos locales dominantes o la ciudadanía en general, que en un contexto de la polarización política partidista se encuentran en un proceso de relativa desmovilización y pérdida de la efervescencia popular en comparación con los primeros años de la Revolución Bolivariana, y que establecen una relación contradictoria con el Estado, en términos de autonomía/cooptación, oposición/apoyo; y e) los actores transnacionales descritos a lo largo de este capítulo.

Este escenario de lucha nacional, muy determinado por nuestra propia estructura económica, es sumamente sensible a las condiciones materiales de la crisis sistémica, tal y como la crisis económico-financiera y la demanda energética, el precio internacional del barril del crudo –que cerró en 2012 con un promedio de US\$ 103,46 (cf. AVN 2012, 29 de diciembre)–, el cual tiene una alta correlación con la capacidad de gasto público y de endeudamiento del gobierno, y que constituye la base financiera para materializar las reivindicaciones de la Revolución Bolivariana, evidenciando los niveles de dependencia y asimetría de la lógica de la globalización capitalista.

La tendencia global a la acumulación por desposesión presiona para someter a los factores nacionales y/o territoriales a su lógica, y los gobiernos “progresistas” han surgido básicamente como una respuesta ante la arremetida neoliberal en la región, expresada originariamente en el rechazo popular a este proyecto geopolítico. Pero hemos dicho que el neoliberalismo no es sólo un proyecto ubicable en un programa de gobierno, en un paquete de medidas impuestas por el Fondo Monetario Internacional (FMI) o en una serie de libros sobre el tema: la acumulación por desposesión, motor del proyecto geopolítico neoliberal, tiene un carácter también movable, flexible, híbrido y escurridizo, pudiendo coexistir con formas de control estatal. Esto nos lleva a romper con la falsa oposición purista Estado-neoliberalismo, y con más precisión, con la dicotomía Estado neoliberal-Estado progresista, que no da cuenta ni de las formas híbridas de la acumulación de capital, ni de las estructuraciones moleculares que configuran las condiciones para la acumulación por desposesión.

No se trata de afirmar, tal y como hace Raul Zibechi, que el extractivismo actual en América Latina es una segunda etapa neoliberal (cf. 2011, 21 de junio). Sin embargo, deslindar el neoextractivismo progresista del neoliberalismo es un error de análisis. Eduardo Gudynas sostiene:

Es importante comprender que el neo-extractivismo no puede ser entendido como una estrategia neoliberal, similar a las observadas en las décadas anteriores, pero tampoco puede ser interpretado como una promisorio alternativa, que mecánicamente mejora la calidad de vida y la autonomía ciudadana (...) Es cierto que esta revisión indica que bajo el neo-extractivismo persisten muchos impactos, especialmente en

aspectos sociales y ambientales. Pero a pesar de esto, no puede sostenerse que éste represente en realidad un neoliberalismo o un “capitalismo salvaje”. Independientemente de los resultados prácticos de las acciones gubernamentales, se debe reconocer que *el conjunto de ideas y conceptos que sustenta el neo-extractivismo, es otro* (2009, p. 222; subrayado nuestro).

Lo afirmado por Gudynas nos muestra precisamente la dificultad que existe para plantear el neoextractivismo como un esquema neoliberal, pero al expresar que el «neo-extractivismo es funcional a la globalización comercial-financiera y mantiene la inserción internacional subordinada de América del Sur» (ibíd., p. 198), hace evidente cómo los mecanismos de la acumulación por desposesión se entrecruzan tanto en la práctica estatal como en la colonización territorial y subjetiva. Por lo tanto, necesitamos comprender el carácter complejo, diverso e híbrido –e incluso diríamos *sui generis*– de los mecanismos de acumulación que operan en los Estados progresistas; de cómo la lógica estatal, en sus diversos niveles, se inserta en un espacio de geometría variable (Svampa, en Lang y Mokrani [comps.] 2011, pp. 200-201); en fin, necesitamos detectar los procesos moleculares de la acumulación por desposesión y la compleja, parcial, híbrida y contradictoria articulación entre estos mecanismos neoliberales y los neoextractivismos progresistas latinoamericanos.

Hemos intentado mostrar los factores condicionantes de la geopolítica del desarrollo y la coyuntura global que rodea los proyectos nacionales de gobierno en América Latina, y con mayor precisión, de Venezuela. Creemos que es fundamental, en el marco de una polarización nacional que ha determinado de manera reduccionista y maniquea los enfoques y debates políticos nacionales, mostrar las contradicciones, complejidades y tendencias histórico-geográficas del proceso social de la Revolución Bolivariana, y el contexto discursivo de la noción/paradigma del desarrollo, de manera de hacer una lectura más clara de las expresiones y prácticas políticas del gobierno bolivariano de Venezuela.

Capítulo 2

Historia decolonial del desarrollo en Venezuela: discurso, soberanía y control de la naturaleza

Así pues, dado el nivel cultural en el que se halla todavía el género humano, la guerra constituye un medio indispensable para seguir haciendo avanzar la cultura; y sólo después de haberse consumado una cultura –sabe Dios cuándo– podría sernos provechosa una paz perpetua, que además sólo sería posible en virtud de aquella

Immanuel Kant

Formémonos una patria a toda costa y todo lo demás será tolerable

Simón Bolívar

Y luego fuimos al Fondo Monetario Internacional, a sabiendas de que representa unas políticas, pero que no son las políticas de un directorio, de una institución europea (...) que es la política de todos los países en desarrollo (...) Hoy tenemos que lamentar varias decenas de muertos (...) Al decirles que hemos tenido que asumir esta dura responsabilidad de suspender las garantías en el país, lo hacemos en su beneficio. Y al propio tiempo decirles que estas medidas duras en el campo económico que estamos haciendo, lo hacemos en su beneficio

Carlos Andrés Pérez, alocución televisiva del 28 de febrero de 1989

El discurso del desarrollo es un discurso plenamente establecido en el imaginario del sujeto moderno, y que se ha globalizado de la mano del despliegue espacial del capital en la mundialización. Sin embargo, no debe sorprendernos el inmenso poder de legitimidad

y aceptación que ha tenido esta concepción en el sistema-mundo, debido a que constituye una continuación de algo que ya estaba instituido en el patrón de conocimiento moderno hegemónico: la misión civilizatoria, colonial y eurocéntrica de Occidente orientada a su alteridad “negativa”. Esto supone que si bien el desarrollo es un término contemporáneo –predominante desde el período de la segunda posguerra (1945+)–, a la vez es índice de una discursividad histórica que ha establecido un campo de representaciones, una cartografía social y geográfica que determina las identidades, la soberanía³² y el control del espacio y la naturaleza.

Es por ello que para comprender cómo opera este poderoso discurso se debe volver la mirada al proceso de colonización y constitución de la modernidad y el capitalismo, para poder trazar claramente cuáles son los pilares histórico-estructurales del desarrollo, y cómo dichos pilares se despliegan espacio-temporalmente hasta el capitalismo tardío de la posguerra.

El proyecto histórico de la nación venezolana está estructurado sobre la misma matriz epistemológica de la que la idea del desarrollo es un significante fundamental. En cada período histórico del moderno sistema-mundo desde el siglo XVI, se ha establecido un campo de representaciones jerarquizado donde el sujeto no-occidental, objetivo de la misión civilizatoria, pasaba de ser un “infiel” a ser catalogado como un “salvaje”, luego un “nativo”, hasta pasar a la noción contemporánea del “subdesarrollado” (Escobar 2007, p. 23). Todo bajo un esquema social de poder universalizante al mismo tiempo que polarizante, *arborífero* y emanantista, que define su proyecto en la construcción del Estado-nación moderno y la institucionalización de la “soberanía nacional”, los cuales constituyen y se articulan a la economía-mundo capitalista y la división internacional del trabajo y, por ende, al extractivismo.

32 Entendemos soberanía en este trabajo, no desde el punto de vista más tradicional como el derecho que tiene el pueblo de elegir a sus gobernantes, sino como una cartografía de relaciones de poder social y territorial que se define desde la inmanencia, por lo que proponemos un concepto construido ontológicamente, que no represente únicamente al Pueblo, la Nación y el Estado desde una perspectiva estructuralista y trascendental, sino que también refleje su carácter molecular, extensivo y sistémico, evidenciando cómo las fuerzas vivas, como son los sujetos y la naturaleza/territorio, son los elementos constitutivos de la soberanía.

Así pues, veremos simultáneamente al desarrollo en tres ámbitos estrechamente relacionados: a) como discurso y correlato civilizatorio/colonial, b) como proyecto en el marco de la “Soberanía Nacional”, y c) como proyecto neocolonial del capital. Hemos presentado una periodificación para hacer visible no sólo las lógicas históricas imperantes que marcan la dinámica social y geográfica en un espacio-tiempo determinado, sino para mostrar los procesos claves y fundamentales del patrón de poder colonial que produce y sirve de campo para la representación del discurso del desarrollo en Venezuela.

La promesa de “El Dorado” y la constitución de la soberanía y el espacio colonial: de la Conquista a los procesos preindependentistas (1492-1810)

Si como afirmamos en el capítulo 1, los rasgos de la acumulación originaria no son únicamente elementos fundacionales del capitalismo histórico, sino constitutivos de su lógica y funcionamiento, el desarrollo es el mecanismo contemporáneo para la acumulación por desposesión, iniciada desde el periodo de Conquista y colonización de América a finales del siglo xv. Este proceso histórico configura un nuevo patrón de poder sobre la base de la ruptura violenta, disolución o asimilación de las formas de organización social y cosmovisiones de los pueblos indígenas originarios americanos que, a pesar de su gran diversidad cultural, compartían una cosmovisión de estrecha simbiosis con su entorno natural (Beltrán Acosta 2009, pp. 152-153) —como por ejemplo la idea de la «Pachamama» para los kichwas y aymaras—. La tendencia a anular o subsumir a otras culturas expresa el carácter monocultural de este patrón moderno/colonial que se expandió de la mano del capital hasta llegar a la globalización del desarrollo.

El control de las «nuevas tierras», marcado por el despojo, saqueo, explotación y genocidio de millones de indígenas, impulsaría la hegemonía de la corona española y de la Iglesia católica en las zonas ocupadas, y el progresivo proceso de acumulación originaria que llevaría a Europa a la configuración de las modernas formas capitalistas de producción. Esto provocó la constitución de un esquema de poder fundamentado en la cosmovisión europea judeo-cristiana, una

soberanía colonial y un ordenamiento espacial subordinado al comercio capitalista, que aún en la actualidad, a pesar de sus mutaciones, forman los pilares fundamentales del moderno sistema-mundo.

La cosmovisión etnocéntrica “europea”, basada en su origen en la religión católica, pero que se nutría de la lógica aristotélica, así como de las creencias mitológicas europeas sobre pueblos y hombres antropófagos, y mujeres amazonas, determinaba clases de sujetos y sus funciones sociales correspondientes, dependiendo de su “calidad”: el régimen de soberanía colonial establecía entonces, por un lado un mapa social determinado por una división racial del trabajo, y por el otro un esquema de poder piramidal nominalmente centralizado en torno a la corona y la Iglesia católica, pero que se articulaba con una serie de iniciativas privadas desarrolladas localmente bajo su amparo, aunque no sin algunas contradicciones.

La alteridad no-“europea” –no-blanca, no-católica– era entonces la negatividad del conquistador. Se le adjudicaba al indígena la condición de “bárbaro”, “profano” y “privado de cultura”, requiriendo éste de la “salvación” y domesticación por parte del colonizador español –la “misión civilizatoria”–, lo que construyó un tipo de relaciones sociales jerarquizadas de servidumbre y/o de explotación a partir de la idea de “raza” (cf. Quijano, en Lander [comp.] 2000), en correspondencia con las funciones subalternas del proceso de producción mercantilista³³. La corona española, desde su esquema formal de mando centralizado, con distensiones territoriales, establecía pues un orden social, una serie de instituciones y leyes, y una estructura económica junto a un ordenamiento territorial que responde a la geografía del capitalismo moderno.

Bajo esta dinámica de dominación, el impulso de la ocupación territorial de América estuvo profundamente atravesado por el mito de «El Dorado». Las historias antiguas acerca de tesoros escondidos, entre las que destaca el libro de caballería que narra las aventuras

33 Wallerstein es claro, al referirse al objetivo central del racismo en la economía-mundo capitalista: «El propósito del racismo no es excluir a la gente, mucho menos exterminarla. El propósito del racismo es mantener a la gente dentro del sistema, pero como inferiores (*Untermenschen*) a los que se puede explotar económicamente y usar como chivos expiatorios políticos (...) Desde (Bartolomé) De las Casas hemos construido una economía-mundo capitalista, la que más adelante se expandió para abarcar al mundo entero y que siempre y en todo momento ha justificado sus jerarquías sobre la base del racismo» (2007 pp. 72-73, 78).

de Amadís de Gaula, o la del reino dorado de Ofir que Colón buscaba, abonaban el terreno para la construcción de mitificaciones que emergerían a partir de los primeros contactos iberoamericanos. En efecto, este mito era alimentado tanto por los relatos de hallazgos de ciudades con grandes tesoros –como el caso a partir de 1521 de Hernán Cortés y la floreciente capital del imperio azteca Tenochtitlan–, como por la obtención concreta de piezas de oro y joyas, las cuales eran enviadas a la península, constituyendo una aparente prueba de la veracidad de este ideal (Rey González s. f., p. 40), lo cual representó el incentivo básico tanto para las penetraciones territoriales a tierras venezolanas de los Welsers a partir de 1528, como las que en las décadas de 1540, 1550 y 1560 se realizaron desde La Asunción y Cumaná hacia la Guayana y los Llanos (Beroes, en Carrera Damas [coord.] 2008, p. 28).

Lo resaltante del mito de «El Dorado» es que se trata de un imaginario de “riqueza” relacionado con un tipo de construcción social del valor profundamente colonial y eurocentrado, concebido bajo una lógica civilizatoria y necesariamente vinculado con el despojo de pueblos llamados “bárbaros”. Se trata en sí de una promesa obsesionante, que no termina de hacerse realidad entre fracaso y fracaso, quedando así básicamente una terca fe en un futuro mitificado, la esperanza de un mundo de amplias e infinitas riquezas. Esta promesa constituye un poderoso mecanismo de incentivo y justificación de la gestión política del presente. Los imaginarios e ilusiones de “riqueza” de nuestros países latinoamericanos, están contruidos en buena medida por las bases semánticas y las reconfiguraciones históricas del mito de «El Dorado». Se trata de un sustento narrativo del discurso contemporáneo del desarrollo.

De esta forma, América era representada como un “espacio vacío”, sin civilizaciones y sin cultura. La soberanía colonial concebía y proyectaba entonces un tipo de ocupación y configuración espacial basada en la desposesión de las tierras de sus originarios en nombre de la “misión civilizatoria”.

El *Requerimiento* de Palacios Rubios de 1513, documento leído por los conquistadores previo a la ocupación territorial, es el emblema de un tipo de patrón ideológico que acompañará al proceso de acumulación capitalista a lo largo de la expansión de la modernidad hasta nuestros días. Es la expresión de cómo se articula la división racial con el control espacial, el patrón biopolítico con el patrón

de conocimiento colonial, de cómo se delimitaba el derecho en la soberanía colonial y cómo la *misión civilizatoria* justifica la “guerra justa”³⁴.

Este proceso apuntaba al establecimiento de una especie de régimen de propiedad adjudicado a la identidad europea y configuró progresivamente el ordenamiento territorial de ciudades y campos. El reparto de la «encomienda de indios», iniciado en Venezuela a partir de 1545 con base en la participación y méritos de los expedicionarios, aunque formalmente no implicaba propiedad, fue una de las principales formas de apropiación de la tierra y la mano de obra indígena, y constituyó la base de un proceso de acumulación económica y de poder local que generó una clase de encomendados que tendrían peso en la vida política colonial, y que funcionarían como posibles futuros grandes propietarios, los “Vecinos”, pobladores por excelencia y portadores de derecho en la soberanía colonial. El posterior proceso de expansión de la base agropecuaria estaría condicionado por la disponibilidad de “mano de obra” barata y abundante, en primera instancia dirigida hacia la tenencia de la fuerza de trabajo indígena, y posteriormente de los negros esclavos traídos de África, factores que, además, sólo eran accesibles en estas dimensiones por un grupo reducido de la población blanca hispana (Ríos de Hernández, en Carrera Damas [coord.] 2008, pp. 64-70). Existe, de esta forma, una clara relación entre la “raza” y la posesión, entre la génesis de la propiedad privada de la tierra (cf. Vivas 1993) y los fundamentos de las futuras relaciones de producción colonialistas basadas en el latifundio³⁵.

34 En este documento se anunciaba que «sus Altezas son Reyes y Sres. de estas Islas y tierras firmes» y que la nueva ocupación debía ser recibida de «buena voluntad y sin ninguna resistencia». Las consecuencias de no aceptar las condiciones coloniales se establecían: «...certificoos que con la ayuda de Dios yo entraré poderosamente contra vosotros y os haré guerra por todas las partes y maneras que yo pudiere, y os sujetaré al yugo y obediencia de la Iglesia y de Su Majestad, y tomaré vuestras mujeres e hijos y los haré esclavos y como tales los venderé de ellos como su Majestad mandare y os tomaré vuestros vienes y os haré todos los males y daños que pudieres como a vasallos que no obedecen ni quieren recibir a su señor y le resisten y contradicen, y protesto que las muertes y daños que de ella se recrecieren sea a vuestra culpa, y no de Su Majestad, ni mía» (Santos [comp.] 1966, p. 28).

35 Sobre esto Marx es muy claro: «...el dominio de la propiedad privada comienza con la propiedad de la tierra: ella es su base» (s. f., p. 58).

La proyección mundial de este esquema que se expande geográficamente conformando la economía-mundo capitalista y que opera sobre la división internacional del trabajo, se fundamenta no sólo en un dominio socio-racial sobre el “salvaje-pagano”, sino también en un afán de control, domesticación y administración de la naturaleza y su condición “salvaje” e irracional. De ahí que Fernando Coronil afirme que

La división del trabajo, por tanto, afecta a todo el espacio, no sólo al “espacio de trabajo” no sólo a la fábrica. Lo que puede llamarse la división internacional de la naturaleza constituye la base material de la división internacional del trabajo: son dos dimensiones de un proceso unitario (2002, p. 33).

Esta concepción y significación del espacio/naturaleza es constitutiva del patrón de conocimiento moderno/colonial y tiene sus raíces en la cosmovisión cristiana, a partir de la cual Dios otorga al “hombre” el derecho superior a servirse de la naturaleza, hasta su posterior reconfiguración secular y racionalizada que comienza a desarrollarse con la ruptura ontológica entre cuerpo y mente, entre razón y mundo, propia del pensamiento de René Descartes, en pleno proceso histórico de acumulación originaria, lo cual produjo un desdoblamiento del sujeto respecto a su entorno natural, una escisión entre lo humano y la naturaleza (cf. Lander [comp.] 2000).

En el acto fundacional de ocupación territorial, el conquistador perfeccionaba el “diseño” divino que le permitía acceder a esas tierras “vacías” por medio de un acto simbólico: arrancaba unos puñados de hierba, daba con su espada tres golpes sobre la tierra y, finalmente, retaba a duelo a quien se opusiera al acto de fundación (Romero 2010, p. 61). De esta manera la concepción patriarcal se imponía sobre la naturaleza: un espacio pasivo y feminizado que el ego europeo domina con su puño, mientras somete a los sujetos “naturalizados” con su espada. La progresiva complejización de la producción capitalista va a llevar a que tal dominación sea cada vez más masiva y sofisticada –de la extracción de ese puñado de hierba por el conquistador al extractivismo neocolonial contemporáneo.

De esta forma se crea el mundo como un sistema. “América” y “Europa” antes que entidades geográficas son ordenamientos espaciales y construcciones discursivas e identitarias creadas la una de

la otra, de manera asimétrica en la relación colonial constitutiva del sistema-mundo moderno³⁶. Venezuela se va constituyendo a partir de un patrón de organización socioterritorial determinado por el predominio de una economía de puertos de carácter extractiva. A comienzos del siglo xvi, a partir de Coro se ocuparon los valles intramontanos y llanuras costeras del norte del país –con El Tocuyo (1545) y Caracas (1567) como núcleos expansivos fundamentales–, favoreciendo el comercio marítimo, y a finales del mismo siglo se iniciaba la ocupación del *hinterland* hacia el sureste del río Orinoco, la “Guayana Española”, que posteriormente abriría el camino a la colonización de los llanos suroccidentales (De Lisio 2005, pp. 5-6; Ríos de Hernández, en Carrera Damas [coord.] 2008, pp. 57-58).

El sueño extractivo de “El Dorado” no se pudo cumplir debido a que las materias como el oro eran escasas en estas tierras, mientras que los conquistadores se quejaban de que los indígenas eran muy “primitivos” (en tanto que se regían por un culto al ocio y al trabajo para lo necesario) y no tenían nada que ofrecer (cf. Konetzke 2001). La creación de “Venezuela” como geografía inserta en la dinámica de la división internacional del trabajo construye pues, como índice de su espacialidad colonial, una identidad dependiente que tiene tanto proyección subjetiva como geográfica, y que varía en orden de importancia en relación a qué puede ésta ofrecer como colonia al mercado capitalista –el área venezolana fue marginal en importancia para el Imperio Hispánico en América–³⁷. Esta división internacional de las identidades conforma la base de la categorización contemporánea *desarrollado/subdesarrollado*.

La débil vinculación del área venezolana con los núcleos del nascente sistema capitalista, se va revirtiendo a partir de 1730, cuando se amplía su acceso al mercado europeo. De esta forma, en términos históricos la progresiva expansión del mercado mundial impulsaba la expansión de la colonización y ocupación territorial, junto a la consolidación de la inserción de las colonias en éste. Esto apuntaba hacia la ampliación de la actividad extractivo-productiva. La crisis de la encomienda implicaría un cambio de la dimensión espacial de la

36 En la construcción semántica de lo que en la modernidad se denomina “Europa”, existe lo que Dussel denomina un raptó de origen. Sobre el deslizamiento semántico del concepto de “Europa” (véase Dussel, en Lander [comp.] 2000, pp. 59-64).

37 De ahí esas distinciones entre virreinos y capitanías generales.

extracción de “naturaleza”, orientada ahora hacia la hacienda y el hato. La concentración de la propiedad agraria se inicia a fines del siglo xvii en las zonas de los valles de Caracas y Aragua. De esta manera, la formación del latifundio como estructura socioeconómica propia de la dinámica de la división «centro-periferia», se orienta a un crecimiento en el control y dominio de la naturaleza, que establece los pilares del extractivismo dependiente contemporáneo.

Así pues, el “extractivismo” no puede ser entendido sólo como «aquellas actividades que remueven grandes volúmenes de recursos naturales que no son procesados (o que lo son limitadamente), sobre todo para la exportación» (Acosta, en Lang y Mokrani [comps.] 2011, p. 85), sino que debe ser definido en su lógica moderno/colonial como un fenómeno histórico de control y conversión de la naturaleza en mercancía –comodificación–, administrado centralizada y monopólicamente por Estados y/o empresas capitalistas, y orientado primordialmente al mercado mundial bajo el esquema de la división internacional del trabajo, que tiende a extraer de manera masiva y creciente los llamados «recursos naturales» de la mano de la expansión global del capital.

Domésticamente, el aumento de la producción (extracción) favorecería primordialmente a las clases latifundistas y comerciantes. Los «mantuanos», la aristocracia blanca terrateniente descendiente de los primeros conquistadores, dominaban y reproducían la economía excedentaria para el mercado mundial capitalista a partir del impulso de las mercancías de la tierra –a raíz del declive relativo de la extracción de metales a finales del siglo xvi–; al tiempo que bloqueaban, subsumían o eliminaban la expansión y desenvolvimiento de una economía para el mercado interno, motorizada principalmente por los pardos, vinculados al trabajo agrícola, a la artesanía y el pequeño comercio (Ríos de Hernández, ob. cit., pp. 96-97), o bien por los pueblos indígenas en forma de cayapas, y por los negros esclavos libertos en forma de cumbes.

Estas transformaciones de la estructura socioeconómica interna “venezolana” iban fortaleciendo las expresiones de autonomía de los grupos hegemónicos locales, lo cual sería contrarrestado con un mayor control colonial, sobre todo en lo económico, cuando a partir de 1728 se crea la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas, con el fin de centralizar, regular y controlar el comercio exterior con la provincia de Venezuela. La gran diversificación de los productos de

exportación, así como la ampliación de la utilización de la mano de obra esclava negra, acrecentaban el poder económico de las élites domésticas, las cuales, junto con la burocracia real, representaban un contrapeso a las medidas intervencionistas que la corona imponía, y que chocarían con sus intereses (Vivas 1993, p. 65). Comenzaría a tomar fuerza la pugna con la metrópoli a partir de las presiones para mayores concesiones.

La dislocación del esquema y los límites de la soberanía colonial, tendría una gran incidencia en el ejercicio del poder y en la continuidad del proyecto civilizatorio. Al respecto, debemos resaltar dos consecuencias fundamentales de este proceso en el curso de la historia del desarrollo en Venezuela:

- a) los latifundios provinciales se convierten en propiedades de regiones y comarcas dependiendo del fruto comercializado –las oligarquías cacaoteras de Caracas, el monopolio del ganado en los llanos o las familias tabaqueras de Guanare (íd.)–, lo cual constituye uno de los fundamentos de la formación de los caudillos regionales decimonónicos, fenómeno que estará profundamente reñido con la tendencia a la universalización espacial de la modernidad capitalista, en torno al Estado-nación;
- b) se allana el camino para la profundización de las contradicciones entre la metrópoli y la colonia, que posteriormente permitirá que la misión civilizatoria sea administrada localmente, a pesar de los intentos de la corona para restarle poder a estos grupos venezolanos –como lo fueron las llamadas Reformas Borbónicas.

A partir de una nueva conciencia de la territorialidad de América, surgida a mediados del siglo XVIII, uno de los principales objetivos de las Reformas Borbónicas era extender la ocupación física de los territorios americanos, demarcar fronteras y producir asentamientos de españoles, para así lograr su control social y político. 200 años después, el mito doradista, aunque desgastado, conservaba el aliento para impulsar nuevas exploraciones hacia el sur, al tiempo que la Compañía Guipuzcoana soñaba con la realización de una utopía azucarera, buscando el establecimiento de una enorme plantación tropical en la ruta de Guayana, objetivo que nuevamente fracasaría (Lucena Giraldo s. f., pp. 66-69). Esto por un lado supuso un nuevo avance de las fronteras de Occidente sobre el espacio selvático y la

apertura del paso hacia el sur, a partir de la conexión con la Amazonía y las bases para la definitiva transformación de la Guayana venezolana en un territorio integrado al imperio español (íd.). Por otro lado, la representación del mítico Dorado se transforma, haciéndose más racional: el oro y la plata existían realmente, pero su colocación era del tipo tradicional: en las minas y los ríos (Amodio s. f., pp. 75-77). El imaginario de riqueza se va adaptando a las nuevas realidades del desarrollo capitalista.

Las últimas décadas del siglo XVIII fueron una clara expresión de cómo el proceso de acumulación originaria había estructurado una hegemonía capitalista en el sistema-mundo con el inicio de la Revolución Industrial, y una secularización y racionalización del conocimiento con el auge de la Ilustración. Los ideales ilustrados del liberalismo habían alcanzado el pensamiento de algunos integrantes de la aristocracia en el país, que con las revoluciones burguesas de los Estados Unidos en 1776 y la Revolución Francesa de 1789 tomaban un muy fuerte impulso y ponían en cuestionamiento los mecanismos imperantes de organización social, las formas de producción de conocimiento, así como el tipo de soberanía constituida. Éste es un factor fundamental no sólo para los procesos independentistas latinoamericanos, sino también porque el discurso y la epistemología liberal penetrarían en el campo de representaciones que constituye la soberanía colonial, abriendo así las vías a un complejo y contradictorio proceso de redefiniciones, reajustes y transformaciones sociogeográficas.

La sociedad colonial venezolana entonces, en vísperas de su “independencia”, expresaba una naciente dialéctica entre la “libertad” y la “colonialidad”, el inicio de una muy luchada recomposición de la idea de la ciudadanía y el derecho, así como del control del espacio/naturaleza. En el marco de esta dialéctica y recomposición epistemológica, la sociedad colonial venezolana preindependentista era aún una sociedad determinada en buena medida por la cosmovisión y legislación religiosa y racista. Analizar

...la sociedad venezolana del siglo XVIII y principios del XIX, requiere remitirse a la España de la Edad Media para encontrar la base ideológica sobre la cual se asentaba el conjunto de códigos jurídicos y principios morales que regían a las colonias americanas (Moreno Bravo 2006, diciembre, p. 153).

La Iglesia católica en particular ejercía el poder hegemónico que las leyes escritas para ese entonces le brindaban. Figuras jurídicas como la “limpieza de sangre” no eran sólo un estatuto legal, sino también una cuestión de percepción colectiva (como ley no escrita) que se mantenía como principio moral/religioso, y como mecanismo de distinción del resto de las castas sin *honor* y linaje, de manera tal de mantener el *status quo* de la estructura colonial de poder, protegiendo los privilegios hereditarios de las élites blancas, que finalmente sólo ellos podían portar y disponer (Pellicer 2005, pp. 45-46). Es evidente pues, la clara contradicción que existe entre el avance del discurso de la Ilustración encarnado en la *Declaración Universal de los Derechos del Hombre* del 26 de agosto de 1789 –«Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos»– y el régimen de verdad y esquematización social establecido por la élite blanco-europea en Venezuela³⁸ y América Latina y el Caribe –la reacción francesa ante la revolución haitiana de esclavos negros a fines del siglo XVIII es el emblema de esta contradicción.

Si el proyecto de la Ilustración planteaba que «El principio de toda soberanía reside esencialmente en la nación», la creación de la Capitanía General de Venezuela en 1777 establecía las bases para una proyección unitaria territorial, integrando bajo una misma unidad político-administrativa del Imperio español, a Caracas, Cumaná, Maracaibo, Guayana, Margarita y Trinidad, provincias que se habían mantenido relativamente autónomas entre sí. Esta configuración territorial sirvió de base para darle sentido y viabilidad geográfica a Venezuela en el marco de lo que sería su declaración de “independencia” en 1810 (De Lisio 2005, p. 10). Pero las bases previas a la ruptura del nexo político con la metrópoli y en vías de la fundación del Estado-nación venezolano, son un claro reflejo de la articulación de la soberanía colonial y la misión civilizatoria moderna, con las asimetrías de poder territorial y el control monopólico del espacio/naturaleza de una periferia del sistema-mundo capitalista: los propietarios de la vasta mayoría de las tierras venezolanas para finales de este período colonial eran los terratenientes blancos que representaban menos de 0,5% de la población (cf. Brito Figueroa 1961). Estas

38 Como signo de esta contradicción epistemológica de la idea de libertad vale la pena resaltar que, con el auge del cacao en el siglo XVIII en Venezuela, en la época preindependentista había en el territorio un total de 87 mil esclavos. (Vitale 2002, enero, p. 4).

condiciones darán cuenta de una reconstitución de la soberanía orientada fundamentalmente a la gestión local de la misión civilizatoria: la llamada “soberanía nacional”.

“Soberanía nacional”, Ilustración y regionalización: de la “Independencia” hasta la Revolución de Abril de Antonio Guzmán Blanco (1810-1870)

El siglo XIX es testigo de la reconfiguración mundial del proyecto civilizatorio. En la historiografía eurocéntrica, la “modernidad” ha aparecido como una ruptura con el pasado bárbaro, oscuro y religioso, a raíz de la racionalidad del pensamiento de la Ilustración del siglo XVIII en Europa. Lo cierto es que existe en esta narrativa una fragmentación histórico-geográfica arbitraria acerca de la constitución del sistema-mundo, y una anulación de la alteridad no-europea como fuente de verdad y *potencia*, que intenta fundamentar un patrón de poder profundamente jerárquico, que ha sido ejercido sin solución de continuidad desde el siglo XVI. El proyecto de la Ilustración es una prolongación de la lógica colonial para materializar la “:”, lo que implica que el proceso independentista venezolano –al igual que el latinoamericano– reposa sobre la estructura material y discursiva implantada a partir de la colonialidad del poder. Hay sí, en términos formales, un nuevo orden de cosas, pero más bien como proceso de reajustes y redefiniciones, y no como el fin del patrón de poder constitutivo de las relaciones del moderno sistema-mundo capitalista.

El período entre 1810-1870 en Venezuela es muestra de que los patrones civilizatorios de la modernidad colonial funcionan y trabajan básicamente bajo un tipo de soberanía universalizante, centralista, racista y polarizante, articulada a un esquema territorial que responde a la lógica del mercado mundial, lo cual es fundamental en la configuración del campo de representaciones del discurso del desarrollo. La llamada independencia nos haría suponer el fin de la sujeción colonial con la metrópoli y la autonomía política y territorial de la incipiente nación. Sin embargo, lo que se ha modificado en este proceso es el estatus jurídico, pues se trata de una “independencia” primordialmente nominal. La estructura colonial de poder, derivada del proceso de conquista y colonización de donde surge el

nexo colonial, está materializada y se concreta finalmente en el enclave donde se aloja, en el “lugar” geográfico y no en la metrópoli: se concreta en la explotación económica de negros, indios, mulatos y pardos; en la violencia aplicada en nombre del *honor* racial y la “limpieza de sangre”; en el control del espacio/naturaleza y sus productos en forma de latifundio. Es decir, el nexo colonial está materializado en relaciones concretas, mientras que el nexo jurídico con la metrópoli es simbólico (cf. Terán Mantovani 2010) o nominal.

La implantación de la estructura social colonial y del carácter periférico y de enclave de la economía local no sólo no desaparece por decreto o “declaración”, sino que el propio *status quo* busca reacomodarla para su mantenimiento: tanto la coyuntura que se daba en España en 1810, como la crisis del sistema colonial, y el alto grado de conflictividad interna, motivaron a que el objetivo primordial de la disputa de la “independencia” venezolana fuese el control del poder³⁹. Los mantuanos que plantearon impulsar las juntas en apoyo a Fernando VII, al igual que se hizo en España, como una forma de separarse de los bonapartistas, no tenían en mente, al menos no en el grueso del mantuanaje, la idea de independencia (Izard 1979, p. 136). En este largo proceso histórico la reconfiguración de la *colonialidad del poder* puso en segundo plano la búsqueda de la “independencia”.

Como advierte Aníbal Quijano, en América Latina, por la distribución diferente de la colonialidad del poder, al término de las guerras de “independencia” se produjo «...la paradoja histórica más notoria de la experiencia latinoamericana: la asociación entre estados independientes y sociedades coloniales, en todos y cada uno de nuestros países» (2000, p. 11), que hasta la actualidad marca las relaciones sociales y estatales de la región. Pero esta paradoja independencia/dependencia en el marco de la desigualdad geográfica del capitalismo mundial y de su continua lógica polarizante establece una condición estructural asimétrica, que puede transformar fácilmente su lado “independiente” en una nueva forma de enclave. De ahí que Immanuel Wallerstein asevere que

Es absolutamente imposible que la América Latina se desarrolle, no importa cuáles sean las políticas gubernamentales, porque lo que se desarrolla no

39 Sobre esto véase Carrera Damas 1995, p. 24; Brito Figueroa 1996. Izard 1979, pp. 135-143; Caballero 2007, p. 139.

son los países. Lo que se desarrolla es únicamente la economía-mundo capitalista y esta economía-mundo es de naturaleza polarizadora”(1995, s. p.).

Los Estados soberanos son instituciones que nacieron dentro de un sistema interestatal en expansión, y de grandes cadenas mercantiles que ya existían en el siglo XVI y que antecedían a cualquier cosa que pudiera llamarse “economía nacional”. Estos factores sistémicos definen los propios Estados soberanos y hacen que un supuesto desarrollo intrínseco de la sociedad –de la “Nación”– sea verdaderamente una ilusión, invisibilizando el hecho de que las transformaciones de las unidades estatales en la modernidad se deriven sobre todo de procesos a escala mundial⁴⁰.

La idea de una “independencia” es fundamental para legitimar la noción de desarrollo: la aparente escisión entre supuestas unidades “autónomas” como serían los Estados-nación modernos y las llamadas economías “nacionales” en los Estados dependientes de la periferia conforman un discurso que oculta su sumisión a un paradigma de sociedad colonial eurocéntrico y a una geografía sintética y asimétrica que conforma la economía-mundo capitalista.

La formación del Estado-nación venezolano se inscribe en una nueva etapa de la misión civilizatoria de la modernidad colonial, a la vez que la constituye. Pero no fue sino hasta el inicio del gobierno de Antonio Guzmán Blanco cuando se comenzaría la consolidación de su estructura. Mientras tanto, Venezuela redefiniría su proyecto alrededor de una progresiva reorganización de la soberanía –la construcción de la “soberanía nacional”–, sentando las endeble bases republicanas en un entorno sumamente caótico, desintegrado, conflictivo y en cierta forma híbrido. En este período coexistirán ideologías diferentes que se manifestarán concretamente como síntesis funcionales al poder y expresiones de una sociedad cambiante. El liberalismo en auge en el sistema-mundo, con sus ideales de «igualdad, libertad y fraternidad», intentaba conjugarse con la estructura colonial de poder, pero indefectiblemente gran parte de sus

40 Cf. Wallerstein 2004, pp. 128-131. El desarrollo de formas capitalistas en las periferias no es pues, una expresión “evolutiva” de una unidad autónoma, sino el avance del proceso expansivo del capital, de la desruralización del mundo y de los ajustes espacio-temporales que posibilitan la acumulación capitalista, tal y como lo expusimos en el capítulo 1.

principios nominales se reñían con ésta. De ahí que la situación pos-“independencia” muestre pocos avances reales liberales, y hasta las facciones del liberalismo venezolano lucharan por mantener la esclavitud –se trata en buena medida de un liberalismo colonial que logra combinar elementos muy disímiles.

Estas contradicciones, si bien representan tensiones sociales –sectores explotados y minorías radicales que desean materializar la libertad–, son fundamentalmente manifestaciones de la búsqueda de universalización del discurso moderno/occidental sobre las expresiones locales. El régimen de verdad y los paradigmas sociales que definen el derecho, la libertad, la ciudadanía y el naciente “pueblo”, basados en este patrón discursivo, responden al patrón oligárquico de poder local. Mientras que los conservadores apelan al respeto formal del *orden* constitucional, los liberales recurren al problema de la libertad; pero ambos comparten la misma matriz epistemológica.

El proyecto de la Ilustración impone entonces una cosmovisión que opera en tres momentos: a) una *historia universal* que anula la simultaneidad geográfica del sistema-mundo y construye una temporalidad polarizada –lo “avanzado” y lo “atrasado–”; b) un paradigma de avance contenido en la razón, que a su vez se aloja en Europa; y c) su negatividad salvaje, irracional y atrasada: lo no-europeo. Esta noción de universalidad la encontramos en Hegel –representante emblemático del pensamiento moderno/colonial– y su idea de que la historia es universal y representa la *realización del espíritu universal*, siendo Europa el lugar en el cual el espíritu alcanza su máxima expresión al unirse consigo mismo (Lander 2000, p. 20):

Ya que la historia es la figura del espíritu en forma de acontecer, de la realidad natural inmediata, entonces los momentos del desarrollo son existentes como principios naturales inmediatos, y éstos, porque son naturales, son como una pluralidad la una fuera de la otra, y además del modo tal que a un pueblo corresponde uno de ellos; es su existencia geográfica y antropológica.

Al pueblo al que corresponde tal momento como principio natural, le es encomendado la ejecución del mismo en el progreso de la autoconciencia del espíritu del mundo que se despliega. Este pueblo, en la historia universal, y para esa época, es el dominante y en ella sólo puede hacer época una vez. Contra éste su absoluto derecho a ser portador del actual grado de

desarrollo del espíritu del mundo, los espíritus de los otros pueblos están sin derecho, y ellos, como aquéllos cuya época ha pasado, no cuentan en la historia universal (Hegel, en Lander 2000, p. 19).

En esta lógica universalizante se inscribe el mito del “progreso” como paradigma social mundial. Dicho “progreso”, como narrativa que se expresaba en los avances materiales del capitalismo de la Revolución Industrial, y que se proyecta como bienestar social desde una perspectiva racional –tal y como lo expusiera Adam Smith cuando escribió *La riqueza de las naciones*–, inaugura la matriz discursiva del desarrollo (Unceta Satrústegui 2009, p. 4)⁴¹. Cabe resaltar que este “progreso” no aparece adjudicable a todos, pues para Smith los pueblos “primitivos”, por su particular tipo de sociedad, no tienen derecho político alguno (Clavero, en Lander [comp.] 2000, p. 18). De esta forma, una vez abiertos los procesos para la creación de las “soberanías nacionales” periféricas, cada una de ellas debe transitar el camino previamente trazado por Occidente. La “soberanía nacional” no es pues una soberanía poscolonial, sino una estructuralmente neocolonial.

El “progreso” suponía, a su vez, un “progreso” en el control del espacio/naturaleza. En este marco de hibridación ideológica propia del ejercicio del poder colonial local en América Latina en el siglo XIX, la influencia del positivismo también exacerbaba la idea del ser humano como dominador y manipulador del medio natural (De Lisio 2005, p. 14) salvaje, y se mezclaba la filosofía de Herbert Spencer o Auguste Comte, entre otros, con el talante verticalista y autoritario ibérico, siendo su misión la de “civilizar” tanto a pueblos indígenas como a las áreas silvestres (Gudynas, en Lang y Mokrani [comps.] 2011, pp. 44-45), como ocurriría con la Amazonía venezolana para este período. Antonio Leocadio Guzmán, fundador del partido Liberal, expresaba de manera elocuente que era necesario poblar los espacios “vacíos” de la geografía venezolana para lograr

41 En Marx, el desarrollo de las fuerzas productivas como un proceso histórico teleológico que se fundamenta en leyes naturales se convirtió en una de las categorías centrales de su trabajo. Su obra hace evidente el entrelazamiento del concepto hegeliano de historia con el concepto darwinista de evolución, junto a su propio esquema científico (Esteva, en Sachs [ed.] 1996, pp. 62-63).

la “grandeza” de la escasamente ilustrada República (De Lisio 2005, pp. 15-16).

Ya John Locke, padre del liberalismo, había determinado que la propiedad es derecho ante todo del individuo sobre sí mismo, y bajo este principio de disposición personal, bajo esta libertad radical, puede serlo también sobre la naturaleza, ocupándola, bajo la afirmación de su derecho individual (Clavero, en Lander [comp.] 2000, p. 17), siendo finalmente que el sujeto de derecho en la práctica colonial es precisamente aquel que ha esquematizado racionalmente la posesión de la naturaleza –el *bien común*– como propiedad privada (cf. Hinkelammer s. f.). La acumulación por desposesión es una práctica originariamente eurocentrada.

Con la construcción de la “soberanía nacional” comenzaba, entonces, simultáneamente la construcción en el imaginario latinoamericano del poderoso mito del “progreso”. Mito compartido y disputado, pero nunca objetado. El fin de la Gran Colombia y el inicio de la Cuarta República en 1830 marcaban el punto de partida de un nuevo período institucional y político. Por un lado, se continúa promoviendo políticas económicas de corte liberal para incentivar la formación de capitales. Por el otro, se promulga una Constitución que tendrá un perfil mixto centrofederalista y que declaraba la garantía de varios derechos para los venezolanos tales como libertad civil, seguridad, igualdad ante la ley, libertad de pensamiento e inviolabilidad del hogar. Sin embargo, era clara otorgándole los derechos políticos (el privilegio de votar) sólo a varones que supieran leer y escribir y que fuesen hombre libres y propietarios (Mijares 1962, p. 83). La venezolanidad –y su *negatividad*– estaba siendo atravesada y recreada por el patrón civilizatorio. Era necesario darle forma a la identidad nacional, acorde con el contexto de intensa conflictividad y necesidad de orden constitucional por parte del poder establecido, el cual estaba seriamente en entredicho, en gran parte por la situación de miseria y descontento de los campesinos traicionados en sus reivindicaciones tras las luchas por la “independencia”. Era necesaria la reinscripción de la imagen del difunto Bolívar en el imaginario nacional.

Con la repatriación de los restos de Simón Bolívar por parte de la oligarquía conservadora el 17 de diciembre de 1842, se da punto de partida a la construcción del mito que servirá de pilar para la formación de la identidad nacional (Carrera Damas 1969, p. 222), del

esquema de “soberanía nacional”, del proyecto venezolano. Las cualidades y méritos que caracterizaron al Libertador pasan a un rango deífico y teológico, en gran medida gracias a la literatura mistificadora de figuras como Felipe Larrazábal, Juan Vicente González o Fermín Toro. El discurso de Bolívar se construía como una especie de segunda religión (íd.), un desdoblamiento de la figura bolivariana que se reifica como creación divina, una metanarrativa que atravesaría todo el campo de representaciones de la nación venezolana a lo largo de su historia.

Al ser Bolívar el líder de un proceso y de una promesa de emancipación nacional de los explotados y excluidos por parte de la estructura colonial, de liberación de la Venezuela dominada por una potencia foránea, sería éste la síntesis de las aspiraciones más sentidas del pueblo. La creación del culto a Bolívar, ante un campesinado traicionado por la revolución de “independencia”, tiene una función de disimular un fracaso y retardar un desengaño. El retorno de Bolívar es el recuerdo de una gesta inconclusa, de un paradigma a seguir para finalizar la misión emancipatoria. De ahí que la oligarquía nacional, con la mitificación del Libertador, declaraba, tal y como expone el historiador Germán Carrera Damas,

...permanentemente abierto el proceso de búsqueda de aquellos resultados hermosos que fueron presentados en un comienzo como el producto automático de la emancipación. De esta manera, todo lo vivido se redujo a una mera etapa previa cuyos resultados era necesario no ya consolidar sino lograr entonces en adelante (ibíd., p. 43).

El cumplimiento de la promesa de liberación nacional-popular queda, pues, delimitado en un conjunto de valores patrios eurocentrados y en un esquema de “soberanía nacional” trascendental. Los sagrados principios de la nación pasan así a estar enmarcados en los ideales de la Ilustración colonial y encarnados en el Bolívar-mito:

La ilustración temida, espiada y calumniada por la tiranía que triunfa en la ignorancia y por los vicios que germinan en las sombras, recobró su libre influjo y poderosa atracción, y extendiendo su benéfico imperio hizo retroceder la barbarie que degrada, la rudeza que prepara a la crueldad y la injusticia que abre las puertas del crimen. ¿Y quién protegió la ilustración? Bolívar (Fermín Toro, cit. por Carrera Damas 1969, p. 63).

El “progreso” como discurso teleológico, como proyección futura de un mundo de bienestar y libertad en el marco de la acumulación y expansión capitalista, se mimetiza con la promesa bolivariana. La misión civilizatoria se articula con la misión emancipatoria nacional, con el Bolívar-mito como personificación simbólica. El mito nacionalista del Estado-patria bolivariano es uno de los pilares fundamentales del discurso del desarrollo en Venezuela. De ahí que en el futuro no hay gobernante que no use la figura de Bolívar como mecanismo discursivo en torno al ejercicio del poder, sean desde caudillos como Guzmán Blanco, sean las dictaduras más férreas como Juan Vicente Gómez y Marcos Pérez Jiménez, hasta los diferentes populismos como Rómulo Betancourt y Carlos Andrés Pérez.

Así pues, el caudillo, la nación y el Estado venezolano se enlazan en una particular construcción política de soberanía, donde la producción de identidad subjetiva nacional se anexa a este marco referencial trascendental. Esto supone el establecimiento de una mediación entre el *pueblo* y su liberación, una transferencia de su poder inmanente al líder, que lo personifica. El Bolívar-mito-padre es representado en el poder central del Estado-nación, que reproduce el esquema patriarcal de construcción social y que persigue el orden interno y la “evolución” social. En la nación todos luchan por una misma causa, pero el Bolívar-mito-padre, tal y como Fermin Toro lo describiera, es «...un genio que, rodeado de gloria, poder y majestad, se eleva sobre el vulgo de pasiones y sentimientos comunes, y sólo inspira lo bello, lo noble y lo grande» (ibíd., p. 61). El pueblo, pues, debe ser orientado debido a que está incapacitado para llegar al “progreso”.

El caudillo entonces, como figura de representación, seguía siendo la cabeza de la movilidad y las luchas políticas decimonónicas, como lo fue José Antonio Páez, quien junto a los Monagas y otros caudillos, constituían los líderes de la nueva casta agraria que se habían apropiado de grandes extensiones de tierras⁴², las cuales finalmente no serían entregadas a los miles de campesinos que compusieron los ejércitos y que pusieron sus vidas en las batallas de “independencia” bajo la promesa de “tierra para los vencedores”. La hacienda rural era el centro económico y social de aquella época, replantean-

42 Esta afirmación la sostiene incluso Laureano Vallenilla Lanz, uno de los intelectuales del gomecismo, quien, y parafraseando a Miguel Acosta Saignes, está inmunizado de toda sospecha de falsedad a favor de los intereses populares. (1952, p. 106); cf. Acosta Saignes 1987.

do la antigua ordenación territorial dualista de ciudades españolas y aldeas indias, y formándose nuevas concentraciones poblacionales alrededor de ella (cf. Carrera Damas 2006). Por el tipo de propiedad establecido en la colonialidad del poder, la hacienda se basaba en el poder individual y las lealtades personales. De ahí que caudillos carismáticos, como José Antonio Páez, dominarán la escena política hasta finales de siglo.

El caudillismo sería el sino de un latifundio más poderoso y de mayor concentración de tierras, vinculado a la posesión y dominio de regiones enteras. Su ideal se basaba en el control del mercado en su región, tratando de monopolizar el mismo por medio de la eliminación de la competencia y haciéndose dueño exclusivo de la provincia. Cuando José Carlos Mariátegui analizó el problema de la tierra, afirmaba que

Las leyes del Estado no son válidas en el latifundio, mientras no obtienen el consenso tácito o formal de los grandes propietarios. La autoridad de los funcionarios políticos o administrativos, se encuentra de hecho sometida a la autoridad del terrateniente en el territorio de su dominio. Éste considera prácticamente a su latifundio fuera de la potestad del Estado (1928, s. p.).

Esto evidentemente apuntaba a una desintegración territorial del país y a una regionalización de la soberanía y el control geográfico, lo cual no permitía la concreción universalizante del Estado-nación moderno. El auge y expansión del capitalismo en el centro del sistema-mundo a raíz de la segunda revolución industrial, a pesar de que estaba transformando las fisionomías de las periferias latinoamericanas, no lograba articularse y resquebrajar las barreras no-modernas venezolanas, para integrar el espacio nacional al mercado mundial y hacerlo responder a la creciente demanda europea. Incluso, la propia ocupación territorial se veía reducida debido a las continuas guerras, la pérdida de ganadería y las pestes

La territorialización y localización del poder dentro de la lógica de los caudillos, al menos hasta 1870 con la llegada al gobierno de Guzmán Blanco, planteaba una seria dificultad al proyecto de universalización identitaria y de articulación espacial, del proyecto civilizatorio de la modernidad. El caudillismo era entonces un elemento “regresivo” e improductivo para la modernización capitalista, que generaba espacios “fuera de orden”, de mandos salvajes y no racionalizados, así

como interrupciones al avance del “progreso” mundial. El “progreso”, y su correlato contemporáneo el desarrollo, necesitan del esquema de la “soberanía nacional” administrado por el Estado, el cual reproduce la diferencia colonial y motoriza la “misión civilizatoria”.

El despliegue del capitalismo con la segunda revolución industrial de mediados del siglo XIX, representaba el sustento material para una renovada fe mundial en la razón, las ciencias y el “progreso”. Algunos países de América Latina, como Argentina, vivían un auge de producción interna que apuntaría al agotamiento del modelo oligárquico y a las manifestaciones económicas, sociales, políticas y culturales de la modernización, que evidenciaban un momento de transición. No obstante, si el “progreso” es un tren, en este período en Venezuela no existían rieles para él.

La Guerra Federal, acontecida entre 1859-1863, y que representaba el clímax de la frustración y el odio campesino producto de los enormes niveles de exclusión, miseria y explotación de la estructura colonial venezolana, tendría como resultado una descentralización del poder, que le concedía la hegemonía a los caudillos regionales y al comercio provincial sobre el centralista, y reemplazaba la hegemonía de la oligarquía por una nueva clase de terratenientes conformada por los caciques federalistas de una revolución traicionada en sus ideales, los nuevos gobernantes feudalizados del país (cf. Rangel 1968)⁴³. Esta situación sería transformada por Antonio Guzmán Blanco, uno de los líderes de la revolución federal, quien con sus ideales ilustrados planteaba una revolución capitalista al estilo de los Estados Unidos, y llegaría al poder a raíz de la Revolución de Abril de 1870 que éste lideraría. Promoviendo su visión secular modernizadora, Guzmán Blanco representaría el inicio de una nueva dinámica en el país, en la cual el “progreso” a la venezolana tendría nuevos rieles para circular, y los conservadores no lograrían poner nuevamente a uno de los suyos en la Presidencia, evidenciando el inicio de una transición política nacional.

43 Rangel plantea que después de la Guerra Federal Venezuela pasaba nuevamente a un tipo de economía de autoconsumo, semejante a la del siglo XVI.

Modernización, civilización y formación del petro-Estado nación venezolano: desde Guzmán Blanco hasta el fin de la dictadura de Gómez (1870-1935)

El inicio de este período es sumamente significativo para la constitución del discurso del desarrollo. El sistema-mundo entra en una fase de despliegue del capital monopólico que va a representar un cambio cualitativo y cuantitativo del proyecto civilizatorio, lo cual abre el camino para una reestructuración del espacio y de las relaciones sociales acordes a los nuevos esquemas productivos requeridos. El proyecto de “soberanía nacional” logra en este período la consolidación de sus formas, hasta la conformación del petro-Estado nación durante la dictadura de Juan Vicente Gómez.

Con Guzmán Blanco, el llamado Ilustre Americano, se da inicio a un proceso de *modernización* del proyecto nacional y de sus estructuras, instalando los mecanismos políticos, culturales y económicos propios del esquema social de la Ilustración, en pro de favorecer un “desarrollo capitalista” en Venezuela. La estructura dejada por Guzmán Blanco quedaría intacta durante todo el período del llamado Liberalismo Amarillo hasta 1899.

El proyecto de “soberanía nacional” y control del espacio/naturaleza del guzmanato persigue hacer del mando central una realidad, construyendo tendencias progresivas a la centralización del poder, y a la articulación y subordinación de las fuerzas provinciales de los caudillos regionales, lo cual sentaría las bases para la futura consolidación del Estado-nación venezolano. Desde este esquema con pretensiones universalizantes se impulsó la modernización administrada de una serie de instituciones sociales, como la “instrucción” obligatoria y gratuita, el levantamiento de estadísticas nacionales o el establecimiento del registro y el matrimonio civil, desplazando a la Iglesia de los ámbitos económico y educativo, y procediendo a la confiscación de los bienes de los jesuitas para la nación (cf. Floyd 1976). Se intentaba centralizar y formalizar la producción de conocimiento legítimo, usando también a la prensa y formando a la opinión pública, así como fomentando la construcción de identidad nacional por medio de la oficialización y multiplicación de símbolos patrios –como el himno nacional decretado en 1881– o los sitios sagrados como el Panteón Nacional y la Casa Natal del Libertador. La idea

de convertir a Caracas en una “pequeña París”, con sus obras de infraestructura bajo la estética de la burguesía europea, intenta por un lado reproducir el “alto” gusto y distinción como cultura paradigmática del sujeto ilustrado –relacionado con su administrador principal, Antonio Guzmán Blanco–, y por el otro materializar en físico la modernidad y la civilización.

En el marco de las hibridaciones coloniales anteriormente mencionadas, el liberalismo abanderado por Guzmán Blanco era más bien una *autocracia civilizadora* que combinaba una libertad formal y nominal con una dominación de las clases poderosas centrada en un sólo hombre, y establecía un esquema de “soberanía nacional” donde el poder lo ejercían los sujetos ilustrados, y el “progreso” era ahora administrado “centralmente” por el Estado, con el líder a la cabeza. De esta forma se traza un puente entre el *autócrata civilizador* y su posterior mutación en el *gendarme necesario*, que será encarnado por el dictador Juan Vicente Gómez para llevar adelante desde la maquinaria estatal, la *misión civilizatoria* contra los sujetos y espacios salvajes. A decir de la historiadora Mary B. Floyd, si el período de Guzmán Blanco fue el de mayor desarrollo en la historia de Venezuela desde 1830 (1976, p. 199), no dudamos en afirmar que con el Ilustre Americano se inaugura un proceso histórico que devendrá en el accionar “desarrollista” del Estado central dependiente.

La fase imperialista del capitalismo que se origina a finales del siglo XIX evidencia los cambios cualitativos de la división internacional del trabajo, y hace de la modernización de las periferias un proceso neocolonial muy vinculado al imperialismo. Después de la Guerra Federal, y con la perspectiva de dinamizar procesos de acumulación de capital en Venezuela, se hacía cada vez más generalizada en las élites locales una conciencia de que el proyecto de la modernidad sería realizable en la medida en la que se diera una estrecha vinculación con los centros mundiales del desarrollo capitalista. La formalización de estas relaciones con los núcleos hegemónicos del sistema que se dieran desde 1830 con la firma de tratados comerciales con los Estados Unidos, Gran Bretaña, Holanda y Francia, daría un importante salto cualitativo en el último cuarto del siglo XIX (Ríos de Hernández, ob. cit., pp. 114-117).

Modernizar a Venezuela suponía, entonces, hacer de ella un enclave dinámico de producción (extracción) para el mercado mundial y para ello se requería de financiamiento, el cual se obtendría de la

banca nacional y extranjera. Guzmán Blanco preparó el fecundo campo para la modernización decretando medidas para derribar obstáculos al capital y así permitir y facilitar la libre circulación de bienes y personas, generando mayor confianza e incentivo para el capital foráneo. Las negociaciones venezolanas con el capital monopolista, con aquella «oligarquía financiera» que denunciara Lenin en su famoso escrito sobre el imperialismo de principios del siglo xx, otorgaba grandes beneficios y generosos y prolongados contratos para ésta. El Protocolo Rojas-Pereire de 1879 es un ejemplo, aunque extremo, de la nueva dimensión del “progreso” capitalista:

En 1879 [Guzmán Blanco] inaugura el Quinquenio con el extravagante Protocolo Rojas-Pereire, motivo universal de escándalo. Mediante el protocolo le entrega al financista franco-portugués Eugene Pereire lo que a nadie se le había ocurrido ni antes ni después: todas las tierras baldías que fueran necesarias para la instalación de inmigrantes, todos los “criaderos” de carbón de piedra, descubiertos o no, todos los depósitos de guano y de fosfatos, todas las riquezas mineras, como minas de oro, plata, plomo, kaolín y asfalto; la explotación única y exclusiva de los bosques del Amazonas, la colonización de las islas venezolanas en el Caribe, el monopolio de la navegación de los ríos Orinoco, Apure, Arauca, etc. Se le autorizaba a establecer una “casa de la moneda”, una fábrica de dinamita, a echar un cable submarino entre Venezuela y las Antillas francesas, y el monopolio para construir una red de ferrocarriles. ¿Quién podía imaginar tan insólito delirio? (Consalvi 1999, 1 de agosto, s. p.)⁴⁴.

El avance de estos flujos de capital genera una lenta pero progresiva monetarización de la economía nacional, y daba pie a la constitución de monopolios del dinero por parte de la banca privada nacional y extranjera, que ejecutan mecanismos de control y apropiación económica y política hacia los hacendados y agricultores, y presiones al dependiente Estado (cf. Harwich Vallenilla, en AA. VV. 1976). El aparato bancario nacional se consolidaba a fines del siglo xix de la mano de la burguesía financiera local asociada con casas extranjeras, donde figuraban familias como los Boulton, Mendoza, Römer, entre otros, las cuales tomaban conciencia de su poderío e influencia. Esto evidencia la formación de nuevos esquemas de poder y nuevas formas

44 Este tratado tuvo tan numerosas críticas que fue abortado.

de articulación territorial con lo no-nacional que tendrán clara incidencia en la reproducción de la soberanía.

La penetración del capital extranjero monopólico se articula y se reconfiguran los núcleos territoriales de producción para la exportación en función de las necesidades del mercado mundial. Esto supone un redimensionamiento del control del espacio/naturaleza: expansión y colonización territorial, apertura a nuevos procesos de “acumulación primitiva” –la acumulación por desposesión– y extracción de mayores cantidades de “naturaleza”. Al control oligárquico de la tierra venezolana, en el marco de la soberanía neocolonial –que para finales del siglo XIX tiene a 5% de los propietarios adueñados de 74% del suelo cultivable (Brito Figueroa 1990, p. 130)– se le suma la dinámica desterritorializada del imperialismo. Alemania y los Estados Unidos buscan reposicionarse mundialmente en la competencia interimperial, y lo hacen también en la zona del Caribe. Había entusiasmo para invertir en Venezuela al menos hasta 1899 aproximadamente (Harwich Vallén, ob. cit., p. 212). Dentro del afán de “progreso” del esquema del liberalismo amarillo se habían establecido legislaciones para facilitar la apropiación y control de los “recursos” por parte de compañías europeas. Se hablaba entonces no sólo de frutos de la tierra sino también de minería, donde destacaban las inversiones británicas en la explotación del oro de Guayana, el cobre y de manera incipiente el petróleo, con participación de capitales primordialmente estadounidenses⁴⁵, aunque cabe resaltar que en general, el monto de las inversiones sería poco significativo hasta la segunda década del siglo XX. Escribía para aquel entonces Pedro Vicente Mijares en el editorial de *La República*: «¿Cómo explicar la absorción de nuestra vida fiscal por el extranjero que nos bajará al rango de nación semisoberana?» (ibíd., p. 225).

Esta estructuración de nuevas formas y tipos de enclaves neocoloniales sienta las bases de la política extractivista, de la administración nacional del espacio/naturaleza bajo un cada vez más complejo esquema de soberanía neocolonial. Arturo Escobar explica que «La capitalización de la naturaleza está en gran parte mediada por el Estado. De hecho, el Estado debe considerarse una interfase entre el

45 El inicio oficial de la explotación de petróleo es en 1875, con la participación de la Compañía Minera Petrolia del Táchira en la hacienda La Alquitrana. Después de la conformación de Petrolia, el ritmo de otorgamiento de nuevas concesiones tuvo un crecimiento constante, principalmente en la explotación del asfalto.

capital y la naturaleza, los seres humanos y el espacio» (2007, p. 334). De ahí que a partir de la inestabilidad política que se da en Venezuela desde 1899, buena parte de las inversiones y proyectos se hayan paralizado. Esto evidencia que la apertura de esta nueva etapa de administración estatal-nacional subalterna exige por parte del capital monopólico un clima de estabilidad y correspondencia interna. El imperialismo necesita un tipo de gestión estatal que reproduzca el esquema neocolonial de “soberanía nacional” acorde con las necesidades de acumulación capitalista. Estas tensiones territoriales las veremos, tanto en la versión conflictiva en el caso de Cipriano Castro, como en la versión acoplada de Juan Vicente Gómez. El desarrollo y el extractivismo son fenómenos que operan básicamente sobre estos esquemas.

La llegada de Cipriano Castro al frente del gobierno nacional va a implicar la desaparición de la tradición y el poder político de los caudillos regionales, vencéndolos con un Estado coordinado y central: es la victoria del centralismo contra el caudillismo. Castro se encargaría de darle corporeidad a un ejército nacional gubernamental, como ejército moderno, por medio del equipamiento armamentístico y la preparación institucional. Éstas serían las raíces de la futura organización castrense y el principal elemento para constituir el *monopolio legítimo de la violencia* con el cual el Estado-nación periférico ejerce el control biopolítico de los sujetos-ciudadanos, establece los límites físicos de la acción irregular y administra localmente la misión civilizatoria.

No obstante, el esquema neocolonial de “soberanía nacional” no es una estructura estática e inamovible, y como hemos mencionado recientemente, puede ser administrada por un tipo de gestión estatal que entre en contradicción con la lógica desterritorializada del capital imperialista. El imperialismo requiere que, junto a la expansión del capital monopólico, se dé una expansión proporcional de su poder político en el territorio colonizado. El gobierno de Cipriano Castro, desde una perspectiva nacionalista, hizo evidente cómo la lógica territorial de poder y la lógica capitalista de poder pueden llegar a un antagonismo directo (Harvey 2007a, p. 41) en el ejercicio de mando del Estado-nación, incluso de aquellos Estados periféricos.

A principios del mandato de Castro la situación económica nacional es muy crítica, tanto por la caída de los precios del café —principal producto venezolano de exportación— como por la abultada deuda

externa, que es diez veces superior al ingreso nacional (Arcila Farías 1985, p. 17). Esto, para una economía dependiente, para una periferia en crisis, abre la posibilidad a los procesos de acumulación por desposesión. Uno de los primeros movimientos de Castro al llegar al poder fue plantearse la negociación de los empréstitos con la banca privada nacional, representada entre otros, por Manuel Antonio Matos. Pero la necesidad de mayores montos para el financiamiento y las limitaciones posteriores que le ofrecen Matos y otros banqueros a Castro, llevan al presidente a obligar a éstos a abrir las bóvedas, a tomar la medida de enviarlos a La Rotunda y someterlos al escarnio público (Picón Salas s. f., p. 76). «¡Si el gobierno necesita dinero y los bancos no quieren darlo, habrá que abrir las bóvedas y cajas fuertes a golpes de mandarría!» (ibíd., p. 75), llegó a afirmar “el Cabito” –como era llamado Castro.

Las diversas medidas del tipo que estaba tomando Castro afectaban los intereses de banqueros, comerciantes y empresas extranjeras como la New York & Bermudez Company. Esto suponía un ejercicio del poder territorial-estatal que traducido a la lógica civilizatoria occidental era un atentado contra el Estado de derecho ilustrado –la sagrada propiedad y la legalidad capitalista– de la mano de un caudillo de rasgos “salvajes”, del “Napoleón de los chimpancés”⁴⁶. La respuesta ante este tipo de gestión estatal desacoplada de los intereses de los grandes capitales mundiales fue, por un lado, el bloqueo imperialista de las costas venezolanas por parte de Inglaterra, Alemania y posteriormente Italia, de finales de 1902 a principios de 1903 (Harwich Vallenilla 1975, 25 de mayo, p. 44) –la cual realmente perseguía supeditar a la nación a obligaciones que la colocarían en una situación de mendicidad y sumisión–; y por el otro, la rebelión denominada la Revolución Libertadora encabezada por el jefe del Banco de Venezuela, el injuriado Manuel Antonio Matos, en alianza con las compañías extranjeras, que desencadenará la llamada “guerra del Asfalto”⁴⁷, de la cual Castro saldrá victorioso y que sería la última

46 Cabe resaltar la manera como la caricatura occidental de la época ridiculizaba a Castro desde una visión racista y colonial. En *Lassiette au Beurre* aparece éste como un mono montado en una mata de plátanos riñendo con dos imperialistas.

47 La compañía norteamericana New York & Bermudez Company, filial del principal *trust* del asfalto del mundo, la General Asphalt Company, financió a Matos con 145 mil dólares para su gesta armada, no teniendo reparo en

guerra civil en Venezuela hasta nuestros días, la última resistencia de los caudillos feudales contra el poder central del Estado-nación moderno venezolano, pero el inicio de la ejecución de un mecanismo interventor, regulador y disciplinario de la gestión estatal por parte del imperialismo y sus células y representaciones locales, de profundas implicaciones en la dinámica del “progreso” de las naciones.

La gestión estatal nacionalista no debe hacernos suponer que existe automáticamente un nuevo tipo de soberanía y control del espacio/naturaleza. Transitar la senda del “progreso” era también el deseo de Cipriano Castro, aunque para éste se trataba de un «progreso efectivo, sin apariencias superfluas y sin exterioridades engañosas, que destruya a la vez el general criterio de medir nuestro adelanto material por el solo esplendor de dos o tres capitales de renombre» (Arcila Farías 1985, p. 18).

Quería el Cabito llevar la modernidad práctica y funcional, centrando sus esfuerzos en la construcción de vías de comunicación más que en los aspectos ornamentales, iniciando así el proceso de vinculación y articulación territorial de la geografía venezolana que Juan Vicente Gómez consolidará, lo que abre los caminos a la circulación de mercancías, capital y personas, bases de un mercado nacional interno. La idea de su *progreso efectivo* era llegar a aquellas ciudades y pueblos del interior del país “sin un halago de civilización y sin una promesa de mejoramiento”, donde se hallaban, «sin consuelos la desgracia y sin altivos las dolencias de los desvalidos» (Cipriano Castro en *ibíd.*, p. 18). Para Eduardo Arcila Farías, el cambio en la orientación del gasto público que da Cipriano Castro representó «sin duda un suceso de máxima importancia en la administración pública venezolana, que debe considerarse como el comienzo de su modernización y constituyó un verdadero impacto pues sentó las bases del desarrollo y de la integración nacional» (*ibíd.*, p. 18).

En todo caso, es importante mencionar que el discurso del “progreso” que la burguesía europea lograba hegemonizar de forma articulada a la expansión colonialista del capital estaba proyectándose

hacer esta noticia pública. Mientras tanto, se comprobaba que el cónsul de Francia en Caracas utilizaba la red de oficinas de la Compañía Francesa de Cables para informar a las tropas de Matos sobre los movimientos militares del gobierno. Además se cuenta la participación de la Orinoco Shipping and Trading Company o la Compañía del Ferrocarril Alemán en estos acontecimientos (Harwich Vallenilla, en AA. VV. 1976, p. 241).

en los imaginarios ciudadanos, de la mano de las nacientes burguesías latinoamericanas que surgían de los procesos de modernización. El avance de estos procesos de desruralización va reconfigurando el espacio geográfico, su ordenamiento, los códigos sociales legítimos y la producción de subjetividad. En Venezuela, la incipiente ciudad toma el protagonismo de la movilización social, encabezada por la burguesía mercantil y la clase media. La importancia del papel del campesino a partir de este período comenzaba a declinar. Ya la reforma agraria no era la bandera revolucionaria. Ahora el *orden* y la *legalidad* son las ideas sociales de vanguardia.

La burguesía comprende cuál debe ser el papel del Estado en pro de fomentar un marco de seguridad jurídica de la propiedad y los sistemas de producción que generen los cambios para el desarrollo productivo. La clase media, compuesta por los pequeños comerciantes, los estudiantes y “ciudadanos”, lucha por la apertura de mayores espacios acordes con sus expectativas, estableciendo las posibilidades para la protesta (cf. Rangel 1980). Esta modernización social abre el campo en Venezuela para una subjetivación del “progreso”, lo que va a suponer una ontologización del desarrollo.

El 19 de diciembre de 1908 se gestaría el movimiento denominado “Rehabilitación Nacional”, en el cual estos mencionados sectores poderosos de la burguesía junto a terratenientes rurales y urbanos aprovechan las ambiciones de mando de Juan Vicente Gómez para derrocar al gobierno de Cipriano Castro, quien se encontraba fuera del país. El largo período de 27 años de la dictadura de Gómez va a significar un punto de quiebre en la historia venezolana, a partir del cual se constituirá el petro-Estado, e incluso una petro-nación con sus particulares características, una reproducción del esquema neocolonial de “soberanía nacional” y de control del espacio/naturaleza que será funcional al *status quo*, gracias a la renta proveniente de la extracción petrolera. La gestión estatal acoplada al gran capital foráneo por parte de Gómez proyectaría los intereses dominantes locales «entre los cuales comenzaba a crecer una nueva línea del capital extranjero: la explotación de los recursos naturales, y específicamente de los hidrocarburos venezolanos» (Maza Zavala 1990, p. 142).

Venezuela “ya estaba oliendo a oro”, a juicio del barón Louis de Rothschild, integrante de esta famosa familia, quien advertía acerca de las riquezas que se percibían en nuestra nación (cf. Rangel 1980). Ningún régimen nacionalista o liberal representativo se hubiese

amoldado a los intereses extractivos de los capitales en expansión y su creciente apetito por materias primas, principalmente por petróleo. Se requería, pues, para el emplazamiento y conformación del enclave capitalista extranjero un régimen dictatorial personalista y represivo. Gómez fue el instrumento servil propicio para los factores dominantes (Maza Zavala, ob. cit., p. 143)⁴⁸.

Esto suponía que la “soberanía nacional” en la dictadura de Gómez se traduciría en una alianza entre la camarilla gomera, encabezada indiscutiblemente por el general andino, y los monopolios imperiales, la cual iba a pulverizar la representatividad real del Estado y establecería un esquema policial de sociedad en pro de mantener el avance del proceso civilizatorio colonial del capital. La misión principal del régimen sería entonces el mantenimiento de la “paz” en el país. Esta “pacificación” que se iniciaría a partir de 1913, verdadero comienzo de la política dictatorial de Gómez, representaba en realidad el aplastamiento del poder inmanente de los sujetos por medio de la violencia y el terror, el aplanamiento de dialéctica social y la eliminación de toda barrera que impida la apropiación capitalista de la naturaleza y la sumisión de la mano de obra explotada. La «paz duradera» de Gómez es una “guerra justa”, una guerra contra la diferencia colonial. El Estado central, el «trapiche monolítico» —como llamara Elías Pino Iturrieta a la maquinaria estatal gomecista (2006, p. 58)—, es el artífice principal de la acumulación por desposesión.

Esta disposición autoritaria del ordenamiento y administración de la sociedad tenía su correlato ideológico en el positivismo, divulgado por la intelectualidad gomecista que encabezaban Laureano Vallenilla Lanz, Pedro Manuel Arcaya, José Gil Fortoul y César Zumeta (Bautista Urbaneja 2002, p. 25). Nikita Harwich Vallenilla expone que «...lo que en Venezuela se llamó positivismo fue, ante todo, un método conveniente de análisis inmediatamente percibido como tal por una élite, que lo adoptó porque ayudaba a contestar ciertas preguntas muy concretas que se estaban formulando: Quiénes somos? A donde vamos? Cómo se construye un Estado? Qué define una nación?» (1990, p. 96). Las respuestas a estas fundamentales preguntas fueron construidas como paradigmas para la comprensión de la

48 Una de las primeras acciones de Gómez fue eliminar las principales medidas económicas nacionalistas de Castro e ir restableciendo relaciones con países extranjeros con los que se había perdido vínculo anteriormente (Sullivan 1976, pp. 249-250).

realidad social. En la muy influyente obra *Cesarismo democrático* de 1919, Laureano Vallenilla Lanz establecía una tesis que ya venía proponiendo desde 1911: la tesis del «gendarme necesario», el caudillo pacificador de los “salvajes” con el cual podría ser posible la evolución social hacia un estadio de mayor civilización:

Si en todos los países y en todos los tiempos –aún en estos modernísimos en que tanto nos ufamamos de haber conquistado para la razón humana una vasta porción del terreno en que antes imperaban en absoluto los instintos– se ha comprobado que por encima de cuantos mecanismos institucionales se hallan hoy establecidos, existe siempre, como una necesidad fatal “el gendarme electivo o hereditario de ojo avizor, de mano dura, que por las vías de hecho inspira el temor y que por el temor mantiene la paz”, es evidente que en casi todas estas naciones de Hispano América, condenadas por causas complejas a una vida turbulenta, el Caudillo ha constituido la única fuerza de conservación social, realizándose aún el fenómeno que los hombres de ciencia señalan en las primeras etapas de integración de las sociedades: los jefes no se eligen sino se imponen. La elección y la herencia, aún en la forma irregular en que comienzan, constituyen un proceso posterior (1952, p. 119).

Se producía así una explicación racional que predeterminedaba la práctica social y la temporalidad –el futuro está en Occidente–. Así, la dictadura no sólo era lógica, sino necesaria. El patrón de conocimiento ilustrado hegemónico, que celebraba el binomio de *orden y progreso*, extrapolaba desde el lugar de enunciación de la racionalidad su régimen de verdad al esquema de “soberanía nacional”: se acuña al pueblo venezolano una ontología salvaje, pueril y pre-civilizada, que debe ser disciplinada por el líder-leviatán, por los medios que fueran necesarios, siendo entonces fundamental establecer el “orden” para alcanzar esa meta del “progreso” en la que el capitalismo no aparece como un modelo más de sociedad, sino como naturaleza ilustrada y evolución predestinada.

Gómez comienza a estructurar y terminar de consolidar la máquina estatal nacional, así como a gestionar una reformulación del control del espacio/naturaleza. Así, pues, se enfoca en modernizar el ejército, que sería eje central del dominio, equipándolo y especializándolo técnicamente, y llevándolo a ser la institución más sólida de

Venezuela; establecer la vialización del país que le permitirá tener acceso a cada rincón de la nación y de esa manera mayor control de los mismos; impulsar un sistema fiscal y administrativo racionalizado y eficiente, que le garantizará los recursos necesarios para el logro de sus objetivos políticos; y abrirse al capital extranjero, con la política petrolera más liberal de toda América Latina (Sullivan 1976, p. 258), la llamada “danza de las concesiones”, otorgadas a gente cercana, amigos y familiares del dictador, quienes después las venderían a las compañías extranjeras a partir de los procesos de exploración petrolera que se efectuarían en la década de los diez. A su vez, Gómez progresivamente se iría apoderando de grandes extensiones de tierras.

Este tipo de orden soberano estaba entonces configurando un patrón de control territorial y de mediación con la naturaleza que va a constituir la plataforma material del discurso del desarrollo hasta nuestros días. La explotación en 1922 del pozo Barroso n° 2 de la Venezuelan Oil Concessions Ltd., subsidiaria de la Royal Dutch-Shell, que marca el inicio de la explotación petrolera a gran escala en el país (Mc Beth 1985, octubre-diciembre, p. 543), provocará un redimensionamiento de la función de Venezuela en la «División Internacional de la Naturaleza». El Estado, desde su constitución oligárquica, administra un proceso de apropiación y concentración de tierras en manos monopólicas, legalizado desde 1881 en la época del guzmanato, concediendo a las compañías petroleras extranjeras el derecho de expropiar el terreno que quisiesen para la explotación del llamado “oro negro” –si fuese posible, que quedara todo el territorio de la República cubierto de concesiones⁴⁹–, lo cual se acentuaría posteriormente con la reforma de la Ley de Minas gomecista (1918), situación por la cual estos consorcios petroleros terminarían adueñándose de una séptima parte del territorio nacional para 1936 (Maza Zavala 1990, p. 134).

A pesar de esta apertura y amplio acoplamiento del Estado venezolano con el capital foráneo, en el período gomecista comienza a formarse una conciencia de autovaloración política de carácter nacional, una incipiente potestad soberana de índole petrolera, que servirá

49 El jurista Pedro Manuel Arcaya afirmó que Juan Vicente Gómez, junto con el presidente provisional Márquez Bustillo y el ministro Gumersindo Torres concibieron un plan que proponía esta idea (Arcaya, en Trómpiz Vallés y Escuela Socialista de Coro 2013, 2 de noviembre, p. 189).

de sostén para la estructuración del petro-Estado y de la forma de nuestro particular capitalismo rentístico. La primera explotación exitosa, en 1912, provoca que ese mismo año se le empiece a dar importancia al petróleo en las Memorias del Ministerio de Fomento; a su vez, la Primera Guerra Mundial hace evidente el creciente peso que tiene el “oro negro” para las potencias imperialistas. El redimensionamiento del valor de la naturaleza en este contexto de expansión y disputas inter-imperiales abre el camino para una reformulación de la potestad sobre el territorio nacional, del sentido de la propiedad y la forma de la soberanía.

Quien fuera ministro de Fomento entre 1917 y 1922, Gumersindo Torres, decidía este primer año suspender temporalmente el otorgamiento de nuevas concesiones, al advertir que en Venezuela las empresas foráneas no pagaban nada por el derecho mismo a la explotación de petróleo, y establecía así la imperiosa necesidad de estudiar a fondo la cuestión petrolera, para así alcanzar la completa posesión de cuantos conocimientos sean requeridos para juzgar con acierto las políticas en este ámbito (Torres, en Mommer 2010, pp. 77-79). El surgimiento de una conciencia sobre el negocio del crudo se extrapola a la génesis del nacionalismo petrolero y de la conciencia sobre la propiedad estatal (id.).

En la medida en la que se da este fundamental reconocimiento, se comienzan a modificar las expectativas de captación del excedente, que pasan de los simples impuestos a la participación en las propias utilidades, la recaudación de la renta de la tierra —el no captar ninguna renta es expresión de una ausencia de derecho soberano con respecto a la estructura del sistema interestatal capitalista y la división internacional del trabajo y de la naturaleza—. Pero su recorrido histórico no va a apuntar hacia un régimen libre de propiedad estatal de la tierra, a pesar de que Gumersindo Torres planteara su predilección porque la renta de la tierra la captaran los terratenientes, cuyo interés en teoría estaría en conexión con el interés de la nación (ibíd., p. 81), sino hacia la formación de un petro-Estado que se constituirá como hegemonía política y económica respecto a su capacidad para captar de manera centralizada la renta petrolera internacional y para administrar a la sociedad venezolana, desde la progresiva asunción de esta conciencia de propietario. Los ideales del liberalismo/colonial fundacional de nuestra República, encontrarán así una nueva base de realización

en la naturaleza, y una base de mediación en el petro-Estado. Nace a partir de la dictadura de Gómez, lo que Fernando Coronil ha llamado el liberalismo rentista (2002, pp. 100-102), que marcará de manera determinante la forma cómo se va a representar el desarrollo en Venezuela.

En todo caso, será la lógica del gran capital imperialista, con el Estado como su interfase –Torres sería removido del Ministerio de Fomento en 1922–, la que reconfigurará la estructura económica interna, articulando la topografía nacional al mercado mundial, para la extracción masiva de petróleo: en 1928, Venezuela es ya el primer país exportador en el mundo, con unos 275 mil b/d, y sus niveles serían progresivamente incrementados hasta 1970, último año del predominio exportador del país, cuando se alcanza el techo máximo de 3.780.000 b/d (cf. Pdvsa 2005). Desde los años veinte, el petróleo pasaba a ser el orientador de toda la economía nacional, a excepción de la agricultura de subsistencia, que se mantendría al margen del mercado interno-externo. El Estado-nación ahora se consolida poseyendo tres monopolios: el monopolio legítimo de la violencia, el monopolio del control del proceso de explotación de la naturaleza y el monopolio de la gestión del “progreso”. Extractivismo petrolero y “misión civilizatoria” convergerán así en este esquema de “soberanía nacional”.

Este poder monopólico del naciente petro-Estado va a configurar una disputa histórica permanente por el control de las riendas del mismo. El petro-Estado, constituido en el marco de la colonialidad del poder, reproduce de manera mucho más acentuada las asimetrías sociales del esquema neocolonial de la “soberanía nacional”, mucho más intensos los contrastes de las relaciones de poder. Juan Vicente Gómez, el más grande latifundista de nuestra historia, junto a sus familiares y acólitos, protegidos bajo el manto foráneo, llevaron el latifundio a niveles exorbitantes⁵⁰, donde resalta ahora la constitución de un grupo de terratenientes “petroleros”, quienes recibían regalías por la explotación de petróleo en sus terrenos e invertían dichos

50 Las posesiones de Gómez se extendían por todo el territorio nacional y eran de dimensiones considerables: nada más en el estado Aragua contaba el dictador con 450 casas, 70 fundos, 30 lotes de terrenos y 160 haciendas. Se contempla que el total de estas posesiones representaban una tercera parte de las tierras cultivadas del país (Acosta Saignes 1987, pp. 57-68; cf. Dupuy 1983).

capitales en el comercio urbano (Maza Zavala 1990, p. 136). La renta de la extracción petrolera genera procesos acumulativos que aumentan proporcionalmente tanto el poderío económico de estos grupos monopólicos locales, como la dependencia material del conjunto de la economía nacional. El latifundismo gomero sería uno de los factores de la debacle económica de toda la agricultura venezolana.

La génesis del capitalismo rentístico se produce en la medida en la que se reconfigura la relación entre el capital, el Estado y el territorio. El hundimiento de la producción del campo ante la creciente captación de renta petrolera, que haría que para la época de López Contreras la agricultura de exportación pasara a ocupar un lugar accesorio en la economía nacional, se genera en el marco de la implantación de los campos petroleros –Zulia y Falcón a fines de la década de 1920, y Anzoátegui, Monagas, Guárico y Bolívar en la década de 1930–, núcleos de transformación colonial que se proyectan hacia la ciudad. Como lo afirmara Rodolfo Quintero, los campos petroleros son una institución colonialista en forma de plantación industrial, que a lo interno de ellos reproducían la colonialidad del poder por medio de una segregación del espacio –los extranjeros vivían en las zonas residenciales con óptimos servicios, afirmando sus estilos de vida occidentales– al tiempo que se generaba una estructura de clases en detrimento de los campesinos pobres, peones e indígenas que componían la fuerza de trabajo de los mismos (Quintero 1976, pp. 80-88). A lo externo, el campo petrolero no se identificaba con la organización y las autoridades político-administrativas existentes en el territorio donde se enclavaba, pero se vinculaba con éste. Extendía su influencia colonial sobre las comunidades cercanas, afectando a las culturas y formas de producción locales, generando trabajos parasitarios de servicios en torno a él, e impresionando a todos cuantos viven fuera de ellos, quienes lo consideraban un símbolo de prestigio y “progreso” (id.).

La determinante proyección geográfica-política de estas incrustaciones imperialistas se daba en las ciudades, atravesadas por la nueva lógica extractiva del modelo rentista. Podemos hablar del inicio en esta época de un “urbanismo petrolero”, en el sentido de la formación de ciudades/petróleo, antiguas aldeas transformadas, o que nacían y crecían como producto de actividades “urbanísticas” de las compañías foráneas, y que se formaban en las proximidades de los campamentos como sus necesarios complementos –resaltan

nuevos núcleos poblados como El Tigre, Cabimas y Caripito—. Ciudades como Maracaibo y Puerto La Cruz, eran también profundamente determinadas por esta lógica colonial, aunque con una relativa autonomía en comparación con una ciudad como Lagunillas (ibíd., pp. 89-99; Fierro y Ferrigni, en Carrera Damas [coord.] 2008, p. 168).

De esta forma, la progresiva transformación del espacio, camino hacia la modernidad, con un perfil diferente de la infraestructura parisina de Guzmán Blanco, iba haciendo de las ciudades los centros de la actividad económica, en las cuales se generaban nuevos estilos de vida que asociaban lo extranjero con el “progreso”, al tiempo que se estructuraba un mercado interno con una creciente demanda que era necesario cubrir con artículos importados, debido a la imposibilidad de hacerlo con una escasa producción nacional, sobre todo de artículos relacionados al lujo y que poco a poco calarían en las expectativas sociales, influidas por la penetración cultural norteamericana. La síntesis de estas reestructuraciones antropológicas que sufriría Venezuela representa la génesis de lo que Rodolfo Quintero denominó la “cultura del petróleo”.

La “magia” del petróleo materializaba y masificaba el ideal del “progreso” principalmente en estos núcleos espaciales, sin la necesidad de un proceso previo de desarrollo interno de las fuerzas productivas, sino que súbitamente lo lograba mediante la filtración de la renta por los poros de la poco diversificada actividad económica nacional (cf. Rangel 1980). El petróleo pasa a ser la sangre del cuerpo de la nación. La “locura” social diseminada por el surgimiento del petróleo fue en general, la base de un hechizo colectivo que se ejerció bajo la promesa de dinero fácil, de riqueza para todos (Carrera 2005, p. 126). Los círculos de miseria que irían poblando las urbes venezolanas, se alimentarán de las esperanzas en el nuevo chorro, en que más dinero “salga de la tierra”, en El Dorado petrolero contemporáneo.

La promesa largamente construida en la modernidad, sostenida subrepticamente sobre las bases de la exclusión colonial y de la organización del deseo articulado al capital, parece pues hacerse real en la Venezuela petrolera, en la medida en la que este “fruto de la tierra” lograba cubrir carencias que los modelos anteriores habían dejado desatendidas y que tantos conflictos sociales habían provocado. El petróleo es la base material de la ilusión —como imagen y como esperanza—, del deseo. Se establece así, la segunda fase de la

construcción mítica de la nación. El mito nacionalista del Estado-patria bolivariano, en correlación con el mito del “progreso” se hacen materia y potencia con la renta petrolera. El extractivismo se torna misión emancipatoria. Todo un imaginario social se construirá en torno al petróleo, el cual será poderosamente determinante para la funcionalidad del discurso del desarrollo en Venezuela.

El establecimiento de un modelo de monoproducción minero-exportador parasitario, altamente intensivo en capital, rige la economía nacional teniendo solamente a 10% de la población trabajando en la industria petrolera para 1938 (Maza Zavala 1990, p. 182)⁵¹, lo cual va a estrechar aún más la relación petróleo-Estado-“progreso”. Por la vía de la penetración del capital internacional, vía inversión o gasto público, se daría el impulso para el proceso de monetarización de la estructura socioeconómica del país. El dinero, con su lógica desterritorializada y líquida, despliega, reestructura y disciplina espacios, formas y subjetividades en torno al valor de cambio, lo que supone además un mayor fusionamiento y homogeneización estructural que acentuaría la vulnerabilidad de nuestra economía a las coyunturas y fluctuaciones sistémicas. Esta lógica dineraria es uno de los factores fundamentales de la estructura del capitalismo rentístico venezolano.

La muerte de Gómez va a dar cabida a un período de la historia nacional heredera del Estado gomecista, pero que tendrá ante sí la aparición de una subjetividad efervescente, en el marco de la aparición y hegemonización global el discurso del desarrollo a partir de 1945.

51 Cuando la actividad primordial era la exportación de café, la distribución de la riqueza era un tanto más heterogénea, debido a que mantenía en actividad productiva a alrededor de 500 mil personas, mientras que la mano de obra petrolera no llegó a emplear a 100 mil trabajadores para la época.

Petro-Estado interventor, desarrollo y “pueblo”: de López Contreras al derrocamiento de Pérez Jiménez (1936-1958)

El período posgomecista consolida al petro-Estado institucionalizando y racionalizando la administración del “progreso” a partir de la renta petrolera. Sin embargo, es fundamental resaltar que con la muerte de Gómez y durante el año de 1936 se registrará lo que Domingo Alberto Rangel ha denominado «el ascenso de las masas» (cf. 1980), una efervescencia social e intensa participación popular que hacen de las calles el escenario constante de la política. La activa movilización social se extendió no sólo geográficamente por todo el territorio nacional, sino también a cada sector de la población⁵², y sería factor fundamental en una reconfiguración del esquema de “soberanía nacional” que culminaría este período con el derrocamiento de la dictadura del general Marcos Pérez Jiménez.

Las transformaciones sociales en vías a la proletarización del pueblo, la modernización subjetiva y cultural, así como la hegemonía social y económica del espacio urbano, abren el camino al surgimiento del «problema de las masas», de la aparición del “pueblo” como identidad de derecho y como factor orgánico de poder⁵³. La enorme presión popular desatada en la era posgomecista —una movilización sin precedentes de 50 mil personas el 14 de febrero de 1936 hasta el Palacio de Miraflores— obligaba a Eleazar López Contreras a interpelar la alianza de las élites con el Estado que se resistían a una reforma y a ceder ante las reivindicaciones populares. Se estaba reestructurando de hecho la cartografía de poder nacional: el cambio ontológico de la subjetividad modernizada requeriría por parte del poder establecido de nuevos mecanismos de dominación, de construcción de consenso y de establecimiento de legitimidad. Sería éste un período de constantes tensiones, en las que el “pueblo” intentaba de manera creciente la toma de espacios, mientras que el petro-Estado trabaja para frenarla o, en el peor de los casos, regularla.

52 Para una interesante reseña que refleja, entre otros períodos, la participación y protesta popular desde la muerte de Gómez hasta el derrocamiento de Marcos Pérez Jiménez, véase López Maya, en Baptista (coord.) 2000, pp. 80-93.

53 Aquí ya hacían su aparición los obreros petroleros de Maracaibo y los constructores, desempleados y textiles de Caracas.

En la Constitución de 1936,

Con las limitaciones del caso, impuestas por la correlación de fuerza existente, esta constitución evidencia la puesta en forma de un nuevo orden jurídico-político para la sociedad venezolana, basado en la afirmación del individuo como sujeto del proceso social (Dávila 1988, p. 128).

La aparición del “pueblo” en la calle lo hace ahora surgir en la legislación de manera activa. Pero aparece como nombre y como masa, no como ser de transformación: el Estado de López Contreras mantiene la visión paternalista del período gomecista, aunque relajando la rigidez propia de la gestión del «gendarme necesario». Bajo esta visión, el nuevo mandatario no consideraba al pueblo venezolano preparado todavía para el ejercicio pleno de la democracia «por su heterogénea y disímil formación sociológica y étnica» (López Contreras citado por Dávila 1988, p. 91). Su condición «inculta y todavía ignorante» requería de un Estado fuerte que procurase llevar al “pueblo” por el trayecto de las fases evolutivas necesarias para alcanzar el modelo de democracia moderno/occidental, al tiempo de evitar que éste se salga del camino trazado. Para ello se consolidará la forma de un Estado interventor, con un predominio presidencialista, que mantendrá la institución y el discurso militar como garante de eficiencia, obediencia y orden público —expresión que desde la independencia tendrá un lugar importante en el imaginario nacional venezolano—, estableciendo una serie de organismos e instituciones orientados a objetivos específicos para la “evolución” del país.

El petro-Estado posgomecista, muy influido por el esquema intervencionista del New Deal estadounidense que se originó a raíz de la Gran Depresión de los años treinta, por algunas ideas del fascismo italiano por medio del ministro Alberto Adriani (Bautista Urbaneja 2002, p. 52), y fortalecido por su nuevo rol de empresario en la economía nacional, a raíz de la adquisición de bancos, industrias y haciendas de las confiscaciones gomecistas, persigue la construcción, dirección y disciplinamiento de un tipo de sujeto. En el Programa de Febrero de aquel 1936 se establece que «Entre las grandes necesidades del país está la de una población relativamente densa, físicamente fuerte, moral e intelectualmente educada, y que disfrute de una economía próspera. La inmigración y la colonización contribuirán poderosamente en tal sentido» (Carrera Damas 2006, p. 157). Este tipo ideal

de sujeto tiene entonces, tanto referencias racial/geográficas, como un perfil funcional para el “progreso” nacional. Se logra nuevamente una tipificación maniquea civilizado/nativo que traza una biopolítica neocolonial para el “mejoramiento” del país: mientras la Ley de Inmigración y Colonización de 1936 establece que la entrada a Venezuela se limita sólo a la raza blanca a fin de mejorar la evolución de la población –lo que Alberto Adriani llamó «blanquear al país» (Morales Díaz y Navarro Pérez, 2008, p. 15)–, y “culturizar” a la masa popular se convertía en la tarea de mayor trascendencia del Estado (López Contreras citado por Dávila, ob. cit., p. 199), el comunismo pasaba a ser catalogado como un obstáculo para el “progreso”, perfeccionándose en el nuevo gobierno la normativa anticomunista de Gómez de 1928. El inciso 6° del artículo 32 de la Constitución de 1936 reza que

Se considerarán contrarias a la independencia, a la forma política y a la paz social de la nación las doctrinas comunistas y anarquistas, y los que las proclamen, propaguen o practiquen serán considerados como traidores a la patria y castigados conforme a las leyes (Bautista Urbaneja 2002, p. 49)⁵⁴.

Era evidente el intento de regulación y contención del poder popular desplegado durante el gobierno de López Contreras, lo que sin embargo no pudo impedir las mutaciones de soberanía que ya estaban en proceso.

El intenso involucramiento popular promovió una mutación en la narrativa de los partidos políticos de la época y en el discurso oficial, donde comienza a aparecer lo “público” como retórica, como fenómeno vinculado al poder, y se va gestando una verdadera “opinión pública”, tomando en cuenta la moderada proliferación de medios de comunicación. El presidente López Contreras haría uso frecuente de las alocuciones radiales para dirigirse a la nación sobre asuntos trascendentales, apelando a la palabra militante dirigida a los “compatriotas”, al pueblo en nombre del pueblo, aludiendo e identificándose con la “izquierda” por vocación a la voluntad colectiva –«Mi gobierno será de izquierda», decía López Contreras, al igual que lo hacía la oposición (Dávila 1988, pp. 96-97, 109)–, vinculando su discurso al misticismo de Bolívar, creando así nexos discursivo-políticos

54 La relación entre anticomunismo y positivismo se desarrolla teóricamente desde la dictadura de Gómez (véase Vallenilla Lanz 1952, p. 128).

con el Estado y masificando el mensaje. Así la palabra pública de empatía con el “pueblo”, la persuasión discursiva y el carisma, cada vez tendrían mayor importancia política.

Surgía pues, una nueva forma de hacer política en el país que abriría el debate sobre las facultades del pueblo –Rómulo Betancourt apelaba en 1936 a la “voluntad única” del mismo– y el sufragio universal, lo cual en el contexto de la democracia liberal representativa tiene precisamente en la opinión pública el centro de su objetivo político: ante la eclosión del “pueblo” moderno nace un tipo de práctica discursiva populista como mecanismo de adaptación, propia de la típica concepción de la política de la modernidad más contemporánea. Y con ella emerge la trilogía *petróleo-Estado-pueblo*, los pilares del esquema de “soberanía nacional” contemporáneo y del discurso del desarrollo en Venezuela.

Dentro de esta nueva discursividad política, la construcción y consolidación de la legitimidad del sistema de poder requería también representar de manera funcional al pueblo en su relación sintética con los otros dos factores de la trilogía del “progreso” en Venezuela. En ese sentido, se promovía por un lado la idea del Estado como representante de los intereses comunes de la nación, y por el otro, los partidos políticos y sobre todo el discurso nacionalista, al comenzar a identificar a la nación con su cuerpo natural –su naturaleza como riqueza–, vinculaban el uso de la renta petrolera con el desarrollo económico en beneficio de la totalidad del pueblo venezolano (Coronil 2002, pp. 109-110).

En esta tarea de reproducción de la sociedad y de despliegue del proyecto de la modernidad en Venezuela surgiría una metáfora que va a representar una promesa de “progreso” a partir de la correcta distribución de la “riqueza nacional” petrolera: la idea de “sembrar el petróleo”. Dicha idea, formulada en su contenido por Alberto Adriani, pero sistematizada y bautizada posteriormente por Arturo Uslar Pietri en 1936⁵⁵, nos remite a la posibilidad de que el petro-Estado –

55 El analista Humberto Trómpiz Valles, plantea que la idea primigenia de sembrar el petróleo en la agricultura es de Gumersindo Torres en 1918. Para Torres, la captación de la renta debería ser llevada por los terratenientes y los impuestos por el Estado, lo que en teoría impulsaría la prosperidad de la respectiva región y el aumento consiguiente de las rentas fiscales. Posiblemente el planteamiento de Trómpiz sea anacrónico, en el sentido de que la idea de “sembrar el petróleo” es una idea de carácter administrativo,

quien es el gestor monopólico de la “siembra”– tome parte de la renta petrolera para la inversión en áreas productivas (inicialmente en la agricultura) que permitan romper con la dependencia y garanticen la “evolución” del país. Uslar Pietri, afirmaría en el famoso editorial del semanario *Ahora* de 1936:

...urge crear sólidamente en Venezuela una economía reproductiva y progresiva. Urge aprovechar la riqueza transitoria de la actual economía destructiva para crear las bases sanas, amplias y coordinadas de esa economía progresiva que sería *nuestra verdadera acta de independencia* (...) Que en lugar de ser el petróleo una maldición que haya de convertirnos en un pueblo parásito e inútil, sea la afortunada coyuntura que se permita con su súbita riqueza acelerar y fortificar *la evolución productora* del pueblo venezolano en condiciones excepcionales (Dávila 1988, p. 235, subrayado nuestro).

Esta idea, al reconocer el aspecto parasitario y dependiente de nuestro capitalismo rentístico, ha sido una tesis defendida y utilizada constantemente en la política partidista nacional prácticamente por todos los contendientes al control del petro-Estado, aunque sean de las más distintas ideologías y tendencias (De Lisio 2005, p. 22), y se ha constituido en el eje central de la estrategia de modernización en Venezuela (García Larralde [coord.] 2009, mayo-agosto, p. 176). La *siembra petrolera*, que nos remite a una temporalidad futura, bajo el accionar disciplinario del Estado-central periférico, se hace alegoría del desarrollo, mientras que éste se operacionaliza en ella.

El progresivo asentamiento del capitalismo rentístico y el fortalecimiento del petro-Estado, un Estado que va a ser “capturado por el dinero” en la medida en la que los negocios de pequeños círculos oligárquicos ahora dependerían de la renta petrolera captada por éste (Coronil 2002, pp. 108-109), se van gestando en un contexto

“desarrollista” y soberanista, que nace al calor de la consolidación del petro-Estado y del proyecto nacional de una periferia como Venezuela, que trata de alcanzar un más sólido posicionamiento en la dinámica del sistema-mundo capitalista. Hay por lo tanto una desconexión entre esta metáfora y el hecho de que el desarrollo productivo agrícola esté en manos del interés privado y fragmentado de los terratenientes, bajo un régimen de propiedad libre nacional (cf. 2011, 6 de enero).

político que le exige obtener avances en lo que concierne al control y aumento de la renta, debido a que la progresiva expansión del proceso de modernización, así como las crecientes reivindicaciones sociales de trabajadoras y trabajadores, requieren de cada vez mayores sumas de dinero para solventar los diferentes problemas sociales y mantener vigente el proyecto de la nación venezolana. El enfoque nacionalista se fortalece a medida que lo hace el propio petro-Estado, lo cual se evidenció con el gobierno de Isaías Medina Angarita, continuación del modelo posgomecista, y que sería el primer gobierno que tomaría la idea de “sembrar el petróleo” como principio rector de su proyecto de modernización (Battaglini 1997, p. 51).

El Estado medinista ganaría terreno en los asuntos de la vida nacional y afianzaría y acentuaría su rol protagónico en el proceso “evolutivo” del país, imprimiéndole mayor rigor a los proyectos ya aplicados por López Contreras, aunque con mayores libertades sociales. La Ley de Hidrocarburos de 1943, definatoria de la propiedad nacional estatal sobre los yacimientos petroleros, es muestra de una mayor reivindicación nacionalista y la evidente necesidad de una mayor intervención estatal en la actividad petrolera, estableciendo claras ventajas para el Estado venezolano para financiar así su proyecto modernizador (cf. Dávila 1988).

No obstante, las fisuras del modelo oligárquico posgomecista apuntaban a la crisis de representatividad de un pueblo que deseaba ampliar sus formas de participación democrática y de justicia social, lo cual le permitiera incorporarse a la vida política y a la construcción de aquel “nuevo país”. Hasta el campesino, que se había sumergido en un largo letargo por su desgaste histórico, estaba nuevamente participando en aquel movimiento (cf. Rangel 1980). La reforma de la Constitución medinista de 1945, que planteaba reivindicaciones francamente liberales y democráticas, donde resaltaban el derecho al voto directo, incluyendo a la mujer, la libertad de pensamiento y la eliminación de la prohibición comunista (Dávila 1988, p. 157); junto con la pugna entre Acción Democrática (AD) y el Partido Comunista de Venezuela (PCV) por el control de los sindicatos obreros y campesinos, conscientes del poder de la clase trabajadora y el campesino organizado, constituían rasgos evidentes de las tensiones generadas entre el poder constituyente en crecimiento y el viejo régimen vertical que estaba caducando.

El golpe de Estado triunfante del 18 de octubre de 1945, que instala el llamado *Trienio adeco*, representa el punto de partida del modelo populista petrolero, esquema político del discurso del desarrollo en Venezuela hasta nuestros días, aunque en este período 1936-1958, dicho modelo haya representado más bien un corto paréntesis que culminará con la instauración de la dictadura militar bajo la tutela del general Pérez Jiménez entre 1948-1958. La aparición del populismo como modelo político-partidista y su establecimiento en la maquinaria del petro-Estado representan una reformulación del esquema de “soberanía nacional” en el cual el nuevo asunto de las “masas” hacía necesario ampliar la inclusión semántica del “pueblo” y llevarla a una alianza negociada con el Estado, y así legitimar la misión civilizatoria del capital, ahora bajo la égida global de los Estados Unidos⁵⁶.

Cuando Rómulo Betancourt, el líder populista y ahora presidente provisional de la Junta Revolucionaria de Gobierno, afirmaba que el golpe de Estado de 1945 «le devuelve al pueblo su soberanía usurpada» (Battaglini 2008, p. 157), estaba realmente recreando el nuevo esquema de poder que se gestaba en Venezuela, siendo que la bandera política con la cual AD había logrado un apoyo de masas importante era la del sufragio universal, el cual se vería incorporado de manera inédita a la Constitución de 1947, en su artículo 79, donde reza que «La soberanía reside en el pueblo, quien la ejerce mediante el sufragio». El poder inmanente del “pueblo” ampliaba sus espacios de expresión pero serían éstos finalmente reducidos a la elección de un representante, articulándolos así al mando central del petro-Estado.

El petro-Estado populista comienza entonces a corporativizar a la sociedad, a construir *hegemonía* –en términos gramscianos–. Necesita hacer viable tanto el nuevo esquema de soberanía como el propio proyecto nacional, por lo cual requiere afinar sus recursos discursivos, materiales y biopolíticos, y así adaptarlos tanto a las transformaciones en curso de la sociedad venezolana, como a los intereses de las élites nacionales.

Hay una clara necesidad de disipar el conflicto y la revolución. Por un lado, el petro-Estado se avoca a cooptar la movilización y organización popular, principalmente los sindicatos, reformulando así

56 El Tratado de Reciprocidad Comercial con los Estados Unidos firmado en 1939 es una expresión del carácter de la relación establecida entre Venezuela y los EE UU.

los mecanismos de control y haciendo del ejercicio de la violencia un elemento encubierto de su práctica política, volviéndola más selectiva, menos rudimentaria y generalizada, pero más diversificada en sus métodos. Por el otro lado, la trilogía petróleo-Estado-“pueblo” es atravesada por el discurso de la unidad nacional, apoyado por el mito bolivariano y en pro de los intereses de la “patria”. Durante el Trienio, AD denunció el carácter subordinado del régimen gomecista frente al imperialismo y planteaba una ruptura radical con el pasado antinacional promoviendo un orden nuevo bajo su mando, una refundación de la república: «...con seguros pasos hacia el pleno rescate de su soberanía, porque en el gobierno actuaba un equipo animado por la decisión de (...) realizar la segunda independencia...» (Rómulo Betancourt cit. por Battaglini 2008, p. 127), lo cual lograba motorizar una intensa movilización social de apoyo al nuevo gobierno (Uzcátegui 2010, p. 167).

Nuevamente, la reivindicada idea de una “independencia” encubría la conexión neocolonial propia de una periferia de la economía-mundo capitalista –la dependencia, reproducida en el esquema de “soberanía nacional”–, siendo que la política económica y gubernamental en el Trienio adeco estaba plegada a la estrategia geopolítica norteamericana del período de la posguerra –el proteccionismo y la fortaleza estatal brillaron por su ausencia–, sobre todo en el ámbito de las actividades extractivas, de la inversión extranjera y las importaciones (Battaglini 2008, p. 127), aunque cabe resaltar que las relaciones entre los Estados Unidos y Venezuela no se dieron sin contradicciones, sino que, a juicio de Margarita López Maya, discurren bajo «un esquema accidentado, en ocasiones improvisado, reactivo y muchas veces tenso» (1996, p. 249)⁵⁷.

Esta tensión geopolítica expresa el intento de armonizar un sistema de dominación social doméstico viable, un proceso de acumulación capitalista interna a partir de la afirmación soberana de la condición de propietario del cuerpo natural y del fortalecimiento de

57 Es importante destacar la Ley-Decreto 112 del 31 de diciembre de 1945, que establecía un impuesto extraordinario a las compañías petroleras, lo cual permitiría aumentar las ganancias nacionales, y que generó un “shock” en dichas compañías. No obstante, como lo expone Óscar Battaglini, estas reivindicaciones petroleras tenían un sentido falsamente nacionalista, pues no habría una real disposición para hacerlas cumplir. Sobre esto, véase «La política de “no más concesiones” y el interés de “participar directamente” en el mercado petrolero» (ob. cit., pp. 73-78).

la captación de una renta internacional, junto con una articulación con los capitales multinacionales, principalmente con el estadounidense. La materialidad de la alianza populista y de la posibilidad de disipar la rebelión social se sostienen en los procesos redistributivos de la renta petrolera. Con la emergencia del “pueblo”, la *modernidad* en el populismo busca la tangibilidad del “progreso”, la personificación de la “riqueza”. Rómulo Betancourt, en rechazo al anterior modelo de gestión de la modernización, afirmaba:

La política suntuaria, ostentosa, la del hormigón y el cemento armado, fue grata al régimen, como lo ha sido a todo gobierno democrático que en piedra de edificios ha querido siempre dejar escrito el testimonio de su gestión, no pudiendo estamparlo en el corazón del pueblo. Nosotros por lo contrario, haremos de la defensa de la riqueza-hombre del país el centro de nuestra preocupación. No edificaremos ostentosos rascacielos, pero los hombres, las mujeres, los niños venezolanos comerán más, se vestirán más barato, pagarán menos alquileres, tendrán mejores servicios públicos, contarán con más escuelas y con más comedores escolares... (Arenas y Gómez 2005, p. 26).

Esta política de tangibilidad social de la renta que proponía Betancourt, se inscribía en una discusión particularmente intensa que se daba al calor de la Segunda Guerra Mundial, y que reconocía la cada vez más débil base agroexportadora de Venezuela, nuestra alta dependencia estructural, y la necesidad de aprovechar la renta petrolera para crear una estructura productiva diversificada que permitiera la reproducción de capital. Como reconocía Arturo Uslar Pietri: [El petróleo] «hace imposible el regreso a lo que antes éramos, y no ha creado las posibilidades de que continuemos siendo lo que somos» (En Baptista 2004, p. 227). Esto suponía una reformulación de la idea de sembrar el petróleo, y una inscripción política en el concepto contemporáneo del desarrollo. Para Betancourt estaba claro: «Hay que impulsar el desarrollo industrial de la nación» (En Baptista, ob. cit., 228). Se trataba pues, de una modificación de las líneas fundamentales del proyecto nacional, que relegando la producción agrícola como base para la formación de capitales –la vieja siembra petrolera–, se orientara ahora, por medio de un Estado financiador y orientador de las actividades económicas –como decía Betancourt, «El *laissez-faire*

hizo su tiempo»—, a aumentar y diversificar la producción industrial doméstica y crear el mercado interno a partir de la renta petrolera.

La concreción de este proyecto político nacional para el desarrollo, requería del apoyo de las diferentes élites económicas y políticas, los poderes fácticos que han impulsado la misión civilizatoria. Betancourt desde los inicios del período adeco se había aliado con los militares, mientras que por otro lado iba fortaleciendo a la burguesía venezolana a partir del crecimiento económico interno —generando un aumento de la brecha entre ricos y pobres—, al tiempo que expandía el proceso de implantación capitalista en el espacio natural, derribaba el “obstáculo geográfico” y ocupaba el sur del país hasta el norte del río Orinoco, transformando las nociones de distancia y tiempo por medio de la tecnología y la infraestructura vial (Carrera Damas 2006, p. 152). En todo caso, los límites del proyecto populista están determinados no sólo por la correlación de fuerzas internas y su capacidad de control del espacio/naturaleza, sino también, y de manera fundamental, por la lógica del capital mundial, en específico, por la poderosa reestructuración del sistema-mundo que estaba liderando los Estados Unidos como hegemonía mundial de la posguerra.

Estados Unidos, como gran vencedor de la Segunda Guerra Mundial, lograba imponer un modelo de capitalismo disciplinario al menos en sus áreas de influencia, basado en un Estado interventor. El modelo de la posguerra es intervencionista por varias razones: a) para evitar las fluctuaciones cíclicas del capital, que habían provocado la Gran Depresión de los años treinta —es keynesiana, heredera del esquema *New Deal*—; b) para el disciplinamiento de la producción capitalista en torno a un estilo tecnológico y la sociedad de consumo; c) para evitar el auge de los movimientos comunistas, mediante la distribución social del “bienestar”; d) para la reconstrucción de las áreas estratégicas para la economía estadounidense —Plan Marshall como el emblema—; y e) para la reestructuración del Nuevo Orden Mundial en torno al dólar, a las instituciones supranacionales, y al *american way of life* (cf. Del Búfalo 2002, pp. 11-44).

La forma que tomaban estos Estados interventores en las zonas de influencia estadounidense variaba dependiendo de su condición en la economía-mundo. Desde los *Welfare States* o “Estados de bienestar” de las zonas centrales, hasta lo que se han denominado los “Estados desarrollistas” de las periferias. El discurso del

desarrollo quedaba así inaugurado tanto como una narrativa de carácter global como un programa de reordenamiento sistémico. La *doctrina Truman*, como directriz geopolítica establecida por el presidente de los Estados Unidos en 1947, en el marco de la (mal) llamada Guerra Fría, proponía el concepto del “trato justo” hacia los países de sociedades “primitivas y estancadas” que representaban una amenaza tanto para sí mismos como para las áreas más prósperas. La idea de Truman era que por medio del capital, de la ciencia y la tecnología, se creara “un programa de desarrollo” que generara

...las condiciones necesarias para reproducir en todo el mundo los rasgos característicos de las sociedades avanzadas de la época: altos niveles de industrialización y urbanización, tecnificación de la agricultura, rápido crecimiento de la producción material y los niveles de vida, y adopción generalizada de la educación y los valores culturales modernos (Escobar 2007, pp. 17-18).

Estados Unidos no estaba dispuesto a dejar pasar nuevamente la oportunidad de encabezar el reordenamiento del poder mundial y plantearlo a su conveniencia, como sí lo había hecho al finalizar la Primera Guerra Mundial. De ahí que en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, a partir de Bretton Woods y otros tratados, se planteara la “necesidad” de crear organismos supranacionales para el desarrollo, como la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal), y para el financiamiento a estos países “en vías de desarrollo”, como el Banco Mundial (BM) y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID).

El desarrollo era, pues, la plataforma discursiva y programática de un proceso neocolonial de transnacionalización del sistema-mundo capitalista en torno a la hegemonía estadounidense. Se trataba de adaptar y disciplinar a las sociedades globales a este proceso de rearticulación y subsunción de las economías nacionales que, en nombre de la “ayuda humanitaria” –«la ayuda moderna es la autoayuda de la modernidad», dice Marianne Gronemeyer (cf. 1996)–, estructuraba nuevas formas de control más sutiles y refinadas, motorizadas por una serie de instituciones internacionales de fomento, centros universitarios, de investigación y producción de conocimiento, mecanismos del capital financiero para impulsar

el desarrollo⁵⁸, fundaciones norteamericanas y europeas, y oficinas de planeación establecidas en las grandes capitales de los países periféricos, que consolidarían una eficaz red de poder que terminaría penetrando todas las esferas de la sociedad (Escobar 2007, pp. 75-76), instalando de esta manera el desarrollismo como objetivo generalizado de las mismas. La teleología social que el pensamiento moderno había hegemonizado en el imaginario cultural del sistema-mundo, y que colocaba a Occidente como destino evolutivo de todo el resto de las sociedades del planeta, se replicaba y ampliaba en la noción de desarrollo, continuación histórica de la misión civilizatoria capitalista.

El proceso de globalización del desarrollo era evidencia de la constitución de una muy compleja especie de soberanía transnacional después de 1945. En uno de los documentos más influyentes de la época, redactado por un grupo de expertos para la recién fundada Organización de las Naciones Unidas, *Measures for the Economic Development of Underdeveloped Countries* (Medidas para el Desarrollo Económico de Países Subdesarrollados) de 1951, se pueden detectar los vínculos del desarrollo con la acumulación por desposesión:

Hay un sentido en el que el progreso económico acelerado es imposible sin ajustes dolorosos. Las filosofías ancestrales deben ser erradicadas; las viejas instituciones sociales tienen que desintegrarse; los lazos de casta, credo y raza deben romperse; y grandes masas de personas incapaces de seguir el ritmo del progreso deberán ver frustradas sus expectativas de una vida más cómoda. Muy pocas comunidades están dispuestas a pagar el precio del progreso económico (Escobar 2007, p. 17).

El concepto de desarrollo se convertía así en un paradigma para pensar la sociedad del futuro, en una verdad incuestionable aceptada en todo el mundo, que abarcaría todos los elementos de importancia en la vida cultural, social, económica y política de los países más pobres, y tipificaría así a su negatividad en la idea del “Tercer Mundo” y del sujeto “subdesarrollado”. El *subdesarrollo* y el *tercermundismo* aparecían así como patología, como condición anómica, como perfil ontológico e identitario vinculado a una situación salvaje contemporánea aún no superada. El desarrollo

58 Escobar afirma que «El Banco Mundial, tal vez como ninguna otra institución, encarna el aparato del desarrollo» (ob. cit., p. 282).

como narrativa produce a su vez subjetividad, recreando la diferencia colonial.

A su vez, este concepto apunta a un redimensionamiento y reestructuración del espacio/naturaleza. El Nuevo Orden estadounidense de la posguerra promovía la hegemonía de las empresas transnacionales, las cuales con su penetración territorial delineaban las estrategias de desarrollo y conectaban las políticas de industrialización de estos países periféricos a formas sin precedentes de creciente racionalización y complejización de la extracción de recursos naturales, apuntando a la colonización de espacios vírgenes e impulsando un disciplinamiento económico para el extractivismo, y una *internacionalización de la naturaleza*.

Es importante resaltar que la propia Guerra Fría estaba montada sobre un esquema desarrollista. El paradigma del bloque soviético era el de la organización de procesos de acumulación “originaria”, para poner en marcha programas de modernización, industrialización y de progresiva ocupación y extracción de naturaleza en aquellos países que no habían atravesado aún las “etapas iniciales” del desarrollo capitalista. Esto supuso, en ocasiones, extremos esquemas correctivos y violentos como los que acompañaron a la colectivización forzosa de la agricultura en la Unión Soviética, China y Europa Oriental (Harvey 2007a, p. 129).

Como hemos visto en su transformación histórica en la modernidad, la noción del desarrollo se operativiza bajo el esquema de llamada “soberanía nacional” como cartografía neocolonial de poder territorial. En el llamado “Tercer Mundo” se recrea el principio de autoridad a partir del rasgo colonial, del régimen de propiedad o de los portadores del saber “legítimo”, desde donde se organiza la “planificación” estatal para llevar de forma disciplinaria a un país pobre por la senda del desarrollo. Si la evolución eurocentrada es el estadio mayor de la sociedad, y la patria fue creada sobre esta promesa ilustrada, entonces el desarrollo por ende representaría el bienestar de la propia nación. Los códigos significativos de la soberanía quedan delimitados bajo este paradigma, y el desarrollo pasaría así a ser incuestionable, debido a que no puede haber un connacional que no desee el bien de la nación. Ir en contra del desarrollo sería ir en contra de la propia nación, siendo esto último algo tipificado en el derecho como delito. La “identidad nacional” queda anclada a los objetivos abstractos de la modernidad colonial: es una identidad nacional sujeta.

La instalación del gobierno militar en la década 1948-1958 bajo el predominio del general Marcos Pérez Jiménez, culmina el período de consolidación del petro-Estado nación venezolano, ahora impulsado por el ciclo de crecimiento económico mundial que sirve de alimento para el funcionamiento de esta maquinaria estatal. Este régimen, que se instala en 1948 por medio de un golpe de Estado, que fuese apoyado por el Departamento de Estado de los EE UU contra el gobierno populista “adeco” presidido por Rómulo Gallegos (Battaglini 2008, pp. 300-311)⁵⁹ –evidenciando lo que será la política exterior policial del imperialismo estadounidense en la región, en el marco de la llamada Guerra Fría–, termina de asentarse con la dictadura militar de Pérez Jiménez en 1952, cuando se desconocen los resultados electorales que daban ganador al partido Unión Republicana Democrática (URD) y se materializa el golpe del 2 de diciembre de aquel año, con la consiguiente eliminación de las ya limitadas libertades políticas (cf. Bautista Urbaneja 2002).

La expansión de la economía y de la demanda de petróleo mundial permitirían una mayor acumulación de capital para el país, y el manejo de una renta cada vez más amplia que constituiría la base material para la emergencia del mito de la prosperidad y la abundancia económica nacional, y que haría funcional un “modelo” de desarrollo y de ejercicio del poder por muchos años, el cual entraría en crisis en la década de los ochenta. El hecho de que entre 1947-1957 la producción venezolana de petróleo aumentara a una tasa promedio anual estable de 9,4%, las entradas ordinarias provenientes del petróleo crecieran un promedio anual de 11,6%, que entre 1950 y 1957 el valor total de las exportaciones petroleras aumentara en 250%, y que entre 1945 y 1960 Venezuela experimentara la mayor tasa de crecimiento del PIB real de América del Sur y una de las mayores del mundo (cf. Coronil 2002), permitía a Pérez Jiménez decretar el sueño del desarrollo como sueño para el imaginario colectivo, haciendo del petróleo el motor de la sociedad.

59 Margarita López Maya muestra, aunque no de manera vinculante y definitiva, la relación entre la lógica anticomunista de la Guerra Fría, los vínculos de las FAN con el pentágono estadounidense y la protección de los intereses petroleros norteamericanos en un país tan estratégico como Venezuela (primer país exportador de crudo del mundo para entonces), con el golpe del 24 de noviembre de 1948 (cf. 1996).

La renta petrolera ahora podría tender un puente entre el deseo, el imaginario social y su cosificación, siendo los petrodólares el combustible de la llama de la grandeza nacional. Fernando Coronil advierte la tendencia de la política del petro-Estado en la era de la expansión económica de la posguerra:

La tensión existente entre la abundancia monetaria del Estado y su debilidad estructural da pie a una tendencia a inflar los objetivos de política, a que la aplicación de la política sea reactiva y a que los planificadores del Estado favorezcan estrategias que minimicen los riesgos y preserven las avenencias existentes. Los encargados de trazar políticas cultivaron la capacidad para reproducir el presente al tiempo que proclamaban el futuro (2002, p. 316).

Sin embargo, cuando la dictadura militar rompía con la alianza populista y se establecía un régimen de censura y represión, y el desmantelamiento de la participación popular y de los sindicatos, reduciendo al mínimo al sujeto/trabajador(a) en la trilogía petróleo-Estado-“pueblo”, era necesario replantear las formas de expresión subjetivas, llevándolas de las calles a los símbolos patrios. La reconceptualización perezjimenista de la relación entre el “pueblo” y el Estado establecía un vínculo entre ellos por medio del discurso nacionalista, haciendo que el gobierno militar representara a la nación directamente, sin mediación popular. «El Nuevo Ideal Nacional» de Pérez Jiménez surgía como necesidad política de la construcción de una narrativa nacional propia, a partir de las tradiciones, la historia, la religión y los recursos naturales, que conectara la identidad con el empeño colectivo de servir a la “patria”, abstracción que oculta el hecho de que bajo este esquema, la “patria” es la élite gobernante y sus conexiones con el capital local y transnacional. El objetivo supremo de este ideal perezjimenista era alcanzar la grandeza de Venezuela, colocándola en un puesto de honor entre las naciones y haciendo de la patria una tierra cada día más prospera, digna y fuerte (cf. Cartay 1999).

Esto evidentemente representaba una reformulación de la relación medio-fines, en la que los sujetos son “sacrificados” en nombre de las representaciones supremas, en pro del símbolo-patria como vía a la civilización, personificada ahora en la figura del presidente. La *razón de Estado* determina así cuáles serán los «daños colaterales» de la modernidad. Pérez Jiménez, interpelado ante lo que fue el golpe

de Estado de 1952, afirmaba: «Que se llamara dictadura, dictablanda, protodemocrático, predemocrático, eso para mí no tiene ningún valor. Lo esencial es que era un gobierno beneficioso a la nación venezolana» (citado por Coronil 2002, p. 185). Nuevamente presenciemos la concepción evolucionista positivista por parte del Estado, ahora en El Nuevo Ideal Nacional, que planteaba que el pueblo aún no estaba preparado para la democracia (cf. Bautista Urbaneja 2002). El gobierno beneficioso para la nación venezolana era entonces aquel que, por medio de una biopolítica neocolonial, disciplinara los cuerpos y las subjetividades salvajes, y los articulara a la producción capitalista local –la histórica expresión de la colonialidad del poder–. De ahí que Pérez Jiménez expresara:

Nosotros tenemos una serie de taras que debemos corregir (...) Si nosotros no modificamos nuestra manera de ser nos mantendremos como un pueblo atrasado (...) Por eso, dentro de las cuestiones del Nuevo Ideal Nacional, estaba en primer lugar la necesidad de mezclar nuestra raza con el componente de los pueblos europeos (...) habituados al trabajo (...) (había que formar en la gente) (...) un espíritu de trabajo, darles la debida capacitación para que comprendieran cuáles eran sus verdaderas funciones como ciudadano, es decir, sus derechos y deberes. Sólo así el componente étnico está en condiciones de rendir para la nación lo que debe rendir (citado por Cartay 1999, p. 15).

Esta concepción del sujeto planteaba entonces que la posibilidad de volver a la democracia representaba un peligro para el proyecto de desarrollo nacional. Pérez Jiménez acusaba a AD de malgastar la riqueza nacional y se burlaba de la democracia de partidos por imponer el desorden social. Durante el proceso en el cual se gestaba el golpe de Estado *civilizatorio* de 1952, Laureano Vallenilla Planchart, hijo del ideólogo del dictador Juan Vicente Gómez, ahora convertido en vocero del régimen perejimenista, declaraba: «La hora es difícil, dramática. Habrá que escoger entre el resultado del sufragio y el desarrollo del país. En una Nación civilizada no se plantearía el dilema» (citado por Coronil 2002, p. 175). Se trataba de evitar entonces la catástrofe que constituiría un régimen democrático degenerativo que torciera el rumbo “evolutivo” de la nación y provocara que los programas de desarrollo se abandonaran. La dictadura constituía una

“purificación” de la gestión de manera inteligente y eficaz, una recuperación de la gesta de los próceres de la independencia y fundadores de la patria, que tendría en Pérez Jiménez la reencarnación del Libertador Simón Bolívar.

Esta construcción discursiva nacionalista y patriarcal, con fuertes raigambres en nuestro esquema histórico de soberanía, de la «Venezuela como primera potencia económica de América Latina» (Pérez Jiménez citado por Cartay, ob. cit., p. 17), del venezolano como identidad fuerte y definida, proyectado en la grandeza de sus obras y de sus mandos, tendría una poderosa influencia en la producción de subjetividad e identidad nacional hasta nuestros días, lo que supone una intensificación del nexo asimétrico y subordinado que tiene el sujeto con el petro-Estado como administrador del “progreso” y el desarrollo. Ya bien lo afirmaba el conocido dramaturgo José Ignacio Cabrujas, haciendo referencia a la generación de la era del dictador:

Fuimos criaturas del perezjimenismo, y que la ilusión del Nuevo Ideal Nacional no distaba de nuestros sentimientos (...) Así fui perezjimenista sin saber que era perezjimenista. Muchos, en realidad, lo fuimos consciente o inconscientemente (...) Y algunos aún continúan inspirándose en la doctrina del Nuevo Ideal Nacional (ibíd., p. 8).

Lo resaltante aquí es que más allá de su práctica represiva y las resistencias populares que se dieron durante su régimen, la dictadura procuró construir un discurso que lograra edificar una autoestima nacional masculinizada, racializada y competitiva, que tuviera su proyección en los *hombres* y prácticas del petro-Estado.

Esta proyección reivindicativa del sujeto sometido en los simbolismos de la patria requería de algún referente material, como el que representaron las políticas redistributivas en el petro-populismo. Lo que hizo la dictadura fue desplazar el foco desarrollista del sujeto a la naturaleza (Coronil 2002, p. 189), proclamando que traería la modernidad a Venezuela mediante la «transformación racional del medio físico» (Pérez Jiménez citado por Cartay, ob. cit., p. 10), lo que suponía una colonización de la naturaleza mediante el uso racional de la renta petrolera, implantando así sobre el espacio geográfico los signos visibles del “progreso”. La idea de “sembrar el petróleo” en la dictadura de Pérez Jiménez parecía ser más bien “edificar el petróleo”, expresada

en la construcción de grandes obras de infraestructura –como la Ciudad Universitaria de Caracas, la autopista Caracas-La Guaira o el teleférico de esta misma ciudad–, lo cual desde una concepción etapista y teleológica sería la “base consistente” a partir de la cual se transformaría a los sujetos (ibíd., pp. 16-18) y su condición cultural. La grandeza de Venezuela, medida como proyecto por la grandeza de la renta petrolera en pleno auge económico, era entonces expresada en la grandeza de sus proezas arquitectónicas, en el fetiche patriarcal de la arquitectura moderna, con el lujo como símbolo de “progreso” y avance.

Este tipo de despliegue sobre el espacio continuaba reproduciendo el propio esquema desigual de la soberanía neocolonial, intensificando el proceso de concentración de tierras por parte de los nuevos y/o transformados actores hegemónicos del capitalismo rentístico nacional, lo que provocaba un aumento de la migración campesina hacia las crecientes ciudades, dándose inicio a uno de los procesos de urbanización más rápido de los tiempos modernos, aunque se trataba de urbanizaciones muy desiguales que traían la progresiva fundación de barrios marginales, cambiando el rostro a las urbes venezolanas (Melcher 1995, p. 70). El núcleo geográfico de la movilidad y actividad social en Venezuela dejaba de ser rural.

El Estado desarrollista de Pérez Jiménez cerraba un período histórico a la vez que abría el campo para otro nuevo. Si bien la Constitución de 1953 restringía las facultades de intervención y planificación económica del Estado (Bautista Urbaneja 2002, p. 96), había en éste una hibridación que se evidenciaba en la continuación de las inversiones económicas como signos del desarrollo consciente de un Estado productivo (Coronil 2002, p. 209), siendo muestra de esto, la definición de ciertas empresas de materias primas como industrias “básicas” de interés nacional que el Estado debía desarrollar. No es el típico Estado interventor, regulador y proteccionista propio de las teorías de la modernización de la posguerra, pero tampoco intenta activar el desarrollo liberal. Los negocios corren por cuenta del Estado, limitando así a la burguesía, pero los precios, salarios y la producción los establece el mercado. La sustitución de importaciones es parte de la política estatal, al mismo tiempo que dado el incremento de la demanda gracias al creciente circulante de la renta petrolera aumentaban las importaciones, bases de nuestra sociedad de consumo. Y, a su vez, pese al tan mentado nacionalismo, Pérez Jiménez fue complaciente con

el capital transnacionalizado, primordialmente en la industria petrolera⁶⁰, estableciendo de facto una alianza con éste y los capitales de punta nacionales, lo cual conllevará al fortalecimiento de estos monopolios locales.

Esta hibridación es muestra de la conjunción de lógicas oligárquicas con esquemas populistas, de lógicas territoriales con profundas presiones desterritorializadoras del gran capital transnacionalizado. El discurso y el esquema programático del desarrollo, y su patrón de soberanía neocolonial, parecen atravesar tanto a dictaduras como a democracias, y son evidencia de continuidades donde a menudo se anuncian rupturas totales con el pasado. El período de la democracia de partidos del llamado Pacto de Punto Fijo será expresión de las recomposiciones sociales, económicas, políticas y culturales de nuestro capitalismo rentístico bajo el desarrollo, en el marco de una dialéctica entre transformaciones y continuidades.

Populismo pecuniario, desarrollo petrolero y dependencia: del pacto de Punto Fijo hasta los primeros años de la nacionalización petrolera (1958-1978)

Como hemos visto, desde 1936 se han configurado en Venezuela las condiciones materiales e ideológicas para la redefinición de un tipo de soberanía en la que los sujetos de la producción –los trabajadores y trabajadoras, explotados y excluidas del sistema imperante– tienen mayor peso relativo en el ejercicio del poder, lo que a su vez supuso un reajuste en las formas de dominación social. El derrocamiento de Marcos Pérez Jiménez el 23 de enero de 1958 era evidencia de estas nuevas condiciones, lo que provocaría que la sociedad se encauzara hacia la forma organizativa electoral que se había venido incorporando al imaginario colectivo venezolano desde 1936, por medio de la creación de partidos políticos de índole democrática, así como el impulso a las conformaciones sindicales, gremiales u otras, por parte principalmente de Acción Democrática y, en menor medida, del Partido Comunista de Venezuela.

60 Se ha calculado que el ajuste impositivo en la industria petrolera a favor del capital transnacionalizado, realizado entre 1949 y 1954 por el régimen de Pérez Jiménez, «le costó a Venezuela la astronómica suma de 4.508 millones de bolívares por concepto de pérdidas en los ingresos» (Coronil 2002, p. 203).

Es importante resaltar que el nuevo orden social que se establecía sentaba sus bases sobre una alianza corporativa. Dicha alianza, el denominado Pacto de Punto Fijo, era firmado por los partidos de masas AD, Copei y URD –dejando de lado al Partido Comunista–, aunque realmente era un *lobby* que también estaba compuesto por la élite local del sector de negocios e importantes intereses empresariales estadounidenses, siendo que su objetivo, al mejor estilo de los mercados oligopólicos, era evitar un derrumbe del *status quo* por las disputas y la falta de consenso entre los factores políticos.

El Pacto de Punto Fijo, a pesar de que formalmente sólo duraría tres años, pasaría a constituir el marco político del esquema de “soberanía nacional” a partir de unas premisas básicas, tales como la maximización del consenso y la minimización del conflicto, manteniendo la correlación de fuerzas establecidas en la estructura desigual de la sociedad venezolana y el establecimiento de controles democráticos sobre la apropiación de los recursos petroleros, que faciliten la entrada de divisas y procuren que la renta sea distribuida uniformemente a todos los sectores significativos de la sociedad en la máxima medida que esto fuese posible (cf. Bautista Urbaneja 2007; Coronil 2002, p. 267).

Esto suponía la instauración de un modelo corporativo que articulara todo el cuerpo social y espacial de la nación, mientras mantenía la concertación social ante la contradicción fundamental del discurso y proyecto del desarrollo: el avance de la modernidad era proporcional al avance del empobrecimiento de las y los trabajadores, de la destrucción masiva de la naturaleza o, para decirlo en términos de Andre Gunder Frank, el desarrollo se genera a partir de la reproducción del *subdesarrollo* en otra geografía. El capital es de naturaleza expansiva y polarizante, por lo que el Pacto de Punto Fijo se asentaba sobre la paradoja estructural de mantener el *status quo* capitalista rentista y generalizar al máximo el consenso social.

En este sentido, el papel del petro-Estado es central, pues es el instrumento político que permite solventar este contrasentido, fundamentalmente con dinero y narrativas. Las penurias sociales y ambientales de la modernidad colonial, junto a la estructura parasitaria de la economía venezolana –el Estado es un Estado terrateniente que percibe una renta que no produce (Baptista 2004, pp. 79-89)–, son reconstituidas a partir de los petrodólares y de la extensión de la producción discursiva del desarrollo como meta social por alcanzar,

en la forma de un modelo social mantenido artificialmente. El Estado recrea así la sociedad –de ahí que Fernando Coronil lo haya llamado el “Estado mágico”.

El petro-Estado corporativo del puntofijismo, al ser el núcleo de luz del holograma social de la Venezuela petrolera, y garante del tránsito hacia el desarrollo, universaliza, pero ahora orgánicamente, las subjetividades nacionales en torno al criterio eurocentrado del destino generalizado del “progreso”. Esto supone subsumir sus particularidades y evitar cualquier trascendencia a su poder universal. La instauración del juego liberal de los partidos políticos como mecanismo de organización popular por excelencia, debido a que están articulados al Estado y regidos por la ley nacional, constituye el instrumento estatal que establece una mediación de representatividad entre el “pueblo” y el Estado. Y este esquema de representación de la “soberanía nacional” responde a un deslizamiento ontológico del sujeto que implicó una transformación fundamental en su concepción: durante unos 150 años, desde la fundación de la República, el pueblo venezolano había sido considerado incapaz de gobernarse a sí mismo y vivir en libertad; requería éste de un caudillo que lo direccionara. A partir de la era puntofijista se concibe que el sujeto tiene facultades para ejercer la libertad, pero esta libertad está delimitada por el propio petro-Estado, quien la prescribe y/o la subsume para su función de apalancamiento de la acumulación capitalista.

Las revueltas del 23 de enero de 1958 fueron definidas en el discurso de los pactantes de “Punto Fijo” como la derrota de la tiranía por parte del pueblo, haciendo posible su libertad, la apertura a un sistema en el que “el pueblo llegó al poder”. Esto suponía que él mismo había alcanzado su objetivo y que por lo tanto debía luchar por conservar esa libertad, manteniendo el orden (Fierro y Ferrigni, en Carrera Damas [coord.] 2008, p. 198). Este mensaje ideológico tenía el efecto de desmovilizar a la población, al tiempo que ésta delegara y transfiriera su poder inmanente al petro-Estado. El concepto de “pueblo” de Rómulo Betancourt es representativo de la concepción ontológica y el esquema de “soberanía nacional” del período del Pacto de Punto Fijo:

Es falaz y demagógica la tesis de que la calle es del pueblo. El pueblo en abstracto es una entelequia que usan y utilizan los demagogos de vocación o de profesión para justificar su empeño desarticulador del orden social. El pueblo en abstracto no existe. En las modernas sociedades organizadas, que

ya superaron desde hace muchos siglos su estructura tribal, el pueblo son los partidos políticos, los sindicatos, los sectores económicos organizados, los gremios profesionales y universitarios (1968, p. 268).

Betancourt, al igual que sus antecesores y a pesar de haberse abierto un régimen de libertades sociales, apela al maniqueísmo evolucionista-colonial de “modernas sociedades”/“estructura tribal”, en el que las sociedades avanzadas serían aquellas que respondan a las formas organizativas del Estado liberal. El “pueblo” es así un apéndice organizado del Estado y sólo tiene sentido como realidad concreta siempre y cuando se represente en las organizaciones políticas controladas por el ente estatal. El “orden social” –el esquema del pacto de Punto Fijo–, al igual que en su tradición decimonónica, se constituye como fin supremo, colocándose por encima de cualquier expresión autónoma o “irregular” de los sujetos.

La Doctrina Truman, y ahora la Alianza para el Progreso de John Kennedy (1961-1970), planteaban su lucha contra el modelo comunista. Kennedy no dudó en promocionar el modelo betancourtista como «bastión de la democracia» y alternativa al modelo cubano “autoritario” liderado por Fidel Castro. El comunismo aparecía en el discurso de Betancourt como «enemigo histórico» de la democracia, representado así en los «grupos incontrolados», «los totalitarios de todos los nombres y colores». Mientras que en el artículo 61 de la Constitución de 1961 se prohíben las discriminaciones fundadas en la raza, al mismo tiempo el imaginario y la práctica política mantienen la dicotomía racista Occidente=civilizado/no-Occidente=salvaje. Así, la protesta social era tipificada por Betancourt como «canibalismo tradicional», siendo las guerrillas de izquierda su expresión más radical. Si la calle entonces no era del pueblo, ésta de hecho dejaba de ser espacio “público” y pasaba a ser propiedad del Estado, pues es éste quien determina los límites de lo que se puede y no se puede hacer y decir en ella. El pacto de Punto Fijo era presentado como la pacificación de ese “canibalismo”, como una “coalición” civilizadora⁶¹.

El espíritu de interpelación popular al poder era de esta forma institucionalizado en el partido político, el cual con su ideología vertical apuntaba a alcanzar a cada organización social, sea el sindicato, el

61 Algunas de estas categorías se desprenden del discurso de Betancourt (ibíd., pp. 268-272).

gremio, el comité estudiantil, entre otros, y de esta manera mantener el control de las mismas y, en consecuencia, de los individuos que la conforman, como ocurriría con los sindicatos que serían controlados por medio del pacto con sus dirigentes (cf. Rangel 1971). La red de organizaciones se convierte así en una red de control y cooptación, muy acorde con la lógica policial de la Guerra Fría, que tendría sus frutos no sólo con la aniquilación de las guerrillas revolucionarias, sino con la progresiva desmovilización del movimiento popular, que en el gobierno de Rafael Caldera veía su coronación –la llamada “pacificación” (Bautista Urbaneja 2007, p. 50)–, la cual duraría hasta finales de la década de los ochenta (López Maya, en Baptista [coord.] 2000, pp. 95-97).

En la trilogía petróleo-Estado-“pueblo” se genera una síntesis en la cual el último de los factores de esta función, al ser la fuerza viva que reproduce el sistema, al ser *potentia*, necesita ser vaciado de su poder inmanente por parte del *status quo*, para así transferirlo a la reproducción del capital y al petro-Estado corporativo, sin que esto implique una disolución de esta trinidad del desarrollo venezolano. Pero el petro-Estado no busca la reproducción de su alianza con el “pueblo” sólo desde la negatividad. No se trata sólo de control y cooptación. Además de tratar de resolver la interpelación que le hace el “pueblo” ante la discrepancia entre la promesa del desarrollo y la realidad de la pobreza social, el petro-Estado pretende también producir subjetividad y deseo, buscar la afirmación del sujeto y hacerla realidad a través del mecanismo artificioso de la renta petrolera.

El juego de la opinión pública y de los medios de comunicación van cumpliendo un papel cada vez más importante al respecto⁶². El “Estado mágico” del puntofijismo funciona así, bajo un modelo de *populismo*

62 En 1964, Antonio Pasquali afirmaba: «Nuestra televisión no es sino una sucursal extranjera de las empresas norteamericanas (...) fenómeno ante el cual deberíamos meditar como ante una tumba donde yace la dignidad cultural del país, muerta por el colonialismo ideológico, enterrada por sus sepultureros criollos y pisoteada por la indiferencia de quienes debían protegerla» (Brito Figueroa cit. por Wexell 2009, p. 145). Para Brito Figueroa «...por intermedio de los vehículos de difusión de masa –radio, televisión, prensa–, monopolizados por la oligarquía nativa, penetran los valores éticos capitalistas (...) Esas motivaciones son las que difunden la radio, la televisión y las tiras cómicas, en los niños y en la adolescencia de la familia infra-proletaria urbana, que carece de defensas culturales capaces de neutralizar las miasmas espirituales de una sociedad decadente» (ídem.).

pecuniario, que ante la carencia de un discurso antioligárquico, de una alianza nacional-popular antiimperialista, o de un estrecho vínculo con el líder populista⁶³, solventa necesidades, representa los deseos y reproduce su vínculo popular a partir del inorgánico peculio petrolero⁶⁴, recreando la materialidad del esquema de sociedad y del camino al sueño del desarrollo por medio del dinero.

Así pues, el modelo del populismo pecuniario se monta sobre la estructura de un Estado interventor y promotor del desarrollo, que al igual que sus antecesores posgomecistas, recurren a la idea de «sembrar el petróleo», como alegoría de la promesa desarrollista. La crisis económica del período 1958-1963, que produjo el descenso de los ingresos petroleros, provocaba que la propia burguesía nacional reclamara expresamente la estrategia de un Estado activo en el control de la economía, teniendo a la riqueza fiscal como desencadenadora del desarrollo, de la “siembra del petróleo”. Esto supondrá la protección de la producción nacional ante la competencia de la producción extranjera; la inversión estatal en infraestructura, servicios públicos y empresas industriales básicas; créditos abundantes y a bajo interés para el inversionista nacional; y una regulación de la relación capital-trabajo, donde el Estado subsidie un abaratamiento de la fuerza de trabajo (Fierro y Ferrigni, en Carrera Damas [coord.] 2008, pp. 182-183).

Bajo esta lógica, el programa del desarrollo es un programa de un perfil profundamente racionalizador, que apela al cálculo, a los estándares, a la ciencia y la tecnología, para generar la “planificación”. Desde esta visión trumaniana, es un grupo de expertos nacionales e internacionales quienes saben lo que es mejor para el país, y de esta manera someten la realidad a la estructura del plan. Arturo Escobar advierte que

63 Hemos tomado como referencia la caracterización de los cinco rasgos del fenómeno populista de Kenneth Roberts (Gómez Calcaño y Arenas 2001, enero-julio, p. 75).

64 Sobre esto, Diego Bautista Urbaneja afirma que: «...en el caso venezolano, la alianza populista no se construye a costa de ningún sector de la sociedad venezolana. Se construye a costa del sector petrolero que, a estos efectos, o no forma parte de la sociedad venezolana o, a partir de la nacionalización, forma parte del propio Estado venezolano» (1992, p. 276).

Los expertos en desarrollo siempre han acariciado la idea de que los países pobres pueden moverse con mayor o menor celeridad a lo largo de la senda del progreso mediante la planeación. Tal vez ningún otro concepto ha sido tan dañino, ninguna otra idea tan poco cuestionada como la planificación moderna (2007, p. 324).

El 30 de diciembre de 1958, Venezuela se incorpora a la senda del desarrollo planificado, perfeccionando la capacidad administradora del petro-Estado, al crearse la Oficina Central de Coordinación y Planificación de la Presidencia de la República (Cordiplan), origen del Sistema Nacional de Planificación, desde donde se formularon los llamados planes de la nación 1960-1964, 1963-1966, 1965-1968 y 1970-1974 (Carrera Damas 2006, p. 189). En el I Plan de la Nación se hacen evidentes no sólo las contradicciones del desarrollo, sino la fe econométrica, apolítica y tecnocrática, “ya admitida por todos”, en la administración racional de los recursos para la “siembra del petróleo”:

Venezuela, que aparece como país rico, no puede estar ni siquiera medianamente satisfecha en sus esfuerzos de desarrollo mientras subsista, al lado de un sector con recursos comparables a los países industrializados, grandes masas depauperadas. Para alcanzar esta meta fundamental de bienestar se impone por imperiosa necesidad, ya admitida por todos, el aprovechamiento óptimo de los recursos provenientes de las actividades petroleras y mineras, a fin de lograr el fortalecimiento de la economía permanente de Venezuela, basada en la agricultura y la industria. En otras palabras, la consigna de la siembra del petróleo debe cobrar vigencia y efectividad (...) Nunca podrá repetirse demasiado este concepto. Su aplicación efectiva es en realidad la verdadera razón de ser de la planificación en Venezuela (*I Plan de la Nación*, cit. por De Lisio, 2005, p. 30).

El objetivo de los planes en los gobiernos de Rómulo Betancourt, Raúl Leoni y Rafael Caldera, básicamente era aminorar la dependencia del petróleo, estableciendo en el país una economía capitalista moderna e industrializada, orientada hacia la sustitución de importaciones, la creación de un conjunto de industrias básicas en manos del Estado, la modernización del campo, la masificación educativa y eliminación del analfabetismo, una implantación

progresiva de un sistema de seguridad social, de un sistema de salud masivo y gratuito, y de manera resaltante, el control progresivo de la producción petrolera y del hierro (Bautista Urbaneja 2007, pp. 12-13): en diciembre de 1958, la Junta de Gobierno, provista de poderes extraordinarios, decretaba una reforma de la Ley de Impuesto Sobre la Renta (los ingresos petroleros), llevando la tasa real aplicada a las petroleras de 30% a 47% (Baptista 2004, p. 73)⁶⁵, mientras que con Caldera ya se asomaban los signos de la nacionalización con la aprobación de una serie de leyes para el mayor control de los procesos de extracción y comercialización de los hidrocarburos, para poder mantener los crecientes costos del modelo del populismo pecuniario.

Sin embargo, los objetivos de ampliar un capitalismo industrial en el país por medio de la sustitución de importaciones, expandiendo la modernidad capitalista territorial y la colonización de la naturaleza –la colonialidad del poder–, es decir, desde el mismo esquema mítico de desarrollo que había producido el “subdesarrollo”, significó una intensificación del vínculo de Venezuela –y en general de los países periféricos latinoamericanos– con la dinámica capitalista mundial; las economías nacionales, según Domingo Maza Zavala «incrementan, multiplican y conforman los lazos de su dependencia con respecto al centro dominante y se complica más el problema del subdesarrollo» (cit. por Wexell 2009, p. 148). La idea de la “siembra petrolera” iba evidenciando sus propias dificultades, al proponer una salida al carácter dependiente de la estructura social nacional petrolera, dentro del marco de sus propios límites, siendo que su organización interna está determinada por la extracción y circulación de las rentas de un producto que está regido por la dinámica de un factor ajeno a ella, el mercado mundial capitalista (Coronil 2002, p. 319).

El planteamiento de salir del estado de pobreza y exclusión para pasar a un estado de bienestar generalizado estaba pues administrado bajo un esquema de “soberanía nacional” estructuralmente centralizado, excluyente y subalterno al gran capital mundial. El discurso del desarrollo encubría el hecho de que la forma en la cual se posiciona

65 Baptista advierte que con ese decreto Venezuela iniciaba la confrontación para la apropiación de toda la renta que se generaba en el negocio petrolero. El gobierno de los EE UU en respuesta a este decreto puso fin al trato preferencial del que venía beneficiándose el petróleo venezolano.

el capital no es un problema puramente económico, sino primordialmente (geo)político. La lógica del capital y la conciencia acumulativa de las clases poderosas determinan lo que más bien se quería presentar como una planificación básicamente tecnocrática racional. Durante el proceso de fomento de la industria nacional por las políticas de sustitución de importaciones se generaron las condiciones para que aquellas empresas que lograban un proceso acumulativo sostenido, se establecieran e impusieran ante otras que, siendo pequeñas o débiles, no podían competir con aquéllas, yendo así a la quiebra o simplemente siendo absorbidas por las grandes industrias. Las alianzas de élite que hacían parte del mapa de poder del modelo puntofijista permeaban y componían el petro-Estado y lograban que a través de las medidas proteccionistas, concesionarias, tributarias o crediticias, se beneficiara a diversas familias o sectores económicos, en perjuicio de otros (cf. Rangel 1971). De esta forma, el petro-Estado servía como correa de transmisión poniendo en manos de la burguesía la renta petrolera en nombre del desarrollo industrial, y facilitando así los procesos de acumulación de capital de la misma. En buena medida, la burguesía venezolana es una creación del Estado (Fierro y Ferrigni, *ob. cit.*, p. 174).

La generación de monopolios nacionales en diversos rubros de la producción y en la banca, en alianza con el capital transnacional –accionista de las grandes empresas y bancos venezolanos, lo que hace menos perceptible los límites entre el capital local y el foráneo–, va abriendo el camino a un proceso de concentración del poder político y económico que tendrá una incidencia determinante en la reformulación del programa del desarrollo en el país. El fortalecimiento monopolista de las tradicionalmente poderosas familias como los Vollmer, los Mendoza, los Phelps o los Boulton, que absorben gran cantidad de empresas y capitales, se establecía en detrimento de la pequeña producción, beneficiando al sector de comercio y servicios, y articulando la agricultura a esta industria monopolizada, lo que en conjunto provocaba un aumento de las desigualdades sociales.

El petro-Estado venezolano se enfrenta ahora a un grupo económicamente transnacionalizado, sin ningún proyecto nacional, y que tiene la capacidad de pugnar con éste debido a su fortaleza monopolística, a su respaldo en el capital foráneo, a su fusión con el capital bancario y a su poder de incidencia en la economía nacional, teniendo evidentemente el Estado mayor responsabilidad con la sociedad

que un conjunto de empresas privadas. Por lo tanto, ambos se ven en la necesidad de pactar para no perjudicar mutuamente sus intereses (cf. Rangel 1971), afectando así el esquema de la alianza puntofijista populista. Lo que se ha presentado como un fracaso del desarrollo en realidad representa un triunfo del mismo, a tal punto que provocaría una transformación del sistema-mundo y de su orientación programática.

A finales de la década de los sesenta, a pesar de que las políticas de sustitución de importaciones habían logrado establecer el predominio de los bienes industriales nacionales en la oferta interna de bienes de consumo –se satisfacía 87% de la demanda interna, aunque no era así respecto a los bienes intermedios (Fierro y Ferrigni, ob. cit., pp. 177, 185)–, comenzaba a producirse una pérdida de dinamismo de la economía nacional (y de las exportaciones) y un desaceleramiento del crecimiento industrial, provocándose una situación de estrangulamiento, debido a que, entre otras cosas, por la condición inorgánica del capitalismo rentístico nacional, no se generaba ingresos internos que sirvieran para compensar en el circuito económico, el resultante incremento de la capacidad productiva (Baptista 2010, pp. 208-209). A partir del iv Plan de la Nación (1970-1974) se empezó a considerar que era necesaria una apertura hacia el exterior orientada hacia la búsqueda de mercados (Fierro y Ferrigni, ob. cit., pp. 186-187), lo cual tendría repercusiones en la forma cómo se pensará el desarrollo en los años venideros.

No obstante, mientras que en buena parte de Latinoamérica los regímenes populistas entraban en crisis, dando paso a regímenes de corte autoritario, en Venezuela, con su flujo constante de petrodólares, se podía aún mantener “artificialmente” el vínculo Estado-pueblo”, el modelo populista pecuniario. Esta situación, sin embargo, llegaría a un punto de inflexión con la llegada de Carlos Andrés Pérez al gobierno para el período 1974-1979. Ya para las elecciones de finales de 1973, dominadas por el fino *marketing* político y evidenciando una especie de inauguración de la “sociedad del espectáculo” en la política –el desarrollo como espectáculo–, el dominio bipartidista de AD y Copei era muy marcado –obtuvieron 85% de los votos para presidente y 75% para el Congreso Nacional (Bautista Urbaneja 2007, p. 54)– iniciando un proceso de dominación de estos dos partidos que finalizaría con la propia crisis del modelo puntofijista en el segundo gobierno de Carlos Andrés Pérez (1989-1993).

Carlos Andrés Pérez encarnó el mito del «progreso» como ningún otro en la historia venezolana, y lo transformó, en palabras de José Ignacio Cabrujas, en «alucinación» (Coronil 2002, p. 409). El impulso desarrollista, ahora sostenido sobre un mar de petrodólares gracias al *boom* de 1973, inspiró al nuevo presidente a abanderar la idea de la Gran Venezuela. A raíz de este *boom*, el precio del barril de petróleo pasaba de 1,85\$ en 1970, a 10,99\$ en 1975, generando gigantescos ingresos fiscales a la administración de Pérez, que en ese año llegaron a 40.370 millones de dólares (Bautista Urbaneja 2007, p. 56), lo cual significó que Venezuela obtuvo más dólares por sus exportaciones de petróleo que los que recibieron todas las naciones europeas por el Plan Marshall (Coronil 2002, p. 47) –un impresionante 40% del PIB en ingresos en 1974 (Mommer 2010, p. 320).

Esta situación estaba creando la ilusión en todos los países de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (Opep) de que se podía llevar a cabo una modernización instantánea y modificar el cauce de la historia. El discurso político venezolano exaltaba optimistamente la posibilidad de, ahora sí, conquistar el sueño del “progreso”, superar el “subdesarrollo” y conquistar la “segunda independencia”, la tarea pendiente del padre Libertador Simón Bolívar, llevando a cabo la “siembra petrolera”.

Ahora, con un petróleo más poderoso y mitificado, la trilogía petróleo-Estado-“pueblo” como función del desarrollo, sería potenciada por el primer elemento de la misma, quedando el papel administrador al Estado, y representando así el petróleo a la voluntad y capacidad creadora del “pueblo” y la nación. Si habíamos hablado de una ontologización del “progreso”, ahora el discurso grandilocuente, sostenido por el enorme chorro de petrodólares, abre el campo a una ontologización del petróleo. En la alocución que hiciera el presidente Pérez en agosto de 1975, a propósito del proceso de nacionalización del petróleo, afirmaba:

El petróleo venezolano ha de ser instrumento de integración latinoamericana, factor de seguridad mundial, de progreso humano, de justicia internacional y de equilibrada interdependencia económica. Ha de ser también un símbolo de la independencia de Venezuela, de la voluntad nacional y una afirmación de su capacidad creadora como pueblo y como nación. El petróleo venezolano es un encuentro con nuestro destino. Ningún sitio mejor para expresarlo que en presencia de Simón Bolívar

quien nos enseñó a creer en nuestro pueblo y supo luchar para demostrar de lo que somos capaces (Pérez 1975, s. p.).

El petróleo como destino patrio hacia el desarrollo debía entonces ser encauzado hacia la reproducción de la Gran Venezuela por el petro-Estado. El propio Pérez, aunque reconoce el “espejismo” de la abundancia de petrodólares, nuevamente desde la lógica desarrollista hace evidente que el dilema es básicamente administrativo:

La abundancia fiscal no hace a Venezuela más rica y más equilibrada. Con ella sólo no vamos a resolver los problemas que agobian al país (...) La abundancia de recursos fiscales ha sido espejismo que ha contribuido a que nos engañemos a nosotros mismos sobre la verdad de la sociedad venezolana. Por eso repito que mi gobierno administrará esta abundancia con criterio de escasez, quiero decir, con eficiencia, con equidad y justicia distributiva (Wexell 2009, p. 175).

La orientación de la administración de ese gran caudal de petrodólares fue una lista de ambiciosos y deslumbrantes proyectos de modernización como autopistas, supercarreteras, el Aeropuerto de Maiquetía, el Metro de Caracas, puertos, infraestructuras de servicios, para los sectores agrícolas, para la manufactura como las plantas de aluminio Alcasa y Venalum, la expansión petroquímica y de minería, y una vez nacionalizada la industria petrolera, la búsqueda de nuevos yacimientos y la modernización de los procesos de refinación, entre otros proyectos más (ibíd., p. 178; García Larralde 2009, noviembre, p. 30).

El Estado estaba fungiendo como agente “mágico” de transformación y para ello se creaba un gran número de institutos autónomos y empresas estatales que pudieran gestionar esas masivas inversiones –un total de 163 en los cinco años de gobierno de Pérez, cuando en los últimos tres períodos presidenciales se habían creado 143 de estas instituciones (Bautista Urbaneja 2007, p. 63)–. Contando con que estas empresas estatales generarían ingresos propios se recurrió al endeudamiento a través de bancos extranjeros para resolver sus déficits, teniendo en cuenta en última instancia la renta petrolera como respaldo. Con el decreto de la Ley Orgánica de Crédito Público de 1976, se autorizaban para el endeudamiento 31.700 millones de

bolívares, siendo este monto elevado a 37.700 millones en octubre de 1977 (Wexell 2009, pp. 178-179).

El presidente Pérez declaraba que:

La deuda es siempre tema controversial en todos los países. Deben evaluarse objetivamente las causas que la originan y los beneficios que genera. La excepcional coyuntura histórica que Venezuela vive no podía despreciarse. Y la audacia para adentrar en el desarrollo acelerado del país no admitía vacilaciones ni temores (id.).

Se abría así el camino para el endeudamiento masivo en nombre del desarrollo, que con la “crisis de la deuda” de los años ochenta haría evidente la contradicción entre la consecución de la “segunda independencia” y la sumisión financiera de las periferias en plena entrada a la globalización neoliberal, entre el mentado “progreso” de los pueblos y el empobrecimiento real generalizado de éstos. Juan Pablo Pérez Alfonzo, parecía haber advertido, en plena euforia petrolera, los males endémicos de nuestro capitalismo rentístico, los paradójicos efectos de una inundación de divisas –lo que en la época sería llamado el Efecto Venezuela–, las nefastas consecuencias del “soñado desarrollismo” y “una completa paranoia de grandeza”. Como una especie de pitoniso, en diciembre de 1974 Pérez Alfonzo afirmaba de manera premonitoria lo que sucedería en la década siguiente y que marcaría el destino nacional de los próximos 25 años: «De este modo, sin desearlo ni planificarlo, nos acercamos a la crisis final que nos impondrá otros rumbos. De esta crisis será que arrancará por fin una Venezuela más precavida y razonable» (2009, p. 227). De lo dicho por éste, lo que no pudo prever el “profeta olvidado” fue que la enorme crisis no lograría exorcizar al fantasma de la «Gran Venezuela».

La crisis mundial de los años setenta, que había provocado una caída de la tasa de ganancia capitalista global, estaba presionando para una reestructuración de las periferias en pro de la recuperación de la misma. Las nacionalizaciones de las industrias del hierro y del petróleo en 1975 y 1976, respectivamente, hacían que ahora el Estado fuese el propietario territorial y productor directo, generando una renta del suelo internacional máxima y ya no sólo el cobro de impuestos, lo que provocaría que junto al papel productivo se uniera una ampliación del aparato financiero estatal, cumpliendo así éste un

doble rol integrado. La capacidad financiera nacional estaba centralizada en el Estado, desde donde se interconectó con sus empresas productivas.

La estrategia de desarrollo venezolano se estaba modificando, siendo que en un principio combinó las políticas de sustitución de importaciones para diversificar la economía nacional, con el nuevo objetivo de una industrialización para las exportaciones vía inversiones estatales –era proteccionista y a la vez el principal agente de producción nacional (Coronil 2002, p. 275)–. Sin embargo, la intensificación de la fusión de las élites del capital privado nacional con el Estado, junto con las presiones del capital extranjero para recuperar la tasa de ganancia, llevaron a que el enfoque del desarrollo abandonara progresivamente las políticas de sustitución de importaciones y se centrara en el fomento a las exportaciones para el mercado mundial (ibíd., p. 319).

Se produce así una profundización de la transnacionalización del desarrollo, que supone una reorganización de la alianza de clases interna y del esquema de “soberanía nacional” –de ahí que Maza Zavala llamara a la estatización petrolera una «nacionalización transnacional» (citado por Wexell 2009, p. 187)–. Se despliega una alta financiarización de la economía nacional, creándose oportunidades de ganancia en el ámbito especulativo, lo que incentivó a una caída de las inversiones productivas y una avalancha de consumo de productos importados. El capital transnacional presiona para que el carácter importador y de ensamblaje de la industria venezolana se mantenga, además que persigue que se minimicen las barreras proteccionistas, y se incentiven los procesos de integración de las economías locales y la apertura al acceso a los llamados “recursos naturales”. El control del espacio/naturaleza se redimensiona e intensifica impulsado por la tendencia globalizadora del neoliberalismo.

En este sentido, para la década de los setenta ya se estaban haciendo evidentes los altos niveles de degradación del ambiente y las dificultades que esto generaba para la vida en el planeta, sobre todo para las poblaciones más pobres, lo que abrió un debate mundial sobre las contradicciones entre desarrollo y ambiente. Sin embargo, el influyente reporte de 1972, denominado *Los límites del crecimiento*, solicitado por empresarios del Club de Roma al Massachusetts Institute of Technology, y que cuestionaba la idea de desarrollo como crecimiento infinito, era atacado desde todos los flancos,

de derecha e izquierda, y en América Latina muchos intelectuales de izquierda consideraron que cuestionaba aspectos positivos como la modernización, el uso de los recursos naturales y la propia idea de crecimiento, los cuáles en teoría serían fundamentales para vencer la pobreza y las desigualdades entre los países del mundo. Para Eduardo Gudynas estos argumentos reaparecerían años más tarde por parte de algunos gobiernos progresistas de la región (Gudynas, en Lang y Mokrani [comps.] 2011, pp. 25-27).

Así pues, el modelo populista pecuniario venezolano entrará en una dinámica de desgaste y posterior crisis, la cual se hará más notoria en los índices de desigualdad, pobreza y exclusión social; en los altos niveles de corrupción y enriquecimiento de grupos políticos y su poco interés en el establecimiento de un proyecto nacional; y en la aparición de cuellos de botella en la economía nacional a partir de 1977 (Wexell 2009, p. 182), que iban haciendo cada vez más disfuncional el esquema de poder puntofijista. Comenzarían a quebrarse las ilusiones del desarrollismo petrolero, lo que pondrá en crisis al propio discurso idílico del desarrollo.

Crisis del petro-Estado, globalización neoliberal y resurrección del nacionalismo: del gobierno de Luis Herrera Campins hasta la llegada de la “Revolución Bolivariana” (1979-1999/2000)

El período que representa los últimos años del siglo xx determina las características del discurso del desarrollo en la realidad de la Revolución Bolivariana, siendo a su vez, como ya hemos visto, una continuidad histórica bajo el patrón biopolítico y de conocimiento moderno/occidental colonial. El avance global del neoliberalismo y de los mecanismos desreguladores y desterritorializados de la globalización reformulan este concepto que tradicionalmente está muy atado a la lógica territorial del Estado-nación.

La nave del “progreso” viaja ahora por aguas más turbias. Ya no había tanto optimismo popular a la llegada de Luis Herrera Campins a la presidencia de la República para el período 1979-1984. La economía venezolana presentaba una desaceleración en 1978 –de 2,1% de crecimiento, muy por debajo de 6,1% en 1974; 6,1% en 1975; 8,8%

en 1976 y 6,7% en 1977 (Wexell 2009, p. 199)–, abriendo el camino a medidas de austeridad y liberación de precios, con posteriores consecuencias de quiebras de empresas y aumento de las tasas de desempleo. No obstante, tanto Luis Herrera Campins como su sucesor, Jaime Lusinchi (1984-1989), enarbolaron e impulsaron una especie de desarrollo esquizoide que, ante una situación de franco debilitamiento, aprovechaba el segundo *boom* petrolero de 1979, producto de la Revolución Iraní, y de la noche a la mañana, en medio de un renovado entusiasmo, se olvidaron de los graves problemas y volvieron a la ejecución de megaproyectos, como si nada ocurriera, recurriendo nuevamente a la deuda externa.

El populismo pecuniario puntofijista, con más rentismo, más derroche y más endeudamiento, agasajaba al pueblo mediante dádivas paternalistas y seducciones televisivas –sin dejar de lado el recurso disuasivo de la violencia–, al mismo tiempo que pactaba con los acreedores extranjeros y las élites locales, hipotecando a las fuerzas vivas del espacio nacional: habitantes y naturaleza. El gobierno de Luis Herrera llevó la deuda pública externa del país, de alrededor de 9 mil millones a cerca de 24 mil millones de dólares (Coronil 2002, p. 410). El VI Plan de la Nación (1981-1985), expresando el típico fetiche sobre el “crecimiento”, proponía una “dinamización de la economía”, anclándose cada vez más en la lógica de la neoliberalización global. El presidente Lusinchi, quien se había propuesto «ser el primer presidente de la Venezuela pospetrolera» (1984, p. 26), planteaba, en su discurso de toma de posesión en 1984, que creía importante recuperar la credibilidad que tenía el ideal y anhelo desarrollista, apelando a una solución gerencial y administrativa:

La actual coyuntura afecta negativamente, en más o en menos, a todos los venezolanos, compromete el desarrollo futuro del país y se traduce en desánimo y angustia colectivos. El primer paso para superarla será recuperar la confianza, reafirmando la convicción de que mediante la adopción de políticas coherentes, racionalmente estables y una administración eficiente de los recursos y las instituciones será posible recobrar el dinamismo del país y avanzar seguros hacia metas más ambiciosas (ibid., p. 9).

La ambición se congelaba. Los frenazos de 1979 (1,3% de crecimiento del PIB), 1980 (-2%) y 1981 (-0,3%), hacían evidente que se estaba desplomando la economía nacional, generándose un período

de estanflación hasta 1984 (Wexell Severo 2009, pp. 200-201). En 1982 se producía una brusca disminución de los precios del petróleo y un enorme déficit fiscal, creándose una gigantesca fuga de capitales –entre 60 mil y 90 mil millones de dólares desde 1974 (Coronil 2002, p. 423)–, que hizo que mantener el bolívar sobrevaluado fuese imposible, por lo cual, el 18 de febrero de 1983 se decretaba el fin de la libre convertibilidad del bolívar y su devaluación en 30%, el llamado Viernes Negro. Esto iba a representar un cambio drástico en la repartición de la renta y su disminución en el acceso a ella, pero sobre todo, según Asdrubal Baptista, el Viernes Negro acababa «...con la imagen de la identidad próspera de la sociedad petrolera y con una estructura social que se había moldeado sus sueños, gustos y posesiones a partir de la sobrevaluación de la moneda nacional» (cit. por Briceño León, en Baptista [coord.] 2000, p. 151), mientras que Bautista Urbaneja afirma que «...el viernes negro se considera la campanada general por el cual el país se enteró de que la manera en que había venido viviendo y funcionando no podía continuar...» (2007, p. 69). La imagen quijotesca del “progreso” que el petro-Estado se había encargado de recrear, perdía velozmente su referente material, representando esto el primer golpe de una sociedad mitificada por el petróleo.

De esta forma, la deuda externa venezolana pasaba de 49.099 millones de bolívares en 1978, a 93.661 millones en 1983 (Wexell Severo 2009, p. 204), lo que unido al aumento de la tasa de interés estadounidense –que pasó de 5% en 1977 a un impagable 20% en 1981 (Harvey 2007b, p. 29)–, provocaron que Venezuela entrase en moratoria de pagos en los años 1983 y 1988, la llamada “crisis de la deuda”. En el gobierno de Lusinchi casi la mitad de las divisas se consumían en el pago de la deuda, y lo peor fue que prácticamente la totalidad de estos pagos se destinaban al servicio de la deuda y casi nada a amortizaciones de la misma, siendo que al final de su gobierno se descontaron apenas tres mil millones de dólares de los \$35 mil millones que se adeudaban (Coronil 2002, p. 410).

El endeudamiento era entonces una de las principales herramientas para mantener viva la materialización del mito del “progreso” en Venezuela y debajo de este, el mantenimiento del esquema de poder neocolonial puntofijista. El capital financiero, como mecanismo por excelencia para la acumulación por desposesión en la globalización, iba debilitando cada vez más el histórico papel del petro-Estado, que progresivamente se vería incapacitado para reproducir el modelo del

“pacto social”. Se estaba desplegando un proceso de desnacionalización de la economía, evidente en el Decreto 1.200 de 1986 y el Decreto 1.521 de 1987, en los cuales se admitía plenamente la participación de los capitales extranjeros en casi todas las actividades económicas del país, lo cual se vería respaldado en 1992 con la Ley de Privatizaciones (Wexell 2009, pp. 216-217). Las abiertas contradicciones materiales, expresadas en mayores niveles de pobreza, exclusión y frustración social, estaban abriendo el camino para una progresiva crítica de la sociedad venezolana al modelo partidista como representación del “pueblo” y una pérdida de credibilidad de su discursividad, sirviendo la mesa para una crisis definitiva de este modelo de poder.

Carlos Andrés Pérez (CAP) llegaba por segunda vez a la presidencia de la República en 1989, y abría el telón del último acto de la resurrección del mito del “progreso” con una ceremonia de “coronación” con bombos y platillos, recurriendo no sólo al convencimiento sino a la fascinación, dándole a esta promesa un carácter *espectacular*. Pérez se mostraba así como el salvador de la patria, despertando la ilusión de una vuelta a la bonanza de otrora. Sin embargo, como advirtiera de manera premonitoria tres días después de la “coronación”, el periodista español Miguel Ángel Bastenier,

El gran castillo de fuegos artificiales que CAP lleva en la cabeza es de los que engendran frustración si no produce pronto resultados (...) Y esto es el comienzo del reinado de Carlos Andrés Pérez, que se dobla a sí mismo como el nuevo pacificador de la América hispana. El fantasma de Bolívar es siempre el espectro más fácilmente conjurable en la memoria del pueblo venezolano (1989, 5 de febrero, s. p.).

La realidad era que al inicio de este período gubernamental, Venezuela se encontraba con las reservas nacionales prácticamente agotadas –unos 200 millones de dólares–, y con un Estado sin crédito internacional para enfrentar sus obligaciones financieras, que tenía que apelar a más de la mitad de sus ingresos anuales en divisas para cumplir con estos compromisos. Como apuntara Fernando Coronil, «La posibilidad de financiar el mito del progreso había llegado a su fin» (2002, p. 411); se había quebrado la varita mágica del Estado. No obstante, y enarbolando la irrefutable e incansable bandera de la ilustración eurocentrada, Carlos Andrés Pérez anunciaba en su discurso

de posesión que «nos encaminamos hacia una Venezuela moderna» (1989, p. 11). La vía para alcanzar este histórico y ancestral objetivo se expresaba en el VIII Plan de la Nación o “Gran Viraje” (1989-1994), el cual supondría el intento de un radical reordenamiento del esquema de “soberanía nacional”, por medio de una “nueva estrategia de desarrollo” que debía «estar acompañada por una agresiva inserción de Venezuela en el escenario mundial» (Cordiplan 1990, enero, p. 8): se trataba de un deslizamiento del ejercicio del poder que favorecería a los sectores transnacionalizados; una desnacionalización del desarrollo. El plan expresa que: «La nueva estrategia requiere de un Estado fortalecido y eficiente que promueva la competencia y estimule la expansión y *la consolidación de una moderna economía de mercado, sobre la que debe recaer la responsabilidad fundamental del futuro desarrollo nacional*» (ibíd., p. 7; subrayado nuestro).

Desde la conformación de la República a principios del siglo XIX, y posteriormente la consolidación del petro-Estado en el período posgomecista, el desarrollo –o en realidad el mito del “progreso”– se había presentado como una tarea local/estatal, arraigada en la concepción de “independencia” en el marco de la construcción de una idea de “soberanía nacional”. El “nuevo modelo de desarrollo” del Gran Viraje transfería la gestión de la misión civilizatoria a las fuerzas del mercado –con el tutelaje institucional del Fondo Monetario Internacional–. Se estaba abriendo el campo a la ampliación de los procesos de participación del capital privado y transnacional en la vida del país, desdibujando así el rol histórico que había tenido el petro-Estado y la tradición de voluntad de control del espacio/naturaleza por parte de éste.

Se buscaba un proceso de apertura a la acumulación por desposesión que insertara a la naturaleza en el desmedido consumo y privatización neoliberal, lo cual se evidenciaba en el discurso de toma de posesión de Pérez: «Venezuela es un país con gran potencialidad. Posee enormes recursos naturales, humanos y financieros. Su plena utilización nos permitirá cerrar las grandes brechas de la economía y sentar las bases de un crecimiento sano» (1989, p. 11). La concepción de una “internacionalización” de Pdvsa y su objetivo posterior de privatizarla, se inscribe en una estrategia geopolítica que buscará desmantelar el marco jurídico de la nacionalización y reducir el poder del Estado de maximizar su participación en los ingresos petroleros

(Mommer 2010, p. 319), esto es, llevar a Venezuela de la anterior asunción de una potestad nacional/territorial, al vasallaje neocolonial del *Nuevo Imperialismo*.

Un tipo de reconfiguración del esquema de “soberanía nacional” como el que intentaba estructurar la gestión de Pérez suponía una nueva construcción discursiva: Pérez planteaba que el Gran Viraje «ante todo, es un cambio cultural profundo» (citado por Contre-ras 2004, p. 114), que en el contexto del avance mundial de las ideas neoliberales y el colapso del socialismo soviético, visible con la caída del muro de Berlín en 1989, representaba el intento de hegemonizar nuevos paradigmas filosóficos, epistemológicos y ontológicos, funcionales a este modelo de acumulación capitalista.

En Venezuela, las ideas neoliberales comenzaban a cobrar fuerza por medio de ONGs y/o instituciones de investigación entre las que destaca el Centro de Divulgación del Conocimiento Económico (Cedice), que había sido fundado en 1984 (ibíd., p. 119), a lo que se suma un número de influyentes intelectuales como Miguel Rodríguez, Ricardo Hausmann y Moisés Naim, los llamados “IESA boys” –en alusión a los “Chicago-boys” de Pinochet– quienes no por casualidad fueron ministros de Cordiplan, y el último, ministro de Industria y Comercio del gobierno de Pérez. La noción del experto tecnócrata como tutor y consejero de la sociedad se inscribe en la insistencia del pensamiento neoliberal sobre el “fin de las ideologías”, que con la caída del socialismo soviético decretaba la muerte del conflicto político, de la política, y el inicio de un mundo unipolar que abre los caminos para que discurra el individuo hedonista y el conocimiento pragmático y técnico.

De esta manera, el desarrollo como acción programática gestionada centralmente por el Estado iba perdiendo sentido: la “planificación” centralizada, que había sido vinculada al modelo socialista, debía ser descartada debido a que el mercado generaría más o menos espontáneamente la marcha hacia el desarrollo. La contingencia de la crisis, que suponía que el foco político debía estar orientado al re-encauzamiento de las fuerzas sociales y la naturaleza hacia la recuperación del proyecto de la modernidad, congelaba la misión histórica de la “siembra petrolera”. El desarrollo como gestión administrativa no tenía campo fértil para fecundarse.

No obstante, esto no supuso un colapso del desarrollo: la capacidad para la producción de subjetividad y conocimiento legítimo, el

ordenamiento biopolítico y la configuración del espacio/naturaleza que posee este discurso, como correlato de la misión civilizatoria de la modernidad colonial, logra injertar un tipo de cartografía del deseo e implantar un marco para las interacciones sociales, que como estructura histórica mantiene su hegemonía global. En Venezuela, como ya lo hemos expuesto, el discurso del desarrollo está construido en estrecho vínculo con el mito nacionalista del Estado-patria bolivariano y su misión emancipatoria; con el mito de “riqueza” petrolera como puente a la grandeza nacional y con el mito del “progreso” como patrón epistemológico y subjetivo hegemónico en el sistema-mundo capitalista; mitos que se encuentran hasta el día de hoy profundamente arraigados en la subjetividad venezolana.

Así pues, como continuación del proyecto inconcluso de la modernidad, el 16 de febrero de 1989, el presidente Pérez anunciaba las nuevas medidas económicas al país, afirmando que: «Las decisiones que hoy anuncio no inician una sucesión de medidas similares en el futuro, sino que son la corrección del rumbo para impulsar el proceso de modernización económica y social» (citado por Wexell 2009, p. 220). Once días después estallaría una revuelta social de enormes proporciones y a escala nacional en rechazo a este esquema de disciplinamiento capitalista, el denominado “Caracazo” (27, 28 y 29 de febrero), el cual representaría un quiebre en la historia nacional y una vuelta a la interpelación popular extrainstitucional (López Maya, en Baptista [coord.] 2000, p. 102), no regulada por el petro-Estado, que representará no sólo una clara y frontal confrontación contra la intensa capacidad de empobrecimiento que implicaban este tipo de políticas para el “pueblo”, sino una expresión violenta contra un sistema frustrante que había prometido un desarrollo que pocos tenían, pero que todos deseaban. Este acontecimiento, el segundo golpe contra la sociedad mitificada por el petróleo (después del Viernes Negro), provocará una dislocación del esquema de poder que abrirá un nuevo proceso de rearticulación política nacional.

El avance neoliberal implicaba, entonces, que la meta del “progreso” se proyectara como una guerra civilizatoria social. Desde las élites gobernantes se trataba de un proyecto irrenunciable, pues permitiría la propia acumulación en el capitalismo mundial, aunque sus resultados sean dolorosos –de ahí la idea de la *terapia del shock*–. Luego de producirse decenas de muertos⁶⁶ por los exacerbados niveles de

66 El Comité de Familiares de las Víctimas de los sucesos ocurridos entre el 27

represión policial y militar en el estallido social del Caracazo, Carlos Andrés Pérez, en alocución televisiva del 28 de febrero de 1989, justificaba las medidas tomadas, el llamado Paquetazo Neoliberal, porque ésta era «la política de todos los países en desarrollo» (cit. por Andrade 2012, s. p.) y «estas medidas duras en el campo económico que estamos haciendo, lo hacemos en su beneficio» (*La Hojilla* 2010, 28 de diciembre, s. p.).

Arturo Escobar afirma que: «No resulta sorprendente que el desarrollo se convirtiera en una fuerza tan destructiva para las culturas del Tercer Mundo, irónicamente en nombre de los intereses de sus gentes», porque «La exclusión más importante del desarrollo fue, y continuaba siendo, lo que se suponía era el objeto primordial del desarrollo: la gente» (2007, pp. 83-84). La gente para el discurso neoliberal dominante comenzaba a presentarse ahora «...como una masa turbulenta y parásita a la que el Estado tenía que disciplinar y el mercado tornar productiva» (Coronil 2002, p. 418). La lógica civilizatoria de la modernidad colonial plantea constantemente reediciones de la “guerra justa” en los continuos procesos de acumulación por desposesión.

El intento de golpe de Estado del 4 de febrero de 1992 constituye el tercer y definitivo golpe a la sociedad mitificada por el petróleo. Se trataba de un movimiento militar de descontento contra el sistema político de partidos y élites económicas –liderado entre otros por el comandante Hugo Chávez–, que buscaba que las Fuerzas Armadas participaran de la actividad política en función del desarrollo, con una identificación con los oprimidos, pero reconociéndose como la verdadera vanguardia de este proceso (Buttó 2008, pp. 40-41)⁶⁷. Aunque esta intentona fracasara en sus objetivos, tuvo severos impactos en la vida nacional. De esta forma, estos tres golpes asestados derrumbaron tres mitos de una sociedad recreada

de febrero y los primeros días de marzo de 1989 (Cofavic) ha documentado un total de 470 muertos, pero el saldo definitivo de fallecidos es hasta la fecha una incógnita, sobre todo después de hallarse en 1990 la fosa común denominada “La Peste”, en el Cementerio General del Sur, donde se encontraron unos 68 cadáveres que no estaban contabilizados en la lista oficial. Diversos informes sitúan las cifras de muertos de dos mil a más de tres mil personas. Cf. Grainger 2011, 28 de febrero.

67 El Chávez de aquella época admitía estar influido por los tipos de gobiernos militares del general Omar Torrijos en Panamá y del general Juan Velasco Alvarado en Perú.

por la renta petrolera: el Viernes Negro derrumbaba el de la prosperidad económica; el Caracazo lo hacía con el de la prosperidad social y el golpe de Estado del 4 de febrero de 1992 derribaba el de la estabilidad política e institucional. En palabras de Briceño León, «Estos tres hachazos brutales hicieron trizas la imagen narcisa de la sociedad, pero no lograron transformar la estructura social» (En Baptista [coord.] 2000, p. 152).

Los insostenibles niveles de crisis política y social en el país habían llegado al punto de la destitución del presidente Pérez. La concentración de poder llegaba a niveles verdaderamente comprometedores, teniendo a importantes grupos económicos controlando el mercado, monopolizando el comercio de insumos y el control de los medios de comunicación, y con la facultad de mando político como poderes fácticos propios de un esquema neoliberal, en el cual el Estado es minimizado, mientras la gran mayoría de la población, sumergida en la pobreza, veía con profundo escepticismo y recelo las instituciones “democráticas” venezolanas.

En este ambiente social llega Rafael Caldera a la presidencia de la República, en unas elecciones presidenciales que rompían los récords de abstención para este tipo de comicios con casi 40%, y evidenciaban la tendencia abstencionista generalizada que desde 1989 (elección a gobernadores) se estaba manifestando en la población –más de 50% en las elecciones de 1989, 1992 y 1995 (cf. Consejo Nacional Electoral s. f.)–. La victoria de Caldera con el partido Convergencia sepultaba el bipartidismo de la era puntofijista, siendo que por primera vez desde el inicio del Estado liberal/democrático en Venezuela ganaba un partido diferente a AD y Copei⁶⁸, lo que sin embargo, no supuso un fin del pacto de élites inaugurado en 1958.

Caldera, en su célebre discurso del día del golpe de Estado del 4 de febrero de 1992, que lo catapultara a la presidencia, expresaba: «Es difícil pedirle al pueblo que se inmole por la libertad y por la democracia, cuando piensa que la libertad y la democracia no son capaces de darle de comer y de impedir el alza exorbitante en los costos de la subsistencia» (Caldera s. f., s. p.). No obstante, la misión fundamental del nuevo presidente era salvar la legitimidad del esquema de “soberanía nacional”, basado aún en un pacto de élites

68 A estas alturas, AD y Copei juntos no llegaban a 50% de los votos, cuando cinco años antes obtenían 92% de éstos (Bautista Urbaneja, ob. cit., p. 101).

que transfiere los costes del avance de su desarrollo capitalista a la población y la naturaleza. La crisis financiera de 1994, la peor de la historia venezolana, que arrastraba a 49 instituciones bancarias de un total de 130, que controlaban 54,3% de los depósitos, siendo que el costo fiscal de esta crisis fue de más de 8.500 millones de dólares –14,5% del PIB corriente de 1994 (Faraco, en Baptista [coord.] 2000, p. 408)–, sumía al país en un clima de caos, protestas populares y rumores de golpe de Estado, lo que llevó a Caldera al extremo de suspender las garantías constitucionales y establecer controles de cambio y precios. A pesar de esta situación de deslegitimación del sistema político, encuestas de opinión realizadas en los años 1995 y 1996 indicaban que la población todavía creía que el país era rico, y que esta era merecedora de disfrutar esa riqueza. Después de la debacle del capitalismo rentístico, Venezuela aún se imaginaba como un país petrolero, creencia que se reavivaba con algún ligero incremento de los precios del crudo, como en 1996 (Coronil 2002, p. 77).

En marzo de 1996 ponía en marcha la denominada Agenda Venezuela, un plan elaborado por Cordiplan, el cual representaba una continuación de los procesos de acumulación neoliberal en el país. El ix Plan de la Nación (1995-1999), en consonancia con la apertura neoliberal que se conformaba desde los años ochenta, proponía como una de las líneas de acción «La inserción estratégica del país en el contexto internacional dándole un papel de relevancia en el marco mundial, afirmando nuestra autonomía, aprovechando las oportunidades que ofrece la globalización y orientando estratégicamente la política nacional en beneficio del desarrollo» (citado por Guerra y Ponce de Moreno 2005, s. p.).

El plan se orienta hacia el “crecimiento”, siguiendo un programa de austeridad del FMI que otorgaba créditos a cambio de políticas de ajustes internos, incluyendo un aumento inmediato de 600% del precio de la gasolina, lo cual estaba sujeto al establecimiento de planes para la llamada “Apertura petrolera”, que impulsó contratos que protegían al capital privado contra el Estado, garantías de indemnización para las empresas foráneas ante cambios legales, establecimiento de arbitrajes internacionales, la sujeción a embargo de las exportaciones petroleras, rebajas impositivas y exenciones por inflación, y que hacía que nuevamente el capital extranjero fuera un importante productor de petróleo en el país –según los contratos firmados bajo estos

términos después de 1989, se produciría 40% del petróleo venezolano bajo la figura de asociación– (Mommer 2010, pp. 319, 326-328). En este contexto, Venezuela se unió a la Organización Mundial del Comercio (OMC) sin reservar ningún derecho especial con respecto a su petróleo. La lógica neoliberal del antinacionalismo petrolero, intentaba materializar la concepción de la naturaleza como un “don libre” universal, lo que apuntaba al desmantelamiento del ejercicio de la soberanía territorial/nacional, que era la que finalmente obligaba a pagar una renta de la tierra (í.d.).

La Agenda Venezuela se proponía que, luego de acabar con la enorme inflación, se allanara el camino para el avance hacia el desarrollo mediante un tipo de administración que apuntara hacia la eficiencia, la modernización y la competitividad. Cabe resaltar que la noción “ecologizada” del desarrollo, el llamado “desarrollo sostenible”, que se acordaba como paradigma en la Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro en 1992, ante la notable crisis ambiental global que se agudizaba progresivamente, era insertada en este Plan Nacional, siendo referencia para las políticas de ordenamiento territorial (cf. Guerra y Ponce de Moreno 2005).

Hugo Chávez, quien ya representaba un personaje de la política nacional, hacía una lectura a fines de julio de 1996, sobre la política de la Agenda Venezuela, lo que daba un rastro de la dirección que tomaría la recomposición de las fuerzas sociales en el país para principios del siglo XXI:

Sin duda, estamos ante una crisis histórica, en el centro de cuya irreversible dinámica ocurren simultáneamente dos procesos interdependientes: uno es la muerte del viejo modelo impuesto en Venezuela hace ya casi doscientos años, cuando el proyecto de la Gran Colombia se fue a la tumba con Simón Bolívar, para dar paso a la Cuarta República, de profundo corte antipopular y oligárquico y el otro es el parto de lo nuevo, lo que aún no tiene nombre ni forma definida y que ha sido concebido con el signo embrionario aquel de Simón Rodríguez: «La América no debe imitar modelos, sin ser original. O inventamos o erramos» (2004, 13 de diciembre, s. p.).

Independientemente de juzgar o no el olfato político del futuro candidato presidencial, lo resaltante es que éste había sentado los pilares de una reformulación discursiva que planteaba ya una distinción histórica entre aquello que fenece y un proyecto aún amorfo y

naciente. Continúa Chávez:

Es el “fin de la historia” de Fukuyama tomando por asalto la tierra de Bolívar. Es la negación de la inteligencia misma. “Muera la inteligencia,” pareciera ser el lema central de la Agenda Venezuela.

Los bolivarianos, los revolucionarios, los patriotas, los nacionalistas, nos negamos a aceptar y mucho más, a seguir, tales postulados. El fin de su vieja historia es para nosotros el comienzo de nuestra nueva historia.

Por esa razón hablamos del proceso necesario de reconstitución o refundación del *Poder Nacional* en todas sus facetas, basado en la legitimidad y en la soberanía. El poder constituido no tiene a estas alturas la más mínima capacidad para hacerlo, por lo que habremos necesariamente de recurrir al *Poder Constituyente*, para ir hacia la instauración de la Quinta República: la *República Bolivariana* (id.; subrayado nuestro).

El discurso de Chávez refleja las tensiones sociales de la época y, con mayor precisión, de Venezuela; expresa la contradicción entre la lógica desterritorializada del capital y la lógica territorial, en este caso encarnada en el Estado; determina tipos de subjetividades e identidades reivindicativas y establece un rescate del Poder Nacional y una vuelta a la alianza popular. Se trata de una reestructuración de la cartografía de poder social/nacional.

A lo largo de las giras de promoción de su candidatura política, el teniente-coronel recurrió constantemente al uso de símbolos de la nacionalidad para construir su imagen/discurso –por ejemplo, el llamar a su movimiento MBR-200 como “bolivariano” y colocarle el número 200 por el segundo natalicio del Libertador–. El nacionalismo es el componente más fuerte de la simbología chavista (López Maya y Lander 2000, enero-junio, pp. 8-9). Pero éste tiene sentido como alianza nacional-popular, fundamentado en el Poder Constituyente y su precaria situación luego de tanto desarrollo: Cordiplan anuncia que a fines del período de gobierno de Caldera hay 80% de pobreza, 39% de pobreza extrema, 14% de indigentes, 15% de desempleo, 50% de empleo informal, 37% de desnutrición infantil y 30% de deserción escolar (Cordiplan, en Ochoa Henríquez y Chirinos Zárraga 2006, 3 de agosto, s. p.). Era necesario pues un Proyecto Nacional que contrarrestara al modelo neoliberal desnacionalizador.

La llegada de Chávez a la presidencia de Venezuela en 1999,

luego de vencer en las elecciones el año anterior con su nuevo partido, el Movimiento v República, va a implicar la estructuración de un marco normativo para la transición hacia nuevas cartografías de poder en el esquema de “soberanía nacional”. La discusión sobre el desarrollo a escala mundial va tomando cada vez mayor relevancia, sobre todo en el cuestionamiento al “modelo de desarrollo” imperante, que ha venido acompañado de una serie de propuestas que exigen colocar al sujeto en la prioridad de estos programas⁶⁹; aunque también ya se estaban planteando serios cuestionamientos al propio concepto de desarrollo⁷⁰. En este contexto de amplias críticas epistemológicas se inscribe la concepción administrativa de la transición 1999-2000 de la Revolución Bolivariana.

Las pautas elementales de la construcción de una nueva alianza popular-estatal se inscribían en la nueva Constitución de 1999, basada en un proceso constituyente que implicó un importante involucramiento ciudadano en el mismo; y en los principios de recuperación de los precios del petróleo –en 1999 se sufría el peor colapso en 50 años de los precios en los mercados petroleros mundiales (Mommer, ob. cit., p. 329)–, lo que se expresaba en el denominado Programa Económico de Transición 1999-2000, que perseguía fortalecer la disponibilidad de liquidez del Estado y dar sustento material al proyecto de inclusión social a partir de un enfoque integrado que evite centrar todas sus fuerzas en lo económico y se despliegue también por lo social. Para ello, la búsqueda de un mayor *crecimiento* económico para una mayor equidad –la idea de “equilibrio” está permanentemente presente en el documento– se logrará promoviendo «...los hidrocarburos como palanca para el desarrollo de los sectores industriales e incentivar la formación y participación del capital nacional en el negocio petrolero» (Guerra 2003, mayo, p. 20).

Las pautas básicas de la transición en la Revolución Bolivariana replantean el rol del Estado y las nuevas figuras de participación política y económica popular, que proponían la participación protagónica de ciudadanas y ciudadanos y un Estado de justicia social. El plan de

69 Resaltan personajes como Manfred Max-Neef, creador del concepto de “desarrollo a escala humana”, o el premio Nobel Amartya Sen y su concepto de “capacidad”, el cual tuvo incidencia en la construcción del Índice de Desarrollo Humano (IDH) de las Naciones Unidas.

70 Mencionamos aquí a Arturo Escobar o a Wolfgang Sachs como importantes teóricos de la crítica al desarrollo.

gobierno del presidente Chávez concibe que la base del desarrollo nacional está en la abundancia de “recursos naturales”, en especial los hidrocarbúricos, buscando así la reconexión de la función Estado-petróleo. Dicha base daba cabida a un “nuevo modelo de desarrollo” fundamentado en el establecimiento de una economía humanista que tuviera al sujeto como su centro y razón de ser y que apuntara a la satisfacción de sus necesidades básicas. El mecanismo fundamental sería el mercado, pero se plantearon también una serie de mecanismos organizativos populares tales como cooperativas y de redes de producción social, así como la institucionalización de figuras como la contraloría social, la descentralización de la responsabilidad social y el poder ciudadano, que favoreciesen la diversificación de la economía, junto con altos niveles de empleo e ingreso real familiar y de consumo y ahorro (Cordiplan, en Ochoa Henríquez y Chirinos Zárraga 2006, 3 de agosto)⁷¹. Estaba reapareciendo la idea de “sembrar el petróleo”.

Una nueva reconfiguración discursiva ya estaba en marcha –de hecho, desde el período de crisis que hemos narrado 1983-1992–, una serie de códigos morales, donde se sintetizan procesos nuevos y estructuras históricas establecidas, donde reaparece el imaginario justiciero vinculado al cuerpo militar, que va a ser fundamental en este proceso de inserción de la Revolución Bolivariana en el espacio nacional, como proceso expiatorio del corrupto puntofijismo, como resurgir del petro-Estado de la mano de “revolucionarios honestos” (De Lisio 2005, p. 43). Todas estas políticas de transición fundan las bases institucionales para una recomposición del desarrollo, posterior al proceso constituyente, un proceso que, al menos desde 1936 hasta la actualidad, es evidencia de grandes tensiones entre las formas de “soberanía popular” y los centrales, verticales y universalistas

71 El artículo 299 de la CRBV reza: «El régimen socioeconómico de la República Bolivariana de Venezuela se fundamenta en los principios de justicia social, democratización, eficiencia, libre competencia, protección del ambiente, productividad y solidaridad, a los fines de asegurar el desarrollo humano integral y una existencia digna y provechosa para la colectividad. El Estado conjuntamente con la iniciativa privada promoverá el desarrollo armónico de la economía nacional con el fin de generar fuentes de trabajo, alto valor agregado nacional, elevar el nivel de vida de la población y fortalecer la soberanía económica del país, garantizando la seguridad jurídica, solidez, dinamismo, sustentabilidad, permanencia y equidad del crecimiento de la economía, para garantizar una justa distribución de la riqueza mediante una planificación estratégica democrática participativa y de consulta abierta».

esquemas de “soberanía nacional”, en beneficio de la emancipación y la autonomía por parte de la primera, o en beneficio de la subordinación o el control por parte de la segunda. El muy complejo contexto sistémico en el cual se agudiza la crisis civilizatoria es determinante en toda esta dinámica, y toca sensiblemente cada arista del desarrollo, como ya expusimos en el capítulo 1.

Fernando Coronil, parafraseando a Walter Benjamin afirma que

En la medida en que la tormenta del progreso sigue amontonando restos sobre restos se va haciendo imposible negar la catástrofe que deja tras de sí mediante el simple expediente de mirar hacia el futuro. La tragedia de la modernidad consiste en que su promesa de progreso universal no puede cumplirse en los términos en que ha sido planteada (2002, p. 427).

El discurso del desarrollo, el ideal de “progreso”, siguen vigentes, no sólo como producción unilateral de discurso y conocimiento, como control de los cuerpos y el espacio/naturaleza, sino también como derecho reivindicado por millones de personas que han incorporado esta narrativa a su imaginario deseante. Como bien sostiene Antonio De Lisio, «quizás la historia de la ‘Venezuela Petrolera’ es la historia de las distintas entonaciones de una misma metáfora» (2005, p. 52). Bastará ver si en un proceso de transformaciones como el de la “Revolución Bolivariana” se continúa y/o intensifica el afán de desarrollo, se habla de otro “modelo de desarrollo”, se plantea una crítica radical a la idea de desarrollo, o bien se concreta una coexistencia de todas estas posibilidades.

Capítulo 3

El renacer del petro-Estado desarrollista y el sueño bolivariano de la «potencia energética mundial»: el neoextractivismo y los dilemas de la Revolución Bolivariana

En la política, lo real es lo que no se ve.
José Martí

¿Lo que estaba en lo viejo está, de una manera o de otra, preparando lo nuevo o relacionándose con él? (...) Lo viejo entra en lo nuevo con la significación que éste le da a aquél.
Cornelius Castoriadis

Si hay algo de verdad en la idea de que la mejor posición intelectual es aquella atacada con igual vigor por izquierda y derecha, entonces estoy en buena forma.
Richard Rorty

Tiempo al tiempo, general. Todos los caudillos nos han ofrecido lo mismo. Veamos si usted cumple.
Don Elías Burguera al presidente Cipriano Castro

El mito del “progreso” está de vuelta, y ha resucitado como programa de gobierno, como encantamiento, sobre sus bases históricas. La misión nacionalista parece haber acabado con el estado de emergencia del período 1989-1998, y restituido su camino hacia el desarrollo. Como hemos visto al final del capítulo 2, desde la llegada del presidente Chávez al palacio de Miraflores, se ha puesto en marcha un

reordenamiento de la cartografía de poder nacional bajo el esquema de “soberanía nacional”, una reestructuración del marco normativo, institucional y discursivo que recompone la trilogía petróleo-Estado-“pueblo”, y el planteamiento de un “nuevo modelo de desarrollo”. Sin embargo, el proceso de apertura para el empoderamiento del sujeto-“pueblo” que se da en la Revolución Bolivariana, como nunca antes en la historia de la República de Venezuela, ha abierto el campo para la profundización de las contradicciones sociales y políticas, que desde 2007, año en el cual se inicia el tercer período presidencial de Chávez, entra en una fase regulatoria que persigue disciplinar y burocratizar al movimiento popular. Se trata, pues, de un escenario de grandes tensiones, donde diversos factores y tendencias luchan en el campo de las representaciones, en el ejercicio de la biopolítica, en el espacio/naturaleza; donde corrientes de transformación disputan la hegemonía con fuerzas estacionarias y conservadoras, y reproducen una dialéctica sumamente problemática.

La idea de desarrollo en el Gobierno de la Revolución Bolivariana, da cuenta de estas tensiones y establece una hoja de ruta para el ejercicio político, profundamente atravesada por la *razón de Estado* y la lógica del capital. Las bases programáticas y filosóficas del desarrollo de este Gobierno, se desprenden no sólo de la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, sino también de una serie de documentos donde destacan las «Líneas Generales del Plan de Desarrollo Económico y Social de la Nación 2007-2013» y la «Propuesta del Candidato de la Patria Comandante Hugo Chávez para la Gestión Bolivariana Socialista 2013-2019», la cual constituye la referencia para el Plan de desarrollo de los futuros seis años de gobierno. En estos y otros documentos oficiales se plasma una serie de reivindicaciones populares fundamentales que nos remiten a la meta de «Alcanzar irrevocablemente la democracia protagónica revolucionaria, en la cual, la mayoría soberana personifique el proceso sustantivo de toma de decisiones», en el marco de un proyecto económico humanista que tiene como misión “la superación de la ética del capital”, proponiendo subordinarla a la satisfacción de las necesidades básicas de la población de manera sustentable y en consonancia con las exigencias de la naturaleza en cada lugar específico (*Líneas Generales del Plan de Desarrollo Económico y Social de la Nación 2007-2013* s. f., p. 4). Para ello es fundamental la construcción del “hombre” nuevo del siglo XXI, donde socialismo

y “hombre” sean “sinónimos”, y prevalezca un Estado ético, con funcionarios públicos honestos, que establezca el bien común y la justicia por encima del derecho (ibíd., p. 16).

No obstante, es importante resaltar que estas reivindicaciones se establecen sobre un esquema de poder estructurado en torno a la histórica trilogía petróleo-Estado-“pueblo”, en la cual se prefigura un tipo de control del espacio/naturaleza y un tipo de soberanía particular, enmarcados en un programa específico de desarrollo. El Estado, o más bien el *petro-Estado*, nuevamente se constituye como la interfaz entre los sujetos y la reproducción material de la sociedad, entre el capital y la naturaleza, entre la subalternidad y el desarrollo. Si Chávez, en 1994, hacía un llamado a la “refundación del Poder Nacional” (2004, 13 de diciembre), casi 20 años después, evidencia de ser este el núcleo del esquema de “soberanía nacional” de la Revolución Bolivariana, el presidente repetía ante la Asamblea Nacional en 2012:

El Poder Nacional. Aquí desmantelaron el poderío nacional, el poder y el poderío. La Revolución Bolivariana ha venido rearmando, rearticulando, recreando el poderío nacional, y yo creo que ese es como el eje articulador de todo el esfuerzo político, todo el esfuerzo político; la política siempre tiene cómo esencia el poder, el poder (2012, 13 de enero, p. 35).

En la reproducción del Poder Nacional en el Gobierno Bolivariano, cada uno de los elementos de la trilogía petróleo-Estado-“pueblo” se sobredimensionan –más petróleo, más Estado, más “pueblo”–. El Poder Popular aparece como *potentia*, pero su inmanencia converge finalmente en el esquema trascendental del petro-Estado, como mediación mítica, que tradicionalmente ha encontrado su razón de ser, su base material de existencia, en el petróleo. Se establece de facto una contradicción de fuerzas: la apertura de un campo de representaciones liberador, creativo y ecológico, se hace incompatible con el establecimiento y crecimiento del petro-Estado, el cual se establece ahora como objetivo, transformar a Venezuela en una «potencia energética mundial».

La Revolución Bolivariana, al convocar al Poder Constituyente en su propia fundación, agrieta la estructura estatal, abriendo posibilidades de infiltración de éste, y creando momentos de ejercicio de poder *inmediato*, enunciados como norma en el artículo 5 de la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, donde se determina

que la soberanía reside intransferiblemente en el pueblo, y que éste puede también ejercerla de manera directa en las formas previstas por la Carta Magna. Si la Constitución de 1999 determina que los órganos del Estado emanan de la *soberanía popular* y a ella están sometidos, el programa de la candidatura presidencial de Hugo Chávez presentada a mediados de 2012, hace referencia al «mandar obedeciendo» (*Propuesta del Candidato de la Patria Comandante Hugo Chávez para la gestión Bolivariana Socialista 2013-2019*, 2012, 11 de junio, p. 25) que han abanderado los zapatistas. El Plan de Desarrollo Económico y Social de la Nación (Pdesn) 2007-2013 va mucho más allá:

Dado que la soberanía reside en el pueblo, este puede por sí mismo dirigir el Estado, sin necesidad de delegar su soberanía, tal como en la práctica sucede con la democracia representativa o indirecta (...) La democracia participativa, es la soberanía popular la cual se hace tangible en el ejercicio de la voluntad general, la cual no puede enajenarse nunca, y el soberano, que no es sino un ser colectivo, no puede ser presentado más que por sí mismo: el poder puede ser transmitido pero no la voluntad. La consecuencia es lógica: si la soberanía reside en el pueblo y éste acepta obedecer a un poder distinto, por ese mismo acto se disuelve como pueblo y renuncia a su soberanía (*Líneas Generales del Plan de Desarrollo Económico y Social de la Nación 2007-2013* s. f., p. 16).

Esta poderosa concepción ontológica del “pueblo” no logra materializarse como proyecto constitutivo, pues desde sus inicios la Revolución Bolivariana se establece bajo un esquema de mediación, no sólo por la refundación y fortalecimiento del petro-Estado, sino por la propia figura del presidente Chávez. La nueva alianza nacional-popular bolivariana se construye con Chávez como símbolo de equivalencia de la subjetividades explotadas, oprimidas y excluidas, una personificación del “pueblo”, el cual se mimetiza con su líder en una relación mítico-afectiva. Y si bien el hombre-símbolo es expresión de una fuerza deseante que lo antecede –Hugo Chávez es también una creación popular–, si bien representa a un “pueblo” compuesto de sujetos activos –el “pueblo” ya no es la entelequia puntofijista–, a su vez esa mimesis no es simétrica, sino que dibuja una cartografía de poder jeraquizada y patriarcal que interrumpe el proceso ascendente de emancipación popular. La inmanencia, inmediatez y materialidad

del Poder Popular queda suspendida en una “tregua” en nombre de la mediación y el porvenir.

El despliegue del Poder Nacional requiere a la vez de su correspondiente referente material: se concibe así a la naturaleza aún de manera instrumental, utilitaria y antropocéntrica. Los progresivos ajustes al concepto de “medio ambiente” que han intentado hacer retroceder al humano de la forma profundamente escindida y colonizante como se construye la imagen de la “naturaleza”⁷², no han logrado desplazar a ésta del rol pasivo al cual se le ha asignado. Como expone Wolfgang Sachs:

Lo que circula es materia prima, productos industriales, desechos tóxicos, ‘recursos’. La naturaleza se reduce a un ente estático, un mero apéndice del medio ambiente. Junto con el deterioro físico de la naturaleza, presenciamos su muerte simbólica. Lo que se mueve, crea, inspira, es decir, el principio organizador de la vida, reside ahora en el medio ambiente (cit. por Escobar 2007, p. 327).

El objetivo estatal de ser una «potencia energética mundial», consagrado en el Pdesn 2007-2013, y que tiene continuidad en el Programa del Candidato de la Patria para las elecciones de 2012⁷³, propone am-

72 Pasamos de definir el ambiente en la Cumbre de la Tierra de Estocolmo de 1972 como «el entorno que existe alrededor del hombre», a la interpretación del Ministerio del Ambiente y los Recursos Naturales Renovables (1988) según la cual «el ambiente es la suma de los componentes vivientes y artificiales, cuya dinámica, en un espacio determinado nos interesa a fin de mejorar las condiciones de vida de la población humana que en él se asienta, tanto la presente como la futura», hasta llegar a la actual, que el artículo 3 de la Ley Orgánica del Ambiente (2006, 22 de diciembre) determina como «el conjunto o sistema de elementos de naturaleza física, química, biológica y socio cultural en constante dinámica por la acción humana o natural que rige y condiciona la existencia de los seres humanos y demás organismos vivos que interactúan permanentemente en un espacio y tiempo determinado» (Consultores Técnicos Integrales [CTI] 1998, p. 163).

73 La idea de una Venezuela “potencia” pasó de ser de carácter energético en el Pdesn 2007-2013, a una denominación más general de potencia «en lo social, en lo económico y en lo político” en el programa de candidatura. No obstante, al revisar la exposición de esta propuesta, que aparece de lo general a lo particular, el desglose de los detalles nos lleva a que la transformación de Venezuela en un país potencia está básicamente orientada hacia una potencia energética petrolera. Cf. *Propuesta del Candidato de la Patria Comandante Hugo Chávez para la Gestión Bolivariana Socialista 2013-2019*, p. 7, y su desglose en pp. 26-35.

pliar el rol extractivista de Venezuela en la «División Internacional de la Naturaleza», aumentando significativamente la producción petrolera, como nunca antes se habría realizado. Los planes de Pdvsa proyectan que la producción para 2014 será de 4 millones 84 mil barriles diarios, proyectándose para 2018 una producción de 5,82 MMBD para 2018, de los cuales 3,32 MMBD (57%) se producirán en la Faja Petrolífera del Orinoco (Pdvsa 2012, p. 23), hasta alcanzar los 6 millones en 2019. Por si esto fuera poco, el presidente Chávez afirmó que «Algún día, estaremos produciendo 10 millones de barriles diarios de petróleo, meta alcanzable en el año 2039» (Méndez 2012, 10 de enero) y que «tenemos petróleo para 400 años», lo que supone un extractivismo enloquecido, en plena crisis ecológica global.

El ministro de Energía y Petróleo y también presidente de Pdvsa, Rafael Ramírez, expresaba que «Esta producción es la base material para el desarrollo del socialismo en nuestro país y nos va a permitir consolidarnos como una gran potencia energética y apalancar todos los planes de nuestra nación» (AVN 2011, 16 de septiembre, s. p.), mientras que el presidente Chávez también expresó, en el segundo aniversario de la nacionalización de la faja del Orinoco: «Nosotros vamos a pasar a ser, ya estamos pasando a ser, una potencia petrolera. Una potencia petrolera mundial. Ya lo somos» (Pdvsa 2009, 1 de mayo, p. 2). La Faja Petrolífera del Orinoco, una extensión de 55.314 km² al oriente del país, que representa la acumulación de petróleo más importante del mundo, lo cual llevó a Venezuela al primer lugar en reservas mundiales de este recurso⁷⁴, es ahora el bastión del desarrollo que llevará a Venezuela a ser la “Nueva Arabia Saudita”, en palabras del presidente de la estadounidense Chevron para África y América Latina, Alí Moshiri (cf. Agence France Presse [AFP] 2011, 28 de septiembre).

La pretensión de elevación del Poder Nacional como potencia, en torno al crecimiento de la producción petrolera, es un reflejo de la huella histórica que marca y prefigura el ejercicio de la política del petro-Estado venezolano: si los extraordinarios ingresos provenientes del petróleo y las tasas de crecimiento económico sin precedentes hacían a Marcos Pérez Jiménez proyectar a «Venezuela como primera

74 Al 31 de diciembre de 2011 las reservas ascienden a 297 mil 571 millones de barriles de petróleo, certificados por empresas internacionales e incluidas en los libros de reservas del Ministerio del Poder Popular para la Energía y Petróleo (Pdvsa 2012, p. 11).

potencia económica de América Latina» (citado en Cartay 1999, p. 17) en torno al Nuevo Ideal Nacional; si nadando en un mar de petrodólares gracias al *boom* del petróleo de 1973, Carlos Andrés Pérez anunciaba la marcha hacia la Gran Venezuela; ahora la Venezuela «potencia energética mundial» de la Revolución Bolivariana es tan musculosa como su capacidad extractivista lo establezca. La grandeza del país se mide en relación con la cantidad de millones de barriles de crudo que se puedan producir diariamente, pero a diferencia del pasado, esta “Venezuela-potencia” actual pretende su grandeza tanto por los altos precios, como por una alta capacidad de extracción, simultáneamente. Es el nuevo extractivismo acorde con la crisis energética.

La mitificación de la nación en torno a la idea patriarcal de *potencia* –fuerza y poder– es atravesada por todos los vectores que componen el imaginario venezolano. En el acto de nacionalización de la Faja Petrolífera del Orinoco, el 26 de febrero de 2007, el presidente Chávez bautizaba la misma, sentenciando:

Ayer se estaba cumpliendo un año más de La Cusiata, la traición a Bolívar. A Bolívar lo echaron de aquí, lo expulsaron de Venezuela y querían hasta fusilarlo. Así nació la Patria, con un pecado original. Hay una sola forma de lavar ese pecado original, haciendo realidad el proyecto revolucionario de Simón Bolívar, y nos corresponde a nosotros hacerlo ahora 200 años después (citado en Pdvsa 2007, mayo, p. 1).

Los tres mitos constitutivos del desarrollo en Venezuela, de su sentido de ser como petro-nación, se reflejan en esta invocación: el mito nacionalista del Estado-patria bolivariano y su misión emancipatoria, cargado además del aura mística del cristianismo⁷⁵, se carga de la misión teleológica e ilustrada propia del mito del “progreso”, los cuales se convierten en posibilidad –en porvenir– gracias al mito de la “riqueza” petrolera. La explotación de la faja del Orinoco se resignifica así como una tarea imperiosa y solemne, disciplinando aún más el ya petrolizado imaginario cultural/identitario del venezolano, y siendo ahora recreada como espectáculo a través de los medios de comunicación, con la imagen del presidente Chávez como figura central y/o referencial.

75 En el Programa del Candidato de la Patria se afirma: «Combatimos por una sociedad donde se realicen plenamente los grandes valores del cristianismo» (ob. cit., p. 6).

IMAGINARIO DE CRECIMIENTO Y DE “RIQUEZA”
EN EL DISCURSO DEL “DESARROLLO” DEL GOBIERNO BOLIVARIANO



FUENTE: Propuesta del Candidato de la Patria Comandante Hugo Chávez para la Gestión Bolivariana Socialista 2013-2019.

Por lo dicho anteriormente, la Revolución Bolivariana, el petro-Estado, la soberanía, el discurso y el espacio/naturaleza, se encuentran sumergidos en profundas tensiones y contradicciones, representando éstos, campos de lucha que ven contraponerse pulsiones emancipatorias y mecanismos de control, disciplinamiento y mercantilización de sujetos y bienes comunes. Ciertamente el Pdesn 2007-2013 expresa una serie de reivindicaciones populares nominalmente. No obstante, al leerlas en el contexto de la integridad de los cuerpos normativos y jurídicos, y en su intertextualidad con la realidad de la práctica política, se hace evidente que su síntesis esquematiza los límites y la regulación del *poder popular* y acondiciona el avance extractivista contra la naturaleza, en un juego de suma cero favorable al poder del petro-Estado y de la acumulación capitalista. La razón de Estado y su tendencia universalizante busca asimilar la *potentia* contingente y creativa del “pueblo”: toda democratización popular es producto, en primera instancia, de la presión de los sujetos, que obligan al Poder

Constituido a abrir los caminos para procesos inclusivos y emancipatorios –léase, la propia ontología originaria y constituyente de la Revolución Bolivariana–. Pero, como fuerza inherentemente reaccionaria y “contrarrevolucionaria”, la lógica del Estado, ahora en su orientación expansiva en forma de «potencia energética mundial», reproduce una síntesis en la que finalmente mantiene la subordinación y sujeción de los sujetos al poder central, la hegemonía de la “soberanía nacional” sobre la soberanía popular, del capital sobre la naturaleza.

En este marco, el desarrollo como discurso civilizatorio busca seguir siendo funcional a un modelo de sociedad que mantiene abierto un campo de participación e interpelación popular al poder, sostenido en una alianza nacional-popular que sufre un creciente desgaste, enarbolando un discurso anticapitalista que resalta los perjuicios ambientales de este sistema, y que pretende *Contribuir con la preservación de la vida en el planeta y la salvación de la especie humana*, tal y como lo establece el quinto Objetivo Histórico del programa de la candidatura del presidente Chávez para las elecciones de 2012; todo esto en un contexto en el que los “modelos” de desarrollo han estado en serio cuestionamiento a escala mundial, junto con una crítica a muchos de los paradigmas “universales” dominantes. Las diversas tensiones y dilemas que se expresan en la Revolución Bolivariana, se hacen evidentes en el discurso y programa de desarrollo que enmarcan la política nacional: la “Siembra Petrolera”, el Desarrollo Endógeno, el Desarrollo Sustentable, la lucha contra la pobreza y la nueva geopolítica. Analizando cada uno de estos aspectos, intentaremos mostrar cómo opera el desarrollo en todos los ámbitos de la vida nacional, buscando subsumir subjetividades y espacios naturales en torno a su patrón monocultural, articulado al mercado capitalista globalizado.

La “Siembra Petrolera” y la industrialización: una alegoría del desarrollo

La idea de “sembrar el petróleo”, como pudimos ver en el capítulo 2, ha sido una noción a la cual han recurrido prácticamente todos los gobiernos venezolanos desde que surgió como propuesta para salir del rentismo en 1936 –a excepción del período de crisis 1989-1998–. Desde sus inicios en 1999, el Gobierno Bolivariano encabezado por el presidente Chávez retomaba los principios de una diversificación de la economía a partir de la renta petrolera. No obstante, hasta la fecha la estructura extractivista, dependiente y rentista no sólo se ha mantenido, sino que se ha agudizado.

La fase del acelerado crecimiento económico nacional entre 2004-2010 –gracias primordialmente al incremento de los precios internacionales del petróleo, en un contexto interno de menores niveles de inflación (pasó de un nivel promedio de 32,3% en el período 1979-2003, a 22,7%), mayores niveles de ocupación (el desempleo disminuyó de 10,2% a 9,2%) e incremento de los salarios reales (aumentaron 9,1% en este período) (BCV 2011, 25 de julio, p. 129)– ha venido de la mano de un progresivo incremento de las exportaciones totales, que para 2010 llegaban a USD 65.745 millones, creciendo un 40,9% para 2011, al pasar a USD 92.602 millones (ibíd., p. 40). Pero este enorme incremento del circulante monetario se ha diseminado sobre una estructura parasitaria e improductiva que ha visto cómo se intensifican algunos de sus males. Si para 1999, las exportaciones petroleras representaban 79,5% del total de las mismas (BCV 2000, junio, p. 17), para el año 2010 éstas habían llegado a 94,7% (BCV 2011, 25 de julio, p. 159). Ciertamente, los altos precios del crudo surten efecto sobre este incremento porcentual; sin embargo, cabe resaltar, por un lado, que las exportaciones no petroleras tuvieron un declive y siguen concentradas en pocos productos –nueve categorías representaron 63,1% del total de estas exportaciones– (ibíd., p. 169) y, por el otro, el efecto negativo de los *booms* petroleros –la “maldición de la abundancia”–, generalmente seguidos de balances deficitarios y altos niveles de endeudamiento, refuerzan así los problemas propios de las economías rentistas.

Las medidas redistributivas del Gobierno Bolivariano produjeron desde 2004 enormes transferencias de circulante a los hogares, propiciando una notoria expansión del consumo, que alcanzó su máximo

valor histórico en 2008 (ibíd., p. 129), lo cual ha venido acompañado de un incremento de las importaciones, muy marcado para el período 2003-2008 –en 2008 se registra un máximo histórico de casi 50 mil millones de dólares–, siendo que la razón importaciones-PIB, en términos reales ha pasado de 22% en 1997 a 46,7% en 2008. Posterior a este año, luego de una caída en 2009, éstas han mantenido su comportamiento creciente hasta la fecha (ibíd., p. 162) –un total de 46.441 millones de dólares en 2011 (BCV 2012, marzo, p. 40)–, aunque en términos relativos hayan bajado a poco menos de 40% respecto al PIB.

Dentro de este esquema, el sector terciario mantiene predominio en la oferta interna con 54,1% (BCV 2011, 25 de julio, p. 119), y en Pdvs, que es prácticamente el motor de toda la “producción” nacional, apenas trabaja 0,90% de la “población económicamente activa” de todo el país –un total de 121.187 trabajadoras y trabajadores (Pdvs 2012, p. 8) de una P. E.A. total de 13.442.689 personas (cf. Instituto Nacional de Estadística [INE] 2012, febrero)–, que básicamente son una fuerza generadora de divisas. El crecimiento de la inflación al menos hasta 2008 fue de 570%, expresión, entre otras cosas, del creciente encarecimiento de la producción nacional, tal y como lo advierte el asesor de la presidencia del Banco Central de Venezuela, Carlos Mendoza Pottellá (cf. 2008, 28 de enero). Los sectores sociales que más crecen son el comercio importador y el sector financiero. A pesar de la enorme liquidez, el endeudamiento ha crecido progresivamente desde 1999: la cuenta capital y financiera ha pasado de un déficit de 2.926 millones de dólares (BCV 2000, junio, p. 79) en ese año, a un incremento de dicho déficit en 2011 que llegó a 27.619 millones de dólares (BCV 2012, marzo, p. 41). La deuda pública total bruta para el cierre de 2011 representa 25,2% del PIB, siendo que el Fondo Conjunto Chino-Venezolano, junto al Fonden, constituyen los principales mecanismos para el impulso del gasto de inversión (ibíd., pp. 55-56). Estos datos expresan el tipo de “crecimiento económico” que se da en el país, lo que abre la interrogante: ¿y finalmente quién se beneficia de este tipo de estructura económica nacional de enclave?

La tendencia a la acentuación en la exportación petrolera en el Gobierno “progresista” Bolivariano ha sido muestra de un vuelco en el discurso de los gobiernos de izquierda latinoamericanos respecto a las reivindicaciones de antaño de estas corrientes políticas, que planteaban una crítica a la dependencia exportadora y al papel de las

economías de enclave, y apuntaban a un progresivo abandono de los modelos monoprodutores dependientes orientándose a la diversificación de la producción, tal y como lo advierte Eduardo Gudynas (2009, pp. 188-189). Sin embargo, este vuelco programático ha sido posible debido a su funcionalidad en términos de resultados concretos y de corto plazo. Si en tiempos anteriores, los altos niveles de pobreza y exclusión social remitían a la izquierda a una necesaria crítica de la estructura extractivista, rentista y monoprodutora en función de la división internacional del trabajo, en la actualidad los altos niveles de la demanda y de los precios de las materias primas, traducidos en enormes ingresos rentísticos, permiten a estos gobiernos conectarse directamente con las necesidades materiales de una muy buena parte de las clases más empobrecidas, por medio de programas y proyectos socioeconómicos que no requieren de largos procesos para su materialización, a la vez que se amplían los procesos de modernización capitalista, acompañados de discursos y políticas de inclusión social. Bajo estas condiciones se produce un relajamiento de la crítica a la propia estructura extractivista, la cual deja de ser una prioridad reivindicativa.

La vía fácil es entonces buscar aumentar las exportaciones de materia prima para inyectar los excedentes en las nuevas figuras de participación popular. De esta forma, re-potenciando al “Estado mágico”, se recrea el camino al desarrollo. La idea de “sembrar el petróleo” en el Gobierno Bolivariano se reajusta a este esquema, y antes que orientarse a construir la productividad económica, parece enfocarse a cosechar masivamente la satisfacción popular inmedata; la industrialización aparece subsidiaria ante este extractivismo en auge. En octubre de 2011, el presidente Chávez afirmó en Consejo de Ministros:

Me da gusto ver cómo avanzamos en el gran proyecto de la Faja Petrolífera del Orinoco (FPO). Es la siembra petrolera, todo ese petróleo es para el pueblo venezolano, para sembrarlo como riqueza y convertirlo en desarrollo integral y humano a través de la distribución equitativa de la riqueza, que es la línea central de la estrategia bolivariana para salir del atraso, de la pobreza, de la miseria y darle una mayor suma de felicidad posible a nuestro pueblo (AVN 2011, 6 de octubre, s. p.).

Sin embargo, se propone una modificación de forma: el objetivo de ser una «potencia energética mundial» a partir de la aceleración de la extracción petrolera, inscrito en la lógica expansiva capitalista, responde precisamente a la necesidad de un “crecimiento sostenido”, fetiche estatal que representa en realidad un crecimiento del PIB –el símbolo de la “riqueza” de las naciones en el capitalismo⁷⁶–. El presidente Chávez, en su rendición de cuentas ante la Asamblea Nacional del 13 de enero de 2012, manifestó:

Nosotros necesitamos un crecimiento del Producto, no menos del 7 por ciento, tenemos que trabajar muy duro, y eso forma parte de una de las metas que ya estamos articulando, ensamblando ahí en el programa de gobierno que pronto, bueno, yo cuando sea candidato, todavía no lo soy, presentaré al país, el crecimiento económico, mantenerlo, sostenerlo (2012, 13 de enero, p. 39).

76 Gudynas afirma que entre los llamados “gobiernos progresistas” de América Latina, «Algunos se manejan dentro de la ortodoxia macroeconómica (fue el caso de las administraciones de Lula da Silva o Tabaré Vázquez), y otros intentan intervenciones mayores, como es el caso venezolano. Pero todos defienden el crecimiento económico como sinónimo de desarrollo, y conciben que éste se logra aumentando las exportaciones y maximizando las inversiones» (En Lang y Mokrani [comps.] 2011, p. 35).

IMAGINARIO DE CRECIMIENTO Y DE “RIQUEZA”
EN EL DISCURSO DEL “DESARROLLO” DEL GOBIERNO BOLIVARIANO



FUENTE: Propuesta del Candidato de la Patria Comandante Hugo Chávez para la
Gestión Bolivariana Socialista 2013-2019.

En este discurso, la idea del “Poder Nacional”, a la que había hecho referencia el presidente desde sus inicios en la vida política en la década del noventa, y que se expresa actualmente como “potencia”, era relacionada con la grandeza de los indicadores macroeconómicos: reservas y producción petrolera, deuda, capacidad crediticia, reservas internacionales, PIB, inversión social; factores fundamentales en la construcción del próximo plan de desarrollo de la nación (ibíd., pp. 35-43). El “crecimiento económico” debe potenciar ahora las posibilidades de un desarrollo acorde con el ansiado despliegue del poderío nacional, un despliegue que pretende ser no sólo vertical sino también horizontal. Ante la bandera de la “Independencia” como el primer Objetivo Histórico del programa de la candidatura de Chávez para las elecciones de 2012, se plantea como nunca antes en la Revolución Bolivariana la necesidad de darle un vuelco al modelo petrolero monoprodutor, y pensar en una Venezuela posrentista.

Ya a finales de marzo de 2012, el presidente había sugerido la apertura de una nueva etapa que estaría enmarcada en el Segundo Plan Socialista de la Nación, con un carácter “postrentista, postcapitalista y prosocialista” (*El Universal* 2012, 29 de marzo), lo cual se formalizó en el programa de la candidatura presidencial, donde se propone trascender «el modelo rentista petrolero capitalista al modelo económico productivo socialista», y

Construir el nuevo tejido productivo del país en nuevas relaciones sociales de producción, garantizando la transformación de los insumos primarios de producción nacional. Se trata entonces de impulsar y consolidar una economía productiva, redistributiva, post-rentista, post-capitalista sobre la base de un amplio sustento público, social y colectivo de la propiedad sobre los medios de producción (*Propuesta del Candidato de la Patria Comandante Hugo Chávez para la Gestión Bolivariana Socialista 2013-2019* 2012, 11 de junio, p. 24).

La promesa del desarrollo productivo y social hace parte ahora de una propuesta para *sembrar el petróleo* que tiene un espíritu mucho más radical en sus metas. Sin embargo, este ambicioso plan reposa no sólo sobre la contradicción estructural contenida en el proyecto histórico de “sembrar el petróleo”, sino que en teoría estaría motorizado sobre la ampliación de la propia maquinaria extractivista

totalizante, que tiene su bastión en la Faja Petrolífera del Orinoco. El mismo programa del candidato Chávez (2012) establece la necesidad de «Garantizar la hegemonía de la producción nacional de petróleo» (ibíd., p. 11), lo cual hace evidente una tensión programática que esconde tras de sí un esquema de poder construido en torno a la extracción petrolera, así como una estructura económica que pretendería ser derribada replicando sus propios mecanismos de reproducción y funcionamiento.

Prueba de que esta lógica desarrollista y extractivista representa un esquema de poder constituido en torno al petróleo, y una especie de sentido común compartido no sólo en la Alta Política, sino en el imaginario social venezolano, es el hecho de que incluso el proyecto político de la derecha venezolana, representada en la llamada Mesa de la Unidad Democrática (MUD), replica la misma propuesta de “sembrar el petróleo” a partir de la profundización del extractivismo. El documento «Lineamientos del Programa de Gobierno de Unidad Nacional (2013-2019)», que reivindica constantemente la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela de 1999, plantea en reiteradas oportunidades la necesidad de «Construir una sociedad productiva y de progreso», la cual tendría como clave la propiedad privada (MUD 2011, noviembre, p. 9). Para ello, la MUD se compromete «a hacer del petróleo una palanca para el bienestar y el progreso» (ibíd., p. 61). La manera para apalancar esta obsesionante idea desarrollista de «progreso»⁷⁷ se logra –como un *déjà vu*– duplicando la producción petrolera a 6 millones de barriles de petróleo para 2019, tal y como se expresa en el documento «Petróleo para tu progreso» (Capriles Radonski 2012, s. p.) presentado por el candidato a la presidencia de la República, Henrique Capriles Radonski, lo cual se ve justificado en el programa de gobierno de la MUD:

El patrón de consumo energético previsible aconseja invertir en el desarrollo de las reservas de crudos del planeta, a pesar de la actual crisis mundial. Tales inversiones incrementarían la capacidad de producción global ante el crecimiento esperado en la demanda de China, India y otros países en desarrollo, contribuyendo a estabilizar los precios del crudo.

77 En su campaña presidencial, Henrique Capriles Radonski invitaba a todos los venezolanos a subirse al “autobús del progreso”, bandera principal que enarbolaba en cada discurso y eslogan de su campaña. Cf. *Noticias 24* 2012, 11 de febrero..

Aunque el interés por estabilizarlos pueda ser compartido por la mayoría de los miembros de la OPEP y por otros países petroleros, pocos de ellos tienen reservas como para aumentar significativamente su producción. Venezuela está entre los que podrían hacerlo y le conviene (como país y como miembro de la OPEP) comenzar a invertir para incrementar su capacidad futura de producción (ibid., p. 71)⁷⁸.

La lógica histórica del petro-Estado venezolano se proyecta en la actualidad en el esquema neoextractivista funcional a la globalización que impera en América Latina, independientemente de la tendencia política y de la propuesta programática de los grupos contendientes al control estatal. El plan estratégico de desarrollo de Petróleos de Venezuela S.A., bautizado no en vano como *Plan Siembra Petrolera* (2005-2030), siendo expresión de la sincronización discursiva de las ofertas partidistas, persigue alinear la estrategia de inversiones en hidrocarburos, al Plan de Desarrollo Nacional, para «Apalancar el desarrollo socioeconómico nacional con la finalidad de construir un nuevo modelo de desarrollo económico más justo, equilibrado y sustentable para combatir la pobreza y la exclusión social» (Pdvsa s. f.b s. p.). Esta alineación del gran despliegue de la producción petrolera proyectada para el futuro, con la planificación productiva nacional, apunta al objetivo de impulsar nuevos procesos de industrialización y modernización que, en la propuesta de candidatura del presidente Chávez, tienen como fin una diversificación de la producción en varias escalas, el logro de la “soberanía alimentaria” y el control “soberano” de la nación sobre los abundantes “recursos naturales”.

No obstante, el auge extractivista parece modelar a sus necesidades estos procesos de industrialización y tecnificación, como se expresa en la pretensión de convertir a Venezuela en una potencia petroquímica o en un centro mundial de refinación (*Líneas Generales del Plan de Desarrollo Económico y Social de la Nación 2007-2013* s. f., p. 47). Llama la atención el hecho de que si el objetivo es profundizar el esquema extractivo petrolero parasitario, con el fin de alcanzar posteriormente el desarrollo de una economía productiva,

78 Este documento está disponible en <http://www.cuadernos.org.ve/pdf/mud.pdf>. El enfoque de estos sectores neoliberales nacionales, presente en dicho documento, se orienta obsesivamente hacia el enaltecimiento de la propiedad privada, al fin de la “ideologización” del Estado interventor y al auge de las “libertades”.

se abra un nuevo despliegue extractivista en la actividad minera, lo cual resulta verdaderamente paradójico. El apetito de “recursos naturales” del mercado mundial parece ser el determinante para que el megaproyecto de explotación petrolera de la faja del Orinoco no sea suficiente. El 23 de agosto de 2011, el presidente Chávez declaraba la importancia estratégica de lo que ha denominado el “Arco Minero de Guayana”, una zona rica en oro, bauxita, coltán, diamantes, entre otros, con un «gran potencial y poderío económico». Ese mismo día, Chávez aprobaba por decreto el «Plan de Acción Estratégica en Dos Horizontes» (cf. *Blog de Hugo Chávez* 2011, 23 de agosto), que persigue engranar dos zonas “geoeconómicas” como lo son la Faja Petrolífera del Orinoco con el gran proyecto de la faja minero-industrial de Guayana «en un sólo gran proyecto de desarrollo» (cf. EFE 2012, 19 de agosto).

La premisa de «Desarrollar el poderío económico utilizando los recursos minerales» apunta a que la diversificación propuesta en el programa de la candidatura del presidente Chávez, preámbulo del «Plan Socialista de Desarrollo 2013-2019», sea una diversificación del extractivismo. Este programa insiste en ubicar nuevos yacimientos minerales vía prospecciones geológicas, para así

Duplicar las reservas minerales de bauxita, hierro, coltán (niobio y tantalita), níquel, roca fosfórica, feldespato y carbón con la certificación de los yacimientos ubicados en el Escudo de Guayana, Cordillera de los Andes, Sistema Montañoso del Caribe y la Sierra de Perijá (*Propuesta del Candidato de la Patria Comandante Hugo Chávez para la Gestión Bolivariana Socialista 2013-2019* 2012, 11 de junio, p. 29).

La empresa transnacional china Citic elabora, junto con el Instituto Nacional de Geología y Minería (Ingeomin), el mapa minero de Venezuela –«la exploración geológica de las reservas minerales en el país»–, la misma empresa que, luego de la nacionalización del oro en 2011 por parte del Gobierno Nacional, firmó a fines de febrero de 2012 un acuerdo con éste, en la figura de empresa mixta, para la explotación de oro en una de las minas más grandes del mundo, Las Cristinas –unas 17 millones de onzas de reservas estimadas (cf. Alcalá 2012, 27 de febrero; cf. Tovar 2012, 25 de febrero).

Las longevas dificultades para *sembrar el petróleo* que se muestran en la actualidad como revelaciones en la intensificación del

carácter rentista y parasitario de la economía, y que se proyectan a futuro en los planes y propuestas tanto del Gobierno como de la oposición venezolana, más que fallas administrativas representan problemas estructurales que expresan la inviabilidad de un modelo, lo que Juan Pablo Pérez Alfonzo llamó la «imposible siembra petrolera» (cf. 2009). La idea de “sembrar el petróleo”, como una alegoría del discurso civilizatorio del desarrollo, ha representado la metáfora que encierra la promesa de transformar la “riqueza” natural del país en “Independencia” nacional, siendo resignificada a conveniencia por los gobiernos de turno (cf. De Lisio 2005).

Pero de la misma manera como hemos dicho que no es posible el desarrollo de las periferias, porque en todo caso lo que se desarrolla es la economía-mundo capitalista, y ésta es de naturaleza polarizante (cf. Wallerstein 1995) y orgánicamente asimétrica; asimismo afirmamos que el proyecto histórico de “sembrar el petróleo” es inviable, pues éste se basa en:

- a) la inversión y circulación de una renta internacional regida por la dinámica de factores ajenos a las economías territoriales del país: el mercado mundial capitalista. Esto implica que la forma como se administra la renta está estructurada por la lógica de la División Internacional del Trabajo y reproduce su función capitalista a lo interno de la economía nacional –la inseparabilidad entre el origen y el destino de la renta (Baptista 2010, p. xxxv).
- b) Dadas las condiciones históricas sui géneris de la formación del capitalismo rentístico venezolano, el metabolismo y las magnitudes relativas de la economía nacional muestran que existe una muy notoria desproporción, magnificada desde mediados de la década de los setenta hasta la actualidad, entre esta renta internacional captada y la capacidad productiva doméstica que, como hemos visto, es cada vez más improductiva, lo que a los efectos de sembrar el petróleo cabe preguntarse si la renta petrolera es un factor dinamizador, o bien un obstáculo para alcanzar sus objetivos.
- c) Como lo afirmara Juan Pablo Pérez Alfonzo, la siembra petrolera se fundamenta en «el mito de que el dinero del petróleo va a resolver los problemas básicos inherentes» (2009, p. 31).

- d) El modelo venezolano se caracteriza por un tipo de esquema de soberanía, la “soberanía nacional”, que expresa una serie de articulaciones sistémicas de poder político, institucional y estructuraciones culturales que hacen funcional esta reproducción capitalista rentista, estableciendo la hegemonía política de los “sembradores” del petróleo.

Asdrubal Baptista sostiene que la renta petrolera no tiene futuro (2004, p. 295) y, por ende, el propio modelo rentista. La paradoja reside en que

...mientras más rentista la política relativa al petróleo, y mientras mayor el influjo posible de la renta, mayor terminará por ser la incapacidad de la economía para crecer y desarrollarse de una manera sostenida. Esto, desde luego, contradice abiertamente muchas cosas, en particular el sentido común de que la cuestión del desarrollo económico, por sobre todo, es en lo esencial sólo un asunto de disponer de más recursos (ibíd., p. 299).

Esta paradoja se debe a varias limitaciones según Baptista. Una de ellas se basa en que la renta como excedente, dado su carácter inorgánico respecto a la economía doméstica, genera el relajamiento de la relación entre la productividad y los salarios reales a partir de los cuales se generan los excedentes productivos y, en segundo término, la renta como excedente hace que se ensanche el mercado artificialmente, generando un desequilibrio estructural que pasa inadvertido bajo el cobijo de la renta, lo cual hace insostenible el “crecimiento económico” (ibíd., pp. 300-301), en los términos que el paradigma del desarrollo nos ha establecido como camino universal a seguir por parte de las naciones. La paradoja de la abundancia crea una creciente desproporcionalidad entre este circulante de la renta y la estructura doméstica de la economía: Pérez Alfonzo evidenciaba en los años setenta, cómo el *stock* de capital físico –puertos, carreteras, edificaciones, almacenes, servicios eléctricos, de telefonía, agua, etc.– crecía mucho más lentamente que el ingreso petrolero que captaba el Estado proveniente de los impuestos tributados por las empresas transnacionales que explotaban el crudo, lo que representaba una muestra de la incapacidad que tenía la economía para absorber provechosamente la totalidad de este excedente (García Larralde 2009, noviembre, pp. 19-20).

Al respecto, Pérez Alfonso expresaba:

La presión de los intereses privilegiados, cómplices de las transnacionales, privó sobre los gobiernos poco preparados para administrar riqueza colectiva tan engañosa. No alcanzaron a comprender la imposibilidad de inversión razonable de semejante dinero, en divisas extranjeras, verdaderas órdenes de pago para obtener mercancías y servicios comprados fuera del territorio nacional. Semejantes divisas caídas del cielo no resultaban sembrables (2009, p. 26).

Esto ha sido condición fundamental para el tipo de administración de la renta que ha caracterizado al petro-Estado venezolano, que en las bonanzas cíclicas sufre de “indigestión” de recursos, orientándose a un creciente, dispendioso y desbordado consumo de bienes importados, inversiones especulativas y negocios oscuros de corrupción por parte de los “sembradores del petróleo”, con el consecuente desestímulo a la producción nacional (ibíd., p. 26; cf. Mendoza Potellá 2008, 28 de enero). Estos factores operaron, cuando el viejo plan de *sembrar el petróleo* para una industrialización hacia adentro –la política de sustitución de importaciones– supuso finalmente la transferencia selectiva de capital por parte del petro-Estado, lo que en cambio permitió la formación de los grandes monopolios nacionales en alianza con las transnacionales.

La alianza entre las élites locales y las empresas transnacionales hace que las inversiones productivas de la renta petrolera estén determinadas por las necesidades del capital extranjero, aunque se vendan a la población como proyectos de “interés nacional”. No es casual que históricamente muy pocos fondos se hayan dirigido a la agricultura para cimentar las bases de una soberanía alimentaria. Es el gran capital junto a las instituciones de financiamiento supranacionales quienes financian el desarrollo y dirigen las inversiones primordialmente a la articulación nacional con el mercado mundial capitalista, tal y como lo explica Francisco Mieres:

El grueso de los gastos es absorbido por la construcción de carreteras, aeropuertos e instalaciones portuarias, por la expansión y modernización de la ciudad de Caracas y por empresas similares; éstas son altamente deseables desde el punto de vista del capital extranjero que opera en

Venezuela, pero, de hecho, contribuyen muy poco al surgimiento de una economía nacional equilibrada (2010, p. 279).

A esto hay que sumarle el factor sistémico de la crisis energética que, como bien explicamos en el capítulo 1, es expresión del progresivo aumento de los costos de producción petrolera y las crecientes descompensaciones entre los niveles de inversión requeridos –en plena crisis económico-financiera global– y la demanda mundial de energía que va en ascenso, lo cual hace que este patrón energético sea insostenible en el tiempo. La promesa de “sembrar el petróleo” en la actualidad tiene como base fundamental la faja del Orinoco, cuyos crudos son no convencionales, los cuales implican mayores costos y dificultades de producción, haciendo de esta siembra un proceso no sólo inviable, sino muy comprometido en los términos del ritmo actual de la economía-mundo. La duplicación de la producción en nombre del desarrollo puede multiplicar nuestros problemas sociales. De ahí que una conclusión de Pérez Alfonzo haya sido:

Frente a la evidencia del despilfarro de las divisas extranjeras que no alcanzamos a utilizar en inversiones adecuadas y productivas, solo queda reducir la producción de petróleo. Es la única manera de mantener dentro de los límites manejables la compra de bienes y servicios extranjeros (2009, p. 28).

Carlos Mendoza Pottellá, reflexionando a partir de los indicadores económicos nacionales a los que hicimos referencia anteriormente, y que representan la expresión de una intensificación de nuestro carácter rentista y parasitario, aseveró:

Lamentablemente, estas circunstancias constituyen una historia antigua, se trata del mencionado “efecto Venezuela” o la “enfermedad holandesa” que secularmente nos ha conducido a hacer imposible la siembra del petróleo. Mientras no logremos disciplinar el uso de los recursos externos que nos procuran los hidrocarburos, mientras no logremos su inversión en el fomento de una economía que no requiera del constante flujo del subsidio petrolero, se mantendrá la imposibilidad de sembrar el petróleo a la que hacía referencia Pérez Alfonzo (2008, 28 de enero, s. p.).

Hemos sostenido aquí que ese “disciplinamiento del uso de los recursos externos” no es posible bajo la lógica de nuestra histórica estructura socioeconómica. El economicismo ha insistido en despolitizar el problema del rentismo, y centrar sus análisis en estadísticas macroeconómicas o en problemas de gestión gerencial, obviando las relaciones de poder transversales al manejo y distribución de la renta petrolera, a la esencia política del petro-Estado como estructura de poder inherentemente desigual y polarizante. El Gobierno Bolivariano ha reconocido y hecho visible el problema del poder en este asunto, por lo cual ha optado por una alianza nacional-popular, redefiniendo la trilogía petróleo-Estado-“pueblo”. La noción del “desarrollo endógeno” responde a esta visión de socialización de la renta y establecimiento de una estructura de figuras de participación y producción social que se incorporan a la maquinaria estatal, lo cual bajo este esquema representa una forma sumamente problemática de “Independencia” y emancipación social.

El llamado “desarrollo endógeno”: ¿Estado comunal o petro-Estado corporativo?

Como hemos afirmado, la Revolución Bolivariana es un proceso que nació y se conformó sobre la base del Poder Constituyente. La alianza nacional-popular establecida, con Chávez como síntesis de una multiplicidad de expresiones antioligárquicas y reivindicativas de la alteridad excluida por el modelo puntofijista, trajo consigo la traducción de toda esta movilización subjetiva no sólo en un campo de visibilidad discursiva, sino en una serie de figuras de organización popular que otorgaron materialidad a un tipo de ejercicio del poder donde el “pueblo” se empoderaba de la reproducción del Proyecto Bolivariano y participaba de él activamente.

Este nuevo esquema participativo suponía la puesta en marcha de un “nuevo modelo de desarrollo” que tratara de superar los problemas de desigualdad social, deformación estructural de la economía y ocupación territorial que habían provocado los anteriores modelos. A partir del segundo semestre de 2004, el Gobierno propone una reorganización de su política económica y plantea la Agenda Bolivariana de Coyuntura y Desarrollo Endógeno, con la consecuente creación, el

16 de septiembre de 2004, del Ministerio para la Economía Popular (Minep), con el objetivo de dirigir el desarrollo endógeno bolivariano (Colina Rojas 2006, p. 232). El *desarrollo endógeno* «es pues un modelo de desarrollo a escala humana que desplaza lo económico del papel central y hegemónico que ha representado en todos los modelos anteriores», poniendo entonces en su lugar al sujeto, para así conformar una estructura productiva que

Esté adscrita a modos y relaciones de producción alternativas al capitalismo y orientadas a la satisfacción de necesidades endógenas (...) Donde priven las prácticas democráticas y autogestionarias (...) Motorizada por las formas de trabajo asociado y no asalariado (...) Donde la propiedad sobre los medios de producción sea colectiva o estatal (...) Centrada en el reparto igualitario del excedente (...) Solidaria con el entorno social en que se desarrolla (...) Aferrada a su propia autonomía frente a los centros monopólicos del poder económico o político (Ministerio del Poder Popular para las Comunas, s. f., pp. 7-29).

Las bases de este “desarrollo endógeno” son

...las capacidades y necesidades de las comunidades usando sus propios recursos, su carácter territorial, la participación de éstas en la planificación de la economía mediante figuras como las cooperativas y redes sociales complementarias entre ellas, la organización desde abajo hacia arriba, la adopción de nuevos estilos de vida basados en la cooperación y la integración de los aspectos económico, social, político, ambiental y cultural de la vida colectiva (MPPA, Pnuma e IFLA 2010, pp. 196-197).

Para este tipo de desarrollo destaca la figura de los Núcleos de Desarrollo Endógeno (Nude), los cuales, al menos en teoría, implican una construcción de poder popular organizado y una relación de mayor empoderamiento territorial respecto a su relación con el Estado. Las formas de organización en cooperativas en el país experimentan un crecimiento acelerado en el año 2005, al registrarse un total 66.680 a escala nacional, todas ellas distribuidas en las diferentes áreas de acción, las cuales agrupaban a 645.165 socios. De esta cifra, 3.410 cooperativas se habían constituido dentro de la Misión

Vuelvan Caras⁷⁹, de las cuales unas 909 cooperativas habían recibido en usufructo algún activo estatal ubicado en un Núcleo de Desarrollo Endógeno (datos tomados de Sunacoop, Dirección de Seguimiento Institucional, 2005, en Colina Rojas 2006, pp. 236-242).

No obstante, bajo los parámetros del modelo de economía socialista propuesto por el Gobierno Bolivariano, el Estado y las organizaciones populares de producción se inscriben en un proceso sumamente contradictorio y problemático. El “nuevo modelo de desarrollo”, «orientado al *crecimiento* productivo con inclusión social», debe funcionar en una relación de equilibrio entre la planificación centralizada del Estado y la planificación local de las comunidades productivas. Se abren así dos flancos de este desarrollo: por un lado

...exige asumir una transformación cultural y esto pasa por un cambio de conciencia individual que lleve a *dejar de pensar en el Estado como el único garante de su bienestar*, al contrario, el ciudadano debe ser copartícipe y responsable de la calidad de vida y esto pasa por asumir compromisos. (MPPA, Pnuma e IFLA 2010, p. 16; subrayado nuestro)

Por el otro, éste se fundamenta «*en el papel rector y orientador del Estado* para la creación de una nueva red productiva, donde participan sectores vinculados a la economía comunal» (íd.; subrayado nuestro).

Este planteamiento propicia, por lo menos simbólicamente, un espacio de construcción de autonomía subjetiva y colectiva, pero ésta debe estar articulada a la tutela estatal, lo que plantea una tensión estructural inscrita en la historia del capitalismo y la modernidad, como lo es el antagonismo entre la lógica territorial y la tendencia universalizante y jerárquica del Estado-nación. Esta tensión tiende a resolverse en términos de poder, de hegemonía, de negociación. En la exposición de motivos de la Ley de Pesca y Acuicultura de 2008 se plantea que «La construcción del Socialismo del siglo XXI requiere un

79 La Misión Vuelvan Caras se considera uno de los primeros pasos concretos en la concepción del “desarrollo endógeno”. Iniciada en 2004, se trata de un plan de formación profesional para desempleados, los cuales son organizados en cooperativas, incluso desde las propias aulas de formación. Al terminar su formación pueden tener acceso a un crédito para financiarse un proyecto productivo.

Estado fuerte», por lo cual «resulta necesario ampliar y fortalecer las funciones del Estado para intervenir en la vida social y económica de la Nación», reafirmando el modelo de planificación centralizada. Al mismo tiempo se expresa la necesidad de darle mayor participación al pueblo, reconociendo «el papel que tienen los Consejos Comunales como las unidades primarias de organización del pueblo, *atribuyéndole funciones para vigilar y exigir el cumplimiento de la ley, sus reglamentos y normas técnicas de ordenamiento*» (Ley de Pesca y Acuicultura 2008, 11 de marzo, pp. 3-9; subrayado nuestro)⁸⁰. De esta manera se hace manifiesto un esquema de organización regulada y determinada por el Estado, enmarcando las funciones de estas organizaciones en la tarea de hacer cumplir parámetros normativos y económicos impuestos verticalmente por la estructura estatal.

Este proceso de cooptación no responde únicamente al hecho de que el Estado sea una interfaz entre los sujetos y el espacio, sino también entre el capital y la naturaleza, tal y como lo plantea Arturo Escobar (2007, p. 334); es condición de su propio carácter subalterno en la División Internacional del Trabajo, en este caso centrado en su condición petrolera. En documento del Ministerio del Ambiente se expresa:

Para consolidar el nuevo modelo productivo socialista, el Estado ejecuta como estrategia la utilización del sector más fuerte de la economía –la actividad petrolera– a través de dos estrategias fundamentales: internalización e internacionalización de los hidrocarburos. El proceso de internalización de los hidrocarburos tiene como propósito profundizar su orientación hacia el desarrollo endógeno. Para ello la inversión prioritaria está orientada a mantener e incrementar el nivel probado de las reservas de petróleo y la capacidad de producción (...) La internacionalización de los hidrocarburos consiste en la captación de nuevos mercados que permitan posicionar en el ámbito internacional los nuevos productos no convencionales derivados de la industrialización de los hidrocarburos (MPPA, Pnuma e IFLA 2010, pp. 13-14).

80 Cabe resaltar que todo Consejo Comunal debe notificar su conformación y actuación ante el Ministerio del Poder Popular con competencia en materia de participación ciudadana. Esto supone que es regular y legal, en tanto esté registrado ante el Estado, el cual hará un permanente “acompañamiento” de la actividad comunitaria de este tipo de organizaciones.

Digamos que la “internalización” de los hidrocarburos representa básicamente la idea de «sembrar el petróleo», y la forma de alcanzar el “desarrollo endógeno” es a través del incremento de la producción petrolera y la defensa de su precio. Se trataría entonces de que por medio del engrandecimiento del petro-Estado se procediera a la transferencia de recursos para el desarrollo territorial. El Pdesn 2007-2013 expone que:

La empresa del Estado dedicada a la explotación de los hidrocarburos, dada su extraordinaria capacidad de compra y contratación, alcanzará un papel fundamental en el desarrollo de las EPS (Empresas de Producción Social), delegando progresivamente actividades productivas específicas en ellas, de acuerdo con el nivel de complejidad que requieren las tareas y las capacidades desarrolladas en el país y fomentando nuevas EPS que la conecten orgánicamente con el tejido productivo nacional. Otras empresas del Estado productoras de bienes básicos, participarán de las características indicadas para la empresa estatal de los hidrocarburos (*Líneas Generales del Plan de Desarrollo Económico y Social de la Nación 2007-2013*, s. f., p. 25).

El carácter “exógeno” y jerárquico del petro-Estado plantea serias contradicciones respecto a la materialización del “desarrollo endógeno”, en tanto que el proceso de modernización/colonización histórico de Venezuela ha sido una progresiva imposición del patrón civilizatorio eurocentrado en torno al sistema capitalista, sobre la especificidad de los territorios geográficos: el desarrollo, que representa un paradigma general a seguir por cada una de las naciones, no puede ser endógeno, en tanto que su tendencia universalizante redefine y reestructura cada particularidad local y la articula al mercado mundial para que funcione acorde con las necesidades del capital. La modernización desaparece o asimila lo endógeno –la acumulación por desposesión es su principal dispositivo– y convierte el territorio en apéndice subalterno. Como afirma Gustavo Esteva:

Si el impulso es verdaderamente endógeno, es decir, si las iniciativas realmente provienen de las diversas culturas y de sus diferentes sistemas de valores, nada permite creer que de ellas surgirá necesariamente el desarrollo –independientemente de cómo se le defina– o incluso un impulso que lleve en esa dirección. Si se le aplica adecuadamente, la concepción lleva

a la disolución de la noción misma de desarrollo, tras darse cuenta de la imposibilidad de imponer un solo modelo cultural en todo el mundo – como una conferencia de expertos de Unesco reconoció apropiadamente en 1978 (En Sachs [ed.] 1996, pp. 73-74).

No hay motivos para concluir que el mismo petro-Estado irá gestionando su propia disolución, desapareciendo por medio de su iniciativa administrativa, transfiriendo fondos “de arriba hacia abajo” para ir delegando las actividades productivas y el ejercicio del poder a las organizaciones comunitarias, hasta democratizar y “desnacionalizar” la organización de la sociedad venezolana, o como propone el Plan Siembra Petrolera, hasta “democratizar el capital” (PdvsA 2006, marzo), un total contrasentido. Cuando Pérez Alfonzo afirmó en los años setenta que «Venezuela es todo petróleo, casi 2 quintas partes en las manos discrecionales de un Gobierno presidencialista. En semejantes condiciones se muestran las causas de maximización de la desigualdad económica» (2009, p. 28), probablemente no imaginó la capacidad redistributiva que tendría el Gobierno del presidente Chávez, principalmente con los más necesitados. Sin embargo, esta idea era, y sigue siendo, un reflejo de la gigantesca asimetría en el ejercicio de la soberanía y en el control del espacio/naturaleza que favorece al petro-Estado venezolano. ¿Quiénes de las élites del capitalismo rentístico nacional en la actualidad permitirían desmantelar su propio instrumento de poder a favor de formas de autogestión económica y política en todo el país –léase, el llamado “Estado Comunal”?⁸¹

Las crecientes manifestaciones y formas de empoderamiento popular, de fuerzas emancipatorias y de transformación territoriales, de deseos subjetivos de autogobierno, que se habían configurado desde los primeros años de gobierno, teniendo a la Revolución Bolivariana como plataforma y punto de convergencia, implicaban de facto una tensión tanto con el petro-Estado, como con los poderes económicos tradicionales. Como hemos mencionado, al menos

81 Incluso el presidente Chávez, en su rendición de cuentas 2011 a la Asamblea Nacional, afirmó: «...yo oigo todavía gente que habla: ¡el comunismo! No está en nuestro proyecto el comunismo, respetamos al comunismo, pero no está [risa] ¿Dónde? ¿Dónde está!? No, el comunismo es otra cosa, el comunismo incluso plantea la eliminación del Estado, el proyecto comunista pues, la eliminación del Estado» (2012, 13 de enero, p. 96).

desde 2006-2007, se ha estructurado un esquema disciplinario en la Revolución Bolivariana que, administrado desde el petro-Estado, ha tendido a una creciente desmovilización del movimiento popular, principalmente porque su institucionalización ha degenerado en burocratización, lo cual se busca compensar tanto con los beneficios de la distribución de la renta en mayor cantidad de personas, como en una permanente “situación de emergencia” que impediría hacerle críticas abiertamente al Gobierno, para no favorecer así a la oposición y al imperialismo estadounidense.

Esta administración burocrática y la instrumentalización del poder popular han supuesto la formación de un Estado corporativo que transformó la alianza nacional-popular de una fuerza viva y productiva a una relación regulada, reactiva e inercial. La política parece perder cada vez más sus formas de ejercicio directo de la soberanía popular, prevaleciendo la lógica electoral. La creación del Partido Socialista Unido de Venezuela (Psuv) como un “partido único”, tal y como lo expresa Roland Denis:

...obliga a entrar las fuerzas emancipatorias reales en una lógica partidaria y de afiliación obligante (...) es (en) realidad un acto desesperado por impedir la expansión política y social del propio proceso revolucionario. Por ello “el partido” y no cualquier partido u organización político-social, es un paso indispensable en la creación de la república corporativizada y burocrática, es el sindicato patronal de la misma (2011, p. 90).

El contexto de la formación del Psuv es el mismo del nacimiento de los consejos comunales⁸² y supone toda la estructuración de una lógica de cooptación corporativa que instrumentaliza estas formas de organización social para «servir de correa de transmisión de los recursos públicos a las comunidades organizadas para que gestionen servicios públicos y movilicen a las bases chavistas en tiempos electorales», tal y como lo afirman López Maya y Panzarelli (2009, p. 20)⁸³.

82 Al tiempo que el presidente llamaba en 2006 a las comunidades a organizarse en consejos comunales, también comenzaba a gestar la idea de la formación de un partido único.

83 Sobre esto, los autores exponen: «En enero de 2009, iniciándose la campaña del referendo para la enmienda constitucional, la ministra del Poder Popular para la Participación, en claro reconocimiento del estatus de los CC como brazos del gobierno y del PSUV, les ordenó cesar las obras que estuvieran

De esta forma, la Comuna, como una mancomunidad territorial de consejos comunales, que igualmente entra en estado de regularidad siempre y cuando esté registrada en los entes competentes de esta materia, y que debe articularse a los lineamientos plasmados en el Plan de Desarrollo Económico y Social de la Nación, queda disciplinada como un enclave territorial del petro-Estado, neutralizando su propósito fundamental que es la “edificación del Estado Comunal”.

Esto no implica que dicho proceso regulatorio se haya traducido en una narcotización del movimiento popular, o que el “pueblo” haya aceptado pasivamente estos mecanismos de control. En todo caso, lo que se ha producido es una serie de tensiones entre el petro-Estado y las organizaciones populares –muchas de ellas instauradas e institucionalizadas por el propio Estado–, que por lo general han sido canalizadas en el marco de la propia alianza nacional-popular de la Revolución Bolivariana. No obstante, es precisamente en el marco de estas tensiones que, bajo la lógica extractivista, el petro-Estado se corporativiza, trazando la estrategia de contención y dibujando los límites del ejercicio del poder popular, para evitar ser rebasado por éste.

En estas condiciones, el “desarrollo endógeno”, tal y como se propone en teoría, se ve cada vez más pequeño ante la enorme masa de petrodólares provenientes del auge internacional de precios de las materias primas. Según cálculos del economista Víctor Álvarez, el peso de la economía social en el total de la economía nacional para 2008 representaba menos de 2% del PIB (1,6%) (2009, p. 253)⁸⁴. El desarrollo social realmente existente se equipara así con la resignificación que se dio de la “siembra petrolera”, como una cosecha masiva de satisfacción popular inmediata: con la finalidad de profundizar “la verdadera siembra del petróleo”, Pdvsa ha inyectado al “desarrollo social” entre 2001-2011, la suma de 123 mil 696 millones de dólares, con saltos significativos cada año⁸⁵. En esta dinámica, los NUDE pasaron de un financiamiento de 130 millones de dólares en 2007, a 46 millones en 2008, a 5 millones en 2009, para luego registrarse en 0 en 2010

haciendo para dedicarse de lleno a buscar los votos para el triunfo de la propuesta de Chávez que permitiría la reelección en todos los cargos» (íd.).

84 Aunque en definitiva, esta cifra representa un aumento respecto al 0,5% de 1998.

85 Los aportes totales de Pdvsa para el “desarrollo social” han tenido un crecimiento vertiginoso: de 14 millones de dólares en 2002, fueron incrementándose sostenidamente los saldos (a excepción de 2009), hasta llegar en 2011 a casi 40 mil millones de dólares (39.604) (Pdvsa 2012, p. 201).

y 2011. Suerte similar tuvo la Misión Vuelvan Caras para quedar en 0 en 2009. Cabe resaltar las inversiones que han venido en incremento, como las de Misión Alimentación, la Gran Misión Agrovenezuela, Misión Revolución Energética y el Plan de Vialidad Nacional. Los aportes a comunidades han tenido altibajos pero con tendencia al crecimiento. También destacan los 4.010 millones de dólares para la Gran Misión Vivienda Venezuela en 2011, los aportes al Fondo Chino –5.022 millones de dólares en 2011– y los 14.475 millones de dólares aportados al Fondo de Desarrollo Nacional (Fonden), al cierre de ese mismo año⁸⁶.

El objetivo de convertir a Venezuela en una «potencia energética mundial», al tender a la hipertrofia de la renta petrolera, fortalece a las clases y sectores que controlan los procesos de acumulación de capital, en detrimento de la alianza nacional-popular sobre la que reposa la Revolución Bolivariana. El incremento del poder de la *burguesía corporativa* implica que, a medida que ésta crece, necesita expandir sus procesos de acumulación de capital por lo que requiere nuevas alianzas con el capital transnacional, lo cual agranda la asimetría de poder y limita aún más las iniciativas endógenas. Julio Gambina, al reflexionar sobre las causas que llevaron a la materialización del golpe de Estado en Paraguay a finales de junio de 2012, aseveraba que «haber favorecido y fortalecido en Paraguay en estos años la economía extractivista, contra otras formas de producción agraria, sea campesina, indígena, cooperativa, o de producción familiar, es parte de la desmovilización popular en el sustento de un cambio estructural» (Gambina 2012, 23 de julio, s. p.).

86 Ob. cit., pp. 198-201. 2011 ha sido el año de mayores aportes de Pdvsa en toda la Revolución Bolivariana. Los 39.604 millones de dólares de ese año significan que los aportes prácticamente se duplicaron en relación con 2010 (20.745 MM \$).

IMAGINARIO DE CRECIMIENTO Y DE “RIQUEZA”
EN EL DISCURSO DEL “DESARROLLO” DEL GOBIERNO BOLIVARIANO



FUENTE: Propuesta del Candidato de la Patria Comandante Hugo Chávez para la Gestión Bolivariana Socialista 2013-2019.

El presidente Chávez había propuesto para el próximo período de gobierno «acelerar el proceso de restitución del poder al pueblo». De ahí que su programa de candidatura contemplara «La consolidación y el acompañamiento del Poder Popular en el período 2013-2019», afianzando «la conformación de 3.000 Comunas Socialistas» –tomando en cuenta un crecimiento aproximado de 450 comunas por año (*Propuesta del Candidato de la Patria Comandante Hugo Chávez para la Gestión Bolivariana Socialista 2013-2019*, 2012, 11 de junio, p. 23), garantizando la transferencia de competencias desde las instancias institucionales hacia las comunidades organizadas y demás instancias del poder popular, promoviendo el autogobierno en poblaciones y territorios específicos conformados como comunas. Según esta propuesta, se espera que estas comunas agrupen «39.000 Consejos Comunales donde harán vida 4.680.000 de familias, lo que representa 21.060.000 de ciudadanos. Es decir, que alrededor del 68% de los venezolanos del año 2019 (30.550.479) vivirán en subsistemas de agregación de Comunas» (ibíd., pp. 5, 23). Pero la pretensión de Venezuela como «potencia energética mundial», la expansión del extractivismo, del empoderamiento del petro-Estado corporativo, de la lógica del capital exógeno y de la globalización por encima de las iniciativas endógenas, territoriales y autogestionarias, parecen ahogar en petróleo la idea de un futuro Estado comunal.

El llamado “desarrollo sustentable”: la cara “ecológica” del extractivismo

En Venezuela, el tema ambiental ha tenido un auge reciente en las discusiones públicas, dentro de un contexto de una mayor concientización de los pueblos en todo el mundo acerca del problema ecológico planetario. Prueba de esto fue la consideración, por parte del presidente Chávez y su gobierno, de dicho problema como elemento fundamental para la *Gestión Bolivariana Socialista 2013-2019*: el quinto Objetivo Histórico de su propuesta electoral de país plantea «Contribuir con la preservación de la vida en el planeta y la salvación de la especie humana», con lo que en Venezuela el tema ambiental ha subido de *ranking*, al menos en el papel. Esta reivindicación programática nacional surge en un período en el que se está desarrollando toda una oleada global de “verificación” del capitalismo, puesta en

marcha desde las grandes transnacionales, el gran capital financiero e instituciones supranacionales encabezadas por las Naciones Unidas, los Estados y sus programas de desarrollo y crecimiento sostenido, así como en los propios discursos publicitarios, la propaganda política y diversos enfoques culturales.

El mito nacional de la “riqueza” petrolera se ha construido sobre la base de la separación ontológica sujeto-naturaleza, propia del pensamiento moderno/colonial que constituye la matriz epistemológica hegemónica del proyecto fundacional de la nación venezolana. Esta concepción implica un papel de dominación del “hombre” sobre la naturaleza que se traduce en una subordinación del ambiente respecto al desarrollo económico. Desde la década del setenta se han venido incorporando nuevos elementos discursivos sobre la consideración del ambiente en los planes y legislaciones nacionales, así como políticas de protección ambiental⁸⁷, lo que sin embargo no ha supuesto un cambio en el modelo extractivista depredador de la naturaleza, ni de su matriz profundamente antropocéntrica y economicista.

El actual Ministerio del Poder Popular para el Ambiente (MPPA) plantea que la política ambiental en Venezuela entre la década de los 60 hasta 1998 tuvo un carácter eminentemente economicista, «en la que la prioridad del Estado se enmarcó en la dependencia de los ingresos generados por la actividad petrolera» (MPPA, Pnuma e IFLA 2010, p. 6). Esto, según el máximo ente ambiental, formaría parte del pasado, ya que con la refundación de la República se produce un replanteamiento de la forma en la cual se ha estado relacionando la economía con la naturaleza. La Constitución de la República Bolivariana de Venezuela de 1999 consagra los «Derechos Ambientales» en los artículos 127, 128 y 129, donde se declara que

Art. 127- Es un derecho y un deber de cada generación proteger y mantener el ambiente en beneficio de sí misma y del mundo futuro. Toda persona tiene derecho individual y colectivamente a disfrutar de una vida y de un

87 La promulgación de la Ley Orgánica del Ambiente de 1976, así como la creación del Ministerio del Ambiente y de los Recursos Naturales Renovables (MARNR) en 1977, llevaban a considerar a Venezuela como país pionero en América Latina respecto al problema ambiental. También destaca la Ley Penal del Ambiente de 1992, con la cual se pretendía tipificar como delitos los hechos que implicasen daño al ambiente.

ambiente seguro, sano y ecológicamente equilibrado. El Estado protegerá el ambiente, la diversidad biológica, genética, los procesos ecológicos, los parques nacionales y monumentos naturales y demás áreas de especial importancia ecológica.

Es una obligación fundamental del Estado, con la activa participación de la sociedad, garantizar que la población se desenvuelva en un ambiente libre de contaminación, en donde el aire, el agua, los suelos, las costas, el clima, la capa de ozono, las especies vivas, sean especialmente protegidos, de conformidad con la ley (CRBV 1999, art. 127, s. p.).

El replanteamiento ambiental en la Revolución Bolivariana persigue hacer que las “variables” “desarrollo económico” y “ambiente” se interrelacionen de una manera horizontal como estrategia para lograr el desarrollo integral del país (MPPA, Pnuma e IFLA 2010, p. 8). Se propone la construcción de un socialismo ecológico basado en una gestión que «tiene como principio *la transversalidad del ambiente* en cada uno de los aspectos inherentes al desarrollo del país» (ibíd., p. 138; subrayado nuestro), y que consagra el concepto de “desarrollo sustentable” como principio estratégico de desarrollo en el artículo 128 de la C RBV de 1999. Según la Ley Orgánica del Ambiente, el “desarrollo sustentable” se entiende como un

Proceso de cambio continuo y equitativo para lograr el máximo bienestar social, mediante el cual se procura el desarrollo integral, con fundamento en medidas apropiadas para la conservación de los recursos naturales y el equilibrio ecológico, satisfaciendo las necesidades de las generaciones presentes sin comprometer las generaciones futuras (2006, 22 de diciembre, s. p.).

La propuesta ambiental del Gobierno Bolivariano ha supuesto un cambio programático en el sentido de un mayor reconocimiento del problema ambiental global, logrando avances como la prohibición y penalización de la pesca de arrastre, la Ley de Aguas de 2007, la lucha contra la minería ilegal, las misiones Árbol y Revolución Energética, la concepción de los Núcleos de Desarrollo Endógeno y las Mesas Técnicas de Agua, hacer la educación ambiental un eje obligatorio en la educación formal e informal (CRBV 1999, art.

107, s. p.)⁸⁸, así como un discurso crítico global sobre el problema del cambio climático. No obstante, y en el marco de una crisis ambiental mundial, estos avances se inscriben en una estrategia gubernamental de intensificación del esquema desarrollista extractivista petrolero: la propuesta de convertir a Venezuela en una «potencia energética mundial» supone una notoria y fundamental contradicción con el quinto Objetivo Histórico orientado a la preservación de la vida en el planeta, que planteara el presidente Chávez para su candidatura, no sólo por la marginalización estructural de factores productivos sustentables, sino por la profundización de un modelo sustentado en el petróleo, motor fundamental del capitalismo de la globalización, con su enorme carga de destrucción ambiental. De hecho, el propio Ministerio del Ambiente reconoce que «Los imperativos de sustentabilidad determinan que el modelo, basado fundamentalmente en la explotación de recursos, resulte sencillamente inviable en el mediano plazo» (MPPA, Pnuma e IFLA 2010, p. 75).

Esta resaltante y estructural contradicción intenta resolverse, o al menos atenuarse, en el concepto de “desarrollo sustentable”, al mantenerse el sagrado ideal de desarrollo –el cual ha moldeado las actuales sociedades depredadoras de la naturaleza en las que vivimos–, pero dándole un tono ecológico. La idea de un “desarrollo sostenible” ha logrado globalizarse como paradigma de organización de la sociedad a partir de la Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro de 1992, como un lavado de rostro y refrescamiento del desarrollo, sometido a serias críticas desde los años setenta a raíz de estas crecientes consecuencias ambientales.

El “desarrollo sustentable” propone como solución el uso racional de los “recursos naturales” para «lograr el máximo bienestar social»,

88 Según Álvarez, citado por el Informe Geovenezuela 2010 del MPPA, «la nueva concepción de la Educación Ambiental pasó de entender el problema ambiental como un problema de uso racional o no de los recursos naturales, a comprender que el deterioro del ambiente es una consecuencia del modelo de desarrollo económico basado en el crecimiento indefinido, por lo que se comienza a incorporar a la Educación Ambiental enfoques educativos dirigidos a promover el desarrollo de comunidades críticas, participativas y responsables de su entorno, que actúen en pro del establecimiento de modelos alternativos de desarrollo socialmente justo y ambientalmente armónico» (ob. cit., p. 160). Esto, en teoría, implicaría un proceso pedagógico de concientización sobre el patrón civilizatorio y, por ende, un cuestionamiento radical sobre el modelo de sociedad que tenemos en Venezuela, con sus respectivas implicaciones políticas.

reproduciendo el esquema productivista capitalista y llevando el manejo del problema a una gestión y administración “eficiente” de la naturaleza, la cual reconoce como finita. Pero la matriz de producción orientada a la acumulación sin fin de capital, aquella que ha provocado la crisis ambiental, aparece incuestionada. Se produce, tal y como lo afirma Arturo Escobar, una inscripción de la economía en la ecología, una incorporación de la naturaleza al campo de representaciones del capital: «la ecología queda así reducida a una forma superior de eficiencia» (2007, pp. 321-351), con la ciencia, la tecnología y los expertos como los rectores de las nuevas soluciones técnicas. Como afirma Escobar:

En la medida en que más y más profesionales y activistas adopten la gramática del desarrollo sostenible, más efectiva será la reinención de las condiciones de producción. De nuevo, las instituciones continuarán reproduciendo el mundo como lo ven quienes lo rigen (ibid., p. 338).

El concepto de “desarrollo sostenible” es ambiguo, pero tras su ambigüedad contiene una contradicción insalvable: NO es posible la vida del sistema capitalista sin el proceso de acumulación sin fin de capital (desarrollo); y NO es posible el crecimiento económico sostenido (sin fin) en un planeta con recursos limitados (sostenibilidad). El MPPA contempla que la «Gestión Ambiental se enmarca en las Líneas Generales del Plan de Desarrollo Económico y Social de la Nación 2007-2013» (MPPA, Pnuma e IFLA 2010, s.p), así que en un esquema de soberanía en el cual el desarrollo y la modernización capitalista son los paradigmas sociales y las fuerzas hegemónicas de reproducción nacional, se hace evidente que el ambiente es precisamente la instrumentalización de la naturaleza para provecho del capital, y para el mantenimiento del poder del petro-Estado. El pensamiento y la práctica ecológica no han sido, ni representan actualmente, una concepción transversal del ordenamiento social venezolano. Lo realmente transversal en nuestra estructura social y nuestro imaginario colectivo, y lo que es más preocupante, en nuestro proyecto de país para el futuro, es la renta del petróleo proveniente de nuestro afán extractivista. El hecho de pretender ser una «potencia energética mundial» a partir de la duplicación de nuestra producción petrolera atraviesa prácticamente cada ámbito de la vida de los venezolanos.

Los planteamientos del “desarrollo sustentable”, en el marco del proyecto de la Venezuela «potencia energética mundial», son clara evidencia de vacíos y paradojas que hacen incongruente este discurso. El reconocimiento de la emergencia ecológica global no se traduce en un cuestionamiento del propio patrón energético causante de la misma, sino al contrario, se produce una asimilación de la ecología por parte de la extracción petrolera, tal y como se evidencia en el Pdesn 2007-2013:

El consumo de hidrocarburos de origen fósil ha estado vinculado con patrones industriales y de consumo depredadores del medio ambiente. El modo de producción capitalista no sólo estratifica a los seres humanos en categorías sociales irreconciliables, sino que impone un uso irracional y ecológicamente insostenible de los recursos naturales. El capitalismo ha socavado las condiciones de vida en la Tierra. El impacto de las actividades humanas ha superado con creces la capacidad de carga del planeta, y son precisamente los pobres los que se ven más afectados por la degradación ambiental. *La producción y el uso de los recursos petroleros y energéticos deben contribuir a la preservación del ambiente (Líneas Generales del Plan de Desarrollo Económico y Social de la Nación 2007-2013 s. f., p. 48; subrayado nuestro).*

Resulta muy resaltante la forma en la cual se intenta producir una inversión de sentido, haciendo aparecer a una de las principales causas de los males ambientales como una posible solución a los mismos, pretendiendo presentar a la industria petrolera como una industria amigable con la naturaleza. En el Informe de Gestión Social y Ambiental 2010 de Pdvsa se apela al término “desarrollo sustentable”, reconociendo que la matriz economicista es sumamente perjudicial para la naturaleza y los sujetos. Sin embargo, se afirma:

El desarrollo de los pueblos está vinculado estrechamente al uso de la energía y los combustibles fósiles como principal fuente para abastecer la creciente demanda. El Desarrollo Sustentable se traduce en asumir nuevas conductas en cuanto al consumo y uso de los recursos, incluyendo el uso racional de la energía, entre otros (Pdvsa 2011, julio, p. 68).

El desarrollismo se hace latente, estableciendo ahora un vínculo necesario entre el desarrollo de los pueblos y el petróleo, haciendo de

él un recurso imprescindible para alcanzar un mejor estado social. No hay cuestionamiento al patrón energético. En este contexto, las preocupaciones ambientales expresadas tienen una profunda carga de hipocresía. La política ambiental de Pdvsa sólo puede centrarse en funciones correctivas y cosméticas, tales como jornadas de limpieza, saneamiento de derrames y talleres de educación ambiental con contenidos superficiales o contradictorios, impartidos a comunidades y trabajadores de la empresa, ante la imposibilidad de detener el daño ambiental estructural que produce este tipo de actividad de explotación, la cual se agravará progresivamente a medida que aumente la producción petrolera, que será en cada vez mayor proporción de crudos extrapesados provenientes de la faja del Orinoco.

La propia Ley Orgánica del Ambiente de 2006 es muestra de la asimilación de la ecología por la transversalidad de la producción petrolera. En el artículo 4 se enumeran los componentes de la gestión del ambiente. El componente número 7 dice: «Limitación a los derechos individuales: *los derechos ambientales prevalecen sobre los derechos económicos y sociales*, limitándolos en los términos establecidos en la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela y las leyes especiales». Sin embargo, el artículo 83 de la misma ley, parece hacer añicos todos los resguardos ecológicos planteados no sólo en el artículo 4, sino en el resto de ellos, con la idea de “la degradación tolerable”:

Artículo 83. El Estado podrá permitir la realización de actividades capaces de degradar el ambiente, siempre y cuando su uso sea conforme a los planes de ordenación del territorio, sus efectos sean tolerables, generen beneficios socio-económicos y se cumplan las garantías, procedimientos y normas. En el instrumento de control previo se establecerán las condiciones, limitaciones y restricciones que sean pertinentes (CRBV 1999, art. 83, s. p.).

Es bastante obvio quiénes son los que planifican y ejecutan los planes de ordenamiento territorial, quiénes determinan los criterios de cuándo los efectos de una explotación de la naturaleza son tolerables o no, quiénes son los principales interesados en que un proyecto de explotación genere beneficios socioeconómicos y quiénes determinan que se cumpla o no la normativa ambiental para este tipo de actividades.

Un factor que contribuye al sostenimiento de esta paradoja de altas metas de extracción petrolera con los principios de ayudar a salvar el planeta es el profundo arraigo del petróleo en el imaginario colectivo nacional. Si hay una corriente de “verificación” del capitalismo –por ejemplo, en la llamada *economía verde*–, parece aún no ser necesario aplicarla en Venezuela, al menos no de manera transversal, debido a que la pasión nacional parece más orientada al levantamiento de una gran nación –con su correspondiente misión emancipatoria–, a la idea de la “necesidad” del desarrollo y el combate contra la pobreza, lo que supone que en realidad podemos seguir teniendo predominantemente en el país una «izquierda marrón», tal y como la ha llamado Eduardo Gudynas (2012, 3 de marzo).

Consciente de esto, la agrupación política en la cual converge prácticamente toda la oposición nacional, y encabezada por los sectores más conservadores del país, la llamada Mesa de la Unidad Nacional (MUD), plantea en su documento *Lineamientos del Programa de Gobierno de Unidad Nacional (2013-2019)* la necesidad de promover cambios de estilo de vida hacia una sociedad “sustentable”, de una mayor rigurosidad en los controles ambientales de la industria petrolera, así como implementar planes ambientales y de “desarrollo sustentable” en la faja del Orinoco. Sin embargo, no sólo no se hace referencia a un cuestionamiento al patrón productivo extractivista y depredador de la naturaleza (MUD 2011, noviembre, p. 133), sino, como ya sabemos, se apunta también a aumentar los niveles de producción petrolera, teniendo a la faja del Orinoco como puntal para ello.

Llama la atención la lógica empresarial que determina a estos sectores de la derecha venezolana que persiguen impulsar un “Plan Nacional de Reindustrialización Sustentable”, así como promover la creación de un curioso “Consejo Empresarial para el Desarrollo Sustentable”, pero sobre todo que conciben la naturaleza y los bienes comunes para la vida como “capital natural” (ibíd., pp. 133-140).

La enloquecida lógica extractiva de la globalización apunta a una intensificación de la explotación de la naturaleza en todo el mundo. El anuncio del presidente de «construir un modelo económico productivo eco-socialista» parece una ficción no sólo por el aumento de la extracción petrolera, sino por la apertura a la ampliación de explotaciones en el campo de la minería –léase, el Arco Minero de Guayana–, así como de la biodiversidad en general, una de las

diez más altas del mundo y que, según el Pdesn 2007-2013, «constituyen una gran riqueza y potencial para el desarrollo del país» (*Líneas Generales del Plan de Desarrollo Económico y Social de la Nación 2007-2013* s. f., p. 8). El “desarrollo sostenible” entrará progresivamente en un camino mucho más angosto que hará de su legitimidad un asunto mucho más frágil y complicado de materializar.

Pobreza y desarrollo: ¿de qué pobreza y de qué “riqueza” estamos hablando?

La instalación del Gobierno del presidente Chávez en 1999, trajo consigo la formalización e institucionalización de una serie de mecanismos de inclusión que permitieron ampliar los procesos de participación política y económica, así como de expresión cultural, motorizados tanto por una discursividad popular y antioligárquica, como por una redistribución de la renta petrolera más democrática. Esta estrategia política, potenciada por el auge de los precios internacionales de las materias primas, ha permitido el mejoramiento de los niveles de vida material de una parte importante de la población nacional, lo cual aparece resumido y cuantificado en los indicadores de medición de pobreza reconocidos hasta la fecha. Para el segundo semestre de 1998, la pobreza por hogares se registraba en 43,9% de la población nacional, con 17,1% de pobreza extrema; estas cifras comenzaron a descender hasta llegar a 39% en el segundo semestre de 2001, y a raíz de la convulsión social y económica generada por el golpe de Estado de 2002 y el paro petrolero de 2002-2003, tuvieron un repunte hasta llegar a 55,1% en el segundo semestre de 2003, con 25% de pobreza extrema. Luego de esta crisis los índices de pobreza han tenido una disminución sostenida hasta llegar a 27,5% en el primer semestre de 2007, con una pobreza extrema que bajó a 7,6%. Desde entonces y hasta la fecha (segundo semestre de 2011) la pobreza se ha mantenido constante entre 26 y 27% y la pobreza extrema rondando siempre los siete puntos porcentuales (cf. INE s. f.f).

El denominado Índice de Desarrollo Humano (IDH) en 1998 registraba 0,7828 y se ha mantenido en crecimiento, aunque con oscilaciones, hasta alcanzar los 0,8261 en 2010 (cf. INE s. f.b), un índice considerado alto. El mismo comportamiento tiene el coeficiente Gini

—mide la desigualdad en la distribución del ingreso—, el cual en 1998 marcaba 0,4865 y en 2011 llegaba a 0,3902 (cf. INE s. f.e)⁸⁹; la tasa de desempleo, que a pesar de tener oscilaciones tendientes al alza —se elevó a 16,8% en 2003— ha descendido con vaivenes hasta llegar a 7,8% en el segundo semestre de 2011 (cf. INE 2012, febrero); así como la disminución de las tasas de déficit nutricional en niños y niñas menores de cinco años, y del Índice de Prevalencia de Subnutrición (IPS) (Gobierno Bolivariano de Venezuela 2010, septiembre, pp. 25-32). Esto ha supuesto que en el Gobierno Bolivariano se hayan alcanzado la mayoría de los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) establecidos en el año 2000 por la Organización de las Naciones Unidas.

Sin embargo, existe una notable incongruencia entre los indicadores mundiales de “riqueza” y “progreso” social, por un lado, y los gigantescos problemas que se suceden en todo el mundo, en el marco de una crisis civilizatoria. Mientras que el Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas (PNUD) ha informado que la pobreza mundial ha venido disminuyendo en los últimos 50 años, más que durante los 500 años que le precedieron —en 1970 la pobreza absoluta se había reducido a 35 %, en 1980 a poco más de 30 %, y en la actualidad a 20% aproximadamente (cf. Tibaldi 2012, 15 de febrero)—, proporcionalmente han ido devastándose, cada vez más, extensas áreas naturales, contaminando más los bienes comunes para la vida, con cifras de desigualdad social sin precedentes y unos mil millones de hambrientos según la FAO (véase el capítulo 1).

La lucha contra la pobreza ha sido una de las banderas más emblemáticas de los gobiernos “progresistas” latinoamericanos, los cuales están articulando la profundización del extractivismo con el combate contra la pobreza. Mientras que en Brasil se creó la “Bolsa Familia”, en Bolivia el “Bono Juancito Pinto”, en Uruguay el “Plan de Asistencia Nacional a la Emergencia Social”, en Ecuador el “Bono de Desarrollo Humano”, en Argentina el “Programa de Familias” (cf. Breda 2010, 14 de febrero), y en Venezuela las misiones bolivarianas, entre las que destacan la Misión Negra Hipólita, Gran Misión En Amor Mayor y Gran Misión Hijos e Hijas de Venezuela, las cuales han permitido distribuir la renta a familias en situación económicamente precaria; al tiempo, todos estos países mencionados —a excepción de Argentina

89 El coeficiente Gini oscila entre 0 y 1. A medida que se acerca a 0 indica que la distribución del ingreso es más equitativa.

que ha tenido un pequeño retroceso— han incrementado su porcentaje de exportación de materias primas del total de exportaciones, con respecto al año 2003 (Cepal 2012, p. 97)⁹⁰, intensificando su papel extractivista y dependiente, y la profundización de su rol en la «división internacional de la naturaleza».

Llama la atención que la profundización del esquema global que genera las condiciones de pobreza mundial sea la base material para la lucha contra la pobreza. Tal y como advierte Eduardo Gudynas, se produce así una reversión de las anteriores tendencias de la izquierda latinoamericana que denunciaban que el extractivismo contribuía a generar la pobreza y que las economías de enclave tenían claros efectos negativos sobre este fenómeno y, por ende, buscaban plantear alternativas para salir de esas condiciones. Gudynas afirma que los gobiernos “progresistas” de la actualidad han solidificado un nuevo discurso en el cual el extractivismo aparece como una condición necesaria para el combate contra la pobreza y el desarrollo (2009, p. 213). De ahí que el ministro de Energía y Petróleo, y presidente de Pdvsa, Rafael Ramírez, afirmara durante la presentación del balance anual de 2011 de esta industria que la política petrolera del Estado es “revolucionaria”, porque se basa en lograr distribuir eficazmente la renta proveniente de la exploración, extracción, procesamiento y comercialización del crudo «en beneficio del pueblo, y no de los grupos de la oligarquía; utilizarla para los programas, planes y proyectos que amerite la construcción del socialismo» (cf. AVN 2012, 17 de abril a). De esta forma, Pdvsa se convierte en «un instrumento esencial para materializar la consecución de los ODM en Venezuela», inyectando una marejada de petrodólares —los 123.696 millones entre 2001-2011— a lo que ha denominado el «desarrollo social» (Pdvsa 2011, julio, p. 34), al tiempo que nos volvemos un país más rentista, más fantasioso.

¿De qué pobreza estamos entonces hablando?, y lo que es igual de importante, ¿de qué “riqueza” estamos hablando, que determina no sólo los códigos de la comprensión de la realidad, la manera en la que

90 Cabe resaltar que el retroceso de Argentina es con respecto al alza de 2003-2004, la cual llevó al país a 72,2 y 71,2% de exportación de materias primas respecto al total. El 67,8% de 2010 es un retorno a la misma proporción que tenía en 1995 y 2000. En general la gran mayoría de los países de América Latina y el Caribe tuvieron incrementos de estos porcentajes de carácter extractivista.

concebimos a la llamada pobreza, y nuestra relación con la naturaleza, sino además nuestros deseos subjetivos y nuestros proyectos futuros de sociedad? Arturo Escobar explica cómo el concepto de “pobreza” contemporánea es un descubrimiento de la segunda posguerra –la forma como era tratada la pobreza antes de 1940 era muy diferente de lo que es en la actualidad– (2007, pp. 46-49), el cual consiste en una tipificación instrumentalizada, despolitizada y cuantitativa, que se inserta en la planificación desarrollista y que define a los países pobres a partir de las carencias de aquello que tienen los ricos y de los patrones de valor de los estilos de vida capitalistas occidentales. Esta idea de “pobreza” logra globalizarse, estableciéndose como una categoría universal que abarca toda la negatividad del proyecto civilizatorio. De ahí que el desarrollo aparezca como su solución y se establezca una metonimia entre “subdesarrollo”, “pobreza” e “ignorancia”, con la correspondiente “infantilización” del llamado Tercer Mundo y su necesidad de asistencia por parte de los países “avanzados”.

Según el Instituto Nacional de Estadísticas, los indicadores de pobreza se calculan a partir del procesamiento de datos provenientes de encuestas cuantitativas –Hogares por Muestreo y Precios y Consumo–, y la línea de pobreza se estima relacionando el monto del ingreso familiar con el precio de los alimentos y servicios prioritarios para salud y educación, elementos integrantes de la canasta básica (cf. INE s. f.g). El IDH intenta no restringirse sólo al salario para determinar el «*adelanto* medio de un país en lo que respecta a la capacidad humana básica», agregándole la esperanza de vida, que refleja una existencia larga y saludable; y el nivel educacional, que resume los conocimientos adquiridos (cf. INE s. f.h; subrayado nuestro). No obstante, tanto los índices de pobreza como los del IDH se establecen desde la lógica mercantilista que traduce las relaciones sociales a estadísticas monetarizadas e instrumentalizadas, categorizadas desde patrones culturales eurocéntricos, administradas desde metodologías cuantitavistas e interpretadas por los expertos que trabajan en función de la lógica centralizada y jerárquica del Estado. El reflejo, pues, del camino para salir de esta pobreza considerada desde la perspectiva economicista y las representaciones del capital está en el crecimiento y/o mejoramiento de los indicadores económicos estatales, considerados como las mejores aproximaciones a la realidad social y económica de las naciones.

Estamos atrapados en un imaginario de “riqueza” construido a lo largo del proceso de colonización que representa un patrón de valor que se proyecta no sólo en la forma como organizamos nuestras sociedades, sino incluso en la propia producción de la subjetividad. Si el afán de lucro es el motor cultural/psicológico del capital, el PIB y los diferentes indicadores macroeconómicos se convierten en fetiche, a la vez que el consumidor/deseante es el referente del sujeto *desarrollado*. El modelo desarrollista, inaugurado en el auge “crecientista” de la posguerra con Marcos Pérez Jiménez, y potenciado con Carlos Andrés Pérez I, ofrece a los ciudadanos incorporarse al “progreso”, salir de la pobreza, a través de las mercancías que despliega la sociedad de consumo por todo su entramado. La ideología y la biopolítica de la “riqueza” petrolizada disciplinan y seducen a sus connacionales para desear un estilo de vida y no poder imaginar otro diferente.

El no cuestionamiento de la estructura monoprodutora rentista petrolera en la Revolución Bolivariana al menos no en la práctica—, que se transforma ahora en el objetivo de hacer de Venezuela una «potencia energética mundial», reproduce e intensifica el imaginario extractivista de “riqueza”. Lamentablemente, la justificación para esta propuesta parece centrarse en la idea de que es ésta la única alternativa, pero hasta hoy no existe evidencia histórica ni empírica de que sea obligatorio pasar por una fase de explotación extractiva masiva —con serios daños ambientales— como paso previo a un futuro desarrollo (cf. Gudynas, citado en Tamayo 2009, 12 de enero).

Bajo este esquema las presiones que ejerce el modelo extractivista sobre las formas de consumo, como expresión de “riqueza”, se conjugan a su vez con las formas de hacer política. Esto, en los términos del socialismo venezolano, crea serias tensiones entre el interés individual y el colectivo que, sin embargo, son arrojadas por la enorme cantidad de petrodólares que circulan por el cuerpo social venezolano. El auge del consumismo en la Revolución Bolivariana, que discurre entre, por un lado, un discurso crítico al capitalismo y de fomento a algunas expresiones alternativas locales tanto culturales como económicas y, por el otro, un auge de las importaciones y de las oportunidades de consumo *moderno*, es evidencia de los dilemas de transformación social propios de este modelo contradictorio y sumamente problemático.

No es casual, pues, que tras 14 años de “revolución” en Venezuela se hayan intensificado los patrones parasitarios de consumo, siendo

expresiones de esto el hecho de que la cadena de restaurantes Mc Donald's del país sea la que registrara el mejor promedio mensual de facturación por restaurante en América Latina en 2009 (cf. Deniz 2009, 26 de marzo)⁹¹; que 70% de los teléfonos Blackberrys que se venden en Latinoamérica sea en Venezuela (cf. López 2009, 30 de septiembre)⁹², que en nuestro país hayamos alcanzado la cifra anual de 40 mil implantes de senos (cf. AFP 2011, 24 de diciembre), o que los centros comerciales venezolanos reciban diariamente a dos millones de compatriotas y que en éstos se gaste entre cuatro y seis mil millones de dólares al año⁹³.

Sin embargo, si es el propio Gobierno Revolucionario el que se introduce en esa dinámica de la sociedad de consumo, mediante la direccionalidad y el subsidio estatal a esquemas herederos del «*american way of life*», vinculando la idea de “bienestar social” a los estilos de vida consumistas propios del modelo de la sociedad estadounidense, subjetivando así el desarrollo –léase “progreso” personal–, se produce entonces una asimilación del discurso crítico al capitalismo por parte de este estilo de vida, y se hace del socialismo una socialización de la “americanización”, de la modernización colonizante, una popularización del estilo de vida occidental, reproduciendo la estructura que habían generado las anteriores desigualdades y masificando el consumismo extractivista que ha puesto en entredicho la propia vida en el planeta Tierra.

Crear la Cédula del Buen Vivir como una tarjeta de crédito para expandir el consumo nacional desde alimentos, pasando por electrodomésticos de línea blanca y marrón, hasta incluso paquetes turísticos (cf. *Panorama* 2010, 3 de septiembre), invierte totalmente el sentido alternativo, no capitalista y en armonía con la Madre Tierra de la idea indígena del “Buen Vivir” –el *sumak kawsay* o *sumaq qamaña*–, robándole su espíritu y apuntando más bien al sueño americano contemporáneo del Estados Unidos en crisis, donde este estilo de consumo no puede cesar, y aunque haya una situación deficitaria,

91 «McDonald's elevó en 26% sus ventas en América Latina». Esta transnacional estadounidense ha logrado colocar publicidad de su compañía en la Televisora del Estado (Tves) y en el diario oficialista VEA.

92 Esto a pesar de las diferencias en el tamaño de la población, al menos comparado con Brasil y México.

93 Según la Cámara Venezolana de Centros Comerciales (CVCC) (Uzcátegui 2010, p. 102).

está abierta la posibilidad del endeudamiento vía crédito con facilidades de pago, con tal de no detener la capacidad de compra de las personas –cosa que evidentemente responde al mercado mundial de la globalización neoliberal–. El presidente Chávez propuso también, en su momento, la creación de los bonos públicos PetroOrinoco, que consisten en papeles de pago para los trabajadores, los cuales pueden recibir «el dinero en efectivo, entonces vende el papel en la llamada Bolsa Pública de Valores, o también pudiera cambiarlo por una vivienda» (*El Universal* 2011, 13 de noviembre, s. p.) . Estos bonos están «avalado(s) nada más y nada menos que por la más grande reserva de petróleo que hay en este mundo (ubicada en la faja del Orinoco)» (id.). A esto se le añade la creación de

...un fondo PetroOrinoco, y si el trabajador lo quiere puede invertir en acciones de una empresa mixta que ya esté produciendo petróleo en el área y obtener dividendos. El trabajador va a recibir dividendos y va a tener sus recursos bien invertidos (id.).

El fecundo estilo de vida basado en el imaginario de “riqueza” tiene también su respaldo en papeles de deuda.

Por su parte, la Misión Mi Casa Bien Equipada y los convenios financieros con China permiten que cada venezolano pueda contar con su celular, aires acondicionados, televisores, lavadoras marca Haier, entre otros, todos distribuidos a la población a bajos precios y mediante créditos a largo plazo y sin intereses (cf. Pierrat 2011). Si Pérez Jiménez inauguraba la sociedad de la abundancia sostenida por los petrodólares, al firmar en 1952 una versión revisada del Tratado Comercial entre EE UU y Venezuela de 1939, para mantener condiciones muy favorables para la importación de bienes manufacturados de ese país, en nombre de la defensa del acceso del público a bienes de alta calidad a precios razonables (Coronil 2002, p. 212), en la actualidad el Gobierno Bolivariano recrea el desarrollo con una fórmula similar, pero sustituyendo en los tratados a los EE UU por China.

El mantenimiento de esta maquinaria de “riqueza” es expresión de que el Gobierno Bolivariano no ha dado los pasos necesarios hacia la tan pretendida transición en vías a una Venezuela pospetrolera. Uno de los reclamos recurrentes por parte de expertos y grupos ecologistas en la Cumbre de la Tierra de Naciones Unidas Río+20, celebrada a mediados de 2012, señalaba la necesidad de ponerle fin a los

subsidios a combustibles fósiles, como un paso para ir deslastrando a las sociedades de las energías “marrones”. Venezuela tiene un importante parque automotor de 5,5 millones de vehículos, que consumen unos 80 millones de litros de combustibles por día, el más barato del mundo –2,3 centavos de dólar por litro de gasolina, cuando el precio promedio mundial para abril de 2013 era de 136 centavos de dólar (GIZ 2013, abril, p. 6)–, el cual cuenta con un subsidio que ha venido creciendo progresivamente a medida que ha aumentado el precio internacional del petróleo en los últimos años, y que respecto al costo de producción refleja pérdidas anuales de unos de 1.500 millones US\$, según el vicepresidente Jorge Arreaza (cf. *El Universal* 2013, 9 de diciembre)⁹⁴; al tiempo que, respecto al precio promedio internacional –el llamado “costo de oportunidad”–, el Estado deja de percibir en el exterior por ese concepto, 12.592 millones US\$ al año, como lo declarara el ministro Rafael Ramírez (cf. *El Mundo* 2013, 16 de diciembre)⁹⁵.

Tomando en cuenta estos cálculos y para tenerse una mejor idea, este monto sería mayor al presupuesto del Ministerio de Educación (6.651 millones US\$) y el Ministerio de Salud (3.901 millones US\$) juntos, según se calcula de la Ley de Presupuesto Nacional de 2013, y resulta un obstáculo para incentivar otras matrices energéticas diferentes. El incentivo estatal, proveniente de un discurso enarbolado demagógicamente por décadas para subsidiar gasolina muy barata en “beneficio” de los ciudadanos, promueve la idea de que es este un “derecho” del pueblo venezolano, y su discusión pública generalmente ha sido evadida o planteada muy superficialmente.

Llama la atención que este patrón energético nacional y su correspondiente “estilo tecnológico” tenga a Venezuela, por un lado, con el más alto índice de consumo de energía eléctrica *per capita* de Latinoamérica, según afirmara a mediados de 2011 el ministro para la Energía Eléctrica, Alí Rodríguez Araque, destacando que ésta «es una realidad que hay que corregir» (en Sinue Vargas 2011, 21 de

94 Para el analista petrolero de oposición Nelson Hernández, el subsidio se sitúa en 1.110 millones US\$. Cf. Hernández 2013, 6 de marzo.

95 Para el economista Víctor Álvarez, «La pérdida que tiene Pdvsa con el subsidio de la gasolina» llega a 7.500 millones de US\$. El cálculo de Hernández sobre el costo de oportunidad es de 13.170 millones US\$. Cf. Molina 2013, 16 de junio; cf. Hernández 2012, 24 de mayo.

junio, s. p.)⁹⁶ y, por el otro, con el cuarto puesto en emisiones de CO₂ en América Latina después de México, Brasil y Argentina (MPPA, Pnuma e IFLA 2010, p. 112), y puesto 30 en el mundo en 2009 –con 0,53% de total del CO₂–, a pesar de ser un país con no muy numerosa población y una estructura económica nacional poco industrializada –al menos en comparación con estos tres países mencionados–. Si revisamos las emisiones de CO₂ en términos relativos, Venezuela, con 6,04 toneladas anuales *per capita*, supera a dos de las economías emergentes, los “Brics”, como lo son China (5,83) e India (1,38), se acerca a un país de la hegemonía capitalista como es Francia (6,30), y supera a los tres países de América Latina que generan más CO₂ en términos absolutos, Brasil (2,11) –otro de los Brics–, México (3,99) y Argentina (4,08) (cf. Harvey 2011, 31 de enero)⁹⁷. La tendencia a la que apuntamos con la intensificación de nuestro extractivismo petrolero es a ocupar un lugar aún más relevante en el auge global de emisiones de gases de efecto invernadero (GEI).

Hay un factor fundamental en la apertura a este tipo de discusiones, y es que si hemos afirmado que el imaginario de “riqueza” nacional está entrelazado con la construcción del discurso de la patria “desarrollada” y “emancipada”, entonces cualquier cuestionamiento al petróleo –el *referente* de la “riqueza” venezolana– aparece como tabú, como traición a la patria y como acto contrarrevolucionario. No obstante, los patrones de conocimiento sobre los cuales hemos construido y seguimos construyendo las nociones de *valor* son de carácter profundamente (neo)colonial y antropocéntrico.

Si, como hemos visto en los capítulos 1 y 2, la *acumulación por desposesión* ha constituido el proceso originario para la implantación territorial del esquema moderno/colonial de polarización social –la

96 «Venezuela encabeza el consumo *per capita* de electricidad en Latinoamérica». El ministro expresaba que «Venezuela se encuentra en un 14% por encima del promedio del consumo de electricidad per cápita en toda América Latina». Según datos del Banco Mundial disponibles hasta 2009, Venezuela se encontraba de segunda en América Latina con 3152 kw *per cápita*, después de Chile, que marca 3283 kw/pc. La tendencia expresada para Venezuela era al alza, mientras que para Chile era a la baja. Cf. Banco Mundial 2012.

97 Vea más detalles de las emisiones *per capita* en <http://www.guardian.co.uk/news/datablog/2011/jan/31/world-carbon-dioxide-emissions-country-data-co2#data>. En este trabajo de *The Guardian*, la autora recurre a la US Energy Information Administration para sus gráficos.

colonialidad del poder— y de dominio y articulación de la naturaleza al mercado mundial capitalista, en torno a la desposesión violenta a los pobladores y pobladoras de sus bienes comunes para la vida, entonces es fundamental comprender que en esta reestructuración “originaria” se instaura la pobreza, no sólo por el despojo y la “privatización” de sus medios de existencia y la posterior institucionalización de este específico régimen de propiedad por parte de una élite minoritaria —la creación de los “desposeídos”—, sino también porque esta nueva sociedad colonizada nace de la destrucción de cosmovisiones en las cuales la naturaleza es un valor *per se*, es riqueza en sí, instaurando así un valor determinado por la globalidad del mercado mundial, por la escisión ontológica del sujeto de la naturaleza, por la cosificación de la misma en forma de mercancía, realizada como tal sólo en el mercado capitalista. De esta manera hay una estrecha relación entre la pobreza y la desposesión, lo cual plantea una inversión de sentido: los procesos de *modernización* territorial, que históricamente hemos supuesto que son una implantación de la “riqueza” en el espacio y los sujetos, representan en todo caso una implantación estructural de la pobreza moderna.

«Nunca fuimos pobres, los colonizadores nos llevaron a esta situación», afirmaba el líder indígena brasileño Marcos Terena, en el IX Foro Permanente de Asuntos Indígenas (FPPI) que sesionó en la sede de Naciones Unidas en Ginebra, en 2010 (cf. Bolpress 2010, 20 de abril)⁹⁸. El pensamiento indígena ha tratado de evidenciar la forma en la que el sujeto occidental ha creído estar enriqueciéndose, a la vez que empobrece su propia vida al destruir a la Madre Tierra para seguir acumulando capital. El patrón de conocimiento occidental, con un claro y marcado carácter antropocéntrico, ha invisibilizado a la naturaleza en la construcción del valor. Fernando Coronil muestra cómo Marx y los seguidores de la teoría del valor basado en el trabajo le han otorgado centralidad a la relación capital-trabajo, dejando de lado, o en una posición bastante marginal, a la tierra (Coronil 2002, pp. 34-76). La valorización social, en tanto realización de la mercancía en el mercado, obvia el propio valor contenido en la naturaleza,

98 La modernidad colonial ha implicado que ser indígena equivalga a ser pobre, no sólo por la propia construcción del imaginario de “riqueza” impuesto por el sistema capitalista, sino por la reproducción de condiciones materiales de sumisión y subalternidad impuestas a innumerables pueblos originarios en todo el mundo.

el valor de la vida, de la cual el sujeto es sólo una parte⁹⁹. De ahí que a la sociedad representada se le denomine tradicionalmente la “segunda naturaleza”, evidenciando así la separación simbólica entre las relaciones intersubjetivas y sus instituciones, de su ecosistema vital. La naturaleza aparece así como un ente estático, el espacio pasa a ser paisaje.

Esta alienación del sujeto de su condición de naturaleza se expresa en la forma en la cual se ha representado la “riqueza” de las naciones: el Producto Interno Bruto. El premio Nobel de Economía, Joseph Stiglitz, en su crítica al “fetichismo del PIB” –aunque sin abandonar su enfoque economicista–, expone:

Toda buena medición de lo bien que nos está yendo también debe tener en cuenta la sostenibilidad. De la misma manera que una empresa necesita medir la depreciación de su capital, también nuestras cuentas nacionales deben reflejar la sobreexplotación de los recursos naturales y la degradación de nuestro medio ambiente (2009, 12 de septiembre, s. p.).

Sin embargo, esto se contrapone a la lógica del capital, que necesita expandirse y crecer indefinidamente, superando los obstáculos materiales que enfrente. Si para el capital es imprescindible el mantenimiento de la tasa media de ganancia, esto supone entonces el establecimiento de una contabilidad distorsionada. La destrucción de la naturaleza no es tomada en cuenta como pérdida –o como pobreza–. Nuestra industria petrolera, al igual que cualquiera otra empresa del ramo, utiliza grandes cantidades de agua, arena, madera y otros “recursos naturales” (incluyendo el mismo petróleo y gas) por los cuales no paga, debido a que el valor del crudo está determinado básicamente por la dinámica del mercado mundial. Los daños en las zonas intervenidas y a las poblaciones de las mismas pocas veces son tomados en cuenta. Los análisis empresariales operan ciegamente sorteando costos de producción y buscando la maximización del “beneficio”, en el marco macroeconómico del “crecimiento sostenido”, sin tomar en cuenta que el crecimiento sin fin, la acumulación capitalista sin fin, es imposible, porque nada físico puede crecer indefinidamente.

99 Coronil sostiene: «Si bien es cierto que la relación de valor entre las mercancías no tiene nada que ver con su naturaleza física –lo que Marx llama el fetichismo de la mercancía–, su existencia como mercancía no puede separarse de su naturaleza física» (2002, p. 69).

Si, como propone Coronil, incluimos a la tierra en la relación capital-trabajo (cf. 2002) para representar el valor, se puede propiciar la construcción de una ontología y epistemología ecológica que reinserten al sujeto en la concepción de la naturaleza, en una representación del valor biocéntrica. Esto implica una conexión con el espacio que permite considerar a los bienes comunes como “activos sociales”, activos de vida, y el daño ambiental como una pérdida de riqueza, haciendo que aparezcan los límites del planeta en relación con el patrón productivo capitalista, poniendo en crisis la noción tradicional de pobreza, el imaginario de “riqueza”, y dándole mucha más notoriedad al problema de la sostenibilidad. Al revisar el mapa de la *huella ecológica* (ver página 58) parece en cierta forma invertirse la idea de “riqueza” que motoriza al moderno sistema-mundo capitalista: los países pobres parecen ser los del centro “desarrollado”, o las economías emergentes, la gran mayoría de ellos en rojo, quienes en su pobreza requieren de la acumulación por desposesión para el despojo de naturaleza al resto de los países de las periferias¹⁰⁰. La lucha contra la pobreza se inscribe así en una lucha por la riqueza. Se hace clara la relación entre desarrollo e imperialismo.

La geopolítica y el desarrollo: territorio, nación e Imperio

La geopolítica de la crisis civilizatoria está determinada por una alta conflictividad y por una redefinición de las relaciones de poder mundiales con tendencia a una multipolaridad. En esta situación, la vulnerabilidad de las periferias ante la fuerza de las potencias occidentales e incluso de las llamadas “potencias emergentes” se mantiene vigente, aunque, como hemos explicado en el capítulo 1, opera de formas diversas. Sin embargo, en nombre de esta alta conflictividad y vulnerabilidad, los gobiernos “progresistas” han recurrido al discurso nacionalista para justificar la intensificación del extractivismo, en nombre de los intereses de la nación. Según el Pdesn 2007-2013, es

100 No es casual que Sudamérica y África hayan sido las zonas geográficas donde se experimentaron las mayores pérdidas netas anuales de bosques en el período 2000-2010, con 4 y 3,4 millones de hectáreas respectivamente. Cf. Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación 2010, 25 de marzo.

«no sólo una estrategia económica, sino geopolítica, porque se trata de usar el petróleo para defender la soberanía nacional» (*Líneas Generales del Plan de Desarrollo Económico y Social de la Nación 2007-2013* s. f., p. 48). Nuevamente la defensa de la “soberanía nacional” queda así administrada por el petro-Estado y su sentido de ser exógeno, y determinada por el desarrollo: «...la política de Plena Soberanía Petrolera es una política internacional, de alianza con todos aquellos países –la gran mayoría– que insisten en desarrollarse como naciones, y no aceptan marginarse en un mundo supuestamente globalizado» (id.).

Sin negar los peligros que representa el imperialismo militarista, proponer una intensificación del modelo monoprodutor dependiente y el camino hacia el desarrollo es sumamente problemático si el objetivo es combatir, frenar o atenuar el flagelo imperial. La discursividad de Guerra Fría, como estado de excepción permanente, de manera de justificar el auge extractivo, parece cerrar las puertas a toda alternativa a este modelo, ante la constante necesidad de seguridad y defensa. Pero sobre todo, el discurso nacionalista, aunque puede plantear una tensión conflictiva con el imperialismo, está basado en un esquema de “soberanía nacional” que pretende invisibilizar sus nexos estructurales con las fuerzas desterritorializadas del capital transnacionalizado, a la vez que mantiene la subalternidad de las particularidades territoriales y del sujeto-“pueblo”, el cual es masificado y cooptado por la lógica universalizante del petro-Estado, junto con las fuerzas de los monopolios económicos nacionales. El discurso nacionalista-desarrollista invisibiliza los conflictos “ecoterritoriales” (Svampa, en Lang y Mokrani [comps.] 2011, pp. 185-216) que trascienden la lógica de la guerra entre Estados-nación –una guerra ecoterritorial puede ser desarrollada por una comunidad contra su mismo Estado, probablemente en connivencia con los grandes capitales transnacionales–. Esto subraya el carácter complejo y transnacionalizado de la guerra en la globalización neoliberal, y de lo que David Harvey denomina el «Nuevo Imperialismo» (cf. 2007a)¹⁰¹.

A pesar del discurso que permanentemente abanderara el presidente Chávez, y en general el Gobierno Bolivariano, sobre la “Independencia” –el primer gran Objetivo Histórico de su propuesta

101 Recordemos cuando Harvey afirma que las intervenciones militares no son más que la punta del iceberg imperialista.

de candidatura 2012—, el desarrollismo acelerado requiere necesariamente de ingentes sumas de capital, con las que no cuenta, al menos no en las proporciones que se exige para financiar los proyectos de expansión capitalista-extractivista internos. Para esto se ofrece primordialmente China, actualmente la economía con mayor crecimiento del planeta, que cuenta con grandes excedentes de capital que se van posicionando por todo el mundo. China no sólo es uno de los principales inversores en los proyectos de explotación petrolera de la faja del Orinoco para aumentar su capacidad extractiva, sino que, según expresara el presidente Chávez, se han suscrito más de 350 acuerdos e instrumentos entre ambas partes entre 2001 y 2011, en áreas de infraestructura —como un proyecto de ferrocarril y la Gran Misión Vivienda Venezuela—, energía, agricultura, minería, petroquímica y transporte, entre otros (cf. Pierrat 2011). Estos proyectos están siendo financiados a partir de la creación del Fondo Chino, establecido una vez que Venezuela inicia el suministro petrolero a los asiáticos en 2007, y los dos gobiernos firman acuerdos denominados de «cooperación financiera de largo plazo» para «acelerar el desarrollo social y económico de Venezuela» (cf. *Ley Aprobatoria del Acuerdo entre el Gobierno de la República Bolivariana de Venezuela y el Gobierno de la República Popular China sobre Cooperación para Financiamiento a Largo Plazo* 2010, 16 de septiembre). Estos préstamos comenzaron con una primera línea de crédito de seis mil millones de dólares y al cierre de 2011 superan los 30 mil millones (cf. Pierrat 2011).

De esta forma la misión desarrollista del petro-Estado venezolano hace evidente que cada vez más factores exógenos determinan la realidad nacional, lo cual se expresa en la conexión de los convenios de endeudamiento progresivo con China, con el Plan Siembra Petrolera, para «apalancar el crecimiento y el pleno desarrollo de la nación». Si en el período de crisis y ajustes neoliberales previo a la Revolución Bolivariana, el Estado debía ser apartado, ahora parece estar administrando los procesos de articulación con el capital transnacionalizado, que si bien no es primordialmente estadounidense, finalmente opera bajo la misma lógica de acumulación y colonización territorial, impulsando la misión civilizatoria en la globalización. El creciente proceso de modernización capitalista en el país puede traer aparejado una intensificación del endeudamiento y vulneración a los procesos de acumulación por desposesión.

Esta profundización del nexo tipo enclave con los grandes capitales transnacionales encierra a Venezuela aún más en su limitada función extractivista, debido a que los acuerdos y proyectos van estructurando los compromisos y haciendo más rígido el esquema de organización productiva, sometido a una serie de contratos a corto, mediano y largo plazo. Cuando revisamos la proyección del ideal de emancipación latinoamericano en los proyectos económicos de integración, conseguimos que el modelo extractivista delinea la estrategia geopolítica de la región. El presidente Chávez afirmaba, haciendo referencia a la faja del Orinoco: «Este petróleo venezolano es un instrumento para la unión de los pueblos de América Latina, para la unión de los gobiernos de América Latina y el Caribe, es un arma el petróleo...» (Pdvs 2007, mayo, p. 8). Esto se ha traducido en el hecho de que las alianzas regionales de Venezuela, más allá de crear las condiciones para otro tipo de intercambio más autónomo y productivo, se insertan en la lógica del extractivismo petrolero.

Este tipo de alianzas desarrollistas se evidencian en los convenios multilaterales firmados, como aquellos con Argentina para la explotación petrolera de la faja del Orinoco. El ministro Rafael Ramírez afirmaba en enero de 2012:

Estamos buscando la integración de toda la cadena hacia Argentina con nuestra participación en una refinería en territorio argentino [con] una capacidad de hasta 100 mil barriles, para que el crudo de la Faja vaya a soportar el crecimiento y el desarrollo de Argentina (AVN 2012, 18 de enero, s. p.).

A su vez, el presidente Chávez expresó: «Si en Argentina no consiguieran más petróleo, que lo tienen, pero no en las cantidades que requiere el desarrollo de ese gran país, aquí está todo el petróleo que requiere Argentina para producirlo, procesarlo» (íd.). Bajo esta lógica se ha propuesto la creación de

Petroandina; Petrosur, con Argentina, Brasil y Uruguay, con la iniciativa de construcción de una refinería con Brasil, a través de Petrobras, esperando a su vez la incorporación de nuevos países a Petrosur; Petrocaribe con la incorporación de 14 países del Caribe insular, previendo la ampliación

de la capacidad de refinación en esa zona (MPPA, Pnuma e IFLA 2010, p. 15);

entre otros convenios binacionales.

El comercio del ALBA, que ha planteado la creación de un esquema organizativo de intercambio regional para atenuar los grados de dependencia estructural del mercado mundial, más bien ha reproducido una red desarrollista en torno al petróleo. Si revisamos el intercambio comercial suscrito bajo el Sistema Unitario de Compensación Regional de Pagos (Sucre), creado en 2009 como una propuesta de unidad monetaria del ALBA para buscar un desacoplamiento progresivo del dólar estadounidense, y el fomento para la construcción de nuevas estructuras productivas de complementariedad económica regional, notamos que el peso del petróleo es enorme, representando 80% de los productos intercambiados en el comercio ALBA, con Venezuela como principal socio comercial de la región. De los 10 mil millones de dólares aproximadamente suscritos por el Sucre, si excluimos al petróleo, el total del comercio intrarregional ronda los 1.5 mil millones de dólares, lo que representa 5% del comercio regional con el resto del mundo (Rosales 2012, pp. 119-121).

A pesar de la retórica sobre la independencia regional, la realidad en todo caso muestra que Venezuela aumentó sus exportaciones a los Estados Unidos, la Unión Europea, China y Asia, en detrimento de América Latina: del período 2000-2001 al 2008-2009 para EE UU subieron de 58,2% a 62,3% de las exportaciones, a la UE de 6,6% a 11,4% en el mismo intervalo, a China de 0,2% a 7,3%, a Asia y el Pacífico de 1,3% a 7,6%, y en cambio para América Latina y el Caribe de 19,4% de las exportaciones en el período 2000-2001, bajó a 16,9% en 2008-2009 (Rosales 2012, p. 112). Se evidencian los estrechos vínculos de la política extractivista nacional, de su propia estructura monoprodutora rentista, con la dinámica y necesidades del mercado mundial. Se privilegian así convenios con el capital transnacionalizado, patrones de consumo occidentalizados y aumento de las importaciones, haciendo del petróleo el motor de las dinámicas del intercambio regional, y de Venezuela una palanca para el auge extractivista por medio de los crudos. Para Eduardo Gudynas, un país aislado no puede abandonar la estrategia extractivista y es necesario comenzar a discutir esto en bloques regionales; no obstante

...sea en la Comunidad Andina, sea en el Mercosur o sea en la Unasur no está en la agenda coordinar políticas mineras, políticas de hidrocarburos o política agropecuaria. Y tampoco está en la agenda, bajo los actuales gobiernos progresistas, coordinar la producción para poder salir de la dependencia global de exportar minerales o hidrocarburos (En Tamayo 2009, 12 de enero, s. p.).

La expansión de la modernización supone, pues, una reestructuración territorial que articula el espacio/naturaleza al mercado mundial globalizado. El megaproyecto de la faja del Orinoco lleva consigo un proceso de ocupación territorial y colonización de la naturaleza inscrito en los planes de reordenamiento territorial, «El Desarrollo Territorial Desconcentrado». Estos planes se proponen modificar la estructura socioterritorial de Venezuela, dividiendo la geografía nacional en cinco ejes de desarrollo, así como en regiones de desconcentración, contemplando un enfoque de mayor cuidado ecológico e impulso de la conciencia medioambiental» (*Líneas Generales del Plan de Desarrollo Económico y Social de la Nación 2007-2013* s. f., p. 41)¹⁰². Dentro del eje Apure-Orinoco, que «busca fortalecer el área de influencia de los ríos Apure y Orinoco; promover actividades capaces de generar un importante proceso de ocupación territorial e intercambios económicos de bienes y servicios» (MPPA, Pnuma e IFLA 2010, p. 22), está contenido el Plan Socialista Orinoco, destinado al desarrollo social y de la infraestructura necesaria en la faja del Orinoco en el período 2011-2021, que «tiene una perspectiva de construcción integral y armoniosa entre el petróleo, el ambiente y las comunidades locales; y por ello, se invertirá MMMUS\$ 75,3 en proyectos petroleros y MMMUS\$ 31,0 en el Proyecto Socialista Orinoco» (Pdvsa 2011, julio, p. 29).

El presidente Chávez consideraba que este proyecto se convertiría en el más grande motor para el desarrollo económico del país, estimando que en conjunto con la necesidad de viviendas, carreteras, ferrocarril, navegación, se generarán hasta 300 mil puestos de trabajo en toda la zona para los próximos años (cf. AVN 2012, 8 de

102 Estos cinco ejes son el eje Norte-Costero, el eje Orinoco-Apure, el eje Occidental, el eje Oriental y el eje Norte-Llanero, que constituye la bisagra estratégica entre los anteriores.

enero)¹⁰³. A principios de 2012, Chávez llamaba a construir nuevas ciudades en la faja del Orinoco, «un país nuevo dentro del gran país que es Venezuela» (cf. AVN 2012, 23 de enero)—, y así albergar —afirmaba— a los miles de venezolanos que se dirigirán a esta zona, «para impulsar el desarrollo industrial del país», y señalaba que «así como los brasileros construyeron Brasilia de forma planificada; nosotros debemos comenzar a construir una nueva ciudad en el corazón de la faja», anunciando también que este proyecto debe prever la modernización de los pueblos antiguos que bordean la faja, al sur de los estados Guárico, Anzoátegui y Monagas (cf. AVN 2012, 22 de agosto). Esto abriría un nuevo proceso de acumulación por desposesión y urbanización del espacio geográfico, una incrustación colonial como la llamara Rodolfo Quintero, que amenaza con reproducir las tristes e históricas consecuencias propias de las implantaciones petroleras, como la progresiva desaparición de las formas rurales de relaciones sociales y formas de producción económica y cultural de los territorios de la Faja, en beneficio del nuevo enclave petrolero.

A su vez se traza todo un plan para la industrialización de la faja del Orinoco que busca «impulsar el desarrollo de polos industriales integrados al suministro de bienes y servicios (bases petroindustriales) de acuerdo con los requerimientos durante la fase de construcción y operación de los proyectos petroleros en la FPO» (Pdvsas 2012, enero, p. 740). Rafael Ramírez, en la Presentación de Gestión y Resultados de Pdvsas durante el año 2011, realizada en abril de 2012, declaraba que se han visualizado concentraciones industriales alrededor de Cabrutica, Chaguaramas y Palital, orientadas al procesamiento de fluido de perforación, bases operativas del servicio de pozos, asuntos especiales, fertilizantes, insumos, químicos, solventes y aceites, lubricantes, estimulación de pozos, servicios a taladros, registros eléctricos, perforación direccional, control de arenas, la industria china de taladros, plantas móviles de desarrollo de infraestructura, núcleos de perforación, máquinas eléctricas (cf. Ramírez 2012, 17 de abril).

Si los objetivos del Nuevo Desarrollo Territorial se centran entre «una nueva visión del ordenamiento territorial y *la diversificación de la economía para reducir la relación entre pobreza y degradación del ambiente*, buscando materializar un uso sustentable de

103 En enero de 2012, el ministro Rafael Ramírez sostuvo que había ya unos 17 mil trabajadores y estimó que se necesitarán unos cien mil sólo en la faja para los próximos siete años.

los recursos mediante un proceso de uso adecuado del territorio» (MPPA, Pnuma e IFLA 2010, p. 200; subrayado nuestro), vale la pena destacar que esta ocupación de los territorios de la faja se inscribe en un proceso sumamente problemático y contradictorio, muy vulnerable a la lógica del capital y del extractivismo, pues a pesar de algunos enunciados ecologistas no existen antecedentes concretos de colonizaciones espaciales que, bajo este patrón operativo, no hayan supuesto la implantación de un modelo depredador de la naturaleza y de intensificación de la pobreza y las desigualdades sociales.

En América Latina hay una estrecha relación entre el auge extractivista de materias primas, la ocupación de nuevos territorios y los conflictos “ecoterritoriales” con pueblos indígenas, quienes por la forma como se ha ocupado el territorio en la larga colonización del capital se ubican en zonas fronterizas, áreas protegidas y/o no desruralizadas –basta ver el mapa de los pueblos indígenas en Venezuela, como ejemplo de ello–. Ciertamente, en la Revolución Bolivariana se ha logrado el mayor reconocimiento a los pueblos indígenas que ningún gobierno anteriormente lo haya hecho. Con la promulgación de la CRBV de 1999 se proclamó el carácter constitucional de la demarcación de las tierras ancestrales de los grupos indígenas venezolanos, como se contempla en el artículo 119. A su vez, el artículo 120 establece que toda explotación natural en tierras y hábitats indígenas por parte del Estado se debe hacer sin lesionar la integridad de estos grupos, además de establecer que dichas explotaciones deben realizarse previa consulta de los mismos¹⁰⁴.

No obstante, después de 14 de años de Revolución Bolivariana no se ha materializado la demarcación de tierras de los pueblos indígenas, haciendo que queden sin efecto las reivindicaciones territoriales

104 La Ley Orgánica de los Pueblos y Comunidades Indígenas (Lopci), vigente desde 2005, establece las especificaciones de las reivindicaciones indígenas determinadas de manera general en la Constitución Bolivariana de Venezuela de 1999, incluso las pautas para la demarcación de tierras. Si bien el artículo 120 de la CRBV establece las consultas previas para proyectos de explotación en Tierras y Habitat Indígenas, ellas no reflejan un carácter vinculante que les dé rango de obligatoriedad y cumplimiento. En la Lopci aparece este rango. A pesar de que en el artículo 11 plantea que la consulta debe ser de buena fe, en el artículo 17 se establece: «Queda prohibida la ejecución de cualquier tipo de proyecto en el hábitat y tierras indígenas por persona natural o jurídica de carácter público o privado que no hayan sido previamente aprobados por los pueblos o comunidades indígenas involucrados» (2005, 8 de diciembre, s. p.).

establecidas en la ley para estos pueblos, que requieren de esta delimitación geográfica para que puedan ser ejecutadas. Ésta y otras razones generan conflictos entre pueblos indígenas y diversos factores territoriales que, junto a prácticas extractivistas, están poniendo en peligro la ya precaria subsistencia de estos grupos originarios, como es el caso de los pueblos yukpa, barí y japreria en la sierra de Perijá, en el estado Zulia. El conocido antropólogo y lingüista venezolano, Esteban Emilio Mosonyi pareció prever, casi 40 años atrás (1975), las tendencias colonizadoras que hemos expuesto en este trabajo y que representan una amenaza actual para los pueblos indígenas del país, en especial aquellos que habitan los territorios de la faja del Orinoco y las zonas donde se prevén los nuevos proyectos de minería:

El Desarrollismo tiende a repetir la típica política expansionista de conquista y colonización, como ocurrió por ejemplo con el oeste norteamericano o con las pampas argentinas. Se trata de crear aceleradamente grandes obras de infraestructura, explotaciones mineras y agropecuarias cada vez más intensivas, junto con una incipiente industrialización, para disponer en breve de un limitado número de *polos de desarrollo, a la manera de Brasilia*, Ciudad Guayana o la recientemente creada ciudad de San Simón de Cucuy. El financiamiento de la empresa colonizadora es *de carácter mixto*, de capital público y privado, acompañado muchas veces de fuertes inyecciones de inversión extranjera. La población local originaria –indígena o no– se considera como factor básicamente negativo: se la tilda de apática, indolente, perezosa y renuente al progreso. Las mejores tierras van siendo invadidas por inmigrantes nacionales y extranjeros, quienes exploran y superexplotan la mano de obra indígena y al haber la más mínima resistencia de su parte, el poblador autóctono es expulsado sin piedad. Los nuevos pobladores son considerados héroes nacionales y pioneros de la civilización, cuyo deber es enfrentarse al indígena como si se tratara de una plaga nociva, de un obstáculo para incorporar definitivamente la zona colonizada (Mosonyi 2008, pp. 188-189; subrayado nuestro).

La consagración de la demarcación territorial indígena, legalizada por el Estado, entra en contradicción con la propia razón de ser petrolera de éste –la *razón de petro-Estado*–, con su carácter extractivista y universalizante. Tradicionalmente las constituciones liberales modernas establecen de facto la sumisión de los sujetos a la soberanía trascendental y representativa del Estado, el cual garantiza

el “orden”, la “seguridad” y la unidad e integridad territorial. No es de sorprendernos que en la CRBV se exprese la sumisión de los pueblos indígenas ante la nación, el Estado y la noción moderna de *pueblo*. La idea de autonomía que se deriva de una demarcación territorial y la consiguiente “suficiencia” con respecto a sus prácticas culturales, jurídicas y económicas dentro de dichos territorios, no permite menoscabar la idea de soberanía trascendental liberal y, por ende, finalmente los grupos indígenas siguen atados legalmente al poder del Estado. Si existiesen conflictos entre la autonomía indígena en los territorios demarcados y el Estado, es éste y no aquélla, quien tiene la última palabra. Luego que los artículos del capítulo VIII de la CRBV sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas expresaran claros rasgos de autonomía de los territorios indígenas, el artículo 126 de la Carta Magna parece aclarar:

Los pueblos indígenas, como culturas de raíces ancestrales, forman parte de la Nación, del Estado y del pueblo venezolano como único, soberano e indivisible. De conformidad con esta Constitución tienen el deber de salvaguardar la integridad y la soberanía nacional.

El término pueblo no podrá interpretarse en esta Constitución en el sentido que se le da en el derecho internacional (CRBV 1999, art. 126, s. p.).

La noción *pueblo* aquí nos remite a la abstracción que finalmente delega el poder del constituyente al constituido. Los pueblos indígenas forman parte de la nación, del Estado y del pueblo venezolano único, soberano e *indivisible*, y como tales tienen el deber de salvaguardar la “soberanía nacional”. La aclaratoria final de que el término *pueblo* no puede pensarse como el del derecho internacional, sumada a la ausencia de su definición (lo que redundaba en una indeterminación y una apertura a la libre interpretación de las autoridades competentes), blindó la sujeción indígena al Estado moderno-colonial (o neocolonial). La representación discursiva del poder no ha sido descolonizada. La lógica extractivista, con la planificación del aumento de la producción petrolera, parece poner en serio peligro a kariñas y waraos, pobladores ancestrales de la ahora llamada faja del Orinoco.

Lo resaltante ante estos conflictos “ecoterritoriales” es que la globalización neoliberal presiona para una más extensa y profunda penetración y articulación de las geografías del sistema-mundo

al mercado mundial, que hace mucho más complejas estas tensiones entre lo territorial y las fuerzas desterritorializadoras. Los planes de ordenamiento territorial en Venezuela contemplan los entrelazamientos entre las naciones de la región latinoamericana. La plataforma de circulación para los tratados bilaterales y multilaterales de comercio requiere de una compleja red de infraestructura energética, vial multimodal, de fibra óptica, tendidos eléctricos, represas, entre otras (cf. Portillo 2004, 17 de octubre). De esta forma, en el contexto regional se plantea la Iniciativa Para la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana (Iirsa)¹⁰⁵, de la cual Venezuela es uno de los 12 países miembros, haciendo parte del llamado *eje Andino*, junto con Colombia, Ecuador, Bolivia y Perú; así como también del eje Escudo Guayanés con Brasil, Guyana y Surinam.

El Pdesn 2007-2013 expone que la nueva estructura socioterritorial busca, entre otras cosas, mejorar la infraestructura para favorecer la integración geoestratégica con América Latina y el Caribe, ampliando la accesibilidad con la fachada andina y reforzando la accesibilidad hacia las fachadas amazónica y caribeña (*Líneas Generales del Plan de Desarrollo Económico y Social de la Nación 2007-2013* s. f., p. 43). El núcleo de la estrategia se basa en la vinculación entre ejes territoriales: el eje Occidental está conectado con el Oriental y Orinoco-Apure, que a su vez conectan con el eje Escudo Guayanés, y con el eje fluvial conformado por los Ríos La Plata, Amazonas y Orinoco, respectivamente. El Plan Nacional de Desarrollo Regional 2001-2007¹⁰⁶ del Ministerio de Planificación y Desarrollo planteaba que el objetivo de la “descentralización concentrada” era integrar

...el territorio nacional horizontal y verticalmente, uniendo eficientemente las fuentes de materia prima, los centros de producción, los centros de consumo y los centros de exportación: Puerto Cabello y los puertos de

105 La Iirsa es una iniciativa que surge en el año 2000, a partir de la propuesta que el BID y la CAF llevaron a la reunión de presidentes de Suramérica, realizada en Brasilia ese mismo año, y aprobada (inconsultamente con sus pueblos) por los 12 mandatarios regionales, y su fin es impulsar una integración física por medio de proyectos de infraestructura que sustente nuevas estrategias de desarrollo. Dicha iniciativa es financiada tanto por el sector público, el sector privado, y los organismos multilaterales de crédito como el BID, la CAF y Fonplata. Cf. IIRSA 2012.

106 Éste es el último Plan de Desarrollo Regional publicado por el ahora llamado Ministerio de Planificación y Finanzas.

aguas profundas en el lago de Maracaibo y en el oriente del país (Ministerio de Planificación y Desarrollo 2001, diciembre, s. p.).

De esta forma, uno de los cuatro proyectos de infraestructura, de los 31 que el Cosiplan decidió impulsar para 2012-2022, es la carretera Caracas-Bogotá-Buenaventura-Quito, que brindará a la actividad comercial entre estos países una salida al océano Pacífico, con un costo de 3 mil 350 millones de dólares. Estos proyectos serán financiados en su mayor parte por el Bndes de Brasil (cf. Zibeachi 2011, 3 de diciembre). Destaca, a su vez, el tratado binacional entre Petróleos de Venezuela (Pdvs) y la Empresa Colombiana de Petróleos (Ecopetrol) dentro del cual se contempla la construcción de un oleoducto binacional hacia el océano Pacífico que comprenderá 800 kilómetros de territorio venezolano y 780 kilómetros en suelo colombiano, según afirmara el ministro Rafael Ramírez (cf. AVN 2012, 18 de abril)¹⁰⁷. Uno de los objetivos fundamentales de este proyecto es enviar «más de 500 mil barriles día de petróleo provenientes de la faja del Orinoco y de las áreas en desarrollo de Colombia que podamos exportar hacia el Pacífico», con China como “socio estratégico”.

El desarrollo nacional, traducido en una articulación espacial en torno al comercio (mercado mundial capitalista), abre más caminos para la profundización del extractivismo y de la colonización territorial en beneficio de los grandes capitales. Los desarrollos de infraestructura –“corredores viales”– al oriente del país constituyen una vía para la circulación de mercancías que favorece a los capitales exportadores brasileños, evidenciando que es este país el principal interesado en la integración regional latinoamericana, para posicionarse hegemónicamente en la zona, configurándola en torno a su poderío económico, con el Bndes como el principal instrumento de su accionar neoimperialista.

Los elementos descritos a lo largo de este capítulo dan cuenta de que la Revolución Bolivariana está transitando por caminos profundamente problemáticos para el futuro de los pueblos que constituyen el país. Una serie de prácticas, contradicciones, proyectos y esquemas discursivos, colocan al Gobierno nacional en un verdadero dilema sobre el futuro de la sostenibilidad de nuestro modelo. Basta esperar si

107 Se trata de la modificación de un proyecto anterior, que en este caso será ampliado.

estos debates seguirán ocupando un lugar marginal o lograrán por fin tomar el importante puesto que le corresponden en la opinión pública nacional.

Capítulo 4

El futuro y la Faja Petrolífera del Orinoco: un acercamiento a los peligros de nuestro nuevo Dorado

Una construcción de la historia que no mire hacia adelante, sino hacia atrás, hacia la destrucción de la naturaleza material como ha ocurrido realmente, brinda un contraste dialéctico con el mito futurista del progreso histórico (que sólo puede sostenerse si se olvida lo sucedido).

Susan Buck-Morss

Nuestro derecho al desarrollo no es negociable.
Claudia Salerno, jefa de la delegación venezolana en la Cumbre de la Tierra Río+20

La teoría neoliberal debería advertir “prestamista, ten cuidado”, pero la práctica dicta “prestatario, ten cuidado”.
David Harvey

...a los señores que les molesta que nosotros nos endeudemos, nos vamos a endeudar más, porque necesitamos 236 mil millones de dólares.
Rafael Ramírez, presidente de Petróleos de Venezuela

...ninguna nación ha pagado jamás sus deudas.
Michael Hudson

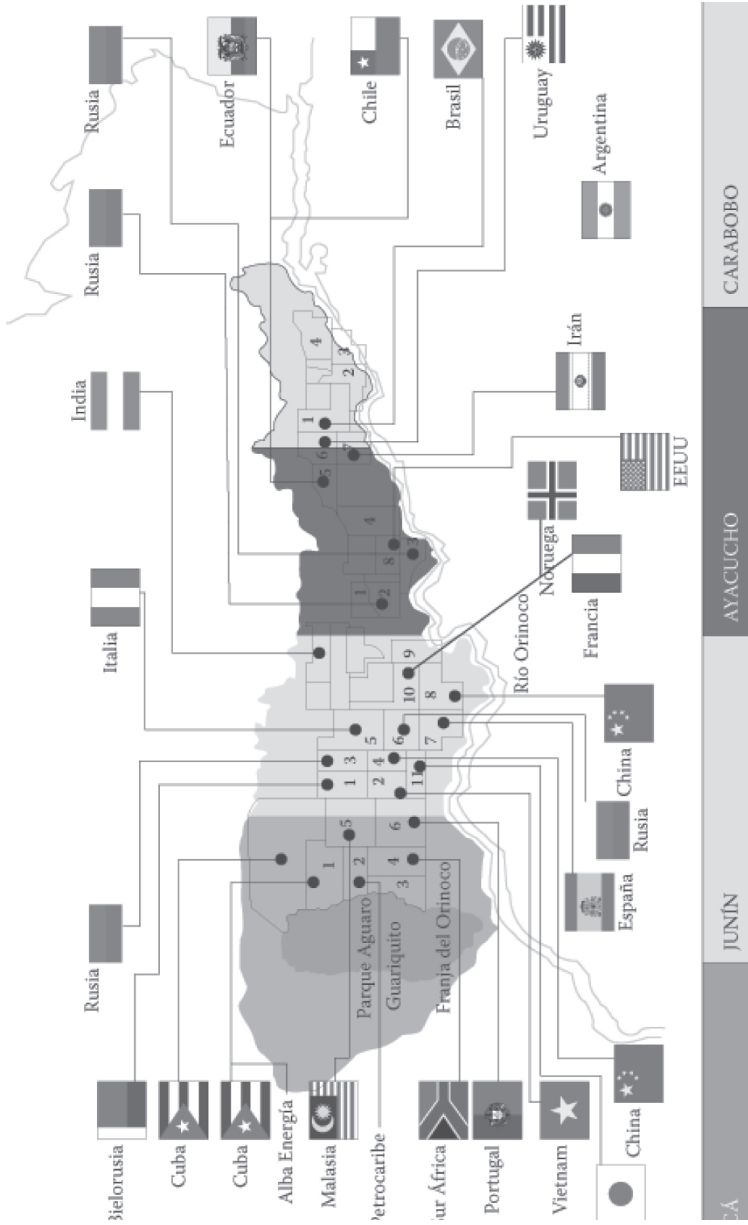
Hemos visto el significado que tiene la Faja Petrolífera del Orinoco en la geopolítica del desarrollo y su carga valorativa en el discurso político del Gobierno Bolivariano como el gran referente material del imaginario de “riqueza” nacional, puente para realizar el proyecto inconcluso de la modernización e “independencia” de Venezuela. La idea de llevar al país a ser una «potencia energética mundial» se sostiene sobre un megaproyecto de enormes dimensiones que, desde el año 2007, pasa a control mayoritariamente estatal, al ser decretado el 26 de febrero de ese año la nacionalización de la faja. Con este decreto (n° 5.200) se planteó la migración a empresas mixtas de los convenios de asociación, así como de los convenios de exploración a riesgo y ganancias compartidas, en los cuales la filial CVP (Corporación Venezolana de Petróleo) o alguna otra filial que se designe, debe mantener al menos 60% de participación accionaria (cf. Pdvsa s. f.)¹⁰⁸.

El 1° de noviembre de 2007 se aprueba en la Asamblea Nacional la creación de las empresas mixtas, que para el año 2012 se han concretado como Petrocarabobo (Pdvsa-CVP 60%, Repsol 11%, Petronas 11%, ONGC 11%, IOC 3,5%, OIL 3,5%, con una meta de producción total de 400 MBD), Petroindependencia (Pdvsa-CVP 60%, Chevron 34%, Mitsubishi 2,5%, Inpex 2,5%, Suelopetrol 1%, con una meta de producción total de 400 MBD), Petromacareo (Pdvsa-CVP 60%, Petrovietnam 40%, con una meta de producción total de 200 MBD), Petrourica (Pdvsa-CVP 60%, CNPC 40%, con una meta de producción total de 400 MBD), Petrojunin/Petrobicentenario (Pdvsa-CVP 60%, ENI 40%, con una meta de producción total de 240 MBD), y Petromiranda (Pdvsa-CVP 60%, Rosneft 8%, Gazprom 8%, Lukoil 8%, TNK-BP 8%, Surgutneftegaz 8%, con una meta de producción total de 450 MBD) (Pdvsa 2012, p. 24). Estos acuerdos se centran actualmente en dos de las cuatro áreas en que fue dividida la faja: Junín y Carabobo (las otras son Boyacá y Ayacucho), y representan a nueve países y unas 16 compañías transnacionales, a las que se suma Suelopetrol, de origen nacional¹⁰⁹.

108 Esto supuso la transformación de las antiguas asociaciones Petrozuata, Sincor, Cerro Negro y Hamaca.

109 Si se suman los proyectos de cuantificación de reservas y los acuerdos en negociación, tenemos unos 20 países y más de 20 compañías transnacionales.

BLOQUES POR PAÍSES. FAJA PETROLÍFERA DEL ORINOCO

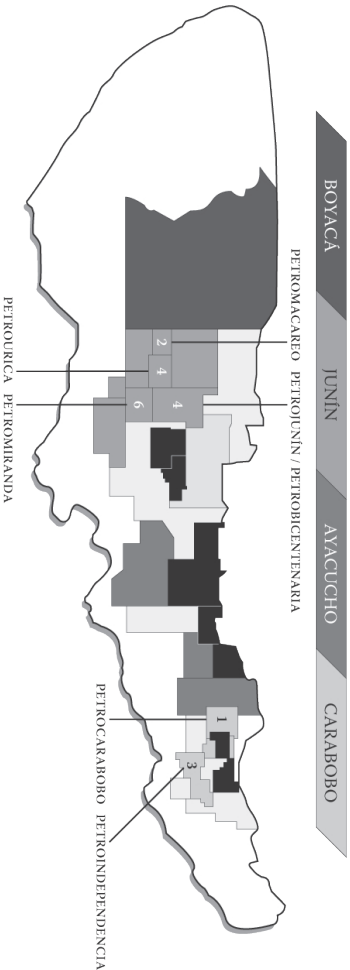


FUENTE: Petróleos de Venezuela S.A. (Pdysa), 2011

ACUERDOS FIRMADOS CON TERCEROS PARA EL DESARROLLO DE LA FAJA PETROLÍFERA DEL ORINOCO

Empresas Mixtas	Socio	Producción (MBD)
Petrocarabobo	PDVSA 60% Repsol 11% Petronas 11% ONGC 11% IOC 3,5% OIL 3,5%	400
Petroindependencia	PDVSA 60% Chevron 34% Mitsubishi 2,5% Inpex 2,5% Sudopetrol 1%	400
Total		800

Empresas Mixtas	Socio	Producción (MBD)
Petromacareo	PDVSA 60% Petrovietnam 40%	200
Petrourica	PDVSA 60% CNPC 40%	400
Petrojunin / Petrobicentenario	PDVSA 60% ENI 40%	240
Petromiranda	PDVSA 60% Rosneft 8% Gazprom 8% Lukoil 8% TNK-BP 8% Surghutefegaz 8%	450
Total		1.290



FUENTE: Petróleos de Venezuela S.A. (Pdvs), 2011

Pdvsa ha planteado que se trata del plan de inversiones más importante de la historia de la corporación, siendo que se estima una inversión durante el período 2012-2018, de 236 mil millones de dólares para “el desarrollo integral de la faja”, con una distribución de 81% Pdvsa y 19% sus socios (Pdvsa 2012, p. 27). Para alcanzar los 3,32 MMBD que se producirán en la faja del Orinoco para 2018, el presidente de la petrolera nacional, Rafael Ramírez, planteó que se ejecutarán en la zona cinco mejoradores de crudo, dos refinerías, 520 “macollas” (grupos de pozos conectados), lo que implica la perforación de 10.570 pozos; seis terminales para transporte crudo, productos y manejos de sólidos; así como terminales de almacenamiento y oleoductos (cf. AVN 2012, 8 de enero).

Pero más allá de ser sólo un cinturón que acumula las mayores reservas de hidrocarburos del planeta, la llamada Faja Petrolífera del Orinoco es un territorio que hace parte de dos biorregiones –la de los Llanos y la deltáica–, que alberga numerosos ecosistemas muy sensibles al cambio, los cuales aún se mantienen poco intervenidos. Con una extensión territorial similar a la de Croacia o Costa Rica (55.314 km²), esta zona se encuentra al sur de los estados Guárico, Anzoátegui, Monagas y Delta Amacuro –las acumulaciones de hidrocarburos van desde el suroeste de Calabozo, en Guárico, hasta la desembocadura del río Orinoco en el océano Atlántico– y comprende un área de explotación actual de 11.593 km², un área a cuantificar de 18.220 km² y un área remanente (parque nacional y áreas reservadas) de 25.501 km².

Las áreas más sensibles de la faja son, en primer lugar, el delta del Orinoco –cualquier contaminación química lo afecta en su conjunto– y, en segundo término, las sabanas inundables del sur de Guárico, la zona de morichales de mesa en Monagas y las riberas del Orinoco (Márquez Brandt [coord.] 1982, febrero, p. 69)¹¹⁰. Se encuentra bajo Régimen de Administración Especial (Abrae) el Parque Nacional Aguaro-Guariquito (estado Guárico), así como las diversas áreas protegidas del Delta (reservas de biosfera, reservas forestales, áreas boscosas bajo protección, parque nacional). Desde 1978, el Ministerio del Ambiente ha determinado que una parte de la zona que comprende la faja del Orinoco, denominada Mesa de Guanipa (Anzoátegui y Monagas), es un «Área Crítica con Prioridad de Tratamiento» (MPPA,

110 Los morichales representan el ecosistema del área de mayor valor y, al mismo tiempo, es el más sensible a la degradación, la cual puede ser de carácter irreversible.

Pnuma e IFLA 2010, p. 47), lo cual supone que, dadas sus condiciones ecológicas, esta zona requiere ser sometida con carácter prioritario a un plan de manejo, ordenación y protección, y los usos permitidos y las actividades que pueden realizarse por parte de entidades públicas o particulares están sometidos a limitaciones o restricciones, independientemente del derecho de propiedad que le asista¹¹¹.

Por otro lado, la Faja Petrolífera del Orinoco (FPO) es una zona con una población rural dispersa, de baja densidad en promedio, con escaso dinamismo, gran fragilidad de sus sistemas de producción y muy vulnerable ante el impacto de los flujos de capital; posee una débil estructura de ingresos y grandes problemas de accesibilidad y de servicios públicos, que son más acentuados en Boyacá y Junín (cf. Marín 2012). Existen a su vez, según el primer censo que realizara Minamb en las zonas de la Faja sobre pueblos indígenas en la década de los ochenta, grupos indígenas como los warao –ocho comunidades en esta zona petrolífera, al sur de Monagas y Delta– y los kariña –19 comunidades, al centro y sur de Anzoátegui (Ministerio del Ambiente y de los Recursos Naturales Renovables [MARNR] 1982a, febrero, p. 6).

Cabe resaltar que, como ya hemos mencionado, contenido en este espacio/naturaleza, y este centro poblacional que es la faja del Orinoco se halla una sola segregación de crudo pesado y extrapesado, con varios rangos de gravedad que cubren desde 7° hasta 18° API, siendo que la gravedad promedio es cerca de 10° API (Felder *et al.*, citado por Liu 2007). Este tipo de petróleo y bitúmenes presentan mayores dificultades y complicaciones en los procesos de extracción –en comparación con los crudos convencionales–, son de naturaleza altamente ácida –lo cual representa un factor corrosivo de mayor riesgo para la seguridad de las infraestructuras de refinerías y mejoradores–, y se caracterizan por un alto contenido de azufre, coque y metales pesados como el níquel y el vanadio. Son pues, los más altamente contaminantes, representando una intensificación de los daños ambientales propios de la actividad petrolera convencional.

A su vez, al ser extracciones mucho más complejas, se tornan más

111 El Área Crítica con Prioridad de Tratamiento Mesa de Guanipa se crea con el objeto de proteger sus cuencas hidrográficas y recursos, dado el alto grado de deterioro existente en ellas. Cf. Sistema Venezolano de Información sobre Diversidad Biológica s. f.

costosas y con una productividad menor de los pozos respecto a los crudos livianos, al tiempo que se dificulta el transporte para su comercialización, lo que finalmente hace que se coticen a un menor valor, en especial si presentan un alto contenido de azufre y metales pesados (cf. Hanzlik 2009, 9 de diciembre). Debido a las características de las arenas bituminosas –una combinación de arcilla, arena, agua, y bitumen– se necesitan aproximadamente unas dos toneladas de las mismas para producir un barril de petróleo –aproximadamente 1/8 de tonelada¹¹²–. Por lo tanto, la explotación exitosa del petróleo pesado y extrapesado supone severos peligros y amenazas tanto socioambientales como económicas. En este capítulo queremos resaltar en particular aquellas que ponen en serio peligro a la naturaleza y los bienes comunes no sólo de la faja del Orinoco, sino del cuerpo orgánico del territorio venezolano; y las que representan la posibilidad de apertura al *Nuevo Imperialismo* y la acumulación por desposesión por la vía del endeudamiento, en nombre del desarrollo. Veamos.

Naturaleza, bienes comunes y territorio: ¿“daños colaterales” o peligro de ecocidio en la faja del Orinoco?

El megaproyecto de explotación petrolera de la faja del Orinoco se encuentra precedido por penosos antecedentes ambientales y rodeado por oscuras proyecciones ecológicas futuras que hacen temer que esa biorregión esté en grave riesgo ante las dimensiones de los nuevos desafíos extractivos no convencionales. Es importante, a estas alturas de la crisis ecológica global, preguntarnos, cada vez con más énfasis, qué ganamos y qué perdemos, no sólo como nación, sino como

112 Para los 3,32 millones de barriles diarios proyectados para la FPO en 2018, éstos representarían el producto final de un proceso de mejoramiento que tendría que extraer en primera instancia unos 5.030 millones de barriles diarios aproximadamente. Los “pasivos ambientales” totales deben calcularse con base en este doble proceso (cálculos nuestros, realizados con el promedio de las razones crudo extrapesado/crudo sintético de los mejoradores Petropiar, Petromonagas, Petrocedeño y Petroanzoátegui, a partir de datos ofrecidos, a principios de 2013, por la Gerencia de la División de Mejoramiento de Pdvsa, adscrita a la Dirección Ejecutiva de Producción de la Faja Petrolífera del Orinoco). Cf. *YVKE Mundial y Prensa Pdvsa* 2013, 26 de enero.

planeta, al sostener nuestro futuro en la reproducción de sociedades basadas en combustibles fósiles. ¿Sabemos cuánta agua se requiere por cada barril de petróleo que producimos? ¿Cuánto CO₂ se enviará a la atmósfera? ¿Cuánta energía se necesita para producir un barril de crudo? ¿Cómo serán procesados los residuos de la extracción y dónde serán vertidos? ¿Qué sabemos de nuestro modelo de vida y base material para el futuro?

Los daños socioambientales de nuestra historia ecológica nacional de los últimos cien años, inherentes a toda actividad de explotación petrolera, que han sido representados como los “daños colaterales” de nuestra modernidad y “progreso” e invisibilizados en nuestro imaginario de “riqueza”, tienen en el lago de Maracaibo el reflejo emblemático de este proceso, el espejo en el cual mirarnos pensando en el futuro de la faja del Orinoco. Comprender lo que le ocurrió, y sigue ocurriendo al lago –el más grande de América Latina–, permite ver con mayor claridad lo que puede ocurrir con el Orinoco. El progresivo avance de la industria petrolera en este importante cuerpo de agua, lo fue convirtiendo en un instrumento funcional al proyecto político del petro-Estado venezolano, dejando así de ser una fuente de agua potable para el consumo y uso doméstico de los habitantes de la zona, sea por contaminación directa o por el ingreso mensual de miles de litros de agua salada debido a las operaciones de lastre y alijo de los barcos petroleros, lo que a su vez afectó la vida marina del lago y de otras especies como las aves acuáticas.

Las descargas de aguas residuales de hidrocarburos, especialmente las que provienen del Complejo Petroquímico El Tablazo; las descargas de petróleo por voladuras del oleoducto Caño Limón-Coveñas en Colombia; así como los derrames de crudo en el Lago por fallas en la red de tuberías (MPPA, Pnuma e IFLA 2010, p. 107) –no olvidemos el encallamiento del buque tanque griego Nissos Amorgos en 1997¹¹³–, han sido los principales determinantes para convertir al Lago de Maracaibo en una cloaca petrolera. El propio ministro de Energía y Petróleo, Rafael Ramírez, ha reconocido que en el lago hay una estructura tradicional que ha envenenado sus aguas,

113 Para más detalles de este desastre ambiental y sus perjudiciales efectos, véase Severyn, Delgado, Godoy y otros 2003. Efecto del derrame de petróleo del buque Nissos Amorgos sobre la fauna macro invertebrada bentónica del Golfo de Venezuela: cinco años después.

la cual es muy complicada de revertir: unos 45 mil kilómetros de tubería en su lecho que con el deterioro generan cotidianas fugas de combustible (cf. *Prensa Latina* 2011, 7 de febrero). La condición impuesta al Lago de Maracaibo como “zona de sacrificio” imposibilita su autoregeneración, el cual presenta incrementos en los procesos de eutrofización, pérdida de biodiversidad de los ambientes acuáticos y disminución de peces, deterioro de la zona marino-costera, al tiempo que la salud de los pobladores de las zonas aledañas se ha visto severamente afectada.

Si, como hemos explicado en el capítulo anterior, por un lado la lógica extractivista y de acumulación prevalece sobre la ecología, asimilándola –lo cual se ve representado en la idea de “desarrollo sustentable”– y, por el otro, contabilizar los llamados “pasivos ambientales” atenta contra la rentabilidad capitalista, es fundamental observar las tensiones presentes en la planificación de los proyectos de la faja del Orinoco por parte de Pdvsa, compañía en la cual obviamente prevalece la lógica empresarial, que coloca los negocios antes que la naturaleza y los pobladores, a lo cual se contraponen las voces que reclaman los costes socioambientales y políticos de dichos proyectos, aupados (¿paradójicamente?) por un discurso gubernamental que reivindica como prioridad los intereses del pueblo y la meta del salvar el planeta.

Es resaltante ver cómo en un país que regularmente invierte al año menos de 1% de su presupuesto anual en protección ambiental –llegamos a 1% en 2012 (cf. Embajada de la República Bolivariana de Venezuela en los Estados Unidos de América 2011, 1 de noviembre; cf. INE s. f.i)–, teniendo más de 40% de su territorio bajo régimen de administración especial, la compañía petrolera nacional Pdvsa haya reducido en casi 50% en 2011 las inversiones en el área ambiental respecto a 2010, al pasar de US\$ 231,71 millones a US\$ 118, 82 millones (Pdvsa 2011, julio, p. 50; 2012, p. 44), en momentos en los cuales se están realizando nuevas obras e inversiones para aumentar la producción en la faja del Orinoco.

La propia Corporación Venezolana de Petróleo (CVP) es el ente encargado de desarrollar los lineamientos de la política ambiental de Pdvsa y responsable del cumplimiento de éstos en la Faja Petrolífera del Orinoco y todas sus áreas operacionales (MPPA, Pnuma e IFLA 2010, p. 181). Esto refleja unas muy débiles y parcializadas

contralorías ambientales, llenas de dificultades, vacíos y generalidades, que disuelven el severo problema ambiental cometido y por cometer en eufemismos o en el olvido. Podemos ver, por ejemplo, cómo en los acuerdos para la aprobación de las empresas mixtas publicados en *Gaceta Oficial* n° 39.404 (jueves 15 de abril de 2010), se plantea una situación ambiental muy riesgosa, pues en la Condición Novena, se expresa:

La empresa mixta deberá planificar y ejecutar todas las medidas de remediación y abandono necesarias para restaurar el Área Delimitada y cualquier otra área geográfica que resulte afectada por las actividades de la Empresa Mixta a la condición requerida por las leyes y regulaciones aplicables, en el entendido de que la Empresa Mixta no será responsable por daños ambientales previos a la fecha de inicio de sus operaciones o por daños posteriores a esa fecha que no sean consecuencia de las actividades de la Empresa Mixta, *según lo establezca la auditoría ambiental a ser realizada por la Empresa Mixta*¹¹⁴.

Estas pautas de los contratos de las empresas mixtas suponen una situación en la cual los actores de acumulación capitalista en la faja se acusarían y/o juzgarían a sí mismos de los daños ambientales en la zona, lo cual, en jerga criolla, no es más que “pagar y darse el vuelto”. Y, sobre todo es importante resaltar que estamos hablando de transnacionales petroleras con un historial devastador de daños ambientales, como la norteamericana Chevron Texaco –que destaca por los desmanes dejados en la Amazonia Ecuatoriana–, la española Repsol y hasta la China National Petroleum Corporation, también muy cuestionada al respecto. Son necesarios actores independientes que evalúen y juzguen el accionar depredador de las petroleras, como lo podrían ser las propias comunidades organizadas que viven en

114 Cf. *Acuerdo mediante el cual se aprueba la constitución de una empresa mixta entre la Corporación Venezolana del Petróleo, S.A. (CVP) y las empresas Chevron Carabobo Holdings APS, Mitsubishi Corporation, Inpex Corporation y Suelopetrol C.A., S.A.C.A., o sus respectivas afiliadas* 2010, 26 de marzo a; *Acuerdo mediante el cual se aprueba la constitución de una empresa mixta entre la Corporación Venezolana del Petróleo, S.A. (CVP) y las empresas Repsol Exploración S.A., PC Venezuela LTD, ONGC Videsh LTD, Oil Indian Limited e Indian Oil Corporation Limited o sus respectivas afiliadas* 2010, 26 de marzo b, pp. 375.863, 375.864 y 375.866; subrayado nuestro.

los territorios de la FPO o en sus cercanías, las cuales ya están siendo afectadas por el incremento de la actividad petrolera, principalmente en el bloque de mayor producción, como lo es Junín¹¹⁵.

Ante esta situación, quien fuera ministro del Poder Popular para el Ambiente, Alejandro Hitcher, señaló, en marzo de 2012, que las actividades de extracción de crudo en la faja no inciden negativamente en el ecosistema de la región:

Por supuesto que sí es compatible (la actividad de extracción con el ecosistema) siempre y cuando actuemos con la diligencia con la que actuamos. Nuestra empresa petrolera cada día toma más conciencia. Pdvsa tiene más destreza, más habilidad, más experticia en el manejo de petróleo en ecosistemas de alta diversidad (AVN 2012, 22 de marzo, s. p.).

Este argumento, que intenta definir el problema estructural de daño ambiental que produce una industria inherentemente antiecológica como un problema administrativo y/o tecnológico —«hay que mejorar la gestión»—, se refleja igualmente en la vocería de la oposición venezolana, cuando el ex ministro del Ambiente y coordinador de la comisión del mismo asunto en la MUD, Arnoldo Gabaldón, garantizaba que con el apoyo de la plataforma «ambiental, ecológica y responsable de Henrique Capriles Radonski», el pandemónium ambiental de la Faja Petrolífera del Orinoco, sin duda alguna, se revertirá, «Tenemos las ideas, los planes, las herramientas y el personal ambiental calificado para emprender la más importante tarea ambiental que requiere el país», aseveró (cf. *Noticias 24* 2012, 18 de abril).

A pesar de lo afirmado, las amenazas a la biorregión de la faja del Orinoco no sólo han sido denunciadas por grupos ecologistas y diversos activistas, sino que incluso aparecen reflejadas en los propios estudios ambientales del Ministerio del Ambiente y de los Recursos Naturales Renovables realizados a principio de la década de los ochenta, en el marco del lanzamiento de la faja luego del descubrimiento de las enormes reservas contenidas en ella a fines de la década del sesenta, y la posterior concreción de la nacionalización del petróleo en 1976 (cf. Martínez 2006, 21

115 Nos referimos en especial a centros poblados como Mapire, Zuata, San Diego de Cabrutica y Santa Clara.

de noviembre). Estos informes, junto a una serie de estudios actuales, dan cuenta de algunas advertencias y peligros concretos del desarrollo de esta zona petrolífera.

La explotación intensiva de petróleo en los territorios de la faja implicaría la eliminación integral de la vegetación de miles de hectáreas, haciéndose evidente la presencia de grandes superficies “desnudas”, ocasionando un impacto que provocaría una fuerte dificultad para la “auto-recuperación” de la vegetación natural. Incluso, en áreas aparentemente poco sensibles de la faja, como las sabanas abiertas de mesas arenosas, las consecuencias de esta eliminación integral de miles de hectáreas de vegetación también ocasionaría una desertificación vegetal con un costo elevado de restauración artificial, así como la desaparición definitiva de especies con un modo de reproducción vegetativo predominante (MARNR 1982c, febrero, pp. 207-209). El efecto potencial de las actividades de perforación son los derrames de petróleo, las descargas a los cursos de agua cercanos, filtraciones de agua salada y/o químicos a los acuíferos, lo que afecta tanto a aguas superficiales como a las subterráneas (Márquez Brandt [coord.] 1982, febrero, p. 88).

Dependiendo del tipo de tecnología empleada en la recuperación del crudo, el proceso de extracción puede elevar sus niveles de destrucción de la naturaleza y de daño socioambiental¹¹⁶. El presidente de Pdvsa, Rafael Ramírez, planteó que con el método de extracción de la “macolla”, que será empleado en la faja, se puede aminorar el daño ambiental: «En el concepto de la macolla perforas todos los pozos en una sola localización y vas por el subsuelo con los tubos, lo que reduce muchísimo el impacto ambiental» (AVN 2011, 16 de septiembre, s. p.). No obstante, si bien el daño a la vegetación que se encuentra sobre la superficie se podría reducir con las macollas, se sigue generando un daño en tierras profundas, siendo que en los pozos direccionales, por cada pozo perforado, se produce de 20 a 30% más de residuos sólidos y líquidos que en los pozos verticales (Oilwacht 2007, p. 22). Diego Di Risio, investigador del Observatorio Petrolero

116 Cabe preguntarse, ¿cuáles serán las consecuencias si, en el afán de aumentar la capacidad de recuperación del crudo y, por ende, de las reservas probadas, se aplicaran nuevas tecnologías de mayor rentabilidad económica pero de mayor daño ecológico? Sobre esto, véase Camacho 2012, 17 de febrero.

Sur, plantea con respecto a la explotación de gas de esquisto: «la perforación horizontal permite extender la injerencia de cada pozo por kilómetros –al haber seis ductos por pozo– y estos son agrupados de 6 a 8 por área» (2012, 31 de enero).

Por su parte, el Parque Nacional Aguaro-Guariquito pudiese estar amenazado ante la inminente explotación masiva en la FPO. El ministro Ramírez expresaba:

...ya conocemos el área geográfica de la faja. Nosotros vamos a llegar hasta aquí, hasta el parque nacional Aguaro-Guariquito, porque no vamos a intervenir ese parque, de manera que realmente la faja tendría hasta aquí su extensión, desde el punto de vista petrolero (2012, 17 de abril, s. p.).

No obstante, como refleja un informe geoambiental del INE, el Parque Nacional «se incluyó dentro del área de la faja por presentar cantidades considerables del importante mineral» (INE s. f.d, p. 9). En todo caso, el Aguaro-Guariquito se encuentra en la zona de influencia de las extracciones petroleras, y en los estudios ambientales iniciales del Ministerio del Ambiente de la década de los ochenta ya se hablaba de procesos de contaminación en el parque nacional, no sólo por actividades agrícolas, sino incluso por actividad petrolera:

Las exploraciones petroleras se realizan de una manera no acorde con las exigencias mínimas estipuladas por el Ministerio del Ambiente para la protección del Parque. Las vías de penetración que sirve de comunicación entre los pozos perforados y entre los caseríos, después de un año de uso presentan erosión hídrica, así como alteran el drenaje de las sabanas e interceptan morichales (estos últimos son los principales abastecedores de agua a los ríos del Parque). Así mismo, se observan derrames en las fosas de residuos de algunos pozos (MARNR 1982d, febrero, pp. B-5, B-6).

El avance de la frontera petrolera presiona constantemente por la ocupación de nuevos espacios naturales –como está ocurriendo con la Amazonía, Alaska o el Ártico, por mencionar algunos–, lo cual supone grandes peligros para un país como Venezuela, en el cual 85% del agua potable y 80% de la energía eléctrica que consumimos sus pobladores tienen su origen en parques nacionales, sin contar con que dependemos de esta naturaleza protegida para regular el clima,

tal y como lo afirma Viviana Salas, presidenta de la Asociación Civil Bioparques (cf. Gamboa 2011, 11 de noviembre).

Por otro lado, tenemos que los estados de la FPO producen un porcentaje muy importante de los alimentos vegetales que se consumen en el país –40% de los cereales, 25% de las leguminosas graneras, 14% de las raíces y tubérculos y 7% de las hortalizas, para el período 1988-2005 (cf. Marín 2012)–. Entonces ¿qué pasaría con la producción agrícola de la faja? Según alerta Douglas Marín, biólogo y asesor de ambiente en la Gerencia General de Planificación y Gestión de Refinación de Pdvsa, «El auge de la actividad petrolera en la FPO representa una nueva amenaza para la agricultura en el área» (í.d.). Están en serio peligro los cultivos locales por la contaminación de los mismos por la vía acuática o terrestre, afectando al mismo tiempo la fertilidad del suelo, su productividad y por ende la propia economía local, que a su vez se proyecta que sea reestructurada por los planes para un desarrollo agrícola de 500 mil hectáreas en la FPO –210 mil para cultivos mecanizados y 12 mil de otros cultivos como algodón, semillas y hortalizas (cf. Globovisión 2012, 9 de mayo)–, dejando latente la amenaza de implantación de un modelo agroindustrial globalizado¹¹⁷. Una progresiva desaparición de la agricultura campesina en la zona pudiera provocar una posterior migración y conversión de campesinos locales en nuevos obreros de la maquinaria rentista nacional, así como el peligro de la desintegración de los pueblos indígenas kariñas y waraos que habitan estos territorios.

Hay un importante dilema que presenta un tipo de desarrollo como el que se pretende llevar a cabo con los crudos no convencionales de la faja del Orinoco. Si bien la Ley de Aguas de 2007 propone en su artículo 5, numeral 11, que «La conservación del agua, en cualquiera

117 En 2004, Vía Campesina denunciaba la siembra de 500 hectáreas de soya transgénica en la Mesa de Guanipa, que el presidente Chávez posteriormente cancelaría. El Proyecto de Desarrollo Agrario José Inácio de Abreu e Lima, que actualmente adelanta el Gobierno en la Mesa de Guanipa, con la cooperación de Brasil, ha alcanzado la siembra de 14 mil hectáreas de soya (2012), mientras que Elías Jaua precisó que Venezuela requiere de 600 mil hectáreas para lograr el pleno abastecimiento de este cultivo, meta planteada para el período gubernamental 2013-2019. Los transgénicos actualmente están en ofensiva en América Latina. ¿Permitiremos su entrada en el futuro próximo? Cf. Vía Campesina 2004, 23 de abril; cf. Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información 2012, 15 de noviembre; cf. Lovera Calanche 2012, 26 de mayo.

de sus fuentes y estados físicos, prevalecerá sobre cualquier otro interés de carácter económico o social» (Ley de Aguas 2006, 29 de diciembre, s. p.), crudos como las arenas bituminosas de Athabasca, Canadá –otro terrible espejo en el cual mirarnos– o como los de la faja, requieren enormes cantidades de agua dulce para su producción y procesamiento, que posteriormente se convierten en desechos, lo cual tiene consecuencias nefastas para los ecosistemas y las poblaciones de la zona. Se trata de una situación crítica que, debido a las magnitudes del proyecto, representa una potencial escalada de contaminación del agua del oriente del país de grandes proporciones. Se establece, de hecho, una elección entre agua para el consumo o petróleo.

Hoy día la inyección de agua en los yacimientos es el principal método de recuperación secundaria utilizado en la producción mundial (Pdvsa 2011, julio, p. 65), siendo que Venezuela no es la excepción debido a su empleo en numerosos yacimientos. A su vez, como los crudos no convencionales no son directamente comercializables debido a su alta viscosidad, alto contenido de azufre y de metales pesados, es necesario que éstos pasen por un proceso de “mejoramiento” denominado “crudo sintético”, en el cual, para obtener 125 mil barriles de crudo sintético, se emplean unos tres mil litros de agua dulce por segundo (*El Reventón* 1980, noviembre, p. 397). Diversos cálculos plantean que de cada barril de petróleo extraído se requieren de tres (Reyes y Ajamil, cit. por Bravo 2007, mayo, p. 15)¹¹⁸ a 4,5 barriles de agua¹¹⁹. Por ejemplo, para el módulo de Petrourica, que tiene como meta la extracción de 400 mil B/D de petróleo, se tendría una producción de 190 millones 800 mil litros de agua contaminada cada día. La cifra del total de producción, sumando todas las metas de las empresas mixtas en cada módulo, es realmente escalofriante y verdaderamente preocupante.

Estas gigantescas cantidades de agua deberán ser abastecidas por el río Orinoco, lo cual puede alterar el ciclo del agua, su ciclo hidrológico, debido a modificaciones de las condiciones de infiltración y flujo, ocasionando cambios en la calidad del agua y en los regímenes

118 Esta cifra es similar a la asignada a las arenas bituminosas de Alberta, en Canadá (3,3 barriles de agua por barril de crudo sintético) (Hernández 2009, diciembre, p. 7).

119 Cálculos realizados a partir de la producción de desechos de la planta de mejoramiento de Lagoven (MARNR 1982d, febrero, s. p.).

de temperatura y precipitación, lo que afecta la capacidad de almacenamiento de agua en las cuencas y el proceso de evaporación y evapotranspiración (MPPA, Pnuma e IFLA 2010, p. 126).

Esta agua transformada en desecho no es apta para el consumo humano, animal o agrícola, y representa así otra fuente de contaminación, lo que supone una dificultad para su eliminación. A pesar de que Pdvsa inyectó para la recuperación secundaria de hidrocarburos y en yacimientos petrolíferos no aprovechables, 66,10% del volumen total de agua generado durante el año 2011 (Pdvsa 2012, p. 67) –en el que se cuenta las llamadas “aguas de formación”, sumamente tóxicas para el medio ambiente¹²⁰–, la reinyección en pozos no deja de representar un peligro, debido a que pone en riesgo de contaminación a los acuíferos subsuperficiales y hasta superficiales que puedan hallarse en las inmediaciones de los pozos inyectoros (Bravo 2007, mayo, pp. 15-16). En las zonas de la faja en la cual hay carencias de agua –generalmente alejadas del Orinoco– la contaminación de las aguas subterráneas podría ser devastadora para la población.

Cosa similar ocurre con las fosas, que son excavaciones que se hacen junto a un pozo para depositar en ellas los desechos de perforación, las cuáles si no son saneadas dejan a la intemperie sustancias tóxicas como azufre y metales, que emiten gases de hidrocarburos volátiles (Márquez Brandt [coord.] 1982, febrero, p. 87) y contaminan suelos y aguas. Lamentablemente, la proyección de un enorme crecimiento futuro del número de fosas viene acompañada por la gran deuda que tiene Pdvsa hasta la actualidad, la cual apenas ha saneado 29,48% de un total de 13.943 fosas en el período 2001-2010, quedando aún contaminadas 9.833 (Pdvsa 2011, julio, p. 73), evidencia de un penoso antecedente para la faja.

Los procesos de mejoramiento de estos crudos finalmente dejan secuelas mucho más graves que en el caso de los hidrocarburos convencionales. En primera instancia, requiere del empleo de mucha más energía que el petróleo convencional, incluyendo en el transporte –en

120 Estas aguas están presentes en las rocas antes de la perforación y son producto de 150 millones de años de procesamiento natural. Poseen niveles muy altos de cloruros y metales pesados, una alta salinidad, así como químicos incorporados en el proceso de extracción y unas altas temperaturas, lo cual afecta a organismos de agua dulce y la cadena trófica, impactando al propio ser humano (Oilwatch 2007, pp. 22-25).

promedio, unas tres veces más, casi similar a las arenas bituminosas de Canadá—, la cual se obtiene de fuentes como el gas o la electricidad, por lo que se intensifica el consumo de naturaleza intentando mantener una tasa de retorno energética razonable, en un país que además tiene serias deficiencias para satisfacer el propio consumo básico de electricidad en el contexto doméstico.

En segundo lugar, y como uno de los problemas más sensibles originados a raíz del mejoramiento de los crudos de la faja del Orinoco, está la generación de coque y azufre, subproductos de este proceso. El coque está dividido en micropartículas que fácilmente pueden entrar a las vías respiratorias a través del aire, afectando a comunidades cercanas a las zonas de almacenamiento. Además, por su alto contenido de vanadio y níquel, son una amenaza para la biodiversidad. Se calcula que del mejoramiento de crudos de 8° API se producen efluentes que contienen en promedio 400 ppm de vanadio y 100 ppm de níquel. Estudios señalan que concentraciones de 4.8 ppm de vanadio en el agua tienen efectos letales en peces (MARNR 1982b, pp. 125, 127), y que este componente puede permanecer en los sedimentos de los ríos por lo menos unos diez años (Bravo 2007, mayo, p. 19). No obstante, el director ejecutivo de la faja del Orinoco de Pdvsa, Pedro León, negó que el coque cause daños a la salud de los trabajadores o comunidades cercanas, alegando que «hay trabajadores que tienen 12 años trabajando con coque y están sanos. Es una matriz mediática decir que es un problema de salud» (en Tovar 2012, 6 de septiembre).

Al mismo tiempo, los gases emitidos en estos procesos son sumamente dañinos. El H_2S o ácido sulfhídrico, emitido en el procesamiento del coque, «puede ser dañino para la salud humana y concentraciones elevadas pueden ser fatales» (MARNR 1982b, pp. 145-146). El SO_2 o dióxido de azufre, ha sido reconocido como de muy grave toxicidad por las naciones del mundo y es el principal causante de la lluvia ácida, que para un tipo de suelos ácidos como los de la faja del Orinoco puede provocar una disminución de su fertilidad. Afecta a su vez a peces y fauna acuática en general, en ocasiones de manera mortal. Puede generar daños crónicos en la vegetación, y en humanos va desde problemas respiratorios y enfermedades pulmonares —con concentraciones de 105 a 265^{kg/m³} SO_2 (promedio anual)— hasta el aumento de las tasas de mortalidad en caso de concentraciones superiores a 500 kg/m^3 SO_2 (íd.). La contaminación con

los denominados “bifenilos policlorados” (PCBs), compuestos químicos considerados Contaminantes Orgánicos Persistentes (COP) presentes en el procesamiento del petróleo, es sumamente peligrosa y fue catalogada por el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (Pnuma), como uno de los 12 contaminantes más nocivos fabricados por el ser humano, siendo clasificados por la Agencia Internacional de Investigación sobre Cáncer (IARC) de la Organización Mundial de la Salud como «probablemente carcinógeno para humanos» (García s. f., p. 4).

La toxicidad de estos desechos hace difícil y comprometida su disposición y utilización. Según el ingeniero Nelson Hernández, por cada barril mejorado se producen 25 kg de coque y 3,25 kg de azufre (2009, diciembre, p. 7). El director ejecutivo de Pdvsa para la faja del Orinoco, Pedro León, ha expresado que la producción de coque alcanza las 6 mil toneladas diarias por cada uno de los cuatro mejoradores de la faja (cf. Tovar 2012, 6 de septiembre), y unas 900 toneladas de azufre (cf. *Dirección Aló Presidente* 2010, 13 de junio)¹²¹. Siguiendo los cálculos de Hernández, si alcanzáramos la meta de producción petrolera en la faja de 3,32 millones de B/D para 2018, la producción de coque sería de unos 83 millones de kilos diarios, y de azufre, unos 10 millones 790 mil kilos, lo cual plantea la pregunta, ¿dónde se almacenará esta enorme cantidad de estos subproductos?, tomando en cuenta, además, que en la actualidad el área de almacenaje de los mejoradores que operan en el criogénico José Antonio Anzoátegui ya alcanzó su máxima capacidad –entra más coque del que se despacha–, y en el lugar se ha acumulado una enorme montaña color negro que alcanza la altura de un edificio de 15 pisos (Abreu 2011, 23 de diciembre) –unas 6 millones de toneladas de coque según anunció en julio de 2012, el vicepresidente de Exploración y Distribución de Pdvsa, Eulogio del Pino (cf. Editor EA 2012, 8 de julio)–, lo cual ha provocado el reclamo de comunidades aledañas y grupos ambientalistas¹²².

121 El ex ministro del Ambiente y coordinador de la Comisión de Ambiente de la MUD, Arnoldo Gabaldón, informó que en conjunto los mejoradores de Petromiranda y Petroindependencia generan unas tres mil ton/día de azufre y 16 mil ton/día de coque, siendo cifras mayores a las anunciadas por voceros del Gobierno. Cf. *Noticias 24* 2012, 18 de abril.

122 En enero de 2013, Pdvsa anunciaba que entre noviembre y diciembre de 2012 se cargaron nuevos buques con un total de 450 mil toneladas de coque procedente de la faja del Orinoco, que el terminal de em-

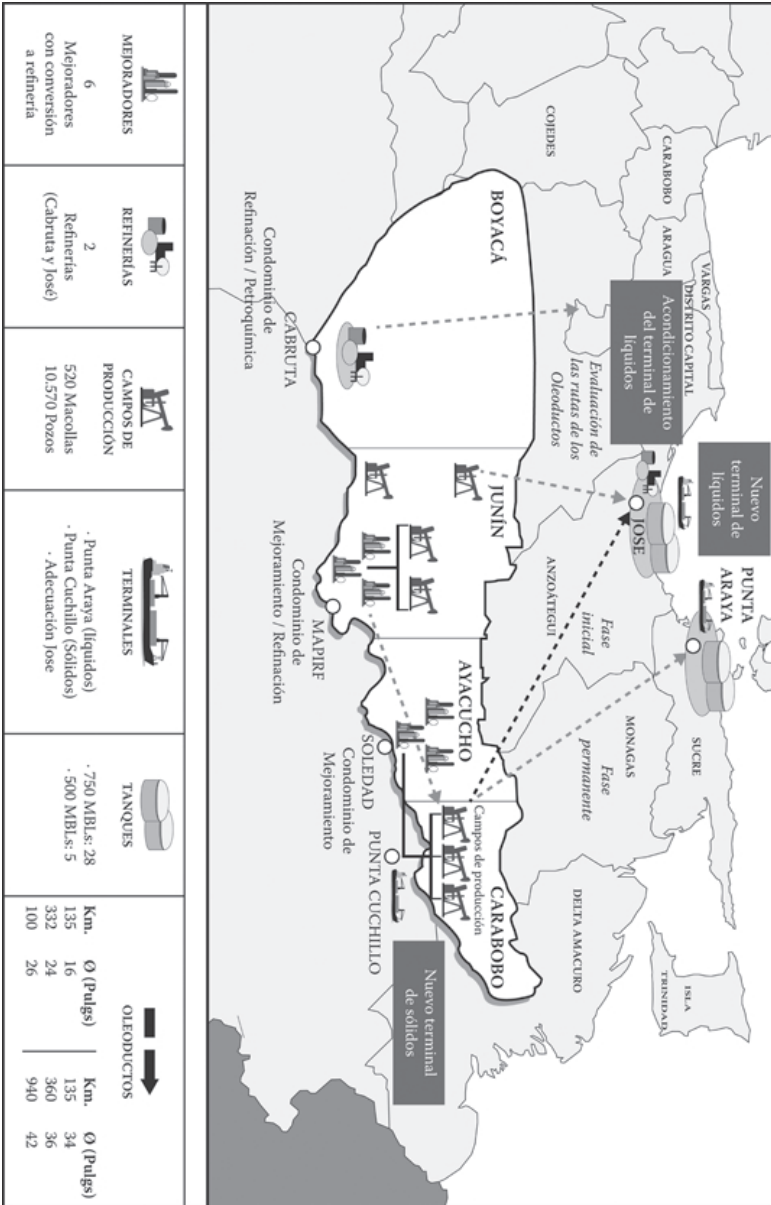
La extensión de una compleja red de infraestructuras para el procesamiento de crudos, transporte y manejo de residuos, representa la implantación de un modelo socioambiental insustentable en la zona, una amenaza para áreas forestales, ríos y mar. ¿Qué peligros revestirá para el Parque Nacional Aguaró-Guariquito la construcción de la refinería de Cabruta (Santa Rita) en sus áreas aledañas?¹²³ ¿Qué criterios prevalecerán para la ubicación de los mejoradores de Junín y Ayacucho, los cuales serán implantados en las proximidades del río Orinoco, o sus zonas de influencia, debido a la necesidad del uso de sus aguas?¹²⁴ ¿Cómo conciliar esta red de extracción petrolera con el mantenimiento de cuencas prioritarias como Manapire, Iguana, Zuata, Pao y Carís, que forman parte del territorio donde se ubican los bloques Boyacá, Junín, Ayacucho y Carabobo? En un informe geoambiental del INE se plantea: «Sabido el incalculable valor en biodiversidad que poseen las riberas del río Orinoco y su delta –además de la población que vive de la pesca– es importante preguntarse si existe la sostenibilidad de la actividad petrolera en esta unidad ambiental» (INE s. f.d, p. 17), lo cual, al mismo tiempo, genera un cuestionamiento al pensar en los proyectos de poblamiento de la faja del Orinoco propuestos por el Gobierno Nacional.

barque de coque de Petroanzoátegui había sido sometido a un programa de mantenimiento integral y que se encontraba despachando buques a una tasa de embarque de 1.500 toneladas de coque por hora. Cf. *YVKE Mundial y Prensa Pdvsa* 2013, 26 de enero.

123 En mapa de la ruta ferroviaria para el transporte de desechos, propuesta para la FPO, dicha ruta aparece atravesando el Parque Nacional Aguaró-Guariquito, pasando previamente por la refinería Santa Rita en dirección al occidente del país. Pdvsa-CVP. Proyecto Socialista Orinoco. Vialidades 2010, cit. por Reinoza 2010, p. 65.

124 Y más allá de los territorios de la faja: ¿cuál será el futuro de Puerto La Cruz con el gran aumento de la actividad de procesamiento que se dará en el Complejo Petroquímico de Jose?

RED DE INFRAESTRUCTURAS Y TRANSPORTE PARA LA FAJA PETROLÍFERA DEL ORINOCO



FUENTE: Pdvs. Proyecto Socialista Orinoco.

El manejo de residuos líquidos se hará a través de un nuevo oleoducto de 432 km hasta el terminal y patio de tanques de Punta Araya, estado Sucre, donde serán almacenados en terminales con una capacidad inicial de 800 mil b/d. Los residuos sólidos (como el coque y el azufre) se trasladarán por ferrocarril hasta el río Orinoco y luego por barco hasta el terminal de sólidos en Punta Cuchillo, estado Bolívar (Heinrich Böll Stiftung 2011, mayo, p. 26). Si bien las dimensiones del río Orinoco permiten una mayor capacidad para la disolución de los efluentes, es fundamental resaltar que su corriente arrastra los contaminantes que se depositaron aguas arriba, hasta el Delta, la zona más frágil y delicada de toda la faja.

Preocupaciones y características similares aplican para el caso de los derrames de crudo. El recién citado *Informe Geoambiental* del INE plantea que «La Faja Petrolífera del Orinoco, por sus características físico-naturales, es un ambiente propenso a sufrir derrames de petróleo una vez que se inicien todas las explotaciones a lo largo y ancho de la misma» (INE s. f.d, p. 11). A diferencia de los crudos convencionales, los derrames derivados de la extracción petrolera en la faja pueden ser mucho más perjudiciales. Si bien los crudos más pesados son menos tóxicos en el corto plazo, éstos pueden permanecer en el ambiente por mucho más tiempo.

Si hubiese un aumento del tráfico de barcos en el Orinoco, y la aparición de tanqueros, pudiese ocurrir un accidente que provocara un derrame. El impacto real de éste sobre los ecosistemas se presentaría en las áreas deposicionales del río, donde el petróleo quedaría estancado. Al igual que mencionamos con el caso de efluentes, con la ocurrencia de un derrame la corriente del río transportaría la mancha de petróleo hasta su delta e incluso su frente marino u oceánico (ibíd., p. 17), donde los daños serían mayores. El petróleo se acumula en estas zonas sin corriente y se deposita en el fondo, mezclado a lodos orgánicos, matando toda vida por un gran período (MARNR 1982d, febrero, p. 141). Los crudos extrapesados no se esparcen, no pueden ser recogidos de la superficie del agua utilizando los equipos convencionales de recolección, ni pueden ser bombeados sin previo calentamiento o mezcla (íd.).

Los derrames de petróleo son cotidianos en todo el planeta. En informe ambiental de 2010, Pdvsa anunciaba que se habían derramado un total de 121.527,42 barriles ese año (Pdvsa 2011, julio, p. 53) –19 millones 322 mil 860 litros de hidrocarburos, lo que se podría

expresar en unos 53 mil litros cada día—. ¿Estamos preparados para afrontar el impacto de un derrame petrolero en el Delta del Orinoco? El ex ministro del Ambiente, Alejandro Hitcher, resaltó que «Somos el único país del mundo con petróleo y diversidad de agua y el único país con experiencia de derrame en ríos» (AVN 2012, 22 de marzo, s. p.). Sin embargo, las interrogantes dejadas sobre la posible gravedad del derrame petrolero en el río Guarapiche, ocurrido en febrero de 2012, desataron una serie de polémicas acerca de las gestiones de seguridad ambiental por parte de Pdvsa, siendo una señal de alarma respecto a la faja del Orinoco, sus ecosistemas y pobladores¹²⁵.

Por último, pero no menos relevante, de acuerdo con un estudio de la US National Energy Technology Laboratory (NETL) de 2009, los crudos extrapesados de la faja del Orinoco, al requerir usos intensivos de energía para su extracción y procesamiento, arrojan como resultado una emisión de gases de efecto invernadero varias veces mayor que la de la extracción de crudos convencionales (Heinrich Böll Stiftung 2011, mayo, p. 26). NETL actualmente estima un valor promedio de 95 kg CO₂E/bbl, más bajo en comparación que los bitúmenes de Canadá (112 kg CO₂E/bbl) –teniendo en cuenta que los datos precisos de emisiones por la producción de crudos extrapesados en Venezuela son más difíciles de conseguir que el de las arenas canadienses–, y resalta que en términos de un análisis del ciclo de vida, todavía significa que «el bitumen de Venezuela, las arenas bituminosas de Canadá, y Nigeria destacan por tener altas emisiones de GEI comparados con otras fuentes» (IEA, en Heinrich Böll Stiftung 2011, mayo, p. 26). La faja del Orinoco nos plantea, entonces, un camino en dirección opuesta a las alternativas del problema de cambio

125 Queda por determinar la gravedad oficial de este derrame. Según el vicepresidente de Exploración y Producción de Petróleos de Venezuela, Eulogio del Pino, el derrame de crudo mediano y liviano fue el equivalente a mil barriles de crudo y duró unas doce horas. No obstante, Hiram Gaviria, presidente de la Comisión de Ambiente de la Asamblea Nacional, denunció que el cierre del flujo del petróleo tardó 24 horas y expertos del Colegio de Ingenieros del estado Monagas manifestaron que los cálculos preliminares indican que se vertieron 60 mil barriles (9,5 millones de litros) de crudo liviano. De ser cierto esto último, sería uno de los desastres ambientales más importantes de los últimos tiempos de la industria petrolera en Venezuela. Cf. *La Prensa de Monagas* 2012, 7 de febrero; cf. *El Nacional* 2012, 17 de febrero.

climático global, consecuencias que se harían sentir de manera importante en nuestro país¹²⁶.

Hemos descrito los principales peligros socioambientales que conllevarían este proyecto. Ahora veremos las amenazas concretas que representa la relación capital financiero – endeudamiento – acumulación por desposesión, con respecto al pretendido desarrollo de la faja del Orinoco.

Capital financiero y desarrollo: rasgos visibles del nuevo imperialismo en el proyecto de la faja del Orinoco

En el capítulo 1 advertíamos cómo, en un sistema capitalista globalizado y profundamente sincronizado, el gran capital financiero, ubicado en la cúspide del poder global, posee amplios y poderosos mecanismos para motorizar y ejecutar los procesos de acumulación por desposesión. Mediante el incentivo y/o presiones al endeudamiento de países de las periferias en nombre del desarrollo, el capital financiero se vincula con pueblos y territorios/naturaleza, lo cual en el caso del petro-Estado venezolano supone la apertura a procesos complejos, profundamente transnacionales e híbridos, que amenazan con abrir nuevas fases de acumulación por desposesión en el país, en un contexto de profunda crisis sistémica.

Como bien advierte David Harvey, en la práctica neoliberal para la acumulación por desposesión a partir de los años ochenta hasta la actualidad –desde el México de 1982-1984 hasta la Grecia de hoy–,

...los prestatarios son obligados por poderes internacionales y por potencias estatales a asumir el coste del reembolso de la deuda sin importar las consecuencias que esto pueda tener para el sustento y el bienestar de la población local. Si esto exige la entrega de activos a precio de saldo a compañías extranjeras, que así sea (2007b, p. 34).

Como hemos mencionado, el proyecto de la faja del Orinoco implica inversiones por el orden de 251 mil millones de dólares, de los

126 Sobre los peligros de los efectos del Cambio Climático en Venezuela, véase Terán Mantovani 2012, 14 de diciembre.

cuáles 212 mil le corresponden poner a Pdvsa, lo cual supone la necesidad de enormes niveles de liquidez, el mantenimiento de niveles de productividad acordes y balances financieros positivos para así poder mantener el ritmo de este nuevo salto al desarrollo, tarea complicada en un sistema en crisis, con altos niveles de vulnerabilidad.

Si bien Venezuela ha impulsado su accionar geopolítico basada en sus “ventajas sistémicas”, en los términos de aprovechar sus grandes reservas de naturaleza para jugar así un papel de mayor relevancia internacional y afianzar internamente su proyecto político hegemónico, es fundamental resaltar que el camino para ser una «potencia energética mundial» a partir de la explotación de los crudos no convencionales de la faja del Orinoco, presenta una serie de dificultades que, dependiendo del curso de la crisis y la dinámica global, pueden llegar a ser verdaderamente comprometedoras para el país.

En primera instancia no está claro que existan las condiciones y/o las capacidades para cumplir las metas de producción en la faja. El informe de U.S. Energy Information Administration (EIA), *The International Energy Outlook 2011*, proyecta como escenario esperado que «la producción de crudos extrapesados de Venezuela crece de 0,7 millones de barriles diarios en 2008 a 1,4 millones de barriles por día en 2035» (EIA, U.S. 2011, septiembre, p. 36), meta muy distinta a la propuesta por el Gobierno Nacional. En escenarios más optimistas, pero a juicio del informe, menos probables, si llegasen más inversiones en el Bloque Carabobo pudiesen añadirse unos 1,2 MM B/D. Con escenarios de precios bajos, Venezuela se vería en la necesidad de abrirse y flexibilizarse más a la inversión extranjera para aumentar la producción, y podría llegar a la meta de los 3,2 MM B/D, pero para el año 2030 (ibíd., p. 240).

Como lo plantea el citado documento, «La capacidad de Venezuela de incrementar su producción de petróleo extrapesado dependerá del nivel de la inversión extranjera y la experiencia que sea capaz de atraer para los proyectos de extracción y mejoramiento» (ibíd., p. 36). Para alcanzar los 5,8 millones de barriles diarios proyectados para 2018 sería necesario, a partir de 2013, añadir cada año unos 460 mil barriles a la producción diaria total, lo cual no sólo no tiene antecedentes en la historia de la extracción petrolera en Venezuela –en el período 1992-1998, el de las más altas cuotas de producción de la historia de la empresa, el promedio de incremento osciló en 160 mil b/d por año

(cf. Oliveros 2012, 10 de diciembre)– sino que supone una acelerada inversión para, en poco tiempo, replicar una enorme red de infraestructura tal, o más grande a la que ya existe a lo largo y ancho del país.

Las dificultades para el cumplimiento de estas metas se evidencian en las declaraciones del presidente de Pdvsa, Rafael Ramírez, a fines de 2012, quien expresara que la producción temprana de los nuevos proyectos de la faja para el cierre de ese año «estará cerca de los 20 mil barriles diarios» –12% aproximadamente de la meta prevista inicialmente–, debido «fundamentalmente [a] problemas de desarrollo de infraestructura» (Tovar 2012, 11 de diciembre, s. p.). De 2008 a 2011, la producción nacional en vez de aumentar ha disminuido en 270 mil barriles, a pesar de las metas de incremento, y el ministro Ramírez afirmó que para el año 2013 se esperaba una producción promedio de 3,01 millones b/d de crudo (í.d.). Tal y como lo reconoce la corporación financiera Citi Group, «Cualquier incremento en el largo plazo dependerá de la evolución en los proyectos de la Faja Petrolífera del Orinoco» (Azaf 2012, 13 de septiembre, s. p.).

En segundo lugar, cabe destacar que el nivel de los costos de producción de los crudos no convencionales es mayor al de los convencionales, lo que incide en la rentabilidad del negocio y, por ende, en los procesos de acumulación de capital derivados de éste. El Gobierno Nacional afirmó a mediados de 2013 por medio del ministro Rafael Ramírez, que el costo para producir un barril de petróleo en el país es cercano a 12 dólares, alegando además que este monto sigue siendo relativamente bajo en comparación con los extintos convenios operativos de la época de la Apertura Petrolera, que se ubicaban entre 18-20 dólares (Rodríguez 2013, 12 de agosto, s. p.). El World Energy Council establece que las estimaciones actuales de los costos de abastecimiento de los crudos extrapesados de la faja del Orinoco equivalen a la mitad del costo de suministro de las arenas bituminosas de Canadá, debido a la fluidez y las condiciones del yacimiento (Heinrich Böll Stiftung 2011, mayo, p. 25). Si los costos de operación de las arenas de Alberta se calculan en unos 26,39 \$ por barril (Canadian Oil Sands 2007, 14 de diciembre) –25,5 US\$ para 2010 y con proyecciones de más de 30 US\$ para 2015 según la empresa de servicios Ernst & Young (2011, pp. 16-17)–, estaríamos hablando de unos 13 \$ por barril en la faja, cifra con la que concuerda el ex coordinador de Finanzas de Petróleos de Venezuela, Oliver L. Campbell, quien

afirma que el costo va entre 12 y 15 \$ por barril (2008, 29 de enero, s. p.). Existen también planteamientos como el del ingeniero petrolero Nelson Hernández que ubica los costos de producción entre 25 y 30 \$/B, por lo que a su juicio hoy día esos proyectos serían económicamente inviables (cf. Hernández 2009, 22 de octubre)¹²⁷.

La producción de hidrocarburos no convencionales es altamente vulnerable a la modificación de costos de producción, las caídas de la demanda global o a las medidas políticas encaminadas a la conservación de crudos. Por un lado, una progresiva alza de costos podría afectar el funcionamiento del negocio y de las inversiones: en las arenas de Canadá se registraron alzas de 55% en los costos de producción en dos años, 2005-2007 (cf. UPI 2007, 6 de marzo), y según resultados financieros de Pdvsa, el coste por barril en Venezuela ha aumentado de 2003 a 2013 en 211%, provocado primordialmente por el progresivo incremento de las cuotas de extracción en la faja (cf. Rodríguez 2013, 12 de agosto)¹²⁸. Por otro lado, mientras menos petróleo consume el planeta, menos crudos no convencionales se necesitarán. Este efecto es impulsado principalmente por el precio. En la medida en que cae la demanda, los precios tienden a estabilizarse (hacia abajo) y las fuentes que son más costosas se hacen poco rentables (Heinrich Böll Stiftung 2011, mayo, p. 20). La explotación de los crudos de la faja sólo es rentable cuando los precios del petróleo en el mercado internacional son altos, de lo contrario son negocios riesgosos.

Un último elemento que quisiéramos resaltar es el llamado “factor de recobro”, que es el porcentaje del petróleo en sitio que se puede recuperar. Este elemento es fundamental porque determina la importancia cuantitativa del negocio y la relevancia y expectativas de las inversiones. En 2010, el Servicio Geológico de los Estados Unidos (USGS) anunciaba que el factor de recobro (FR) para la faja era de 45%, para lo cual era necesaria la incorporación de la tecnología más avanzada de recuperación mejorada (Pdvsa 2011, julio, p. 26). Pdvsa ha afirmado que las reservas probadas y los proyectos de la FPO están calculados sobre la base de 20% de FR, sin embargo, se trata de

127 La tesis de Hernández plantea que si se le suma el gasto público que motora Pdvsa se llega a esos niveles de costo en la faja del Orinoco.

128 El barril pasó de costar 3,85 US\$ en 2003, a 4,34 US\$ en 2006, 7,10 en 2008, 11,09 en 2012, hasta llegar a los 12 US\$ de 2013. El desarrollo de una tecnología determinada que contribuya a aumentar aún más la recuperación de crudo puede conllevar a un aumento de los costos de producción.

una expectativa futura, como se evidencia, por ejemplo, en la *Gaceta Oficial* n° 39.404 del jueves 15 de abril de 2010, donde se especifica que para el Bloque Carabobo 5, 2 Sur, 3 Norte y 1 Centro Norte, es necesario llevar a cabo actividades de recuperación secundaria para así «*procurar alcanzar el perfil de producción previsto (...) lo cual haría factible alcanzar, en un plazo de 40 años desde la constitución de la Empresa Mixta, un factor de recuperación del petróleo original en sitio cercano al 20%*»¹²⁹.

No queda claro entonces el problema del FR en la faja del Orinoco, el cual depende de un tipo de tecnología con la que probablemente no se cuenta en la actualidad. Para el geólogo de la Universidad Central de Venezuela y autor del conocido libro *La faja del Orinoco*, Aníbal Martínez, en este momento el factor de recobro es de 8,5%, con lo que niega que Venezuela tenga las reservas probadas más grandes del mundo (cf. Rojas Jiménez 2011, 28 de septiembre). El Gobierno Nacional ha ido más allá y aseguró, por medio del vicepresidente de Pdvsa, Eulogio Del Pino, que la petrolera nacional está evaluando métodos que permitan llevar a más de 40% y hasta 60% el factor de recobro (cf. Salas 2011, 25 de julio). Esto contrasta con lo afirmado por Chris Schenk, geólogo del USGS, quien había advertido que el FR de 45% estimado por esta institución norteamericana hacía referencia a la cantidad de petróleo que es técnicamente recuperable «con la tecnología que nosotros conocemos hoy. Estamos diciendo que son técnicamente recuperables, pero *no necesariamente económicamente recuperables hoy*» (Gómez y Pérez 2010, marzo, p. 8; subrayado nuestro).

Estas dificultades antes descritas, atravesadas por factores de orden sistémico, nos plantean la pregunta: ¿a costa de qué se compensarán las posibles deficiencias económicas de un megaproyecto de explotación petrolera como el de la faja del Orinoco? En un mundo en crisis es fundamental detectar el vínculo que tiene el capital financiero transnacionalizado con las soluciones sistémicas a las disfuncionalidades que pueda tener un proceso de acumulación de capital específico. Como lo explica David Harvey, la acumulación por

129 Acuerdo mediante el cual se aprueba la constitución de una empresa mixta entre la Corporación Venezolana del Petróleo S.A. (CVP) y las empresas Chevron Carabobo Holdings APS, Mitsubishi Corporation, Inpex Corporation y Suelopetrol C.A., S.A.C.A., o sus respectivas afiliadas 2010, 26 de marzo a, p. 375.862; subrayado nuestro. Igualmente aplica para la empresa mixta Petrocarabobo (ibíd., p. 375.864).

desposesión emerge como forma dominante cuando la reproducción ampliada de capital entra en crisis,

...pero también refleja los intentos de determinados empresarios y Estados desarrollistas de “incorporarse al sistema” y buscar directamente los beneficios de la acumulación de capital. Cualquier territorio o formación social que es incorporado o que se inserta en la lógica del desarrollo capitalista debe experimentar cambios estructurales, institucionales y legales de gran alcance del tipo de los que Marx describe bajo la denominación de acumulación primitiva (2007a, p. 122).

Los procesos de endeudamiento masivo pudieran abrirse en el futuro, en caso de que los males estructurales de nuestra economía dependiente y vulnerable –descritos en buena medida en los capítulos 2 y 3–, se hagan sentir en el megaproyecto de la faja del Orinoco y, por ende, en el resto de la economía nacional, sintetizándose con una escalada de los aspectos sensibles de la crisis sistémica, como una recesión económica global, desinversiones de capital, encarecimiento de los procesos productivos, disminución o estancamiento de la demanda de crudos, caída internacional de los precios del petróleo, entre otros.

Pese a los enormes ingresos registrados por Pdvsa desde 2004, producto del coyuntural auge de las materias primas, el incremento de los niveles de endeudamiento de la empresa en los últimos años, deja la duda sobre la capacidad que tenga para cubrir su cuota de inversión, con el fin de alcanzar las metas de producción, siendo que Pdvsa debe proveer de 60% de la inversión en las figuras de las empresas mixtas. La caída de los precios del crudo en 2009, que pasarían de 147 \$ en 2008 a menos de 40 \$ en el siguiente año, obligó al Ejecutivo Nacional a cubrir la brecha contable con endeudamiento. Al cierre de 2012, la deuda consolidada de Pdvsa llegó oficialmente a 40.026 millones de dólares (2012, 31 de diciembre, p. 3), monto que ha venido incrementándose sostenidamente desde 2006, cuando se ubicaba en 2.914 millones de dólares –un incremento de 1.374%.

Hasta el momento se han establecido compromisos financieros con diversos grupos de la banca internacional, como Japan Bank International Cooperation (JBIC), Banco Espírito Santo de Brasil, China Development Bank Corporation, Credit Suisse AG, Deutsche Bank, Duth Bank, Paribas, así como con el Banco de Venezuela,

Banco del Tesoro, entre otras, destinadas principalmente al financiamiento del Plan de Inversiones (AVN 2012, 17 de abril, s. p.; Pdvsa 2013, s. p.)¹³⁰. El monto adeudado abarca tanto las operaciones de la casa matriz como de todas las filiales, incluyendo a Citgo, Pdvsa América y la refinería isla de Curazao (las mayores empresas fuera de Venezuela), y el grueso de este endeudamiento –\$26.973 millones– corresponde a la emisión de bonos.

En informe de balance de la petrolera para el año 2011 se planteaba que los activos y el patrimonio –\$ 182.154 millones y \$ 73.883 millones respectivamente– «representan una estructura financiera adecuada para soportar los actuales niveles de inversión y financiamiento que apalanquen el Plan Siembra Petrolera» (Pdvsa 2012, p. 7), mientras que el ministro Ramírez consideraba la deuda de Pdvsa “confortable” en relación con el patrimonio de la compañía (cf. De Abreu 2012, 25 de enero). No obstante, y sumado a la deuda, el balance financiero de Pdvsa 2012 mostraba que el servicio de la deuda creció 82,7% –de \$ 2.396 millones en 2011 a \$ 4.379 millones en 2012–, lo cual es una tendencia negativa porque supone destinar cada vez más recursos del presupuesto ordinario de la empresa en el mantenimiento de la deuda, que en términos reales se va haciendo más grande. Algunos informes de agencias financieras de riesgo sitúan a Venezuela como un país con alto riesgo de impago¹³¹ –las cuales no dejan de ser evaluaciones profundamente políticas, más allá de lo económico–, sin embargo, Venezuela fue calificada en 2012 por la agencia Standard & Poor’s en «B+» con panorama estable y por Moody’s Investors Service en «B2», un escalón más abajo pero

130 En 2011, hasta 11 mil millones de dólares se solicitaron en préstamos y créditos bilaterales a empresas y bancos internacionales. Cf. Tovar 2011, 9 de diciembre.

131 El sondeo trimestral de CMA del cuarto trimestre de 2011 sobre *credit default swaps* (CDS) o el costo de asegurar la deuda ante una eventual cesación de pagos, ubica a Venezuela en el *top ten* de las deudas soberanas más riesgosas. El Informe Venezuela del 19 de julio de 2012, de la Oficina Nacional de Crédito Público, adscrita al Ministerio de Planificación y Finanzas, muestra que el indicador de riesgo soberano de Venezuela EMBI+ se ubicó en 1.054 puntos. Este indicador es calculado por J.P. Morgan Chase y expresa que mientras más alto sea el EMBI de un país, menor certeza se tiene de que honre sus obligaciones y viceversa. Para hacer una comparación regional, el índice de riesgo de Colombia es 140 puntos (+2,19%), Brasil 198 puntos (+0,51%), Argentina 1.068 puntos (-1,20%), México 148 puntos (0,00%), Perú 147 puntos (-4,55%) (CMA, 2012, 3rd quarter, p. 4; Oficina Nacional de Crédito Público 2012, 19 de julio, p. 4).

también estable, básicamente apoyadas en su perfil para el manejo del servicio de la deuda y una relativa flexibilidad financiera. La agencia Fitch Ratings expresó que los altos precios internacionales del crudo reducen la probabilidad de tensiones financieras a corto plazo (cf. *El Carabobeño* 2012, 6 de abril).

En todo caso, y como tendencia secular del capital, la meta de desarrollo de la FPO apunta a un camino de crecientes necesidades de endeudamiento. Como lo ha planteado claramente el ministro Ramírez: «a los señores que les molesta que nosotros nos endeudem, nos vamos a endeudar más, porque necesitamos 236 mil millones de dólares» (cf. Ramírez 2012, 17 de abril). Desde el año 2009, el Gobierno Nacional ha modificado varias leyes de manera tal de ampliar la capacidad de emitir deuda, como una reforma a la Ley de Administración Financiera, una modificación de la Ley del Bandes, o la constitución del Fondo Simón Bolívar (cf. Armas 2012, 2 de abril).

El endeudamiento nacional está siendo alimentado principalmente por el grupo de los Brics, con China a la cabeza y Rusia en menor medida, basado en un principio geoestratégico –expresado en el Plan del Candidato de la Patria 2013-2019 (ob. cit., p. 36) – que además pretendería alejarse de las ayudas del Fondo Monetario Internacional o del Banco Interamericano de Desarrollo. Los préstamos del denominado Fondo Chino –*Acuerdo sobre Cooperación para Financiamiento a Largo Plazo*–, compuesto del Fondo Conjunto (Fondo Pesado I de 2007, y Fondo Pesado II de 2009), al que se le sumó el Fondo Gran Volumen de 2010, alcanza a fines de 2012 la cifra de 36 mil millones de dólares (cf. Tovar 2012, 8 de noviembre)¹³². Dicha deuda, tal y como reza la *Gaceta Oficial* n° 39.511, se va pagando con petróleo (*Ley Aprobatoria del Acuerdo entre el Gobierno de la República Bolivariana de Venezuela y el Gobierno de la República Popular China sobre cooperación para financiamiento a largo plazo* 2010, 16 de septiembre, p. 379.632), totalizando hasta la fecha la suma de 640 mil barriles diarios enviados al país asiático, de los cuales 273 mil barriles son destinados para el pago de estos créditos, comercializado a precio internacional y sin descuento (cf. AVN 2011, 16 de septiembre), habiéndose cancelado a la fecha \$ 17 mil 900 millones, según afirmara Ramírez.

En 2010 el presidente Chávez expresaba: «Todo el petróleo que China pueda necesitar de nosotros para reafirmarse como una gran

132 Rafael Ramírez ha expresado en varias oportunidades que esta deuda no es contraída por Pdvs, sino por el Bandes.

potencia, aquí estará ese petróleo» (Paullier 2011, 25 de noviembre, s. p.), y en 2012 afirmaba que «Aquí hay buena parte del petróleo que ellos (los chinos) van a utilizar en los próximos 150 años» (*El Universal* 2012, 14 de julio, s. p.). La conexión desarrollo-endeudamiento, coloca al petróleo como principal garantía de una situación hipotecaria. Si bien el Fondo Chino no hace parte directamente de las inversiones en los proyectos de explotación de la faja del Orinoco, sus vínculos son claros con el Plan Siembra Petrolera, que tiene como uno de sus principales objetivos la expansión de la producción nacional a partir de los crudos de la FPO, de manera tal de poder respaldar la muy costosa promesa del futuro desarrollo de Venezuela.

A la luz de lo antes dicho, es importante evidenciar los escenarios futuros, no sólo determinados por la dinámica coyuntural del sistema-mundo, sino también marcados profundamente por problemas estructurales –tanto del propio sistema, como de nuestro modelo rentista nacional–. La situación actual de la Revolución Bolivariana está profundamente marcada por el mencionado *boom* de los precios de las materias primas, que ha producido en el país un efecto que se ha sido tradicionalmente denominado “enfermedad holandesa” –o el “Efecto Venezuela” que mencionara Pérez Alfonzo en su momento–. Dicho fenómeno lo provoca la enorme cantidad de petrodólares que ingresan al país a raíz de este *boom* de precios, que generan los efectos distorsionadores mencionados en apartados anteriores de este texto, y que impulsa al Estado a expandir e inflar las metas de desarrollo y su propio tamaño, disparando un gasto público que suele salirse de control, por lo que es común la aparición de déficits presupuestarios y, por ende, mayores niveles de endeudamiento (cf. Salmerón 2007, 21 de octubre). Se trata no sólo de una tendencia secular que se ha repetido en varios países del sistema-mundo, sino de factores que operan en la propia lógica del petro-Estado desarrollista venezolano.

De esta forma, emergen los límites de nuestra “riqueza” petrolera, impulsados por factores exógenos a la economía nacional. De ahí nuestra gran vulnerabilidad ante esta coyuntura global. No olvidemos que una situación similar a la actual se dio con la escalada histórica de los precios del petróleo desde mediados de la década del setenta hasta 1981, que produjo una enorme marejada de petrodólares que llevaron a Carlos Andrés Pérez –con la idea de crear la Gran Venezuela– y a Luis Herrera a elaborar planes de gastos de tal magnitud que fueron necesarios procesos de endeudamiento

veloces y proporcionales a estas metas, provocando que el petro-Estado hipotecara el subsuelo nacional para respaldar el enorme financiamiento.

¿Qué ocurrió después? La crisis global de la década de los años ochenta, en la que se registró una caída de los precios internacionales del crudo, generó lo que conocemos como la Crisis de la Deuda, que dejó a la economía venezolana devastada, con la mayor deuda *per capita* de América Latina. ¿Estamos en una situación similar en la actualidad? ¿Las condiciones del sistema-mundo capitalista de hoy son mejores o peores que antes?

Hay factores sistémicos muy sensibles que son importantes resaltar. Si Venezuela y una gran parte de América Latina, han basado su crecimiento en los ingresos por exportación a partir de la demanda de materias primas de China, es obvio que esto no será para siempre. Si el crecimiento chino, que muestra tendencias de frenado desde hace más de dos años (cf. Broto 2012, 18 de octubre) –en 2012 tuvo la tasa de crecimiento más baja desde 1999 (cf. Ria Novosti 2013, 18 de enero)–, llegara a ralentizarse o a disminuir en el mediano plazo, o bien si el gigante asiático dirigiese su mirada hacia adentro, en busca de un rebalanceo de su economía, esto tendría importantes impactos en América Latina y, en general, en el sistema mundial¹³³.

En cuanto a la demanda de crudos, si bien se proyecta un aumento de la misma a escala global en términos absolutos, los factores de descompensación entre oferta y demanda que determinan la crisis energética (expuestos en el capítulo 1) muestran, tal como indica la Agencia Internacional de Energía, que la tasa de crecimiento anual de la demanda de petróleo se está desacelerando. En el caso de China, este país también se ha preocupado por la reducción de la demanda como una estrategia energética a largo plazo, como lo demuestra su plan climático nacional para una reducción

133 Como lo advierte Munevar, el proceso de industrialización chino y las mejoras en los ingresos reales y la capacidad de consumo de los hogares de este país provocaría una modificación de los términos de intercambio entre América Latina y el gigante asiático, debido a que éstos se darán a costa de los sectores exportadores de materias primas latinoamericanos, siendo afectados renglones como el petróleo. A su vez, Munevar afirma que: «En este contexto, para los futuros y derivados sobre las materias primas la desaceleración del crecimiento de China sería el equivalente de lo ocurrido en el verano de 2007 con los primeros problemas de las hipotecas *subprime*» (2013, 28 de febrero, s. p.).

del consumo de energía y de las emisiones de GEI (Heinrich Böll Stiftung 2011, mayo, p. 20). Por lo tanto, la dinámica de la crisis energética en el patrón de la crisis sistémica genera interrogantes al respecto, no certezas.

Preocupa a su vez la volatilidad de los precios de las materias primas —el ejemplo 2008-2009 es emblemático de esto—, el estallido de una posible burbuja financiera en EE UU o la propia China, o el estancamiento de la zona euro. Estos factores críticos abren peligrosas vías para procesos de reestructuración capitalistas, que por las vías financieras presionan a los países prestatarios a llevar adelante ajustes económicos. El rechazo al tradicional imperialismo estadounidense no puede suponer abrirle gustosamente los brazos al gran capital chino, ruso o brasilero, los cuales funcionan igualmente bajo los parámetros coloniales de la lógica del capital, además que reconocen el potencial de materias primas y mercados que existen en Venezuela y América Latina.

La mayor penetración del capital financiero transnacionalizado al país genera progresivas tendencias a la desnacionalización de la economía, teniendo a su vez incidencia en el balance de poder político de la Revolución Bolivariana. Las denominadas “empresas mixtas”, figuras que se repiten en otras latitudes de la región, como Bolivia o Ecuador (cf. Petras 2012), enlazan los compromisos financieros que posee Venezuela con las empresas transnacionales asociadas, para abrir la entrada a mercancías provenientes de los países sedes de estas compañías foráneas, como ocurre con los convenios chinos o con los rusos¹³⁴. El papel que juega el petro-Estado venezolano en esta dinámica es sumamente complejo y problemático, pues si bien no retrocede y desregula los procesos económicos como se plantea explícitamente en la teoría neoliberal, parece estar administrando procesos de acumulación de capital que poseen una enorme capacidad para abrir formas de acumulación por desposesión. Se trata

134 En *Gaceta Oficial* n° 39.312 se anuncia que para garantizar la entrega ininterrumpida de 6.400 millones de dólares en bienes y servicios rusos, acordada en los convenios de los acuerdos intergubernamentales, «la Parte rusa otorgará a la Parte Venezolana un crédito por un monto máximo de US\$ 2,2 mil millones a ser desembolsado durante el período 2010-2012, destinado a la adquisición de bienes y servicios de origen ruso» (*Ley Aprobatoria del Convenio entre la República Bolivariana de Venezuela y la Federación de Rusia sobre cooperación para el desarrollo de proyectos estratégicos conjuntos* 2009, 23 de noviembre, p. 373.154).

en cierta forma, como habíamos mencionado anteriormente en este trabajo, de un proceso *sui generis* –la falsa dicotomía “Estados neoliberales/Estados progresistas”.

Diversos procesos de acumulación por desposesión se están ejecutando en todo el planeta, independientemente de si es centro o periferia; otros están en formación. La “trampa de la deuda”, como su principal instrumento de ejecución, oculta el hecho de que el capital financiero, antes que intentar solventar las crisis, busca crearlas, gestionarlas y/o manipularlas, «hacia el fino arte de la redistribución deliberada de la riqueza desde los países pobres hacia los ricos» como plantea Harvey (2007a, p. 169). Mientras el mundo se debate en una enorme crisis económico-financiera –probablemente la peor desde la Gran Depresión de la década de 1930–, el G-20 recapitaliza al FMI, con 456 mil millones de dólares. Nuestros principales socios, los Brics, aportarán cinco mil millones de dólares para «prestarle a los países endeudados» (Gambina 2012, 20 de junio, s. p.)¹³⁵. Al parecer, tal y como advierte el economista estadounidense, Michel Hudson, la crisis de la deuda se resuelve con más deuda:

Si los deudores no pueden pagar con lo que son capaces de ingresar, preséntales lo suficiente para que se mantengan al día en los vencimientos; y colateraliza eso con sus propiedades, su sector público, su autonomía política, incluso con su democracia. El objetivo es mantener al día el gasto de deuda. Y eso sólo puede hacerse haciendo que el volumen de deuda crezca exponencialmente, a medida que crece el interés que se añade al préstamo (2010, 4 de diciembre, p. 179).

Ante esto, un reconocido intelectual como Luis Britto García, estrechamente vinculado al Gobierno Nacional, reconoce como una de las tareas del Gobierno que había sido reelegido el 7 de octubre de 2012: «Vigilar para que la proliferación de intereses foráneos en las empresas mixtas no concluya por poner bajo control extranjero gran parte de nuestra industria petrolera. Reducir la deuda pública, que podría volverse sumamente peligrosa ante cualquier baja de ingresos» (2012, 14 de octubre, s. p.). Los enormes desafíos descritos en este capítulo, deben apuntar a una acción política que vaya de

135 Como afirma Gambina, sorprende que países con inmensos niveles de pobreza como Brasil e India, aportarán cada uno \$ 10 mil millones. Rusia sumará una cifra similar, China \$ 43 mil millones y Suráfrica \$ 2 mil millones.

simples tareas de vigilancia, a la movilización social que logre revertir estas muy preocupantes tendencias, pues finalmente el respaldo de esta operación imperialista son los activos y patrimonios de Pdvs, motor del petro-Estado y prácticamente de la recreación de la sociedad venezolana. El reto es evitar que una situación hipotecaria, reconfigure radical y regresivamente un orden social como el que tenemos actualmente en la Revolución Bolivariana, hacia uno donde predomine la acumulación por desposesión.

Capítulo 5

Alternativas al desarrollo.

Tendiendo puentes hacia una biocivilización pospetrolera, poscapitalista y con soberanía territorial

...la principal fuente de energía no es el petróleo, sino el pueblo.
Hugo Chávez

Marx dice que las revoluciones son la locomotora de la historia mundial. Pero tal vez se trata de algo por completo diferente. Tal vez las revoluciones son el manotazo hacia el freno de emergencia que da el género humano que viaja en ese tren.
Walter Benjamin

Nos hemos pasado 500 años masacrando nuestras propias raíces por estar pensando en lo que perdería la sociedad occidental si el indio no piensa como el blanco, pero no hemos dedicado unos cuantos minutos a reflexionar lo que ganaría esta sociedad si el blanco intentara pensar por un momento como el indio.
A. Lucumi

A lo largo de este trabajo hemos podido observar cómo la idea de desarrollo, inscrita en un patrón específico biopolítico y de conocimiento, ha sido replicada y reformulada por el Gobierno Bolivariano, lo cual ha supuesto una serie de profundas tensiones tanto con las pulsiones emancipatorias populares que motorizan el proyecto/alianza de la Revolución Bolivariana, como con la reproducción de la naturaleza, todo ello en el marco de una crisis civilizatoria.

Dar cuenta de esta crisis sistémica, así como de lo profundamente instalados que se encuentran los paradigmas e imaginarios de la Venezuela petrolera, tanto en la “alta política” como en la población nacional en general, permite comprender el tamaño de las dificultades y desafíos que suponen no sólo una transformación del modelo extractivista rentista petrolero venezolano, sino el apremio de detener a tiempo la enloquecida locomotora extractiva del desarrollo, antes que las consecuencias de ello puedan representar una verdadera catástrofe mundial.

El hecho de que el esquema energético carbónico que rige el mundo haya configurado prácticamente todos los patrones económicos, culturales y tecnológicos dominantes, y que las proyecciones futuras indiquen que la demanda de combustibles fósiles se mantendría por un tiempo más en sus altos niveles, supone un enorme desafío ante la absurda tasa de retorno energética y la incongruente «huella ecológica» que aquél reproduce. Por otro lado, los sistemas normativos e institucionales que ha instaurado la histórica “soberanía nacional”, la cual se inserta en una especie de “soberanía transnacional” en la globalización, restringen, disciplinan, limitan e incluso reprimen los movimientos emancipatorios que luchan por un cambio global. Al respecto resalta la *guerra permanente*, que como régimen de biopoder mundial –véase capítulo 1–, representa el mecanismo extremo para evitar toda alternativa al modelo capitalista global, posibilitando así la acumulación por desposesión.

La guerra como régimen de biopoder, al intentar delimitar las relaciones sociales globales en torno a su lógica, persigue determinar un estado de excepción y disciplinamiento dentro del cual la alternativa a la guerra es la guerra misma: se instala un clima permanente de miedo –el terror del *terrorismo* parece ser un fantasma que ronda todos los rincones del planeta–, siendo que en teoría ningún Estado-nación puede “retroceder”, si se le ocurriese plantear seriamente un modelo social diferente al capitalismo extractivista. Desde este planteamiento habría entonces que acumular más capital, y hacer más rígidos los mecanismos de “seguridad nacional”, de manera tal de no sucumbir ante el estallido del próximo conflicto bélico. Al parecer, los Estados no nos dan otra alternativa a los pueblos.

Sin desestimar los peligros de la guerra, lo fundamental sobre este asunto es desentrañar los mecanismos de control permanentes que

componen la cadena de este régimen de biopoder, articulados y funcionales a todos los procesos extractivos del mundo, que pretenden neutralizar y desmovilizar las construcciones autónomas territoriales al modelo capitalista globalizado. Estos mecanismos, que sobrepasan tanto el esquema tradicional de las guerras como el propio sistema interestatal –las guerras se presentan como un asunto de “soberanía nacional”–, se alojan también en la producción cultural, en la producción de subjetividad y en el marco de las relaciones sociales, por lo cual es esencial romper con ese encadenamiento biopolítico de las sociedades de control, precisamente con nuevas cosmovisiones, nuevas formas de producción y de relacionamiento intersubjetivo. Esto puede “desnudar” a la guerra, aunque tal vez no hacerla desaparecer. Sin embargo, no podemos sucumbir al mundo sin alternativas que establece la *guerra permanente*. Sobre esto, Santiago Alba Rico expresa:

Si vivimos en un mundo tan endiabladamente frágil, tan atrocemente configurado, tan irracionalmente concebido que no admite compatibilidad alguna entre las demandas de los pueblos y la paz mundial; en un mundo tan impermeable a la política que en él la defensa de la razón común, la ética común y la justicia común solo pueden conducir a la catástrofe o incluso al apocalipsis; en un mundo hasta tal punto contradictorio en su raíz con la civilización misma que el único mínimo acuerdo que se puede alcanzar para garantizar la supervivencia del planeta es el de sostener una dictadura y sacrificar al pueblo que la combate; si vivimos, en fin, en un mundo así, tan tajantemente de derechas, tan del gusto de EE UU y sus aliados, en el que hay lugares donde no se puede y, aún más, no se debe defender ningún principio, ¿qué querrá decir ser de izquierdas? ¿Cuál es el programa de la izquierda para un mundo sin principios? (2012, 17 de marzo, s. p.).

El reconocimiento de las grandes dificultades y desafíos para avanzar hacia cambios estructurales y de patrones históricos no debe ser motivo para la invisibilización de las posibilidades y alternativas presentes y latentes, tanto en el proceso crítico que vive el moderno sistema-mundo capitalista, como en la propia Revolución Bolivariana. Ciertamente los cambios necesarios para ir hacia una sociedad pospetrolera llevarían décadas, en circunstancias difíciles de predecir. Sin embargo, es necesario comenzar a discutir y establecer los puntos de arranque hacia un proceso de cambio concreto, como lo afirmara visionariamente el poeta y pintor socialista, William Morris en 1893:

La primera victoria real de la Revolución Social será el establecimiento no de un sistema completo de comunismo en un solo día, lo cual es absurdo, sino de una administración revolucionaria cuyo objetivo definido y consciente será el de preparar, por todas las vías posibles, a la vida humana para dicho sistema (...) para una civilización ecológica (cit. por Angus 2011, s. p.).

Es de suma importancia comenzar a formularnos preguntas sobre algunas verdades que habíamos dado por sentadas por mucho tiempo, como la idea de que tenemos que “desarrollarnos”, o que la imagen de una sociedad pospetrolera parece más que una “utopía”. Surgen cuestiones como, ¿tenemos que obligatoriamente desarrollarnos, como si fuese una especie de destino divino (o “científico”) escrito, irrevocable e irreprochable? Y si fuese así, ¿quién o quiénes determinan cuál debe ser nuestro desarrollo y cómo se ejecuta?

Pero a su vez surgen las interrogantes, ¿cuáles alternativas?, y ¿de donde surgen estas alternativas? Esta última pregunta es fundamental debido a tres razones: a) la inmensa diversidad cultural y biológica del mundo, que lucha contra la tendencia monocultural del desarrollo y la modernidad –su proyección en la naturaleza se expresa en la lucha de los monocultivos contra la biodiversidad–, lo que impide que hablemos de “alternativa” en singular, y necesitemos articular un discurso plural (¿el fin de la hegemonía de los grandes metarrelatos?); b) la necesaria aparición real de los pueblos como protagonistas en los procesos de transformación, bajo figuras de autogestión y autogobierno territorial, tomando en cuenta las diversas cosmovisiones populares y sus patrones de vida, al momento de establecer qué quieren y qué no quieren los sujetos y comunidades para su presente y futuro; y c) la imperiosa necesidad de llevar a cabo una transición entre lo viejo establecido y lo nuevo por establecer, en la cual “participen” ambas corrientes, de manera de hacer menos traumáticos los procesos de cambio, pero tomando en cuenta que cada transición territorial debe tener su propia dinámica y ritmo, lo que finalmente supone complejas y conflictivas formas de negociación/interpelación/hegemonía entre las viejas instituciones y las nuevas formas de organización.

De esta forma, las alternativas en vías hacia una biocivilización pospetrolera, poscapitalista y con soberanía territorial, se construyen desde varios planos de acción que se orientan a diferentes ámbitos,

sujetos, espacios y temporalidades, lo que supone la conformación de nuevas cosmovisiones y prácticas como proceso de largo plazo, unida a la necesidad de formulación de propuestas inmediatas que provengan tanto de la organización popular como de las instituciones establecidas, considerando las serias dificultades que implica una coordinación de poderes que históricamente han sido antagónicos –*potentia* contra *potestas*–. Para los términos de una transformación emancipadora hacia *otro mundo posible* es fundamental reconfigurar la representación, construcción y ejercicio del poder, donde prevalezca la soberanía territorial-popular sobre la soberanía nacional-estatal: la tendencia universalizante del Estado moderno, como interfaz entre el capital y la naturaleza, entre los sujetos y el espacio, no puede permitir ni la desarticulación territorial de la nación, ni el rebasamiento de la subalternidad originaria del proyecto colonial, el “pueblo”, respecto a la supremacía estatal.

De esta forma, las alternativas a este patrón de poder moderno colonial deben ser impulsadas fundamentalmente desde la soberanía territorial-popular, siendo adicionalmente que toda política emancipatoria de transición que se realizase desde la institucionalidad del Estado debe necesariamente surgir desde la presión y organización popular –la materialización de lo que Enrique Dussel ha llamado el «poder obediencial» (2008, pp. 37-42)–. *Potestas* y *potentia* son dos fuerzas de proporciones excluyentes, de tal forma que la *razón de Estado* no puede prefigurar desde su iniciativa las condiciones para su propia destrucción. En la medida que avancen los procesos de empoderamiento y autogobernabilidad popular-territorial se debilita y desplaza a la histórica “soberanía nacional-estatal”, lo cual hace necesario reconocer que este gran bastión de la modernidad colonial –junto al capital– plantará una resistencia a los pueblos y comunidades que encabecen este proyecto emancipador.

En este escenario, el campo popular y las fuerzas de la izquierda global requieren pues reconocer su diversidad inherente y la necesidad de un trabajo orgánico que permita ampliar y fortalecer los procesos de transformación, antes que entorpecerlo por la vía de una lógica excluyente. Tal y como lo reconoce Edgardo Lander, si las corrientes transformadoras latinoamericanas “nacional-popular”, “socialista” y “decolonizadora” establecen métodos políticos contradictorios y excluyentes entre ellas, «el resultado no puede conducir

sino a la derrota de estos proyectos de cambio, la consolidación/fortalecimiento de las formas históricas de la dominación capitalista y una acelerada profundización de la crisis ambiental planetaria», tomando en cuenta además que parece poco probable que, dada la gran heterogeneidad político-cultural de estos movimientos y organizaciones, alguno de ellos pueda hegemonizarse sobre el conjunto de la sociedad (Lander, en Lang y Mokrani [comps.] 2011, p. 128).

Maristella Svampa muestra cómo en las resistencias contra la megaminería se establecen articulaciones entre diferentes actores que incluyen desde organizaciones o comunidades de vecinos, pequeñas organizaciones ambientalistas (ONGs) y profesionales y universitarios, que han generado un “diálogo productivo” entre disciplinas y organizaciones heterogéneas, desde donde se produce una especie de “saber experto” diferente al que se origina en las corporaciones y gobiernos, planteando así una disputa epistémica y política a estas grandes instituciones hegemónicas (2012, marzo, p. 7). Sin embargo, como lo advierte Lander, a pesar de que tenemos mucha más claridad sobre los rasgos del patrón de sociedad que rechazamos, es aún poca la experiencia y elaboración teórico-conceptual con la que contamos para la puesta en marcha de políticas públicas encaminadas a construir alternativas al desarrollo y al extractivismo (Lander, en Lang y Mokrani [comps.] 2011, pp. 142-143).

La ampliación de las luchas globales que Svampa ha denominado conflictos *ecoterritoriales*, los cuales expresan diversas concepciones sobre la naturaleza y, en última instancia, plantean otras cosmovisiones acerca de lo que se entendería como desarrollo (Svampa, en Lang y Mokrani [comps.] 2011, p. 187), junto con una serie de movimientos obreros y sindicales, que en su mayoría están orientados a preservar o recuperar derechos que han sido sistemáticamente socavados por el neoliberalismo, plantea, pues, serias tensiones entre estas corrientes transformadoras latinoamericanas, debido a que en ocasiones pueden estar apuntando hacia direcciones bastante alejadas la una de la otra. Buena parte de estas expresiones ecoterritoriales, compuestas en su mayoría por sujetos rurales, campesinos y/o indígenas, que no han sido incorporados –o lo han sido precariamente– a la modernización territorial y subjetiva de la lógica capitalista/colonial, y que orientan sus intereses primordialmente a una crítica al patrón civilizatorio moderno, reivindicando a la Madre Tierra y a sus diversas expresiones culturales ancestrales, pueden verse contrapuestas

a las peticiones de “más modernidad” por parte de los movimientos obreros y sindicales, desde donde es común generar propuestas para impulsar procesos de industrialización y desarrollo, que en su gran mayoría no representan programas políticos que cuestionen radicalmente al patrón civilizatorio imperante. A rasgos generales, la subjetividad “proletaria” ha sido configurada en los espacios más modernizados y urbanos, por lo cual es un sujeto mucho más conectado al sistema y, por ende, mucho más dependiente al estilo de vida moderno.

Con esto queremos decir que los impulsos emancipatorios más radicales, dirigidos directamente hacia el patrón civilizatorio, se reproducen de manera más frecuente en los sujetos excluidos del proceso de modernización/colonización del sistema capitalista que ve en el indígena americano uno de sus actores principales. Si los bienes comunes para la vida de América Latina, ubicados en gran proporción en territorios habitados por comunidades indígenas, las cuales a pesar del proceso de asimilación al que han sido sometidas históricamente, aún expresan formas de relacionarse con la Madre Tierra y de concebir las relaciones sociales y la reproducción de su sociedad mucho más armónicas que aquellas moderno/occidentales, son uno de los objetivos principales de la avanza planetaria neoliberal, eso hace que tanto el indígena, su cosmovisión y los territorios en los que habita sean, pues, espacios que requieran una defensa popular global. Si en su momento Marx había señalado al proletario como la representación “universal” de la humanidad para liberarla del modo de producción capitalista, la crisis ambiental global parece perfilar al espacio/sujeto Madre Tierra/indígena como un nuevo referente “universal” anticapitalista, como fuente alternativa al patrón moderno/colonial constitutivo del sistema-mundo que conocemos en la actualidad. La potencialidad de la revolución pasó de estar en el “hombre” como motor de la historia a la síntesis sujeto-naturaleza como expresión concreta de vida y de resistencia a las pulsiones de muerte del neoliberalismo.

En resumen, creemos de esta manera que los pueblos debemos tener como referencia para nuestra cartografía de lucha tres factores fundamentales y estrechamente relacionados, que plantaremos de manera general, intentando ampliar los debates y visiones acerca de las alternativas al desarrollo y su misión extractivista: a) la construcción de una hegemonía y revolución cultural hacia una biocivilización,

b) la importancia de la soberanía territorial-popular sobre la soberanía nacional-estatal y c) la vía institucional-gubernamental y la puesta en marcha de transiciones concretas hacia el posextractivismo.

La construcción de una hegemonía y revolución cultural: hacia una biocivilización más allá de la cultura del petróleo

Como lo hemos expuesto, la sobredeterminación rentística que posee la forma de nuestro modelo capitalista, y lo profundamente enraizadas que están las estructuras físicas e institucionales del mismo, con casi 90% de la población venezolana viviendo en ciudades y reproduciendo sus expectativas y *modos de vida imperial*¹³⁶, implican que una transformación de fondo de dicho modelo requiere que germine una ruptura de la conciencia rentista que sostiene y legitima este sistema de poder, siendo entonces, un punto fundamental y primario la construcción social de una nueva hegemonía discursiva que trascienda lo que Rodolfo Quintero llamó la *cultura del petróleo*, que apunte hacia los nuevos imaginarios de una biocivilización.

Es necesario para esto romper con el encantamiento que produce el *Estado mágico* y poner en crisis simbólica el imaginario nacional profundamente enclavado en los tres grandes mitos constitutivos del discurso del desarrollo que hemos expuesto en capítulos anteriores: el mito del “progreso”, el mito nacionalista del Estado-patria bolivariano y el mito de “riqueza” fundado en el petróleo, lo que es evidencia de que nuestro imaginario social y cultural está notablemente sumergido en paradigmas coloniales. Se trata, como lo planteara Rodolfo Quintero, de una *descolonización petrolera* (1976, pp. 230-248), que

136 Brand sostiene acerca de los modos de vida imperial: «Es la pregunta por cómo se está universalizando un modo de vida que es imperial hacia la naturaleza y las relaciones sociales y que no tiene ningún sentido democrático, en la medida que no cuestiona ninguna forma de dominación (...) El modo de vida imperial no se refiere simplemente a un estilo de vida practicado por diferentes ambientes sociales, sino a patrones imperiales de producción, distribución y consumo, a imaginarios culturales y subjetividades fuertemente arraigados en las prácticas cotidianas de las mayorías en los países del norte, pero también, y crecientemente, de las clases altas y medias en los países emergentes del sur» (Gago y Sztulwark 2012, s. p.).

procure por un lado romper nuestro vínculo subjetivo-cultural con el petróleo, y reconocer que es esta una energía insostenible para mantenerla como patrón energético social, y por el otro, construir una subjetividad que contenga mayores niveles de autonomía respecto al petro-Estado, impulsando el florecimiento y despliegue de las culturas locales/territoriales. Como reconociera Quintero hace más de cuarenta años:

El hombre liberado es un hombre creador, sin limitaciones para expresar su talento en el trabajo manual, intelectual o artístico, en sus relaciones con los demás hombres. Un individuo sin ídolos, dogmas, prejuicios; inspirado por un definido sentido de justicia e igualdad. Que es simultáneamente un individuo venezolano y un hombre universal. Este hombre puede aparecer y desarrollarse en un ambiente de florecimiento de las culturas nacionales. (1985, p. 70)

Pensar lo *impensado rentístico*, implica hacer visibles todos los sentidos, representaciones y cosmovisiones que han sido expulsados de nuestro imaginario social por la lógica de la “cultura del petróleo”. Esto pasa por reflotar y abrir debates y temas que han constituido tabúes nacionales; sensibilizar la crítica respecto a la crisis ambiental planetaria haciendo evidente el lado oscuro de la producción de petróleo, invirtiendo las significaciones sobre la “riqueza” y la “pobreza”; reformular las lógicas y estilos de vida en las ciudades; en general, cultivar y difundir los campos de pensamiento donde son posibles el inicio de una transición post-rentista y post-extractivista.

La Revolución Bolivariana, y la sociedad venezolana en general desde la década de los ochenta, han fluctuado sobre continuas situaciones de crisis, lo que, principalmente en los años del proceso revolucionario, han supuesto batallas en el campo simbólico. Las crisis son también oportunidades en la medida en la que sacuden los cimientos y pueden generar grietas en los imaginarios sociales y procesos de resignificación cultural, lo que abre las posibilidades de aprovechar estas situaciones y convertirlas en grandes debates populares y nacionales, que haga más visibles cuestionamientos radicales a algunos patrones conceptuales capitalistas/desarrollistas y coloniales, y por ende, a las formas de organización e interacción social que de ellos se derivan.

La necesaria apertura de un franco debate en el país sobre el modelo de sociedad que tenemos y que queremos, exige además romper con esa idea de que quienes planteen una discusión seria sobre estos temas sean tildados de traidores a la patria, “comeflores” o contrarrevolucionarios. El fundamental debate popular y nacional debe ser profundo, sensato y difundido, que no sólo cuestione al petróleo como fuente energética por excelencia, sino a la propia matriz sistémica que establece el esquema de “soberanía nacional-estatal” y al afán de control y dominio de la naturaleza que prefiguran las subordinaciones subjetivas; la universalización geográfica; la primacía del conocimiento científico-técnico por encima de los saberes autóctonos, campesinos, indígenas; y los regímenes de propiedad excluyentes, la marginación y la “pobreza”, en el marco de la acumulación por desposesión.

Si el esquema de poder de la soberanía “nacional” reproduce los patrones biopolíticos y de conocimiento de la cultura del petróleo, ¿podría este permitir la construcción de una *revolución cultural* que enarbole un proyecto político popular post-rentista pensado más allá del desarrollo? ¿Quién o quiénes llevarán a cabo entonces, dicha reformulación de la hegemonía cultural en Venezuela? Si analizamos de manera muy general el mapa político que ha caracterizado al proceso de la Revolución Bolivariana, podemos afirmar que existen no dos –la polarización–, sino al menos tres grandes proyectos político-culturales en pugna: el que identifica al proyecto neoliberal, neoclásico, clasista y pro-occidental de la oposición venezolana; el complejo proyecto corporativo y desarrollista que identifica a las élites del petro-Estado; y un proyecto cultural profundamente popular y territorial con una concepción ontológica y de la naturaleza, auto-gobernante, emancipatoria y ecológica. De esta forma, la revolución cultural se desarrollará sobre la base de una compleja disputa discursiva entre tres grandes fuerzas, donde las organizaciones de base populares, comuneros y comuneras, y movimientos sociales tendrán un rol fundamental, y dependiendo de sus niveles de articulación y organicidad, podrán tener éxito o no.

Las formas de una nueva hegemonía cultural deben ser atravesadas por una “epistemología ambiental” –la crisis ambiental es una crisis de conocimiento, afirma Enrique Leff (2006, p. 6)–, una nueva cultura política pospetrolera que reinserte al sujeto en su contexto biológico-espacial, rompiendo con el imaginario antropocéntrico de

construcción de la realidad, y reconociendo, como lo plantea el antropólogo boliviano Carlos Mamani, que «la gente, como los demás seres que pueblan la tierra, son el conjunto de miembros de una comunidad de vida» (cit. por Prada, en Lang y Mokrani [comps.] 2011, p. 230). Esto permite una *reterritorialización de la subjetividad* –los elementos más radicales del debate nacional sobre “las comunas” se conectan con esta idea–, lo cual puede abrir caminos para una desontologización del petróleo y una mayor conexión del sujeto con el “lugar”¹³⁷, con la naturaleza próxima, ampliando las posibilidades de que las “culturas híbridas” (Escobar 2007, pp. 362-370) puedan generar mayores expresiones y prácticas de autogestión y autogobierno, que combatan la sobredeterminación del capitalismo rentístico venezolano sobre los territorios y sujetos nacionales.

Desde una cosmovisión transmoderna¹³⁸, no como una superación (el *Aufhebung* hegeliano), sino como rebasamiento de la modernidad colonial hacia otra(s) forma(s) de racionalidad, no integrada al proyecto moderno, sino naciente desde sus sedimentos en la memoria, desde los rastros que deja al irse resquebrajando por el conflicto de sentido que producen nuevas concepciones e imágenes del mundo que se atraviesan con él; la idea del *Vivir Bien* (o el *Buen Vivir*), originada en el pensamiento indígena suramericano, supone la apertura a una resignificación y reordenamiento del imaginario y discurso hegemónico, siendo que éste contiene una percepción totalmente diferente y aún opuesta al concepto de desarrollo. De hecho, las palabras desarrollo y “progreso” no encontraron ninguna equivalencia en alguna lengua indígena, que expresara el sentido occidental de crecimiento alrededor de la posesión de bienes materiales (Prada 2011, en Lang y Mokrani [comps.], p. 227), lo que evidencia el desafío transmoderno que implica esta concepción.

Los conceptos que se barajaron como significaciones de un “ideal de vida” desde el pensamiento indígena fueron el *suma qamaña* en aymara, *sumak kawsay* en quechua y *ñandereco* en guaraní que, con sus diferencias de forma, comparten el hecho de que el sujeto no aparece escindido de la naturaleza –entre hombre/mujer y naturaleza

137 Para Arturo Escobar, el problema espacial en la modernidad colonial consiste en el dominio del “espacio” (global, referido a lo moderno-colonial) sobre el “lugar” (lo local) (En Lander [comp.] 2000, p. 160).

138 La idea de transmodernidad es tomada de Enrique Dussel (2005).

se establece una comunión que hace parte de la Madre Tierra—, y que existe una interconexión inseparable entre la vida material de la reproducción y la producción, y la vida social y espiritual, en la que media una ritualidad que entiende a la naturaleza como un ser sagrado (ibíd., p. 228). En la idea del *Vivir Bien* se expresa un sentido de satisfacción al lograr “nutrir” a la comunidad con la producción propia, lo cual no sólo se alcanza con la ingesta de alimentos, sino también

...gracias al equilibrio entre las fuerzas vivas de la Naturaleza y la mancomunidad social que permiten el flujo de energías para que la vida y la reproducción se abran paso: agua, clima, suelo y la compenetración ritual entre el ser humano y su entorno” (ibíd., p. 229).

El acto comunitario es fundamental en la vida para el ideal del *Vivir Bien*, pues el trabajo y la producción —que son actos de celebración—, así como el disfrute del bienestar y el manejo de los bienes comunes tienen sentido sólo en lo colectivo (id.).

Estos valores sociales y de vida son notablemente diferentes e incompatibles con los planteados históricamente por el petro-Estado venezolano, que incluso en tiempo de Revolución Bolivariana y de una intensificación de la crisis ambiental global se han orientado a imaginarios consumistas —como el hecho de hacer de la idea del *Buen Vivir*, una tarjeta de crédito— y de invisibilización de las consecuencias ambientales y sociales de seguir reproduciendo este patrón y modelo de país. Si bien en la Revolución Bolivariana emergió un plano de posibilidades en la mayor movilidad y vinculación del “pueblo” con el ejercicio del poder, en la persistencia de un discurso crítico al capitalismo, en la idea de salvar al planeta de su destrucción a raíz de este patrón de producción y consumo, es fundamental evidenciar que la matriz epistemológica/cultural, programática, y la dinámica de la racionalidad y práctica política del Gobierno Bolivariano prefiguran esquemas corporativos de sujeción subjetiva y de colonización de la naturaleza acorde precisamente al sistema que tanto ha sido criticado.

De esto, y al hacer una retrospectiva histórico-geográfica tanto del patrón de poder colonial como de los principios funcionales del petro-Estado venezolano, surge una pregunta: ¿en qué sentido la Revolución Bolivariana NO ha sido una revolución? La idea del *Buen*

Vivir, que logró colarse en el discurso oficial, traída por la corriente de cambios latinoamericana, principalmente la boliviana y ecuatoriana, es potencialmente revolucionaria en tanto genere una ruptura de los sentidos comunes a los que ha apelado históricamente el petro-Estado, y que en la Revolución Bolivariana aparecen traducidos como reivindicación popular. Se trata, como hemos dicho, de un desafío transmoderno para nuestro propio proceso de cambio.

Ante nuestro imaginario de “riqueza” nacional, que se proyecta en el crecimiento sostenido del PIB por los ingresos de la renta petrolera, lo cual contribuye a inflar la “grandeza nacional” y la venezolanidad, es necesario tomar en cuenta las ideas del “decrecimiento”, que para Serge Latouche (2004, noviembre), más que una alternativa concreta, representa la matriz que posibilita múltiples alternativas. Se trata de abandonar la fe en el desarrollo y en la religión económica, buscando más un “acrecimiento” –en el mismo sentido en que se habla de ateísmo–, que un “decrecimiento” (í.d.), trastocando los mecanismos de consumo, producción y crecimiento insustentables del capitalismo, que constituyen la propia construcción social del valor. Esto implica la ejecución de programas, proyectos comunitarios, instrumentos metodológicos y difusión de información, referidas a un tipo de práctica político-social basado en la frugalidad y la templanza, que redefina el significado de la “calidad de vida” y la “prosperidad” de manera tal que no dependan de los parámetros economicistas del crecimiento infinito, sino en un tipo de necesidades/expectativas/deseos que tengan un carácter biocéntrico y reconozca los derechos de la naturaleza y la comunidad.

La idea de “decrecimiento” tiene la potencialidad tanto de generar críticas macroeconómicas, seguidas de algunas propuestas de programas para el decrecimiento, como cuestionar las prácticas cotidianas de ciudadanos y ciudadanas que estén articuladas con el proceso de producción y consumo capitalista. Un amplio programa de consumo responsable, basado en una nueva ética del cuidado –la “austeridad”, lejos de ser el sacrificio popular para salvar al capital en crisis, representa para el “decrecimiento” un proyecto para reajustarnos a la tasa de recuperación de la naturaleza–, puede proponer una lucha contra la obsolescencia programada de los productos y las tecnologías, que además transforme la concepción que se tiene de lo que se llama “desecho”, y que impulse mecanismos para la reutilización, reducción y reciclaje, así como formas de consumo compartido;

la preferencia e incentivo por los productos originados por las economías solidarias basadas en el trabajo y no en el capital, así como el conocimiento de cómo operan las grandes cadenas de producción globalizada, que ocultan altos niveles de explotación laboral y enormes daños a la naturaleza; y también un consumo responsable que implique la concientización de que el consumo ostentoso de unos representa el consumo precario de otros (cf. De Sousa 2012, 14 de febrero).

Este último punto del programa para un consumo responsable es de vital importancia debido a que, como hemos expuesto anteriormente, el consumo en el mundo es notablemente desigual, por lo que el impulso de prácticas basadas en la idea de “decrecimiento” se centra primordialmente en los países occidentales industrializados y, en los últimos años, se suman a éstos los Brics. No obstante, al revisar la estructura de consumo intensivo y parasitario nacional, la cual se ha magnificado en la Revolución Bolivariana, y que a mediano plazo es insostenible, con las consecuencias que pudiese acarrear para el orden político nacional, resulta verdaderamente trascendental una revolución cultural de este tipo, que nada tiene que ver con el auge extractivista propuesto como proyecto de país futuro tanto por el Gobierno como por la oposición, y que permita la construcción popular-territorial de nuevos sentidos comunes biocéntricos de valor, recuperando el nexo con lo local.

La crisis civilizatoria y la agresiva arremetida neoliberal en todo el planeta, han impulsado una ola de cambios culturales, muchos de ellos con una fuerte carga popular, horizontal, descentralizada y territorializada. Es fundamental la forma en la que un proceso de transformación cultural como el que planteamos aquí, pueda alimentarse y articularse con un gran cambio global en marcha, principalmente el impulsado por las fuerzas populares de América Latina. Se trata de una articulación que trascienda únicamente la escala “nacional” y que genere un “diálogo productivo” de conocimientos entre territorios nacionales, regionales y globales, entre disciplinas y organizaciones heterogéneas del campo del movimiento popular crítico, quienes finalmente puedan determinar los parámetros y valores de los patrones de conocimiento que les son funcionales localmente para la vida, promoviendo el autogobierno y las formas de resistencia tanto a las depredaciones ambientales de sus territorios

por parte de cualquier empresa privada o pública, como a los modelos epistemológicos eurocéntricos que se impulsan desde las instituciones nacionales y supranacionales hegemónicas que administran el desarrollo.

Se trata, entonces, de una revolución cultural para intentar sacudir las utopías, las distopías y el *realismo*. Si el pensamiento moderno había transformado la utopía revolucionaria en ingenuidad, idealismo e imposibilidad, esta utopía es acallada por una máquina desencantada, eficiente y fría: el *realismo utópico*, que trabaja domando la incertidumbre, triturando la creatividad, disciplinando las palabras, inoculando el escepticismo, apaciguando los cuerpos salvajes del cambio, neutralizando el ideal robinsoniano del «inventamos o erramos», e imponiendo así la repetición de un modelo disfuncional e insostenible, haciendo de su utopía “realista”, la distopía de un mundo que se consume a sí mismo. Nunca una revolución cultural había sido tan necesaria como ahora.

La soberanía popular-territorial y el autogobierno de los bienes comunes

Hemos visto cómo en la historia de Venezuela en el moderno sistema-mundo capitalista ha prevalecido un tipo de esquema de soberanía, que si bien se ha transformado con el paso del tiempo y con las mutaciones del capitalismo, ha configurado una cartografía social de profundas desigualdades, estableciendo una subsunción de la soberanía popular y los territorios particulares ante la soberanía nacional, administrada por el petro-Estado. La lógica de este tipo de esquema funciona negativamente a través de clausuras, rupturas o asimilaciones a las expresiones y proyectos emancipatorios alternativos que puedan apuntar hacia transformaciones radicales del *status quo*, por lo que es fundamental comprender que, a pesar de que la Revolución Bolivariana esté basada en una alianza nacional-popular Estado-“pueblo”, ella se origina fundamentalmente a partir de las expresiones creativas, productivas y alternativas que emanan del campo popular, del poder constituyente, y que la lucha por un modelo alternativo al capitalismo no puede reducirse únicamente a una contienda electoral, otorgándole centralidad a los gobiernos para la materialización de

un proceso de descolonización –lo que implicaría nuevamente entrar en el laberinto de la colonialidad del poder.

El proceso de construcción de alternativas al modelo rentista, desarrollista y extractivista nacional debe fundarse en un proyecto político-ontológico que conciba el poder inmanente de los sujetos, el poder como facultad y no como exterioridad depositada en grupos privilegiados, símbolos reificados o esquemas geográficos universalizantes. La Revolución Bolivariana abrió un campo de visibilidad para esta ontología salvaje, pero siempre ha atado la soberanía popular a la nacional-estatal y a la figura-símbolo del presidente Chávez, lo que ha implicado un bloqueo del movimiento espontáneo y potente del “pueblo” empoderado y/u organizado. Como lo propone Roland Denis, el Chávez-símbolo, como encarnación de un deseo colectivo reivindicativo y de emancipación, se debilita

...en la misma medida en que madura el “nosotros” como presencia fuerte y autogobernante fundida en la realidad colectiva, hasta convertirse –ya en muchos casos– en un simple referente común de cariño a su persona y respeto a sus líneas de dirección (2011, p. 152).

El nuevo proyecto emancipatorio debe desmitificar la *Política*, producir una negación de lo trascendental en el Estado y sus expresiones. La Revolución Bolivariana se convierte en posibilidad cuando reconoce que el poder inmanente es tal, en tanto el sujeto se produce y es capaz de producir, de crear y, por tanto, de subvertir un orden establecido. El deseo es movimiento y, por ende, transformación. La potencia popular es inherentemente contrapoder (cf. Terán Manto-vani 2011, 4 de julio).

Es esencial, pues, la centralidad del “pueblo” organizado, movimientos sociales, ciudadanía en general, en el proceso de construcción de alternativas al capitalismo rentístico nacional, pero la lucha contra la sobredeterminación del desarrollo y del modelo petrolero venezolano requiere, como hemos dicho, una reterritorialización del sujeto que contribuya a la superación en la consciencia de la idea de interioridad respecto al Estado, del imaginario nacionalista y de la mediación estatal entre los sujetos y el espacio, entre el capital y la naturaleza. Si el neoliberalismo opera globalizando el capital, ocupando aceleradamente nuevos territorios y privatizando crecientemente los bienes comunes para la vida, la soberanía popular-territorial representa un

mecanismo de resistencia a esta dinámica totalizante y depredadora, y una alternativa concreta de administración, autonomía local y autogobernanza comunitaria de dichos bienes esenciales, lo que puede abrir las vías hacia una desglobalización de la economía.

Maristella Svampa expone cómo a partir de las resistencias locales contra los diversos proyectos extractivistas se van configurando nuevas «comunidades del no», las cuales en esta dinámica pueden ampliar y radicalizar su plataforma representativa y discursiva, incorporando temas fundamentales como el cuestionamiento al modelo de desarrollo imperante y/o la lucha contra la mercantilización de los bienes comunes, lo que abre los caminos a la construcción de concepciones territoriales opuestas a la lógica desarrollista y colonial de la naturaleza que impulsa el extractivismo (2012, marzo, p. 7).

La gestión comunitaria de los bienes comunes debe marcar el camino hacia una transición progresiva a un nuevo modelo de sociedad. El proyecto de las Comunas que propuso y promovió el presidente Chávez parecería una idea que encarna tales principios. La propia idea de “desarrollo endógeno” contempla que «Cada región debe ser capaz de transformar sus recursos naturales que multipliquen el empleo y el bienestar social, garantizando la calidad de vida y la preservación del medio ambiente» (MPPA, Pnuma e IFLA 2010, p. 16). Pero la lógica del desarrollo administrado y planificado centralmente por el petro-Estado, el llamado Estado comunal que se expresa como una estructura corporativa, choca con la extraordinaria diversidad ecocultural de los territorios, principalmente de las zonas no urbanizadas, cada una de las cuales funciona bajo un conjunto de reglas que se diferencian claramente unas de otras, determinadas por su entorno biológico y autóctono (cf. Ostrom, en Smith 2009, 20 de octubre).

Como lo advierte la WWF, los ecosistemas no obedecen a las reglas de la propiedad privada. Cuando un modelo invasor estandarizado de extracción y producción se instala en un territorio no sólo lo altera y lo articula al mercado mundial, sino que esto tiene efectos y ramificaciones más allá de su espacio específico –la visión ecosistémica del planeta (WWF, ZSL y GFN 2008, p. 30). Los manejos ambientales más armoniosos de un territorio son generalmente aquellos que por años han practicado sus pobladores originarios, quienes aparecen como portadores de un conocimiento marginal ante la lógica técnico-especializada de los planificadores del desarrollo. Éste ha sido un factor común en la concepción económica neoclásica,

como lo explica la premio Nobel de Economía 2009, y gran teórica de los bienes comunes, Elinor Ostrom, ya que los sectores que han sido considerados como los administradores ideales de los llamados “recursos naturales”, son las instituciones gubernamentales y/o las empresas privadas (2001, pp. 46-48).

El proyecto de las Comunas sólo es viable como alternativa si es apropiado por el poder constituyente, si se enmarca en el ejercicio concreto de una soberanía popular-territorial. Esto supondría una nueva cartografía política que, en la medida que se conforma y articula, va desacoplando al petro-Estado, creando «una nueva forma de integración, más cohesiva, más dinámica, creativa, flexible», una forma descolonizadora que se encuentra más allá del Estado, tal y como lo expresa Raúl Prada, pensada desde la diversidad boliviana (Prada, en Lang y Mokrani [comps.] 2011, p. 171).

Existen por todo el mundo experiencias de producción local y autogobierno comunitario de los bienes comunes para la vida que muestran cómo es posible otras formas de relación social y con la Madre Tierra, más allá del capitalismo y el desarrollismo extractivista. Muchas de estas formas comunitarias de autogobierno territorial dan incluso mejores resultados en términos de producción y sustentabilidad que aquellos administrados por empresas privadas, Estados o instituciones supranacionales, que se centran en la explotación desmedida, apelando a energías contaminantes y orientadas al mercado mundial capitalista.

Elinor Ostrom, explica cómo luego de haber estudiado a cientos de sistemas de irrigación en Nepal encontró que aquellos gestionados por los campesinos eran los más eficaces en términos de aprovisionamiento de agua hasta todos los rincones y presentaban una mayor productividad y unos costes menores que los «fabulosos sistemas de irrigación construidos con la ayuda del Banco Asiático para el Desarrollo, del Banco Mundial, de la Agencia Norteamericana para la Ayuda al Desarrollo, etc.» (En Smith 2009, 20 de octubre, s. p.). Otro ejemplo de estas formas de autogestión y autogobierno de los bienes comunes se observa en México, donde existen cerca de 30 mil ejidos y comunidades que sirven a alrededor de tres millones de familias, las cuales gestionan 59% de la tierra y dos tercios de las unidades de producción rural en todo México. Dentro de estas estructuras institucionales «las comunidades aplican una increíble gama de sistemas de manejo de recursos naturales que son innovadores, sostenibles y

adaptados al entorno local, en una amplia variedad de ecosistemas que incluye desde desiertos hasta bosques tropicales» (Alcorn y Toledo, en Ostrom 2001, p. 44).

Estudios del Center for International Forestry Research (Cifor) demuestran que los bosques tropicales designados como áreas estrictamente protegidas tienen tasas anuales de deforestación mucho más altas que aquellos gestionados por las comunidades locales, lo cual representa un desafío a la creencia largamente sostenida de que la mejor manera de conservar los bosques es someterlos a estos regímenes de administración estatal. Resultados de otras investigaciones, publicados en estos estudios, revelan que una mayor autonomía en la elaboración de normativas a escala local están asociadas a mejores manejos forestales y beneficios de los medios de subsistencia (cf. Cooney 2011, 27 de agosto).

El Foro Alternativo Mundial del Agua ha planteado muy claramente que un bien común tan importante y delicado como el agua no puede limitarse a ser un asunto de autoridades políticas, técnicas y financieras, sino que cada mujer y hombre debe participar en la gestión, responsabilidad y decisiones acerca del preciado líquido, contribuyendo a su protección y acceso justo para todos (cf. Foro Alternativo Mundial del Agua 2012, 30 de marzo). El auge extractivista en la región, que está afectando numerosos cuerpos de agua, ha provocado la emergencia de una «nueva ecología política del agua», como lo plantea Svampa, lo cual se hace evidente en la difundida consigna «el agua vale más que el oro», que recorre todo el continente como expresión de esta lucha (2012, marzo, p. 7). En Venezuela, si bien una figura como las mesas técnicas de agua plantean la generación de instancias sociales de participación, información y decisión sobre el agua, lo cierto es que estas figuras básicamente tienen una función contralora de la gestión que realiza el gobierno respecto a este bien común y no contemplan el empoderamiento hacia formas de autogobierno y autogestión del mismo.

El ideal de desarrollo ha insistido siempre en que es necesario implantar una serie de condiciones a pueblos y territorios con el objetivo de “mejorar” y modernizar sus condiciones de vida, lo cual se basa en una visión salvadora de “asistencia” al subdesarrollado. El indígena siempre ha sido objeto de esta lógica, pero como lo aclara el antropólogo Esteban Emilio Mosonyi, existen claros ejemplos de

...numerosas comunidades indígenas del Amazonas, del Delta Amacuro y del Zulia, quienes, con una ayuda crediticia mínima y a veces sólo mediante el otorgamiento de los títulos de propiedad sobre sus tierras, han logrado un progreso económico considerable, sin necesidad de intermediarios religiosos y civiles (2008, p. 192).

Colchester, Silva y Tomedes muestran cómo los pueblos indígenas del Alto Caura (Sanema y Ye'kwana) se han organizado para proteger los bienes comunes de los territorios que habitan –con una escasa presencia estatal en la zona–, por medio del establecimiento de una asociación indígena multiétnica, el mapeo de los recursos y usos de su territorio, la creación de una cadena de radiotransmisores, el registro de sus conocimientos como propiedad intelectual propia –siendo el primer grupo étnico que aplica a la titulación legal bajo la nueva legislación–, la capacitación de los miembros de las comunidades como “parabiólogos”, la elaboración de un borrador del plan de manejo para el área, la promoción de la coadministración de las áreas protegidas existentes, el mejoramiento de las relaciones interétnicas y la promoción de la participación de la mujer indígena (Bioparques 2006, p. 22).

Resulta de gran importancia el hecho de hacer visibles estas experiencias exitosas de formas de autogestión y autogobierno comunitario de los bienes comunes, de manera de desmitificar al desarrollismo y su construcción del sujeto “tercermundista” desprovisto de capacidades para organizarse autónomamente en colectivo. Esto, claro está, no niega las dificultades y fracasos que se hayan dado en otras experiencias de este tipo, donde se ha podido detectar la falta de acciones para prevenir el sobreuso y degradación de los bosques, pesquerías y otros bienes comunes, como lo advierten Gibson y Becker (en Ostrom 2001, p. 44). Ostrom expone que «no podemos ser tan ingenuos como para pensar: “Oh, fíjate, limitémonos a entregar las cosas a la gente, que siempre se organizará”. Existen muchos escenarios que desestimulan la autoorganización» (Smith 2009, 20 de octubre, s. p.), y que en el caso del modelo rentista, su estructura de poder y sus mecanismos coloniales de distribución de la renta, tienen muy perjudiciales efectos sobre el nacimiento y/o la consolidación de estas formas de organización comunal. Además, el problema de un proyecto que apunte hacia la soberanía popular-territorial no puede sólo enfocarse a zonas rurales o semirurales, sino también tratar de ajustarse a las complejas

realidades de las urbes modernas, sobre todo en un país tan desproporcionado en su ocupación territorial como Venezuela.

En la Declaración del II Foro Social Urbano, «Defendamos los bienes comunes por el futuro de las ciudades y de los territorios», de septiembre de 2012, se planteó como uno de los objetivos fundamentales «contribuir sólidamente a la refundación de ciudades bellas y habitables y de territorios abiertos a todos los habitantes, diseñados sobre la base del “buen vivir” y de la Carta Mundial del Derecho a la ciudad». El Foro no sólo ha reconocido su compromiso con «la defensa y la gestión participativa de los bienes comunes», sino que ha resaltado también la necesidad de un «reequilibrio de la relación campo-ciudad, la función social de la propiedad y la soberanía alimentaria, reivindicando responsablemente el derecho a la resistencia para su defensa» (2012, 6 de septiembre, s. p.).

Si bien buena parte de las expresiones de soberanía popular-territorial en las urbes de todo el mundo están orientadas a la lucha contra las privatizaciones de los servicios públicos y los desalojos, es esencial comprender que, en la relación campo-ciudad, esta última ha cumplido un papel parasitario respecto a la primera, por lo que es necesario impulsar procesos de transformación del espacio que hagan de los mismos lugares autosustentables, en la máxima medida de lo posible. Hay que ruralizar la economía y campesinizar el planeta, en palabras del experto en temas de alimentación y desarrollo, Gustavo Duch, para lo cual plantea que los países prioricen que su propia agricultura alimente a su población (cf. Ferro 2011, 21 de octubre).

Es muy claro que buena parte de los problemas en Venezuela están profundamente arraigados en el tipo de soberanía territorial que ha prevalecido históricamente, y que la posibilidad de alternativas a nuestro modelo insostenible pasa por recomponer el enorme desbalance que tiene a 87,7% de la población del país viviendo en ciudades (y cerca de 65% de ese total lo hace en urbes de 50 mil y más habitantes. [cf. INE s. f.c]), impulsando el empoderamiento popular-territorial desde modelos biocéntricos para la “campesinización” de estos espacios. Existen experiencias de huertos urbanos; sistemas de intercambio solidario, créditos comunes y economías solidarias; fuentes de energías descentradas y de gestión popular; uso de bicicletas como medio de transporte o sistemas colectivos de reciclaje, que muestran algunas de las formas para llevar a cabo esta tarea y que han sido tomadas como bandera por diversos movimientos de

resistencia mundiales como los *indignados* españoles o el Occupy Wall Street en los Estados Unidos.

Para el caso venezolano, con un gran número de áreas protegidas, es fundamental mantener o ampliar el rango de las mismas, fomentando que sus habitantes desplieguen modelos de autogestión sostenibles y en armonía con la Madre Tierra. Cabe resaltar, también, la propuesta de los Núcleos de Desarrollo Endógeno (Nudes), que aunque su propio nombre refleje la contradicción territorial que provoca el esquema corporativo estatal desarrollista, promueven, desde la organización comunitaria, el uso de los bienes comunes –aunque recurren al término “recursos naturales”– basados en las necesidades y potencialidades locales (MPPA, Pnuma e IFLA 2010, pp. 197-198). Un planteamiento de este tipo pudiese ser un referente para las producciones locales, con energías autogestionadas y sustentables, que apunten a la desglobalización con su propio fortalecimiento, a la soberanía alimentaria y/o a la agricultura campesina, y que dirijan sus formas de consumo a las necesidades locales y endoculturales. No obstante, esto implicaría pues, des-desarrollar la noción de los Núcleos de Desarrollo Endógeno, lo que conllevaría a un *decrecimiento* de los procesos abstractos y universalizantes del capital global, así como a una progresiva despetrolización de los requerimientos de energía local.

El avance de la soberanía popular-territorial para ganarle terreno al capital y al petro-Estado desarrollista venezolano es esencial para poder hacer realidad este proyecto político popular. Como hemos visto a lo largo de este trabajo, el modelo rentista petrolero es un modelo que desestimula poderosamente las expresiones de autonomía y autogestión comunitarias territoriales. Su carácter exógeno, pecuniario y desigual, afecta severamente los principios de funcionamiento que Ostrom planteara como característica de instituciones “robustas” y duraderas de autogobierno de los bienes comunes –las instituciones frágiles tienden a caracterizarse por presentar sólo algunos de estos principios, y en las instituciones fracasadas se manifiestan muy pocos de ellos (2001, p. 58).

A rasgos generales, los principios básicos para que una experiencia de autogobierno de los bienes comunes sea exitosa y perdurable se basan en la existencia de cohesión colectiva, definición de parámetros compartidos y un clima constante de respeto comunitario;

que los beneficios obtenidos de la gestión sean proporcionales; que las reglas se establezcan en referencia a las condiciones locales; que exista una participación colectiva en la elaboración y revisión de las normas, una contraloría y la posibilidad de resolver conflictos; que se generen sanciones y justicia ante las fallas; que las autoridades estatales acepten al menos mínimamente esta organización popular y, por último, si esta organización funcionara a escalas más grandes deben estar encadenadas las varias capas que la componen para su buen funcionamiento (ibíd., pp. 58-60). A esto es importante sumarle, siguiendo al dirigente indígena ecuatoriano de origen kichwa, Luis Macas, que en el espacio comunitario debe existir un sistema de propiedad colectiva y una relación y convivencia con la naturaleza (Simbaña, en Lang y Mokrani [comps.] 2011, p. 225).

Estos principios descritos son parámetros fundamentales para hacer de las formas organizativas basadas en un esquema de soberanía popular-territorial –si se quiere, las *Nuevas Comunas Realmente Autogobernantes*– un proyecto verdaderamente funcional y sostenible. Es, como proyecto histórico poscolonial, un proyecto excluyente con los principios de funcionamiento del petro-Estado venezolano. Si, como lo explica Coronil, los efectos de la producción petrolera reflejan el espíritu fragmentador de la modernidad (2002, p. 20), lo que se proyecta a un tipo de ordenamiento territorial súper concentrado en un pequeño porcentaje de la geografía nacional; un tipo de construcción del valor, de consumo de productos y de producción cultural de carácter marcadamente exógeno; un tipo de esquema de soberanía que establece una sobredeterminación del petro-Estado desarrollista y, por ende, una relación muy desigual con las comunidades y pueblos organizados; entonces queda clara la vital importancia de iniciar un proceso de corte de un cordón umbilical petrolero bastante pernicioso.

La vía institucional-gubernamental y la puesta en marcha de transiciones concretas hacia el posextractivismo

Como hemos visto en el capítulo 2, el petro-Estado venezolano no sólo se ha hegemonizado en la sociedad por la vía negativa, sino que ha logrado anclajes tanto materiales como en las subjetividades, lo cual exige que toda transformación radical del *status quo* capitalista y rentista requiera de un complejo proceso en el cual las instituciones estatales establecidas participen, lo cual es bastante problemático, por las razones anteriormente expuestas. No obstante, la construcción de una hegemonía cultural biocéntrica que sirva como plataforma de crisis del modelo rentista petrolero nacional, y como oportunidad para el empoderamiento popular que emergiera como proceso desde 1989, y que en la Revolución Bolivariana ha sufrido un proceso de corporativización, exige de la construcción de un nuevo esquema de soberanía popular-territorial que logre hegemonizar el “poder obediencial” como forma de ejercicio de la política. El proceso de la puesta en marcha de transiciones concretas hacia el posextractivismo por la vía institucional-gubernamental debe ser producto de la presión, interpelación y contraloría popular permanente, hasta disolver y decolonizar las formas de poder que hacen posible al Estado-nación moderno.

La sola eliminación del régimen de propiedad, de las élites capitalistas o de la forma dinero, no es garantía de una transformación radical del modelo social. El problema fundamental podría estar dirigido primordialmente al cambio de sentido, a la reinserción de las dinámicas institucionales bajo otras lógicas, como lo reconoce Latouche (cf. 2012, 30 de marzo), lo que supone entender que este proceso no es sólo afirmativo, sino que requiere de diversas formas de resistencia y *negatividad* ante las contraofensivas de la razón de Estado y el capital. En estos procesos de interpelación, conflicto y avance del poder popular, generalmente se hace evidente que los márgenes de maniobra de los gobiernos, a favor de las reivindicaciones de los pueblos, no son tan estrechos y limitados como nos han querido hacer pensar –como lo demuestra la desvinculación del FMI por parte de Venezuela; o los desafíos a la deuda externa ilegítima que planteara el gobierno de Ecuador (Gudynas 2009, p. 197)–, sobre todo desde las vocerías inmovilizadoras del *realismo utópico*.

Ahora bien, es esencial comprender que el objetivo de la transición de modelo nacional debe ser el desplazamiento desde su

sobredeterminación petrolera-capitalista rentística hacia configuraciones sociocomunitarias (Prada 2011, p. 254). Este complejo proceso, generalmente ha sido visto por las intelectualidades gubernamentales y los *think tank* empresariales como acciones meramente de gerencia, eficiencia y tecnología. Sin embargo, y como lo expresa la WWF en su informe *Planeta Vivo 2008* –un documento que ofrece primordialmente propuestas tecnoadministrativas, muy poco “políticas”–, “el Modelo de Soluciones Climáticas”, basado en tres estrategias como son la expansión de la eficiencia energética, el aumento en el uso de energías renovables y una expansión de la captura y el almacenamiento del carbono, requiere de la puesta en acción de tres imperativos que acompañen las posibilidades tecnológico-administrativas, para lograr así los objetivos de llevar las emisiones de GEI a un punto tope y su posterior declive: es imperativo el accionar por parte de los gobiernos del mundo para llegar a metas claras y ambiciosas (*liderazgo*), el *esfuerzo global* proporcional a la responsabilidad y capacidad de actuar de cada país, y una conciencia de la *urgencia*, debido a que

El tiempo apremia si se tienen en cuenta las limitaciones prácticas que demoran la transición industrial y los riesgos de quedarse confinado en una infraestructura de uso intensivo de energía debido a las inversiones en tecnologías no sostenibles. Cualquier retraso hará que la transición hacia una economía de baja emisión sea cada vez más costosa y difícil, y corra un mayor riesgo de fracasar (WWE, ZSL y GFN 2008, pp. 24-25).

La activación de estos tres imperativos, de una transición hacia configuraciones sociocomunitarias, es un asunto primordialmente político que exige la asunción de la soberanía popular-territorial como fuerza de activación de este proceso, aunque éste no sea el tono explícito de este informe para proponer los modelos de soluciones. Estamos hablando de dos procesos simultáneos, uno interno y el otro externo a la especificidad del Estado-nación. Se trata, internamente, de que la activación de los procesos de empoderamiento popular logren impulsar también estas alternativas en los ámbitos gubernamentales, desplazando a los grupos de presión domésticos y transnacionales, públicos y privados, que apuestan por mantener el *status quo* energético, el cual alimenta su esquema de poder y representaría serias trabas para la materialización de estas políticas posextractivistas.

Y, en el ámbito internacional, se trata de reconocer que en la dinámica geopolítica de la crisis civilizatoria, los países ricos intentan frenar los cambios internos que puedan impulsar algunos países periféricos, pues si un sistema energético, que es ante todo un sistema sociotecnológico, demora en efectuar una transición que de hecho es prácticamente obligatoria, la “brecha energética” entre países pobres y ricos será cada vez mayor. De ahí que la Red Oilwatch afirme que «Aferrarse a la explotación petrolera es el primer paso hacia un sendero de efectos perversos para nuestros países. La inseguridad energética es apenas uno de ellos» (2007, p. 32). Adicionalmente, han sido los pueblos de los países periféricos quienes han exigido a los grandes países contaminantes el reconocimiento de la deuda ecológica o los pasivos ambientales que le debe el Norte al Sur (ibíd., p. 64), lo cual es fundamental en todo proyecto global posextractivista, que debe constituirse bajo relaciones internacionales mucho más equitativas que las que se dan en la actualidad.

Si en este sistema internacional tan desigual, el extractivismo tiene sentido en tanto se produce para una economía-mundo capitalista de naturaleza polarizante, entonces la idea de una “desconexión”, como lo planteara Samir Amin, se asoma como fundamental. El planteamiento de la formación de una “economía auto-centrada” se basa en la idea de que «ya no sería la demanda externa el eje de las conjeturas y esperanzas sino que la interna ocuparía el rol primordial, desplazando a aquella a un lugar secundario» (2010, 22 de enero, p. 17). Amin planteaba que la necesidad de un modelo que respondiera a las necesidades de los pueblos «y no a las exigencias que se derivan de una concentración creciente de las riquezas», en el marco de un capitalismo globalizado necesariamente polarizante, debía apuntar a un paradigma de *regionalización económica* (ibíd., p. 27), lo cual evidencia que una transición posextractivista no puede hacerse en solitario, sino que exige ciertos niveles de coordinación dentro de América Latina (Gudynas, en Lang y Mokrani [comps.] 2011, pp. 284-258)¹³⁹, al menos para crear una situación de soberanía alimentaria, como paso inicial a un proceso de desglobalización y mayores niveles de autonomía.

139 Gudynas además advierte que si un país llevara a cabo políticas de transición posextractivistas de manera unilateral dentro de América del Sur, los emprendimientos extractivistas simplemente se mudarían a una nación vecina.

No obstante, es necesario trascender el imaginario desarrollista y comprender que el desplazamiento desde la sobredeterminación petrolera-capitalista rentística nacional no debe apuntar hacia la administración de una economía estatal-nacionalista –un intercambio regional entre Estados extractivistas–, sino que debe ser sostenida primordialmente por las formas de autogobierno territorial comunitario. De esta forma, el comercio del ALBA debe trascender tanto la mediación estatal-nacionalista de corte extractivista, como los intercambios basados en patrones globalizados de consumo que obstruyen precisamente las estrategias de “desconexión”, y buscar gestionar una transición en la cual cada vez prevalezca menos el comercio a gran escala.

El Centro Latino Americano de Ecología Social ha planteado una propuesta que considera una transición desde un “extractivismo depredador” (modelo actual), a un “extractivismo sensato”, para finalmente pasar a una “extracción indispensable”, referida a aquellas actividades que son genuinamente necesarias, «que cumplen condiciones sociales y ambientales, y están directamente vinculadas a cadenas productivas nacionales y regionales, para nutrir redes de consumo verdaderamente enfocadas en la calidad de vida» (Gudynas, en Escobar 2012, marzo, pp. 16-17). Dado que el núcleo del asunto no está en primera instancia en aumentar la extracción petrolera y minera para captar más renta, sino en cómo se distribuye la que tenemos, un primer paso en esta transición pasa por examinar los determinantes mecanismos de distribución de la renta para comenzar a desmontar, uno a uno, los incentivos que están instalados tanto en la industria petrolera como aquellos que promueven formas de consumo de energía y mercancías insostenibles, y que son los que generan los desestímulos a formas de producción y relación social, territorial y comunitaria, además de fortalecer al petro-Estado y a las burguesías comerciales –por ejemplo, el subsidio a la gasolina debe ser discutido abiertamente, sin tabúes¹⁴⁰.

140 Ciertamente, recortar subvenciones puede ser una decisión comprometida para cualquier gobierno, por lo cual es fundamental elaborar una reformulación de dichos subsidios orientados al mejoramiento de ámbitos sociales sensibles y/o desasistidos, además de tomar en cuenta que dichos recortes se realicen de manera gradual y con una importante campaña de formación y concientización pública.

La idea es pues, promover una reconfiguración de los mecanismos de distribución de la renta y un reordenamiento de la política fiscal que se inscriba en una lógica post-rentista, redirigiendo los incentivos a los canales de creación de un modelo de sociedad que vaya desmontando la “cultura del petróleo” y genere alternativas post-capitalistas y comunalizadas. Hay que discutir sobre el régimen impositivo nacional que ha favorecido a las desigualdades sociales –Venezuela además es el país de América Latina que registra el menor nivel de presión tributaria (2010) con 11.4% del PIB, 8% por debajo de la media regional (CIAT, Cepal y OCDE 2012, p. 58)– y reorientar sus cargas hacia los que acumulan mayores ganancias. Y debe crearse, con seriedad y rigurosidad, un fondo petrolero nacional, similar al *Government Pension Fund* – Global de Noruega, de manera de mantener al margen de la economía nacional los excedentes que puedan generar las ya conocidas distorsiones y desequilibrios que tanto daño han hecho al país –la “Enfermedad Holandesa”–, y que perjudicarían sobremanera una reformulación fiscal profunda”.

La Red Oliwatch ha sido más radical en sus propuestas y desde hace unos 15 años, ha planteado una moratoria de la ampliación de la frontera petrolera. Desde el año 2007 y hasta 2013, Ecuador puso sobre la mesa un proyecto de este tipo, la iniciativa del Yasuní ITT, dejar el petróleo en el subsuelo, con el objetivo de proteger una biodiversidad inigualable en el mundo –la de la Amazonía ecuatoriana, la mayor registrada por científicos hasta el momento–, a los pueblos indígenas habitantes de esos territorios, evitar más emisiones de GEI y dar los primeros pasos para una transición pospetrolera en Ecuador (cf. Acosta 2011, 2 de octubre). A cambio, el gobierno pedía una compensación, principalmente a los países industrializados, equivalente a 50% de los ingresos que se obtendrían de la venta de este petróleo –unos 7 mil millones de dólares sobre un período de 13 años (cf. Burch 2011, 25 de noviembre)–. Esto plantea la posibilidad de la asunción de responsabilidades por parte de los países ricos, así como una forma de establecer respuestas globales conjuntas a los graves problemas derivados del Cambio Climático. Existen diversas propuestas, similares a ésta, para países como Mauritania, Nigeria, Bolivia, entre otros¹⁴¹, lo que no es sino una invitación a abrirnos a posibilidades para pensar los mejores mecanismos para llevar a cabo

141 Sobre estas propuestas, véase Oilwatch 2007.

un proceso de transición que logre revertir la grave situación ambiental y climática global.

Los graves desacoplamientos estructurales que expusimos en el capítulo 1, originados por el patrón energético basado en combustibles fósiles, deben entonces reducirse con un programa de *des-desarrollo* que pasa por:

- Reformulaciones programadas en las construcciones del valor social. El sociólogo español Jorge Riechmann plantea una *Reforma ecológica de la Contabilidad Nacional*, que tome en cuenta los elementos ecológicos ignorados por la economía (cf. López Arnal 2012), por ejemplo, contabilizar las pérdidas de biodiversidad como pasivos económicos. Hablamos de una reconfiguración de la construcción social del valor visto desde una perspectiva no capitalista y popular, que no tiene nada que ver con la perversa lógica neoliberal de la llamada “economía verde”;
- des-petrolizar la economía, promoviendo progresivamente el abandono de los combustibles fósiles, impulsando moratorias del avance de la frontera petrolera y desmontando las falsas soluciones planteadas por grandes empresas, gobiernos y/o instituciones supranacionales, como los agrocombustibles, los mecanismos REDD¹⁴² y los mercados de carbono (Oilwacht 2007, p. 61). Se trata de orientar y reorientar los incentivos fiscales, generando estímulos a formas de producción y consumo sostenibles, y fuertes “ecoimpuestos” a energías marrones. Incluso, como propone Gudynas, se pueden replantear las tributaciones sobre los propios proyectos extractivos petroleros existentes (incrementándolas), de manera de ir haciendo viable una progresiva salida de la dependencia petrolera nacional (Gudynas, en Lang y Mokrani [comps.] 2011, p. 287);
- desglobalizar el comercio, combatiendo el consumo masivo de productos traídos de otras partes del mundo, que impulsa el desacoplamiento de la tasa de retorno energética;
- des-centralizar la generación y distribución de energía por medio de tecnologías que no intensifiquen la dependencia y que se adapten a las necesidades de las poblaciones locales;

142 Iniciales en inglés de: Programa de Reducción de Emisiones de Carbono causadas por la Deforestación y la Degradación de los bosques (*Reducing Emissions from Deforestation and forest Degradation*).

- des-urbanizar, promoviendo ordenaciones territoriales que persigan campesinizar las relaciones sociales y con la naturaleza, promoviendo la agricultura campesina y la agroecología (Oiwacht 2007, p. 61);
- y también iniciar e incentivar procesos investigativos de manera multidisciplinaria y orgánica –con objetivos locales, desde saberes locales–, que indiquen cuáles pueden ser las bases para una economía alternativa y qué tipo de tecnologías pudiesen ser las más adecuadas para diversos casos, preferiblemente que nazcan de industrias no contaminantes y de administración colectiva.

Hemos descrito, a rasgos generales, algunas perspectivas y alternativas al modelo desarrollista extractivista que creemos deben incorporarse de manera importante al debate nacional. El tiempo se nos agota, mientras que el tren venezolano del “progreso” parece pisar el acelerador. Resta ver si el poder originario de la Revolución Bolivariana, el poder constituyente, logra trascender el nuevo desafío de un proceso de transformación que ha transitado por los viejos rieles de un petro-Estado que se fundamenta en un cada vez más insostenible esquema de reproducción social.

Fuentes consultadas

- AA. VV. (1976). *Política y economía en Venezuela 1810-1976*. Caracas: Fundación John Boulton.
- ABC (2011, 6 de diciembre). «La OMS pide medidas en Durban para evitar 13 millones de muertes al año». *ABC Digital* [versión en línea]. Recuperado el 13 de marzo de 2012 de <http://www.abc.com.py/nota/la-oms-pide-medidas-en-durban-para-evitar-13-millones-de-muertes-al-ano/>
- Abreu, Jenny (2011, 23 de diciembre). «Las montañas de coque ganan espacios en Complejo de Jose». *El Tiempo* [noticiero digital]. Recuperado el 30 de diciembre de 2011 de <http://eltiempo.com.ve/locales/regionales/denuncia/las-montanas-de-coque-ganan-espacios-en-complejo-de-jose/40368>
- Acosta, Alberto (2011, 2 de octubre). «El petróleo o la vida». *Cadtm* [sitio web oficial]. Recuperado el 12 de marzo de 2012 de <http://www.cadtm.org/El-petroleo-o-la-vida>
- Acosta Saignes, Miguel (1987). *El latifundio*. Caracas: Edición Especial de la Procuraduría Agraria Nacional.
- Acuerdo mediante el cual se aprueba la constitución de una empresa mixta entre la Corporación Venezolana del Petróleo, S.A. (CVP) y las empresas Chevron Carabobo Holdings APS, Mitsubishi Corporation, Inpex Corporation y Suelopetrol C.A., S.A.C.A., o sus respectivas afiliadas (2010, 26 de marzo a). *Gaceta Oficial de la República Bolivariana de Venezuela* [versión en línea]. Caracas, 15 de abril de 2010. Recuperado el 18 de febrero de 2012 de http://www.asambleanacional.gob.ve/index.php?option=com_docman&task=doc_details&gid=2264&&Itemid=89
- Acuerdo mediante el cual se aprueba la constitución de una empresa mixta entre la Corporación Venezolana del Petróleo, S.A. (CVP) y las empresas Repsol Exploración S.A., PC Venezuela LTD, ONGC Videsh LTD, Oil Indian Limited e Indian Oil Corporation Limited o sus respectivas afiliadas (2010, 26 de marzo b). *Gaceta Oficial de la República Bolivariana de Venezuela* [versión en línea]. Caracas, 15

de abril de 2010. Recuperado el 18 de febrero de 2012 de http://www.asambleanacional.gob.ve/index.php?option=com_docman&task=doc_details&gid=2264&&Itemid=89

Agence France Presse (AFP) (2011, 28 de septiembre). «Venezuela llama a petroleras a invertir en reservas de Faja de Orinoco». *Noticias 24* [noticiero digital]. Recuperado el 15 de mayo de 2012 de <http://economia.noticias24.com/noticia/81591/venezuela-llama-a-petroleras-a-invertir-en-reservas-de-faja-de-orinoco/>

——— (2011, 24 de diciembre). «En Venezuela se hacen 40 mil mamoplastias al año». *El Carabobeño* [versión en línea], Valencia. Recuperado el 24 de julio de 2012 de <http://www.el-carabobeno.com/salud/articulo/25817/en-venezuela-se-hacen-40-mil-mamoplastias-al-ao->

Agencia Venezolana de Noticias (AVN) (2011, 16 de septiembre). «Faja del Orinoco producirá 4 millones de barriles de petróleo por día en 2014» [versión en línea]. *AVN*, Barcelona. Recuperado el 29 de septiembre de 2011 de <http://www.avn.info.ve/node/77813>

——— (2011, 6 de octubre). «Chávez: Todo el petróleo de la Faja del Orinoco es para el desarrollo integral del pueblo» [versión en línea]. *AVN*, Caracas. Recuperado el 14 de mayo de 2012 de <http://www.avn.info.ve/contenido/ch%C3%A1vez-todo-petr%C3%B3leo-faja-del-orinoco-es-para-desarrollo-integral-del-pueblo>

——— (2011, 19 de octubre). «Pdvs: Estudios demuestran que factor de recobro de la Faja del Orinoco es superior a 20%». *AVN* [versión en línea]. Recuperado el 23 de octubre de 2011 de <http://www.avn.info.ve/contenido/pdvs-estudios-demuestran-que-factor-de-recobro-de-la-faja-del-orinoco-es-superior-20>

——— (2012, 8 de enero). «Chávez: Proyecto en la Faja del Orinoco será el más grande motor para el desarrollo económico» [versión en línea]. *AVN*, Caracas. Recuperado el 12 de enero de 2012 de <http://www.avn.info.ve/node/94285>

——— (2012, 18 de enero). «Cooperación Argentina-Venezuela permitirá extracción de 100 mil b/d en Faja del Orinoco» [versión en línea]. *AVN*, Caracas. Recuperado el 18 de enero de 2012 de <http://www.avn.info.ve/node/95796>

——— (2012, 23 de enero). «Prevén incorporar 500 mil trabajadores a Faja Petrolífera del Orinoco en 6 años». *Procuraduría General de la República* [sitio web oficial]. Recuperado el 24 de enero de 2012 de http://www.pgr.gob.ve/index.php?option=com_content&view=article&id=471:prev

- en-incorporar-500-mil-trabajadores-a-faja-petrolifera-del-orinoco-en-6-anos&catid=88:actualidad&Itemid=24.
- (2012, 22 de marzo). «Venezuela cuenta con amplia experiencia para extraer crudo sin afectar el ecosistema» [versión en línea]. *AVN*, Caracas. Recuperado el 23 de marzo de 2012 de <http://www.avn.info.ve/node/104772>
- (2012, 17 de abril a). «Ramírez: Pdvsa cuenta con la confianza de la banca internacional» [versión en línea]. *AVN*, Caracas. Recuperado el 19 de abril de 2012 de <http://www.avn.info.ve/node/108454>
- (2012, 17 de abril b). «Ingresos de Pdvsa en 2011 superaron los 124 mil millones de dólares» [versión en línea]. *AVN*, Caracas. Recuperado el 19 de abril de 2012 de <http://www.avn.info.ve/node/108409>
- (2012, 18 de abril). «Venezuela y Colombia desarrollan acuerdo para construir oleoducto binacional» [versión en línea]. *AVN*, Caracas. Recuperado el 19 de abril de 2012 de <http://www.avn.info.ve/contenido/venezuela-y-colombia-desarrollan-acuerdo-para-construir-oleoducto-binacional>
- (2012, 22 de agosto). «Chávez llamó a construir una nueva ciudad en la Faja Petrolífera del Orinoco». *El Nacional* [versión en línea], Caracas. Recuperado el 28 de agosto de 2012 de <http://www.el-nacional.com/noticia/48386/16/chavez-llamo-a-construir-una-nueva-ciudad-en-la-faja-petrolifera-del-orinoco.html>
- (2012, 29 de diciembre). «Precio del barril de petróleo venezolano promedió 103,46 dólares en 2012» [versión en línea]. *AVN*, Caracas. Recuperado el 20 de enero de 2013 de <http://www.avn.info.ve/contenido/precio-del-barril-petr%C3%B3leo-venezolano-promedi%C3%B3-10346-d%C3%B3lares-2012>
- Agencia Latinoamericana de Información (ALAI) (coord.) (septiembre-octubre 2011). *El cuento de la economía verde* [versión en línea], Quito (468-469). Recuperado de <http://alainet.org/publica/alai468-9.pdf>.
- Alba Rico, Santiago (2012, 17 de marzo). «Un año del inicio de la revuelta en Siria: Todo es posible, salvo la revolución». *Kaos en la Red* [sitio web]. Recuperado el 19 de marzo de 2012 de <http://www.kaosenlared.net/component/k2/item/11686-un-a%C3%B1o-del-inicio-de-la-revuelta-en-siria-todo-es-posible-salvo-la-revoluci%C3%B3n.html>
- Alcalá, Yender (2012, 27 de febrero). «Venezuela y China firman nuevos convenios de cooperación bilateral». *Correo del Orinoco* [versión en línea], Caracas. Recuperado el 6 de septiembre de 2012 de <http://www.correodelorinoco.gob.ve/nacionales/venezuela-y-china-firman-nuevos-convenios-cooperacion-bilateral/>

- Álvarez R., Víctor (2009). «Venezuela: ¿Hacia dónde va el modelo productivo? Centro Internacional Miranda». *Observatorio Económico de América Latina (Obela)* [sitio web oficial]. Recuperado el 8 de septiembre de 2012 de <http://www.obela.org/system/files/venezuela%20modelo%20productivo.pdf>.
- Amigos de la Tierra (s. f.). «Un mundo de bajo consumo». *Amigos de la tierra* [sitio web oficial]. Recuperado el 22 de septiembre de 2012 de <http://www.tierra.org/un-mundo-de-bajo-consumo/documento.pdf>
- Amodio, Emanuele (s. f.). «La última búsqueda de El Dorado», *El desafío de la historia*, Caracas, (9), pp. 74-83.
- Amin, Samir (2010, 22 de enero). «El paradigma del desarrollo». *Rebelión* [revista digital]. Recuperado el 20 de junio de 2012 de <http://www.rebelion.org/docs/99088.pdf>
- Andrade, Carlos (2012). *Caracazo 27 de febrero* [video]. Recuperado el 27 de agosto de 2012 de <http://www.youtube.com/watch?v=7d7nwLJXm2w&feature=plcp>
- Angus, Ian (2011). «Cómo llevar a cabo una revolución ecosocialista». *Mientras Tanto* [revista digital] . Recuperado el 14 de junio de 2012 de <http://www.mientrastanto.org/boletin-103/ensayo/como-llevar-a-cabo-una-revolucion-ecosocialista>
- Arcila Farías, Eduardo (1985). *Las estadísticas de Castro. Primera década del siglo xx*. Caracas: Academia Nacional de Historia.
- Arenas, Nelly y Luis Gómez (2005). «El imaginario redentor: de la revolución de octubre a la quinta república bolivariana». *Programa Cultura, Comunicación y Transformaciones Sociales* [sitio web oficial]. Recuperado el 14 de marzo de 2012 de <http://www.globalcult.org.ve/monografias.htm>
- Armas, Mayela (2012, 2 de abril). «Leyes abren vías para más deuda y usar sin límites fondos extras» [versión en línea]. *El Universal*, Caracas. Recuperado el 2 de abril de 2012 de <http://www.eluniversal.com/economia/120402/leyes-abren-vias-para-mas-deuda-y-usar-sin-limites-fondos-extras>
- Assadourian, Erik (2010, 9 de noviembre). «Cultural change for a bearable climate». *Sustainability: Science, Practice & Policy* [sitio web]. Recuperado el 22 de septiembre de 2012 de <http://sspp.proquest.com/archives/vol6iss2/editorial.assadourian.html>
- Azaf, Blanca Vera (2012, 13 de septiembre). «Citigroup advierte que Pdvsa no podrá aumentar producción» [versión en línea]. *El Nacional*, Caracas. Recuperado el 17 de septiembre de 2012 de <http://www.analitica.com/va/economia/opinion/9415989.asp>

- Azzellini, Darío (2009). *El negocio de la guerra*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Ballenilla, Fernando (2004). «El final del petróleo barato». *El Ecologista* [versión en línea], (40), pp. 20-23. Recuperado el 16 de julio de 2011 de <http://www.ua.es/personal/fernando.ballenilla/Preocupacion/ArticuloPetroleoFdoBallenilla.pdf>
- Banco Central de Venezuela (BCV) (2000, junio). «Informe Económico 1999». *BCV* [sitio web oficial]. Recuperado el 2 de septiembre de 2012 de <http://www.bcv.org.ve/Upload/Publicaciones/infeco99.pdf>
- _____(2011, 25 de julio). «Informe Económico 2010». *BCV* [sitio web oficial]. Recuperado el 2 de septiembre de 2012 de <http://200.74.197.135/upload/publicaciones/infoeco2010.pdf>
- _____(2012, marzo). *Informe a la Asamblea Nacional sobre los Resultados Económicos del año 2011*. Caracas: BCV.
- Banco Mundial (2012). «Datos». *Grupo del Banco Mundial* [sitio web oficial]. Recuperado el 12 de septiembre de 2012 de <http://datos.bancomundial.org/>
- Baptista, Asdrubal (coord.) (2000). *Venezuela siglo xx*. Libro 1. Caracas: Fundación Polar.
- _____(2004). *El relevo del capitalismo rentístico: hacia un nuevo balance de poder*. Caracas: Fundación Polar.
- _____(2010). *Teoría económica del capitalismo rentístico*. Caracas: Banco Central de Venezuela.
- Bastener, Miguel Ángel (1989, 5 de febrero). «La “coronación” de Carlos Andrés Pérez». *El País* [versión en línea], España. Recuperado el 27 de agosto de 2012 de http://elpais.com/diario/1989/02/05/internacional/602636405_850215.html
- Batalla, Xavier (2006, octubre). «El estrés hídrico». *La Vanguardia* [noticiero digital]. Recuperado el 1 de agosto de 2012 de <http://www.lavanguardia.com/20061001/54261854520/agua-el-desafio-del-s-xxi.html>
- Battaglini, Oscar (1997). *El medinismo*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana/Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela.
- _____(2008). *El betancourismo 1945-1948: rentismo petrolero, populismo y golpe de Estado*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Bautista Urbaneja, Diego (1992). *Pueblo y petróleo en la política venezolana del siglo xx*. Caracas: Cepet.
- _____(2002). *La política venezolana desde 1899 hasta 1958*. Caracas: Publicaciones UCAB.

- _____. (2007). *La política venezolana desde 1958 hasta nuestros días*. Caracas: Publicaciones UCAB.
- Beltrán Acosta, Luis (2009). *La verdadera resistencia indígena contra la corona española*. Caracas: Ediciones Akurima.
- Betancourt, Rómulo (1968). «Plan cuatrienal de Gobierno». En *La revolución democrática en Venezuela*, pp. 263-275. Caracas: Imprenta Nacional.
- Bioparques (2006). «Gobernanza de las áreas protegidas en Venezuela». *Slideshare* [sitio web]. Recuperado el 12 de febrero de 2012 de <http://www.slideshare.net/bioparques/gobernanza-de-la-reas-protegidas-en-venezuela-2006>
- Blog de Hugo Chávez* (2011, 23 de agosto). «Adelantan plan estratégico conjunto Faja Petrolífera del Orinoco y Arco Minero de Guayana». *Chávez.org.ve* [blog]. Recuperado el 21 de febrero de 2012 de <http://www.chavez.org.ve/temas/noticias/adelantan-plan-estrategico-conjunto-faja-petrolifera-orinoco-arco-minero-guayana/>
- Bolívar, Marvin (2012, 15 de noviembre). «En marcha Complejo Agroindustrial José Inácio de Abreu e Lima». *Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información* [sitio web oficial]. Recuperado el 22 de febrero de 2013 de <http://www.minci.gob.ve/2012/11/avanza-el-complejo-agroindustrial-jose-inacio-de-abreu-e-lima/>
- Bouguerra, Mohammed Larbi (2005). «Los bienes comunes». En Autores Varios, *Cien proposiciones del Foro Social Mundial*, pp. 131-148. Caracas: Editorial Laboratorio Educativo.
- BP (2011). «BP Statistical Review of World Energy». *BP* [sitio web oficial]. Recuperado el 10 de noviembre de 2011 de www.bp.com/statisticalreview
- Bravo, Elizabeth (2007, mayo). «Los impactos de la explotación petrolera en ecosistemas tropicales y la biodiversidad». *Oilwatch* [sitio web oficial]. Recuperado el 2 de abril de 2012 de http://www.oilwatch.org/doc/documentos/impactos_explotacion_petrolera-esp.pdf
- Breda, Tadeu (2010, 14 de febrero). «Consecuencias sociales y ambientales en América Latina. La pervivencia del viejo modelo extractivista». *Diagonal* [noticiero digital]. Recuperado el 21 de mayo de 2012 de <http://www.diagonalperiodico.net/La-pervivencia-del-viejo-modelo.html>
- Brito Figueroa, Federico (1961). *Las insurrecciones de los esclavos negros en la sociedad colonial venezolana*. Caracas: Editorial Cantaclaro.
- _____. (1990). «Historia económica y social de Venezuela». En Domingo F. Maza Zavala, *Los procesos económicos y su perspectiva*. Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia.

- (1996). *Historia económica y social de Venezuela*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, t. IV.
- Britto García, Luis (2012, 14 de octubre). «Tareas del nuevo gobierno bolivariano». *Aporrea* [blog]. Recuperado el 24 de octubre de 2012 de <http://www.aporrea.org/actualidad/a152214.html>
- Broto, Antonio (2012, 18 de octubre). «La economía china sigue pisando el freno». *Público.es* [versión en línea], Pekín. Recuperado el 26 de octubre de 2013 de <http://www.publico.es/dinero/444071/la-economia-china-sigue-pisando-el-freno>
- Bruckmann, Mónica (2012, 14 de marzo). «La centralidad del agua en la disputa global por recursos estratégicos». *América Latina en Movimiento* [sitio web]. Recuperado el 20 de marzo de 2012 de <http://alainet.org/active/53385>
- Bullón Miró, Fernando (2005). «El mundo ante el cenit del petróleo». *Asociación para el Estudio de los Recursos Energéticos (Aeren)* [sitio web oficial]. Recuperado el 15 de julio de 2011 de http://www.nodo50.org/ermualibertario/pdf/El_mundo_ante_el_cenit_del_petroleo.pdf
- Burch, Sally (2011, 25 de noviembre). «Ecuador lleva propuesta innovadora a Durban». *América Latina en Movimiento* [sitio web]. Recuperado el 2 de diciembre de 2011 de <http://www.alainet.org/active/51147&lang=es>
- Buttó, Luis Alberto (2008). «Venezuela 1992: Bases ideológicas de las insurrecciones militares». *Asian Journal of Latin American Studies* [versión en línea], 21 (2). Caracas: Universidad Simón Bolívar. Recuperado el 28 de agosto de 2012 de <http://www.ajlas.org/v2006/paper/2008vol21no202.pdf>
- Caballero, Manuel (2007). *Ni Dios ni federación*. Caracas: Editorial Alfa.
- Caldera, Rafael (s. f.). «Discurso del doctor Rafael Caldera en la sesión conjunta del Congreso de la República, el día 4 de febrero de 1992». *Página oficial del doctor Rafael Caldera* [sitio web]. Recuperado el 28 de agosto de 2012 de http://rafaelcaldera.com/image/userfiles/image/libros_y_folletosRC_pdf/Dos_discursos.pdf
- Camacho, Carlos (2012, 17 de febrero). «Polémica tecnología aplicará Pdvsa en el Orinoco». *El Mundo* [versión en línea], Caracas. Recuperado el 25 de febrero de 2013 de <http://www.elmundo.com.ve/Noticias/Petroleo/Pdvsa/Polemica-tecnologia-aplicara-Pdvsa-en-el-Orinoco.aspx>
- Campbell, Oliver L. (2008, 29 de enero). «Faja del Orinoco todavía atractiva». *Petroleum World* [sitio web]. Recuperado el 24 de febrero de 2013 de <http://www.petroleumworldve.com/edito08012901.htm>

- Canadian Oil Sands (2007, 14 de diciembre). «Canadian Oil Sands provides 2008 Budget». *News Releases* [sitio web]. Recuperado el 24 de febrero de 2013 de <http://www.cdnoilsands.com/Media-Centre/PressRelease-Details/2007/CanadianOilSandsprovides2008Budget/default.aspx>
- Capriles Radonski, Henrique (2012). «Petróleo para tu progreso». *Hay un camino* [sitio web oficial]. Recuperado el 14 de agosto de 2012 de <http://uploads.hayuncamino.com/wp-content/uploads//2012/08/Petr%C3%B3leo-para-tu-progreso.pdf>
- Cardozo, Lenin (2012). «Canadá enfrenta bloqueo de ambientalistas en el mercado de sus arenas bituminosas». *Anca 24. Canal Azul* [sitio web]. Recuperado de <http://anca24.canalazul24.com/?p=581>
- Carrera Damas, Germán (1969). *El culto a Bolívar*. Caracas: Instituto de Antropología e Historia/Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela.
- (1995). *La disputa de la independencia*. Caracas: Ediciones Ge.
- (2006). *Una nación llamada Venezuela*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- (coord.) (2008). *Formación histórico social de Venezuela*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Carrera, Gustavo Luis (2005). *La novela del petróleo en Venezuela* [versión en línea]. Mérida: Universidad de Los Andes. Recuperado el 7 de agosto de 2012 de http://www.saber.ula.ve/bitstream/123456789/15838/2/novela_petroleo.pdf
- Carriba, Victor, Reina Magdariaga Larduet y otros (2010, 20 de abril). «El extractivismo, continuación del saqueo colonial». *Bolpress* [noticiero digital]. Recuperado el 22 de mayo de 2012 de <http://www.bolpress.com/art.php?Cod=2010042004>
- Cartay, Rafael (1999). «La filosofía del régimen perezjimenista: el Nuevo Ideal Nacional». *Revista Economía* [versión en línea], Caracas, xxiv (15). Recuperado el 22 de agosto de 2012 de <ftp://iies.f.aces.ula.ve/Pdf/Revista15/Rev15Cartay.pdf>
- Castoriadis, Cornelius (1986). «El campo de lo social histórico. Estudios. filosofía-historia-letras». *Hemeroteca Virtual Anuies*. Recuperado el 8 de junio de 2012 de http://www.infoamerica.org/teoria_articulos/castoriadis02.pdf
- Chávez Frías, Hugo (2004, 13 de diciembre). «Pacto de Punto Fijo: El fin». *Rebelión* [revista digital]. Recuperado el 28 de abril de 2012 de <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=8748>

- _____. (2012, 13 de enero). «Memoria y cuenta del presidente de la República Bolivariana de Venezuela, Hugo Chávez, ante la Asamblea Nacional». *Scribd* [sitio web]. Recuperado el 2 de septiembre de 2012 de <http://es.scribd.com/doc/78467296/13-Ene-2011-Memoria-y-Cuenta-a-La-Asamblea-Nacional>
- Chazan, Guy (2011, 21 de diciembre). «Las petroleras occidentales reconfiguran el mapa energético». *La Nación. Observatorio Petrolero Sur* [noticiero digital]. Recuperado el 16 de enero de 2012 de <http://opsur.wordpress.com/2011/12/21/las-petroleras-occidentales-reconfiguran-el-mapa-energetico/>
- Church, Norman (2005, 21 de abril). «Energía, transporte y el sistema alimentario». *Rebelión* [revista digital]. Recuperado el 25 de septiembre de 2011 de <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=14163>
- CIAT, Cepak y OCDE (2012). «Estadísticas tributarias en América Latina 1990-2010». *OECD* [sitio web]. Recuperado el 17 de diciembre de 2013 de <http://www.oecd.org/ctp/tax-global/Consolidated%20LAC%20country%20notes.pdf>.
- Clarín* (2011, 29 de junio). «Dicen que Argentina, Bolivia y Chile podrían crear una “OPEP del litio”». *Clarín* [versión en línea], Buenos Aires. Recuperado el 24 de septiembre de 2012 de http://www.ieco.clarin.com/economia/Dicen-Argentina-Bolivia-Chile-OPEP_0_508149441.html
- CMA (2012, 3rd Quarter). *CMA Global Sovereign Debt. Credit Risk Report* [sitio web]. Recuperado el 26 de febrero de 2013 de http://www.cmavision.com/images/uploads/docs/CMA_Global_Sovereign_Credit_Risk_Report_Q3_2012.pdf
- Colina Rojas, Alí (2006). «El nuevo cooperativismo venezolano: una caracterización basada en estadísticas recientes». *Cayapa. Revista Venezolana de Economía Social* [versión en línea], Mérida (12). Recuperado el 8 de septiembre de 2012 de <http://www.saber.ula.ve/bitstream/123456789/18740/2/articulo1.pdf>
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) (2012). «Exportaciones de productos primarios según su participación en el total». En *Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe 2011*. Santiago de Chile: Cepal.
- Consalvi, Simón Alberto (1999, 1 de agosto). «El retorno del Ilustre Americano». *El Nacional* [versión en línea], Caracas. Recuperado en abril de 2008 de <http://www.analitica.com/Bitlibio/consalvi/aguzman.asp>

- Consejo Nacional Electoral (CNE) (s. f.). «Elecciones 1989, 1992, 1993, 1995, 1998, 1999 y 2000. Venezuela». CNE [sitio web oficial]. Recuperado el 27 de agosto de 2012 de <http://www.cne.gov.ve/web/documentos/estadisticas/e009.pdf>
- Constitución de la República Bolivariana de Venezuela (CRBV) (1999). [versión en línea] Recuperado el 30 de septiembre de 2011 de <http://www.tsj.gov.ve/legislacion/constitucion1999.htm>
- Consultores Técnicos Integrales (CTI) (1988). *Bases para el estudio del Eje Orinoco-Apure como factor de ordenación territorial*. [versión en línea]. Recuperado el 30 de enero de 2012 de http://sigot.geoportalsb.gob.ve/centro_documentacion/documentos/Proyecto_Orinoco_Apure_PROA/BASES%20PARA%20EL%20ESTUDIO%20DEL%20EJE%20ORINOCO%20APURE-COMO%20FACTOR%20DE%20ORDENACION%20TERRITORIAL%20VOL%20II%20PARTE%20II.pdf
- Contreras, Miguel Ángel (2004). «Ciudadanía, Estado y democracia en la era neoliberal: dilemas y desafíos para la sociedad venezolana». En Daniel Mato (coord.), *Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización* [versión en línea], pp. 111-132. Caracas: Faces, Universidad Central de Venezuela. Recuperado el 27 de agosto de 2012 de <http://www.globalcult.org.ve/pub/Rocky/Libro2/Contreras.pdf>
- Cooney, Daniel (2011, 27 de agosto). «Deforestation much higher in protected areas than forests run by local communities». *Portal de Desarrollo Sustentable. Cifor* [sitio web oficial]. Recuperado el 10 de febrero de 2012 de http://www.desarrollosustentable.com.ve/site/index.php?option=com_flexicontent&view=items&cid=16:opinion-y-analisis-articulos&id=661:la-deforestacion-es-mayor-en-las-areas-protegidas-que-en-las-areas-manejadas-por-comunidades&Itemid=55
- Cordiplan (1990, enero). «VIII Plan de la Nación: El Gran Viraje. Presentación al Congreso». *Scribd* [sitio web]. Recuperado el 27 de agosto de 2012 de <http://es.scribd.com/doc/55846860/VIII-Plan-de-La-Nacion-El-Gran-Viraje>
- Coronil, Fernando (2002). *El Estado mágico. Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*. Caracas: Nueva Sociedad/Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico de la Universidad Central de Venezuela.
- (2013). *El Estado mágico. Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*. Editorial Alfa: Caracas.
- Correo del Orinoco* (2010, 16 de marzo). «Venezuela proyecta explotación de Coltán al Sur del Orinoco». *Correo del Orinoco* [versión en línea], Caracas. Recuperado el 24 de septiembre de 2012 de <http://www.correodelorinoco.gob.ve/nacionales/venezuela-proyecta-explotacion-coltan-sur-orinoco/>

- D'Almeida, Kanya (2011, 22 de septiembre). «Sólo una relación causal». *IPS* [noticiero digital]. Recuperado el 5 de marzo de 2012 de <http://www.ipsnoticias.net/nota.asp?idnews=99197>
- Dávila, Luis Ricardo (1988). *El Estado y las instituciones en Venezuela (1936-1945)*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, Serie El Libro Menor.
- De Abreu, Lissy (2012, 25 de enero). «Venezuela busca incrementar en 40% producción de crudo en Faja del Orinoco» [versión en línea]. *AFP*. Recuperado el 26 de enero de 2012 de <http://www.google.com/hosted-news/afp/article/ALeqM5hfpZqljBweruS9bZqqPFn7kMQONw?docId=CNG.e070259614e597af721396cefe61bc7e.01>
- De Lisio, Antonio (2005). *La «riqueza natural» en la imagen de Venezuela. Variaciones históricas del uso político-retórico de una idea fundacional* [versión en línea]. Caracas: Faces, Universidad Central de Venezuela. Recuperado el 14 de marzo de 2012 de <http://www.globalcult.org.ve/monografias.htm>
- De Sousa Santos, Boaventura (2012, 14 de febrero). «Río+20 y la Cumbre de los Pueblos». *Rebelión* [revista digital]. Recuperado el 18 de febrero de 2012 de <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=144642>
- Del Búfalo, Enzo (2002). *El Estado nacional y economía mundial*, t. II. Caracas: Ediciones Faces, Universidad Central de Venezuela.
- Denis, Roland (2011). *Las tres repúblicas. (Retrato de una transición desde otra política)* [versión en línea]. Caracas: Ediciones Nuestramérica Rebelde. Recuperado el 12 de febrero de 2012 de <http://laguarura.net/wp-content/uploads/2012/02/LasTresRepublicas-libro.pdf>
- Deniz, Roberto (2009, 26 de marzo). «McDonald's elevó en 26% sus ventas en América Latina». *El Universal* [versión en línea], Caracas. Recuperado el 3 de marzo de 2012 de http://www.eluniversal.com/2009/03/26/eco_art_mcdonalds-elevo-en_1321050.shtml
- Di Risio, Diego (2012, 31 de enero). «Hidrocarburos no convencionales, ¿novedad o el horror potenciado?». *Oliwatch Sudamérica* [sitio web]. Recuperado el 11 de febrero de 2012 de <http://www.oilwatchsudamerica.org/documentos/3-documentos/3807-hidrocarburos-no-convencionales-inovedad-o-el-horror-potenciado.html>
- Dieterich, Heinz (2005). *Las guerras del capital*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Dirección Aló Presidente (2010, 13 de junio). «Complejo de Mejoradores José Antonio Anzoátegui». *Aló Presidente* [sitio web oficial]. Recuperado el 8 de febrero de 2012 de http://www.alopresidente.gob.ve/info/5/1777/complejo_de_mejoradores.html

- Dupuy, Crisálida (1983). *Propiedades del general J.V. Gómez, 1901-1935. Archivo histórico*. Caracas: Contraloría General de la República.
- Dussel, Enrique (2005). *Transmodernidad e interculturalidad* [versión en línea] México City: UAM-Iz. Recuperado en abril de 2009 de <http://www.afyl.org/transmodernidadeinterculturalidad.pdf>
- _____(2008). *20 tesis de política*. Caracas: Fundación Editorial El Perro y la Rana.
- Ecoportal (2013, 18 de septiembre). «En Latinoamérica se sembraron 50 millones de hectáreas de soja transgénica». *Aporrea* [blog]. Recuperado de <http://www.aporrea.org/desalambrar/n236468.html>.
- Editor EA (2012, 8 de julio). «Del Pino: sólo hay 6 millones de toneladas de coque en Jose». *Informe 21*. Recuperado el 9 de julio de 2012 de <http://informe21.com/coque/12/07/08/del-pino-solo-hay-6-millones-de-toneladas-de-coque-en-jose>
- Enciso, Angélica (2011, 8 de agosto). «Devastación, de la mano de concesiones mineras», *La Jornada*, Ciudad de México, s. p.
- EFE (2012, 15 de marzo). «Rafael Ramírez: deuda de Pdvsa está perfectamente respaldada» [versión en línea]. *El Tiempo*, Puerto la Cruz. Recuperado el 23 de marzo de 2012 de <http://eltiempo.com.ve/venezuela/industria/rafael-ramirez-deuda-de-pdvsa-esta-perfectamente-respaldada/47046>
- _____(2012, 19 de agosto). «Chávez anuncia nuevo eje industrial del Orinoco y otra compañía petrolera». *ABC.es* [noticiero digital]. Recuperado el 28 de agosto de 2012 de <http://www.abc.es/agencias/noticia.asp?noticia=1233777>.
- El Carabobeño* (2012, 6 de abril). «Venezuela podría bajar su calificación crediticia en 2 años». *El Carabobeño* [versión en línea]. Recuperado el 6 de abril de 2012 de <http://www.el-carabobeno.com/portada/articulo/31944/venezuela-podra-bajar-su-calificacin-crediticia-en-2-aos>
- El Mundo* (2013, 16 de diciembre). «Ramírez: Pdvsa paga para que los venezolanos echen gasolina». *El Mundo* [versión en línea], Caracas. Recuperado el 16 de diciembre de 2013 de <http://www.elmundo.com.ve/noticias/petroleo/pdvsa/ramirez--pdvsa-paga-para-que-los-venezolanos-echen.aspx#ixzz2nnDTVgXI>.
- El Nacional* (2012, 17 de febrero). «Pdvsa incumplió plan de contingencia para frenar derrame». *Entorno Inteligente* [noticiero digital]. Recuperado el 18 de febrero de 2012 de <http://www.entornointeligente.com/articulo/1228872/VENEZUELA-Pdvsa-incumplio-plan-de-contingencia-para-frenar-derrame>

- El Reventón* (1980, noviembre). «La Faja Petrolera del Orinoco». *Fundación Centro Gumilla* [sitio web]. Recuperado el 15 de enero de 2012 de http://gumilla.org/biblioteca/bases/biblo/texto/SIC1980429_396-398.pdf
- El Universal* (2011, 13 de noviembre). «Emitirán bono Petroorinoco para pago de pasivos». *El Universal* [versión en línea], Caracas. Recuperado el 16 de noviembre de 2011 de <http://www.eluniversal.com/economia/111113/emitiran-bono-petroorinoco-para-pago-de-pasivos>
- _____ (2012, 29 de marzo). «Chávez regresa y promete segundo plan socialista al país». *El Universal* [versión en línea], Caracas. Recuperado el 9 de abril de 2012 de <http://www.eluniversal.com/nacional-y-politica/120329/chavez-regresa-y-promete-segundo-plan-socialista-al-pais>
- _____ (2012, 14 de julio). «Chávez: Poliducto al Pacífico surtirá la demanda de países asiáticos». *El Universal* [versión en línea], Caracas. Recuperado el 19 de agosto de 2012 de <http://www.eluniversal.com/economia/120714/chavez-poliducto-al-pacifico-surtira-la-demanda-de-paises-asiaticos>
- _____ (2013, 9 de diciembre). «Vicepresidente Arreaza abre puerta a debate sobre subir precio de gasolina». *El Universal* [versión en línea], Caracas. Recuperado el 10 de diciembre de 2013 de <http://www.eluniversal.com/economia/131209/vicepresidente-arreaza-abre-puerta-a-debate-sobre-subir-precio-de-gaso>.
- Embajada de la República Bolivariana de Venezuela en los Estados Unidos de América (2008, 15 de febrero). «Arbitraje ExxonMobil contra la República Bolivariana de Venezuela». *Embajada de la República Bolivariana de Venezuela en los Estados Unidos de América* [sitio web oficial] Recuperado el 7 de febrero de 2012 de http://www.embavenez-us.org/_spanish/news.php?nid=4040
- _____ (2011, 1 de noviembre). «Presupuesto 2012 contempla entrega de recursos para financiar protección ambiental». *Embajada de la República Bolivariana de Venezuela en los Estados Unidos de América* [sitio web oficial]. Recuperado el 18 de febrero de 2013 de <http://venezuela-us.org/es/2011/11/01/presupuesto-2012-contempla-entrega-de-recursos-para-aplicacion-del-convenio-de-estocolmo/>
- Energy Information Administration (EIA), U.S. (2011, septiembre). *International Energy Outlook 2011*. *Energy Information Administration* [sitio web oficial]. Recuperado el 26 de enero de 2012 de [http://www.eia.gov/forecasts/ieo/pdf/0484\(2011\).pdf](http://www.eia.gov/forecasts/ieo/pdf/0484(2011).pdf)
- Engdahl, F. William (2012, 16 de marzo). «¿A qué se debe el gran aumento en los precios del petróleo? ¿"Pico del petróleo" o especulación en Wall

- Street?». *Rebelión* [revista digital]. Recuperado el 12 de abril de 2012 de <http://www.rebellion.org/docs/146616.pdf>
- Ernst & Young (2011). «Exploring the top 10 opportunities and risks in Canada's oilsands». *Agence canadienne d'évaluation environnementale* [sitio web oficial]. Recuperado el 12 de enero de 2014 de http://www.acee-ceaa.gc.ca/050/documents_staticpost/
- Escobar, Arturo (2007). *La invención del Tercer Mundo*. Caracas: Fundación Editorial El Perro y la Rana.
- (2012, marzo). «Post-extractivismo y pluriverso». *América Latina en Movimiento. Extractivismo: contradicciones y conflictividad* [versión en línea], (473). Recuperado el 27 de marzo de 2012 de <http://alainet.org/publica/alai473.pdf>
- Escobar Ramírez, Lina María (2011). «Los intereses geoestratégicos de Rusia, Brasil y Estados Unidos en la Cuenca Amazónica período 2004-2008». *Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario* [sitio web oficial]. Recuperado el 21 de enero de 2012 de <http://repository.urosario.edu.co/bitstream/10336/2435/17/52996192-2011.pdf>
- Europa Press* (2011, 9 de noviembre). «La AIE alerta de que el mundo se encamina a un futuro energético insostenible». *Europa Press*, [versión en línea] Londres. Recuperado el 13 de noviembre de 2011 de <http://www.europapress.es/economia/energia-00341/noticia-economia-aie-alerta-mundo-encamina-futuro-energetico-insostenible-petroleo-150-dolares-20111109170049.html>
- Fernández Durán, Ramón (2006). «El inicio del fin de la era de los combustibles fósiles. Peak oil: mercado versus geopolítica y guerra». *Viento Sur*. [sitio web] Recuperado el 7 de agosto de 2011 de <http://www.odg.cat/documents/formacio/Peak%20oil%20mercado%20versus%20geopolitica%20y%20guerra.pdf>
- Ferro, Lorena (2011, 21 de octubre). «Gustavo Duch: “Hay que ‘ruralizar’ la economía y ‘campesinizar’ el planeta”». *La Vanguardia* [noticiero digital]. Recuperado el 5 de noviembre de 2011 de <http://www.lavanguardia.com/vida/20111021/54232666817/gustavo-duch-hay-que-ruralizar-la-economia-y-campesinizar-el-planeta.html>
- Foro Alternativo Mundial del Agua (2012, 30 de marzo). «Agua, planeta y pueblos». Declaración de la sociedad civil del Foro Mundial Alternativo sobre el Agua 2012. *Portal Rio+20* [sitio web oficial]. Recuperado el 1 de abril de 2012 de <http://rio20.net/propuestas/agua-planeta-y-pueblos>.
- Foucault, Michel (1998). *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores.

- (2001). *Defender la sociedad* [versión en línea]. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. Recuperado el 11 de mayo de 2008 de <http://primeraparadoja.files.wordpress.com/2011/03/1976-defender-la-sociedad.pdf>
- Frayssinet, Fabiana (2012, febrero). «América Latina, banco de prueba para la moneda china». *IPS* [agencia de noticias]. Recuperado el 6 de marzo de 2012 de <http://www.ipsnoticias.net/nota.asp?idnews=100225>
- Gago, Verónica y Diego Sztulwark (2012, 23 de abril). «No podemos pensar en salvar el planeta si no pensamos la emancipación social». *Página 12* [versión en línea], Buenos Aires. Recuperado el 12 de julio de 2012 de <http://www.pagina12.com.ar/diario/dialogos/21-192462-2012-04-23.html>
- Gallagher, Kevin, Amos Irwin y Katherine Koleski (2013). «¿Un mejor trato? Análisis comparativo de los Préstamos chinos en América Latina». *Cuadernos de trabajo del Cechimex*, México (1), pp. 1-40.
- Gambina, Julio (2012, 20 de junio). «Resoluciones del G20 en Los Cabos, México». *Aporrea* [blog]. Recuperado el 30 de enero de 2012 de <http://www.aporrea.org/tiburon/a145448.html>
- (2012, 23 de julio). «La crisis mundial también se siente en la economía local». *América Latina en Movimiento* [sitio web]. Recuperado el 25 de julio de 2012 de <http://alainet.org/active/56688>
- Gamboa, Yaneth Saade (2011, 11 de noviembre). «Los parques nacionales son salud para todos los venezolanos». *Portal de Desarrollo Sustentable* [sitio web]. Recuperado el 10 de febrero de 2012 de http://www.desarrollosustentable.com.ve/site/index.php?option=com_flexicontent&view=items&cid=16:opinion-y-analisis-articulos&id=772:los-parques-nacionales-son-salud-para-todos-los-venezolanos-yaneth-saade-gamboa&Itemid=55
- García, Susana Isabel (s. f.). «La contaminación ambiental con bifenilos policlorados y su impacto en la salud pública». *Asociación Toxicológica Argentina* [sitio web oficial]. Recuperado el 7 de febrero de 2012 de http://www.ataonline.org.ar/bibliotecavirtual/documentos_utilies/bifenilos_policlorados.pdf
- García Larralde, Humberto (coord.) (2009, mayo-agosto). *Cuadernos del Cendes* [versión en línea], 26 (71), s. p. Recuperado el 28 de octubre de 2012 de <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/403/40311835010.pdf>
- (2009, noviembre). «Crítica del actual control de cambio en Venezuela». *Academia Nacional de Ciencias Económicas* [sitio web oficial]. Recuperado el 3 de junio de 2012 de <http://www.msinfo.info/default/ance2011/bases/biblo/texto/NE/NE.30.01.pdf>

- Garton, Timothy (2011, 3 de julio). «La crisis en Europa, una oportunidad para China». *El País* [versión en línea]. Recuperado el 18 de febrero de 2012 de http://www.ieco.clarin.com/economia/crisis-Europa-oportunidad-China_0_510549160.html
- GIZ (2013, abril). «International Fuel Prices 2012/2013». *GIZ* [sitio web oficial]. Recuperado el 17 de diciembre de 2013 de <http://www.giz.de/expertise/downloads/Fachexpertise/giz2013-en-ifp2013.pdf>
- Global Carbon Project (2013, noviembre). «Global Carbon Project 2012». *Global Carbon Project* [sitio web oficial]. Recuperado de <http://www.globalcarbonproject.org/carbonbudget>.
- Globovisión (2012, 9 de mayo). «Pdvsá ejecutará plan de desarrollo agroindustrial en la FPO 2012-2019». *Globovisión* [noticiero digital]. Recuperado el 11 de mayo de 2012 de <http://globovision.com/news.php?nid=229942>
- Gobierno Bolivariano de Venezuela (2010, septiembre). «Cumpliendo las Metas del Milenio 2010». *PNUD* [sitio web oficial]. Recuperado el 11 de septiembre de 2012 de http://www.pnud.org.ve/INFORME/OBJETIVOS_MILENIO_2010_INE.pdf
- Gómez, Noris y Nancy Pérez (2010, marzo). «Edición especial Faja Petrolífera del Orinoco». *Infogas. Asociación Venezolana de Procesadores de Gas (AVPG)*. Caracas, (17), pp. 1-9.
- Gómez Calcaño, Luis y Nelly Arenas (2001, enero-junio). «¿Modernización autoritaria o actualización del populismo? La transición política en Venezuela» [versión en línea]. *Cuestiones Políticas*, (26), pp. 85-126. Maracaibo: Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas LUZ. Recuperado el 24 de agosto de 2012 de <http://revistas.luz.edu.ve/index.php/cp/article/viewFile/4235/4101>
- González, Susana (2012, 3 de septiembre). «En este sexenio creció 53% el territorio concesionado a mineras», *La Jornada*, México, s. p.
- Grain (2012, 26 de marzo). «Grain publica conjunto de datos con más de 400 acaparamientos de tierra agrícolas a nivel mundial». *Grain* [sitio web oficial]. Recuperado el 3 de abril de 2012 de <http://www.grain.org/es/article/entries/4481-grain-publica-conjunto-de-datos-con-mas-de-400-acaparamientos-de-tierra-agricolas-a-nivel-mundial>
- Grainger, Sarah (2011, 28 de febrero). «Victims of Venezuela's Caracazo clashes reburied». *BBC News* [versión en línea], Londres. Recuperado el 28 de agosto de 2012 de <http://www.bbc.co.uk/news/world-latin-america-12593085>

- Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (2008). *Cambio Climático 2007. Informe de Síntesis*. Suecia: Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático.
- Gudynas, Eduardo (2009). «Diez tesis urgentes sobre el nuevo extractivismo». *Ambiente y desarrollo en América Latina* [sitio web oficial]. Recuperado el 21 de abril de 2012 de <http://www.ambiental.net/publicaciones/GudynasNuevoExtractivismo10Tesis09x2.pdf>
- (2012, 3 de marzo). «La izquierda marrón». *América Latina en Movimiento* [sitio web]. Recuperado el 10 de marzo de 2012 de <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=145658>
- Guerra, Alexis J. y Beatriz Ponce de Moreno (2005). *Un modelo político para la gerencia pública en Venezuela* [ebook]. Recuperado el 28 de agosto de 2012 de www.eumed.net/libros/2005/agbp/
- Guerra, José (2003, mayo). *La economía venezolana en 1999-2002: política macroeconómica y resultados* [versión en línea]. Caracas: Banco Central de Venezuela. Recuperado el 28 de agosto de 2012 de <http://www.bcv.org.ve/Upload/Publicaciones/docu46.pdf>
- Hanzlik, Edward (2009, 9 de diciembre). «Tecnologías para desarrollar yacimientos de crudo pesado». *Observatorio Petrolero Sur* [sitio web]. Recuperado el 27 de marzo de 2012 de <http://opsur.wordpress.com/2009/09/12/tecnologias-para-desarrollar-yacimientos-de-crudo-pesado/>
- Hardt, Michael y Antonio Negri (2007). *Multitud*. Caracas: Editorial Debate.
- Harvey, David (2007a). *El nuevo imperialismo*. Madrid: Ediciones Akal S.A.
- (2007b). *Breve historial del neoliberalismo* [versión en línea]. Madrid: Akal. Recuperado el 11 de junio de 2012 de <http://ebookbrowse.com/david-harvey-breve-historia-del-neoliberalismo-pdf-d304584325>
- Harvey, Fiona (2011, 31 enero). «An atlas of pollution: The world in carbon dioxide emissions». *The Guardian* [versión en línea], Londres. Recuperado el 11 de junio de 2011 de <http://www.guardian.co.uk/environment/2011/jan/31/pollution-carbon-emissions>.
- Harwich Vallenilla, Nikita (1975, 25 de mayo). «Cipriano Castro: El retorno». *Revista Resumen*, (85).
- (1990). *El positivismo venezolano y la modernidad* [versión en línea]. Madrid: Universidad de Alcalá de Henares. Recuperado el 4 de mayo de 2012 de <http://dspace.uah.es/dspace/bitstream/handle/10017/5769/E1%20Positivismo%20Venezolano%20y%20la%20Modernidad.pdf?sequence=1>

- Heinrich Böll Stiftung (2011, mayo). «Friends of the Earth Europe. Marginal Oil. What is driving oil companies dirtier and deeper?». *Heinrich Böll Foundation* [sitio web]. Recuperado el 15 de mayo de 2012 de http://www.boell.de/downloads/Marginal_Oil_Layout_13.PDF
- Hernández, Nelson (2009, diciembre). «La participación de la Faja Petrolífera del Orinoco (FPO) en la futura demanda mundial de petróleo». *CMPC Consultores, C.A* [sitio web oficial]. Recuperado el 25 de enero de 2012 de http://www.cmpc-consult.com/documentos_web/Participacion-de-FPO-en-Futura-Demanda-Mundial-de-Petroleo-AD.pdf
- _____(2009, 22 de octubre). «Evaluación económica direccional de la Faja Petrolífera del Orinoco». *Soberanía* [blog]. Recuperado el 7 de febrero de 2012 de http://www.soberania.org/Articulos/articulo_5286.htm
- _____(2012, 24 de mayo). «El precio de las energías en Venezuela». *Soberanía*. Recuperado el 28 de mayo de 2012 de http://www.soberania.org/Articulos/articulo_7308.htm
- _____(2013, 6 de marzo). «El subsidio de la gasolina en Venezuela». *Combo Noticias*. Recuperado el 17 de diciembre de 2013 de <http://www.noticiasvenezolanas.com.ve/index.php/227088/opinion-y->
- Hinkelammert, Frank (s. f.). «La inversion de los derechos humanos: el caso de John Locke». *Scribd* [sitio web]. Recuperado de <http://es.scribd.com/doc/51346239/Hinkelammert-Franz-La-Inversion-de-Los-Derechos-Humanos-John-Locke>
- Honrubia, Pedro (2010, 22 de enero). «Presente y futuro de la “teoría de la desconexión” de Samir Amin en la praxis del mundo actual: América Latina como paradigma». *Rebelión* [revista digital]. Recuperado el 20 de junio de 2012 de <http://www.rebelion.org/docs/99088.pdf>
- Hudson, Michael (2010, 4 de diciembre). «Las guerras de deuda que se avecinan en Europa». *Rebelión* [revista digital]. Recuperado el 15 de diciembre de 2010 de <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=103918&titular=las-guerras-de-deuda-que-se-avecinan-en-europa->
- II Foro Social Urbano (2012, 6 de septiembre). «Declaración del II Foro Social Urbano: Defendamos los bienes comunes por el futuro de las ciudades y de los territorios». *Habitat International Coalition* [sitio web oficial]. Recuperado el 11 de septiembre de 2012 de <http://www.hic-net.org/news.php?pid=4329>
- Iniciativa para la Integración de la Infraestructura de la Región Suramericana (IIRSA) (2012). *IIRSA* [sitio web oficial]. Recuperado el 16 de enero de 2012 de <http://www.iirsa.org/Page/Detail?menuItem=27>

- Instituto Nacional de Estadística (INE) (s. f.). *INE* [sitio web oficial]. Recuperado el 3 de febrero de 2012 de <http://www.ine.gov.ve/>
- (s. f.a). «Evolución del Índice de Desarrollo Humano en Venezuela, 1990-2010». *INE* [sitio web oficial]. Recuperado de <http://www.ine.gov.ve/documentos/Social/IndicedeDesarrolloHumano/html/EvolIDH Vzla.html>
- (s. f.b). «Población total, por área y sexo, según grupo de edad, Censo 2001». *INE* [sitio web oficial]. Recuperado de <http://www.ine.gov.ve/documentos/Demografia/CensodePoblacionyVivienda/html/PobAreaSexoGrupoEdad.html>
- (s. f.c). «Informe Geoambiental 2007. Estado Delta Amacuro». Gerencia de Estadísticas Ambientales. *INE* [sitio web oficial]. Recuperado el 3 de febrero de 2012 de http://www.ine.gov.ve/aspectosambientales/informesgeoambientales/Informe_Geoambiental_Delta_Amacuro.pdf
- (s. f.d). «Medidas de desigualdad económica, según coeficiente de GINI y quintiles de ingreso per cápita de los hogares, 1er semestre 1997-2011». *INE* [sitio web oficial]. Recuperado de http://www.ine.gov.ve/index.php?option=com_content&view=category&id=104&Itemid=45
- (s. f.e). «Pobreza por línea de ingreso, 1er semestre 1997-2do semestre 2011». *INE* [sitio web oficial]. Recuperado de http://www.ine.gov.ve/index.php?option=com_content&view=category&id=104&Itemid=45#
- (s. f.f). «Ficha Técnica de Línea de Pobreza por Ingreso». *INE*. Recuperado de http://www.ine.gov.ve/index.php?option=com_content&id=336&Itemid=45&view=article%20%20%20
- (s. f.g). «Ficha Técnica de Índice de Desarrollo Humano (IDH)». *INE*. Recuperado de http://www.ine.gov.ve/index.php?option=com_content&id=334&Itemid=41.
- (s. f.h). «Indicadores Ambientales 2010». *INE* [sitio web oficial]. Recuperado el 11 de mayo de 2012 de <http://www.ine.gov.ve/documentos/Ambiental/IndicadoresAnuales/pdf/IndicadoresAmbientales2010.pdf>
- (2012, febrero). «Situación en la fuerza de trabajo Venezuela. Encuesta de hogares por muestreo. Informe Semestral. 2º Semestre 2011 (julio-diciembre)». *INE* [sitio web oficial]. Recuperado el 5 de septiembre de 2012 de <http://www.ine.gov.ve/documentos/Social/FuerzadeTrabajo/pdf/Informesemestral.pdf>
- International Energy Agency (IEA) (2012). «World Energy Outlook 2012». *IEA* [sitio web oficial]. Recuperado el 20 de enero de 2013 de <http://www.iea.org/publications/freepublications/publication/Spanish.pdf>

- Izard, Miguel (1979). *El miedo a la revolución*. Madrid: Editorial Tecnos.
- Jalife-Rahme, Alfredo (2012, 11 de enero). «Bajo la lupa». *La Jornada* [versión en línea], Ciudad de México. Recuperado el 31 de marzo de 2011 de <http://www.jornada.unam.mx/2012/01/11/opinion/020o1pol>
- Jameson, Fredric (2005, enero). «La lógica cultural del capitalismo tardío». (Celia Montolío Nicholson y Ramón del Castillo, trads.) *Centro de Asesoría y Estudios Sociales* [sitio web oficial]. Recuperado el 10 de diciembre de 2010 de http://www.nodo50.org/caes/area_pensamiento/estetica_postmaterialismo_negri/logica_cultural_capitalismo_tardio_solo_texto.pdf
- Kant, Immanuel (2005). *Ensayos sobre la paz, el progreso y el ideal cosmopolita*. Madrid: Editorial Cátedra.
- Klare, Michael (2007, 15 de febrero). «La carrera energética mundial y sus consecuencias». *Rebelión* [revista digital]. Recuperado el 26 de junio de 2010 de <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=46665>
- (2010, 27 de junio). «Vendrán más pesadillas energéticas al estilo de BP». *Rebelión* [revista digital]. Recuperado el 13 de septiembre de 2010 de <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=108648>
- (2011, 22 de abril). «El planeta devuelve el golpe». *Observatorio Petrolero Sur* [sitio web]. Recuperado el 23 de octubre de 2011 de <http://opsur.wordpress.com/2011/04/22/el-planeta-devuelve-el-golpe/#more-22405>
- Klein, Naomi (2008). *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. Buenos Aires: Paidós.
- Konetzke, Richard (2001). *América Latina. II La época colonial*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- La Hojilla* (2010, 28 de diciembre). *Carlos Andrés Pérez CAP. Caracazo massacre neoliberal de Puntofijo en Venezuela* [video]. Recuperado el 27 de agosto de 2012 de http://www.youtube.com/watch?v=W4OTyrkxgXE&feature=watch_response
- La Prensa de Monagas* (2012, 7 de febrero). «Por 12 horas se derramó crudo en el río Guarapiche». *La Prensa de Monagas* [versión en línea]. Recuperado el 11 de febrero de 2012 de <http://www.laprensademonagas.info/Articulo.aspx?s=3&aid=77422>
- Lander, Edgardo (comp.) (2000). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. Caracas: Ediciones Faces/UCV.
- (2012, enero). *¿Un nuevo período histórico?* Foro Social Temático: Porto Alegre.
- Lang, Miriam y Dunia Mokrani (comps.) (2011). *Más allá del desarrollo*. Quito: Fundación Rosa Luxemburg/Abya Yala.

- Latouche, Serge (2004, noviembre). «¿Tendrá el Sur derecho al “Decrecimiento”?». *Le Monde Diplomatique en español* [versión en línea]. Recuperado el 29 de mayo de 2012 de <http://setmanadeute.files.wordpress.com/2009/01/tendra-el-sur-derecho-al-decrecimiento1.pdf>
- _____. (2012, 30 de marzo). «Ecofascismo o ecodeocracia». *Decrecimiento* [blog]. Recuperado el 1 de abril de 2012 de <http://www.decrecimiento.info/2012/03/ecofascismo-o-ecodemocracia.html>
- Leahy, Stephen (2012, 27 de enero). «Gas de esquisto, un puente hacia más calentamiento global». *Observatorio Petrolero Sur* [sitio web]. Recuperado el 30 de enero de 2012 de <http://www.opsur.org.ar/blog/2012/01/27/gas-de-esquisto-un-puente-hacia-mas-calentamiento-global/>
- Leff, Enrique (2006). *Aventuras de la epistemología ambiental: de la articulación de ciencias al diálogo de saberes* [versión en línea]. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores. Recuperado el 27 de septiembre de 2012 de <http://es.scribd.com/doc/32738389/Aventuras-en-La-Epistemologia-Ambiental-E-Leff>
- Ley Aprobatoria del Convenio entre la República Bolivariana de Venezuela y la Federación de Rusia sobre Cooperación Para el Desarrollo de Proyectos Estratégicos Conjuntos (2009, 23 de noviembre). *Gaceta Oficial de la República Bolivariana de Venezuela* [versión en línea]. Caracas, 23 de noviembre de 2009. Recuperado el 14 de febrero de 2012 de <http://www.hpcd.com/es/gazettes/39312.pdf>
- Ley Aprobatoria del Acuerdo entre el Gobierno de la República Bolivariana de Venezuela y el Gobierno de la República Popular China sobre Cooperación Para Financiamiento a Largo Plazo (2010, 16 de septiembre). *Gaceta Oficial de la República Bolivariana de Venezuela* [versión en línea]. Caracas, 16 de septiembre de 2010. Recuperado el 15 de febrero de 2012 de http://www.ministeriopublico.gob.ve/c/document_library/get_file?p_l_id=52151&folderId=67170&name=DLFE-2069.pdf
- Ley de Aguas (2006, 29 de diciembre). *Gaceta Oficial de la República Bolivariana de Venezuela*. [versión en línea]. Caracas, 2 de enero de 2007. Recuperado el 3 de febrero de 2012 de http://redesastre.inia.gob.ve/index2.php?option=com_docman&task=doc_view&gid=16&Itemid=28
- Ley de Pesca y Acuicultura (2008, 11 de marzo). *Gaceta Oficial de la República Bolivariana de Venezuela* [versión en línea]. Caracas, 14 de marzo de 2008. Recuperado el 18 de mayo de 2012 de [http://www.insopesca.gob.ve/files/LEY%20DE%20PESCA%20Y%20ACUICULTURA%20\(Decreto%20con%20Rango,%20Valor%20y%20Fuerza%20de%20Ley\).pdf](http://www.insopesca.gob.ve/files/LEY%20DE%20PESCA%20Y%20ACUICULTURA%20(Decreto%20con%20Rango,%20Valor%20y%20Fuerza%20de%20Ley).pdf)

- Ley Orgánica del Ambiente (2006, 22 de diciembre). *Gaceta Oficial de la República Bolivariana de Venezuela*. Caracas, 22 de diciembre de 2006.
- Ley Orgánica de los Pueblos y Comunidades Indígenas (Lopci) (2005, 8 de diciembre). *Gaceta Oficial de la República Bolivariana de Venezuela* [versión en línea]. Caracas, 27 de diciembre de 2005. Recuperado el 16 de enero de 2011 de <http://www.mes.gov.ve/documentos/marcolegal/lopqi.pdf>
- Ley Penal del Ambiente (1992, 2 de enero). *Gaceta Oficial de la República de Venezuela*. Caracas, 3 de enero de 1992. Recuperado el 29 de septiembre de 2011 de <http://www.contralorianaguanagua.gob.ve/LEYES/LeyesPenal/leyamb.pdf>
- Líneas Generales del Plan de Desarrollo Económico y Social de la Nación 2007-2013* (s. f.). [versión en línea]. Recuperado el 3 de noviembre de 2011 de <http://www.estudiospoliticos.org.ve/PLAN.pdf>
- Liu, Dong (2007). *Estudio de factibilidad de la aplicación del método de bombeo electro sumergible (BES) en el campo Bare, Faja Petrolífera del Orinoco* [versión en línea]. Informe final de curso en cooperación. Caracas: Universidad Simón Bolívar. Recuperado el 24 de enero de 2012 de <http://www.gc.usb.ve/geocoordweb/Tesis/Pre/Dong%20Liu.pdf>
- Lohman, Larry (2009). «El neoliberalismo y el mundo calculable: el ascenso del comercio del carbono». *The Corner House* [sitio web oficial]. Recuperado el 27 de abril de 2012 de http://www.thecornerhouse.org.uk/sites/thecornerhouse.org.uk/files/El_neoliberalismo_y_el_mundo_calculable.pdf
- López, Jaime (2009, 30 de septiembre). «El socialismo de la “Blackberry”». *El mundo.es* [versión en línea]. Recuperado el 24 de julio de 2012 de <http://www.elmundo.es/elmundo/2009/09/30/navegante/1254313889.html>
- López Arnal, Santiago (2012). «Entrevista a Jorge Riechmann». *Fuhem Eco-social. Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Global* [versión en línea], Madrid, (119), pp. 175-190. Recuperado el 18 de febrero de 2013 de https://www.fuhem.es/media/cdv/file/biblioteca/Entrevistas/Entrevista_Jorge_Riechmann_S_LOPEZ_ARNAL.pdf
- López Maya, Margarita (1996). *EE UIU en Venezuela: 1945-1948 (Revelaciones de los archivos estadounidenses)*. Caracas: Universidad Central de Venezuela/Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico.
- López Maya, Margarita y Dinolis Alexandra Panzarelli (2009). «Populismo, rentismo y socialismo del siglo XXI: el caso venezolano». *Wilson International Center for Scholars* [sitio web oficial]. Recuperado el 31 de

- mayo de 2012 de <http://www.wilsoncenter.org/sites/default/files/Maya-Panzarelli.pdf>
- López Maya, Margarita y Luis E. Lander (2000, enero-junio). «La popularidad de Chávez, ¿base para un proyecto popular?». *Cuestiones Políticas* [versión en línea], Maracaibo, (24), pp. 8-21. Recuperado el 27 de agosto de 2012 de <http://revistas.luz.edu.ve/index.php/cp/article/viewFile/4239/4149>
- Lovera Calanche, Luis (2012, 26 de mayo). «Proyecto de Desarrollo Agrario Abreu de Lima en Anzoátegui será culminado en febrero de 2013». *Correo del Orinoco* [versión en línea], Caracas. Recuperado el 22 de febrero de 2013 de <http://www.correodelorinoco.gob.ve/inicio/proyecto-desarrollo-agrario-abreu-lima-anzoategui-sera-culminado-febrero-2013/>
- Lucena Giraldo, Manuel (s. f.) «La conquista ilustrada de El Dorado». *El desafío de la historia*, Caracas (9), pp. 64-73.
- Lusinchi, Jaime (1984). «Papeles del Presidente, Dr. Jaime Lusinchi 1984». *Jaimelusinchi.org* [sitio web oficial]. Recuperado el 26 de agosto de 2012 de http://www.jaimelusinchi.org/pdf/Papeles_del_Presidente_1984.pdf
- Mandel, Ernest (1979). *El capitalismo tardío*. México: Ediciones Era.
- Mariátegui, José Carlos (1928). «El problema de la tierra». *Marxists Internet Archive* [sitio web]. Recuperado el 14 de agosto de 2012 de <http://www.marxists.org/espanol/mariateg/1928/7ensayos/03.htm>
- Marín, Douglas (2012). «El desarrollo de la Faja Petrolífera del Orinoco y su interacción con la producción agrícola vegetal. Retos y oportunidades». Presentación en las Jornadas Petroleras Escuela de Sociología. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Márquez Brandt, Mariela (coord.) (1982, febrero). *Esquema de Ordenamiento Territorial de la Faja Petrolífera del Orinoco. Diagnóstico: Volumen 1-A. Análisis Ambiental*. [versión en línea]. Caracas: Ministerio del Ambiente y de los Recursos Naturales Renovables. Recuperado el 30 de enero de 2012 de http://sigot.geoportalsb.gob.ve/centro_documentacion/documentos/Esquema_Ordenamiento_Faja_Petrolifera_del_Orinoco/Analisis%20Ambiental%20volumen%201A.pdf
- Martínez, Aníbal (2006, 21 de noviembre). *¿Reservas confusas?* Petroleum World [sitio web oficial]. Recuperado el 7 de febrero de 2012 de <http://www.petroleumworldve.com/guillao112106.htm>
- Marx, Karl. (s. f.). «Manuscritos económicos y filosóficos de 1844». *Marxist.org* [biblioteca en línea]. Recuperado el 8 de marzo de 2012 de <http://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/manuscritos/man1.htm#1-3>

- (1967). *El capital. Crítica de la economía política*, tomos I y II. Madrid: EDAF.
- Maza Zavala, Domingo F. (1990). «Venezuela en los años treinta». En *Los procesos económicos y su perspectiva*. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia.
- Mc Beth, Brian S. (1985, octubre-diciembre). «El impacto de las compañías petroleras en el Zulia (1922-1935)». *Tierra Firme*, III (12), pp. 1864-1887.
- Melcher, Dorothea (1995). «La industrialización de Venezuela» [versión en línea]. *Revista Economía*, Mérida (10), pp. 57-90. Recuperado en noviembre de 2009 de http://iies.faces.ula.ve/Revista/Articulos/Revista_10/Pdf/Rev10Melcher.pdf
- Méndez Amador, Edilberto (2012, 10 de enero). «La Faja Petrolífera del Orinoco: Motor económico venezolano». *Prensa Latina* [versión en línea], Caracas. Recuperado el 12 de enero de 2012 de http://www.prensa-latina.cu/index.php?option=com_content&task=view&id=466698&Itemid=1
- Mendoza Pottellá, Carlos (2008, 28 de enero). «Tendencias actuales del mercado petrolero mundial y sus repercusiones para Venezuela». *Petróleo venezolano* [blog]. Recuperado el 23 de julio de 2012 de http://petroleovenezolano.blogspot.com/2010_01_03_archive.html
- Mesa de la Unidad Democrática (MUD) (2011, noviembre). *Lineamientos del Programa de Gobierno de Unidad Nacional (2013-2019)* [versión en línea]. Recuperado el 8 de marzo de 2012 de <http://www.cuadernos.org.ve/pdf/mud.pdf>
- Meyssan, Thierry (2011, 17 de abril). «Libia y la nueva doctrina estratégica de los EE UU». *Red Voltaire* [noticiero digital]. Recuperado el 5 de mayo de 2011 de <http://www.voltairenet.org/Libia-y-la-nueva-doctrina>
- Mieres, Francisco (1979). *Crisis capitalista y crisis energética*. México D.F.: Editorial Nuestro Tiempo, S.A.
- Mijares, Augusto (1962). «Venezuela y el gobierno deliberativo (1830-1846)». En Mariano Picón Salas, Augusto Mijares, Ramón Díaz-Sánchez y otros, *Venezuela Independiente 1810-1960*. Caracas: Fundación Eugenio Mendoza.
- (2010). *El petróleo y la problemática estructural venezolana*. Caracas: Banco Central de Venezuela.
- Ministerio del Ambiente y de los Recursos Naturales Renovables (MARNR) (1982a, febrero). *Esquema de Ordenamiento territorial de la Faja Petrolífera del Orinoco. Diagnóstico: comunidades indígenas* [versión en línea]. Caracas: Ministerio del Ambiente y de los Recursos Naturales

- Renovables (MARNR). Recuperado el 1 de febrero de 2012 de http://sigot.geoportalsb.gob.ve/centro_documentacion/documentos/Esquema_Ordenamiento_Faja_Petrolifera_del_Orinoco/Comunidades%20Indegenas.pdf
- (1982b, febrero). *Esquema de Ordenamiento territorial de la Faja Petrolífera del Orinoco. Diagnóstico: Medio Físico Natural, (1)* [versión en línea]. Caracas: MARNR. Recuperado el 1 de febrero de 2012 de http://sigot.geoportalsb.gob.ve/centro_documentacion/documentos/Esquema_Ordenamiento_Faja_Petrolifera_del_Orinoco/Medio%20fisico%20natural%20volumen%201.pdf
- (1982c, febrero). *Esquema de Ordenamiento territorial de la Faja Petrolífera del Orinoco. Diagnóstico: Medio Físico Natural, (2)* [versión en línea]. Caracas: MARNR. Recuperado el 1 de febrero de 2012 de http://sigot.geoportalsb.gob.ve/centro_documentacion/documentos/Esquema_Ordenamiento_Faja_Petrolifera_del_Orinoco/Medio%20Fisico%20Natural%20volumen%202.pdf
- (1982d, febrero). *Esquema de Ordenamiento territorial de la Faja Petrolífera del Orinoco. Diagnóstico: Análisis Ambiental (1b)* [versión en línea]. Caracas: MARNR. Recuperado el 1 de febrero de 2012 de http://sigot.geoportalsb.gob.ve/centro_documentacion/documentos/Esquema_Ordenamiento_Faja_Petrolifera_del_Orinoco/Analisis%20Ambiental%20volumen%201B.pdf
- (1982e, febrero). *Esquema de Ordenamiento territorial de la Faja Petrolífera del Orinoco. Síntesis General* [versión en línea]. Caracas: MARNR. Recuperado el 3 de febrero de 2012 de http://sigot.geoportalsb.gob.ve/centro_documentacion/documentos/Esquema_Ordenamiento_Faja_Petrolifera_del_Orinoco/Sintesis%20General.pdf
- Ministerio de Planificación y Desarrollo (2001, diciembre). *Plan Nacional de Desarrollo Regional 2001-2007*. Recuperado el 18 de enero de 2011 de <http://www.mpd.gob.ve/pndr/pndr.pdf>
- Ministerio del Poder Popular para el Ambiente (MPPA), Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (Pnuma) e Instituto Forestal Latinoamericano (IFLA) (2010). *GeoVenezuela. Perspectivas del Ambiente en Venezuela*. Caracas: Pnuma, MPPA e IFLA
- Ministerio del Poder Popular para las Comunas (s. f.). «Desarrollo endógeno bolivariano». *Ministerio del Poder Popular para las Comunas* [sitio web oficial]. Recuperado el 8 de septiembre de 2012 de http://www.mp-comunas.gob.ve/publicaciones/desarrollo_endogeno.pdf

- Molina, Manuel Isidro (2013, 16 de junio). «Entrevista. Víctor Álvarez: La tragedia de Venezuela es la sobrevaluación del bolívar». *El Mundo* [versión en línea], Caracas. Recuperado el 17 de diciembre de 2013 de <http://www.elmundo.com.ve/noticias/economia/politicas-publicas/entrevista--victor-alvarez--la-tragedia-de-venezu.aspx#ixzz2nrzdG4Vn>.
- Mommer, Bernard (2010). *La cuestión petrolera*. Caracas: Fondo Editorial Darío Ramírez. Pdvsa.
- Morales Díaz, Escalyn y Silvana Navarro Pérez (2008). *Venezuela: de receptor de inmigrantes a emisor de emigrantes* [versión en línea]. Tesis de pregrado. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello. Recuperado el 19 de agosto de 2012 de <http://biblioteca2.ucab.edu.ve/anexos/biblioteca/marc/texto/AAR3515.pdf>
- Moreno Bravo, Eva (2006, diciembre). «Mujeres díscolas y maridos sumisos: la subversión del orden establecido. Conflictos maritales en Venezuela 1700-1821». *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, Caracas, 12 (3), pp. 153-164.
- Mosonyi, Esteban Emilio (2008). *El indígena venezolano en pos de su liberación definitiva*. Caracas: Fundación Editorial El Perro y la Rana.
- Munevar, Daniel (2013, 28 de febrero). «La transformación del modelo de desarrollo de China y su impacto sobre América Latina». *Comité para la Anulación de la Deuda del Tercer Mundo (Cadtm)* [sitio web oficial]. Recuperado el 11 de marzo de 2013 de <http://cadtm.org/La-transformacion-del-modelo-de-y> y <http://cadtm.org/La-transformacion-del-modelo-de-8867>
- Noticias 24* (2012, 11 de febrero). «Primarias 12F: Capriles Radonski propuso un “Autobús del Progreso” que se unió a la “Mejor Venezuela”». *Noticias 24* [noticiero digital]. Recuperado el 8 de marzo de 2012 de <http://www.noticias24.com/venezuela/noticia/89051/primarias-12f-capriles-radonski-propuso-un-autobus-del-progreso-que-se-unio-a-la-mejor-venezuela/>
- (2012, 18 de abril). «MUD acusa a Pdvsa de convertir a la Faja del Orinoco en “un verdadero pandemónium ecológico”». *Noticias 24* [noticiero digital]. Recuperado el 20 de mayo de 2012 de <http://www.noticias24.com/venezuela/noticia/108083/mud-acusa-a-pdvsa-de-convertir-a-la-faja-del-orinoco-en-un-verdadero-pandemonium-ecologico/>
- Ochoa Henríquez, Haydée y Emilio Chirinos Zárraga (2006, 3 de agosto). «Tendencias de la reforma del Estado venezolano en el gobierno de Chávez». *Revista Aportes para el Estado y la Administración Gubernamental*, 6 (14), pp. 145-158. Recuperado el 26 de mayo de 2012 de http://www.ag.org.ar/a14_11.htm

- Oficina Nacional de Crédito Público (2012, 19 de julio). «Informe Venezuela». *Oficina Nacional de Crédito Público* [sitio web oficial]. Recuperado el 26 de febrero de 2013 de <http://www.oncp.gob.ve/index.php/more-about-joomla/informe-venezuela/finish/134-07-julio/1156-informe-venezuela-19-07>
- Oilwatch (2005, 7 de marzo). «Impacto ambiental de la explotación petrolera en America Latina». *Biodiversidad en América Latina* [sitio web]. Recuperado el 27 de marzo de 2012 de <http://www.biodiversidadla.org/content/view/full/14793>
- (2007). «Conservar el crudo en el subsuelo». *Publicación Oilwatch* [sitio web]. Recuperado el 11 de enero de 2012 de http://www.amazoniaporla-vida.org/es/files/guardar_el_crudo_en_el_subsuelo.pdf
- Oilwatch Sudamérica (2011, 24 de noviembre). «La civilización petrolera sin límite». *Observatorio Petrolero Sur* [sitio web]. Recuperado el 28 de noviembre de 2011 de <http://opsur.wordpress.com/2011/11/24/la-civilizacion-petrolera-sin-limite/>
- Oliveros B., Luis (2012, 23 de abril). «Resultados de Pdvsa 2011, ¿vamos bien?». *El Universal* [versión en línea], Caracas. Recuperado el 28 de abril de 2012 de <http://www.eluniversal.com/opinion/120423/resultados-de-pdvsa-2011-vamos-bien>
- (2012, 10 de diciembre). «Nuevo Plan Siembra, ¿otro fracaso?». *El Universal* [versión en línea], Caracas. Recuperado el 11 de diciembre de 2012 de <http://www.eluniversal.com/opinion/121210/nuevo-plan-siembra-otro-fracaso>
- Organización Internacional del Trabajo (OIT) (2007). *Convenio N°169 sobre los pueblos indígenas y tribales en países independientes*. Lima: OIT.
- Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (2010, 25 de marzo). «La deforestación disminuye en el mundo, pero continúa a ritmo alarmante en muchos países». *Fao Media Centre* [sitio web oficial]. Recuperado el 18 de septiembre de 2012 de <http://www.fao.org/news/story/es/item/40893/icode/>
- Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE) (2012). «Perspectivas ambientales de la OCDE hacia 2050. Consecuencias de la inacción». *OECD.org* [sitio web oficial]. Recuperado el 22 de marzo de 2012 de <http://www.oecd.org/dataoecd/54/6/49884278.pdf>
- Organization of the Petroleum Exporting Countries (2011). *World Oil Outlook 2011*. Viena: OPEC Secretariat.
- Ostrom, Elinor (2001). «Reformulando los bienes comunes». [versión en línea] (Danny Pinedo, trad.), en J. Burger, E. Ostrom, R. Norgaard y otros (eds.),

- Protecting the Commons: a Framework for Resource Management in the Americas*. Washington, D.C.: Island Press, pp. 17-41. Recuperado el 15 de marzo de 2012 de <http://ibcperu.org/doc/isis/2807.pdf>
- Panorama (2010, 3 de septiembre). «Con Cédula del Buen Vivir se comprarán bienes de línea blanca y marrón». *Aporrea* [blog]. Recuperado el 24 de julio de 2012 de <http://www.aporrea.org/actualidad/n164710.html>
- Paullier, Juan (2011, 25 de noviembre). «¿Por qué Venezuela necesita préstamos de China para producir petróleo?». *BBC Mundo* [versión en línea], Caracas. Recuperado el 1 de diciembre de 2011 de http://www.bbc.co.uk/mundo/noticias/2011/11/111123_venezuela_pdvsa_prestamo_china_2_cch.shtml
- Pean, Pierre (1974). *Petroleo: Tercera Guerra Mundial*. Caracas: Monte Ávila Editores C.A.
- Pellicer, Luis F. (2005). *Entre el honor y la pasión*. Caracas: Fondo Editorial de Humanidades de la Universidad Central de Venezuela.
- Pérez, Carlos Andrés (1975). «Discurso del presidente de Venezuela en agosto de 1975 por la nacionalización de los hidrocarburos». *Retóricas* [sitio web]. Recuperado el 25 de agosto de 2012 de <http://www.retorigas.com/2010/07/discurso-nacionalizacion-petroleo.html>
- (1989). «*Discurso del Presidente Constitucional de la República de Venezuela, Señor Carlos Andrés Pérez, en su Toma de Posesión, el día 2 de febrero de 1989*». Archivo de fotos tomadas en Complejo Cultural Teresa Carreño. Recuperado el 27 de agosto de 2012 de <http://es-es.facebook.com/media/set/?set=a.194822967204832.42752.106194302734366&type=3>
- Pérez Alfonzo, Juan Pablo (2009). *Hundiéndonos en el excremento del diablo*. Caracas: Fundación Editorial El Perro y la Rana.
- Petras, James (2012). «El capitalismo extractivo de Evo, Cristina, Ollanta, Correa, Dilma y Chávez». *Bolpress* [noticiero digital]. Recuperado el 12 de mayo de 2012 de <http://www.bolpress.com/art.php?Cod=2012051004>
- Petróleos de Venezuela, S.A. (Pdvsa) (2005). «Concesión petrolera: concesión de soberanía». *Pdvsa* [sitio web oficial]. Recuperado el 18 de agosto de 2012 de http://www.pdvsa.com/index.php?tpl=interface.sp/design/readmenuhist.tpl.html&newsid_obj_id=100&newsid_temas=13
- (2006, marzo). «Plan Siembra Petrolera. 2006-2012». *Pdvsa* [sitio web oficial]. Recuperado el 28 de febrero de 2012 de http://www.soberania.org/Articulos/articulo_1995.htm

- _____. (2007, mayo). «Hemos enterrado 10 años de nefasta apertura petrolera». *Pdvsa* [sitio web oficial]. Recuperado el 18 de mayo de 2012 de <http://www.pdvsa.com/interface.sp/database/fichero/publicacion/1886/84.pdf>
- _____. (2009, 1 de mayo). «Dos años profundizando el Socialismo Petrolero». *Avances de la Nueva Pdvsa* [versión en línea], Caracas. Recuperado el 17 de mayo de 2012 de <http://www.pdvsa.com/interface.sp/database/fichero/publicacion/4705/530.PDF>
- _____. (2011, julio). «Balance de la gestión social y ambiental 2010». *Pdvsa* [sitio web oficial]. Recuperado el 1 de noviembre de 2011 de http://www.pdvsa.com/index.php?tpl=interface.sp/design/biblioteca/readdoc.tpl.html&newsid_obj_id=9375&newsid_temas=111
- _____. (s. f.) *Pdvsa* [sitio web oficial]. Recuperado el 2 de noviembre de 2011 de <http://www.pdvsa.com/>
- _____. (s. f.a) «Faja Petrolífera del Orinoco». *Pdvsa* [sitio web oficial]. Recuperado el 2 de noviembre de 2011 de http://www.pdvsa.com/index.php?tpl=interface.sp/design/readmenuprinc.tpl.html&newsid_temas=96
- _____. (s. f.b) «Plan Siembra Petrolera 2005-2030». *Pdvsa* [sitio web oficial]. Recuperado de http://www.pdvsa.com/index.php?tpl=interface.sp/design/readmenuprinc.tpl.html&newsid_temas=32
- _____. (2012). «Balance de la Gestión Social y Ambiental. Año 2011». *Pdvsa* [sitio web oficial]. Recuperado el 2 de septiembre de 2012 de <http://www.pdvsa.com/interface.sp/database/fichero/free/7365/1569.PDF>
- _____. (2012, enero). *Memoria Petróleos de Venezuela (Pdvsa) 2011* [versión en línea]. Caracas: Ministerio del Poder Popular de Petróleo y Minería. Recuperado el 2 de septiembre de 2012 de <http://es.scribd.com/doc/86449390/Menpet-Memoria-y-Cuenta-2011-Pdvsa-Operaciones>
- _____. (2012, 31 de diciembre). «Balance de la Deuda Financiera Consolidada». *Pdvsa* [sitio web oficial]. Recuperado el 4 de febrero de 2013 de <http://www.pdvsa.com/interface.sp/database/fichero/free/7851/1623.PDF>.
- _____. (2013). «Pdvsa ejecutó inversiones por más de 22 mil millones de dólares para nuevos proyectos». *Venezolana de Televisión* [sitio web oficial]. Recuperado el 2 de febrero de 2013 de <http://www.vtv.gob.ve/articulos/2013/01/24/pdvsa-ejecuto-inversiones-por-mas-de-22-mil-millones-de-dolares-para-nuevos-proyectos-6142.html>
- Picón Salas, Mariano (s. f.). *Los días de Cipriano Castro*. Caracas: Biblioteca Básica de Cultura Venezolana.
- Picón Salas, Mariano, Augusto Mijares, Ramón Díaz-Sánchez y otros (1962). *Venezuela Independiente 1810-1960*. Caracas: Fundación Eugenio Mendoza.

- Pierrat, Alfredo G. (2011). «Venezuela y China, paradigma de cooperación». *Prensa Latina* [versión en línea]. Recuperado el 2 de diciembre de 2011 de http://www.prensa-latina.cu/index.php?option=com_content&task=view&id=453874&Itemid=1
- Pino Iturrieta, Elías (2006). *Venezuela metida en cintura: 1900-1954*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.
- Plataforma Bndes (2011, 29 de septiembre). «El Bndes es co responsable de los conflictos en Bolivia». *Bolpress* [noticiero digital]. Recuperado el 13 de octubre de 2011 de <http://www.bolpress.com/art.php?Cod=2011092916>
- Polanco Alcántara, Tomás (1991). *Eleazar López Contreras*. Caracas: Editorial Grijalbo.
- Portillo, Lusbi (2004, abril). «ALCA/Iirsa, Plan Colombia y el Eje de Desarrollo Occidental». *Revista Mensual de Economía, Sociedad y Cultura*. Recuperado el 17 de enero de 2011 de <http://rcci.net/globalizacion/2004/fg426.htm>
- _____(2004, 17 de octubre). «Venezuela perderá su soberanía en los proyectos de la Iirsa». *Aporrea* [blog]. Recuperado el 17 de enero de 2011 de <http://www.aporrea.org/tiburon/n51606.html>
- Prensa Latina* (2011, 7 de febrero). «Venezuela - Tema ambiental prioridad para Petróleos de Venezuela, afirma ministro». *Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (Pnuma)* [sitio web oficial]. Recuperado el 2 de febrero de 2012 de <http://www.pnuma.org/informacion/noticias/2011-02/07/>.
- Programa Democracia y Transformación Global (2011, 19 de diciembre). «Cartografía colectiva de las luchas de los movimientos y las problemáticas sociales y ambientales». *América Latina Rebelde. Netwar y Movimientos antisistémicos* [sitio web]. Recuperado el 19 diciembre de 2011 de <http://forajidosdelanetwar.blogspot.com/2011/12/cartografia-colectiva-de-las-luchas-de.html>
- Propuesta del Candidato de la Patria Comandante Hugo Chávez para la gestión Bolivariana Socialista 2013-2019* (2012, 11 de junio). Recuperado el 13 de junio de 2012 de <http://www.chavez.org.ve/Programa-Patria-2013-2019.pdf>
- Quijano, Anibal (2000). *Colonialidad del poder, globalización y democracia*. Lima: Clacso. Recuperado en septiembre de 2009 de <http://www.rrojas-databank.info/pfpc/quijan02.pdf>
- Quintero, Rodolfo (1976). *Antropología del petróleo*. Necaxa, México: Siglo Veintiuno Editores.

- (1985). *La cultura del petróleo* [versión en línea]. Caracas: Universidad Central de Venezuela. Recuperado el 28 de julio de 2013 de <http://es.scribd.com/doc/23856528/La-cultura-del-petroleo-de-Rodolfo-Quintero-1985>
- Rabilotta, Alberto (2011, 16 de noviembre). «El Nuevo Orden del capital financiero». *América Latina en Movimiento* [sitio web]. Recuperado el 26 de noviembre de 2011 de <http://alainet.org/active/50913>
- Ramírez, Rafael (2012, 17 de abril). «Presentación de Gestión y Resultados de Pdvsa durante el año 2011». *Pdvsa* [sitio web oficial]. Caracas. Recuperado el 2 de septiembre de 2012 de http://www.pdvsa.com/index.php?tpl=interface.sp/design/biblioteca/readdoc.tpl.html&newsid_obj_id=10022&newsid_temas=110
- Rangel, Domingo Alberto (1968). *El proceso del capitalismo contemporáneo en Venezuela*. Caracas: Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela.
- (1971). *La oligarquía del dinero*. Caracas: Fuentes.
- (1980). *Los andinos al poder*. Valencia: Vadell Hermanos Editores.
- Reinoza, Almaris (2010). *Diseño de un Centro Industrial de Servicios (CIS) petroleros, en el área Junín de la Faja Petrolífera del Orinoco (FPO). Venezuela* [versión en línea]. Tesis de pregrado. Ciudad Guayana: Universidad Nacional Experimental Politécnica Antonio José de Sucre. Recuperado el 25 de febrero de 2013 de <http://www.monografias.com/trabajos-pdf4/disenio-centro-industrial-servicios-petroleros-junin-fpo/disenio-centro-industrial-servicios-petroleros-junin-fpo.pdf>
- Resumen* (1975, 25 de mayo), (85).
- Rey González, Juan (s. f.). «Dorados andinos. Un indio, un país y una laguna». *El desafío de la historia*, Caracas, (9), pp. 38-45.
- Ria Novosti* (2013, 18 de enero). «China registra la tasa de crecimiento más baja de los últimos 13 años». *Ria Novosti* [noticiero digital]. Recuperado el 27 de febrero de 2013 de <http://sp.rian.ru/economy/20130118/156189378.html>
- Ribeiro, Silvia (2007). «La locura de los agrocombustibles». *Rebelión* [revista digital]. Recuperado en enero de 2010 de <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=53953>
- Rodríguez, Deivis (2013, 12 de agosto). «Costo de producción de un barril subió 211% en 10 años». *Panorama* [versión en línea], Maracaibo. Recuperado el 20 de septiembre de 2013 de <http://www.panorama.com.ve/portal/app/push/noticia77496.php>

- Rodríguez, Guadalupe (2012). «El mentado crecimiento, nuestro consumismo, la crisis y la minería a gran escala. No a la mina, sí a la vida». *Ecoportal* [sitio web oficial]. Recuperado el 24 de marzo de 2012 de http://www.ecoportall.net/Temas_Especiales/Mineria/El_mentado_crecimiento_nuestro_consumismo_la_crisis_y_la_mineria_a_gran_escala_No_a_la_mina_si_a_la_vida
- Rodulfo Cortes, Santos (comp.) (1966) *Antología documental de Venezuela 1492-1900*. Caracas.
- Rojas Jiménez, Andrés (2011, 28 de septiembre). «Entrevista a Aníbal Martínez: “No tenemos las reservas probadas de petróleo más grandes del mundo”». *El Nacional* [versión en línea], Caracas. Recuperado el 29 de septiembre de 2011 de http://www.soberania.org/Articulos/articulo_6731.htm
- (2012, 5 de mayo). «Pdvsas deja de cobrar diariamente un millón de barriles diarios». *El Nacional* [versión en línea], Caracas. Recuperado el 7 de mayo de 2012 de <http://www.el-nacional.com/noticia/33754/18/Pdvsas-deja-de-cobrar-diariamente-un-millon-de-barriles-diarios.html>
- Romero, José Luis (2010). *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Rosales, Antulio (2012). *Revisitando el desarrollo. Construyendo nuevos vínculos: El Banco del Sur y el SUCRE*. Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos.
- Ryggvik, Helge (2010). «The Norwegian Oil Experience: A toolbox for managing resources?». *Center for Technology, Innovation and Culture* [sitio web oficial]. Recuperado de <http://www.sv.uio.no/tik/forskning/publikasjoner/tik-artikkelserie/Ryggvik>.
- Sachs, Wolfgang (ed.) (1996). *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*. Perú: Pratec.
- Salas, Roy (2011, 25 de julio). «Nuevas tecnologías podrían incrementar reservas petroleras de Venezuela». *Correo del Orinoco* [versión en línea], Caracas. Recuperado el 25 de febrero de 2013 de <http://www.correodelorinoco.gob.ve/impacto/nuevas-tecnologias-podrian-incrementar-reservas-petroleras-venezuela/>
- Salmerón, Víctor (2007, 21 de octubre). «El petroestado amenaza con devorar al sueño socialista». *El Universal* [versión en línea], Caracas. Recuperado el 20 de mayo de 2012 de http://www.eluniversal.com/2007/10/21/eco_art_el-petroestado-amena_547315.shtml
- (2012, 12 de febrero). «El reto será elaborar un plan que entierre el modelo rentista». *El Universal* [versión en línea], Caracas. Recuperado el 3 de noviembre

- de 2011 de <http://www.eluniversal.com/nacional-y-politica/120212/el-reto-sera-elaborar-un-plan-que-entierre-el-modelo-rentista>
- (2012, 21 de febrero). «Socialismo rentista y deuda cohete». *El Universal* [versión en línea], Caracas. Recuperado el 21 de diciembre de 2012 de <http://tiempolibre.eluniversal.com/opinion/120221/socialismo-rentista-y-deuda-cohete>
- Sampson, Anthony (1975). *Las siete hermanas*. México: Grijalbo.
- Sangronis Padrón, Joel (2011). «Suramérica en la geopolítica energética mundial». *Soberania* [noticiero digital]. Recuperado el 12 de enero de 2012 de http://www.soberania.org/Articulos/articulo_6144.htm
- Sena-Fobomade (2010). «Nueva receta del “desarrollo” del Banco Mundial: Explotar recursos naturales, exportar materias primas y acumular renta». *Fobomade* [sitio web oficial]. Recuperado el 24 de marzo de 2012 de <http://fobomade.org.bo/bsena/?p=1018>
- (2012, 21 de febrero). «Brasil toma el Consejo de Infraestructura de Unasur y relanza la lirsa». *Fobomad* [sitio web oficial] e. Recuperado el 27 de febrero de 2012 de <http://www.fobomade.org.bo/art-1589>
- Seoane, José, Emilio Taddei y Clara Algranti (2013). *Extractivismo, despojo y crisis climática*. Editorial El Colectivo y GEAL: Argentina.
- Severeyn V., Héctor, José Delgado, Antonio Godoy y otros (2003). «Efecto del derrame de petróleo del buque Nissos Amorgos sobre la fauna macro invertebrada bentónica del golfo de Venezuela: cinco años después» [versión en línea]. *Ecotrópicos*, Mérida, 16 (2), pp. 83-90. Recuperado el 16 de febrero de 2012 de <http://www.saber.ula.ve/bitstream/123456789/25565/2/articulo4.pdf>.
- Sinue Vargas, José (2011, 21 de junio). «Venezuela encabeza el consumo per cápita de electricidad en Latinoamérica». *Correo del Orinoco* [versión en línea], Caracas. Recuperado el 12 de septiembre de 2012 de <http://www.correodelorinoco.gob.ve/energia/venezuela-encabeza-consumo-per-capita-electricidad-latinoamerica/>
- Sistema Venezolano de Información sobre Diversidad Biológica (s. f.). «Mesa de Guanipa». *Sistema Venezolano de Información sobre Diversidad Biológica* [sitio web oficial]. Recuperado el 19 de febrero de 2013 de <http://diversidadbiologica.info.ve/diversidadbiologica.php?seccion=2&target=detailed&category=07-ACPT&subcategory=ACPT0001>
- Smith, Adam (2009, 20 de octubre). «¿Teoría económica, ciencia política, teoría social? Lo que yo hago podría llamarse economía política o estudio de los dilemas sociales. Entrevista a Elinor Ostrom, premio Nobel de

- Economía». *Rebelión* [revista digital]. Recuperado el 18 de febrero de 2012 de <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=93538>
- Stiglitz, Joseph (2009, 12 de septiembre). «Fetichismo del PIB». *El Espectador* [versión en línea], Bogotá. Recuperado el 22 de mayo de 2012 de <http://www.elespectador.com/columna161000-fetichismo-del-pib>
- Subcomandante Insurgente Marcos (2001, 23 de octubre). «La cuarta guerra mundial». *La Jornada* [versión en línea], Ciudad de México. Recuperado en 2008 de <http://davidvelasco.files.wordpress.com/2008/11/marcos4taguerramundial.pdf>
- Sullivan, William (1976). «Situación económica y política durante el período de Juan Vicente Gómez. 1908-1935». En *Política y economía en Venezuela 1810-1976*. Caracas: Fundación John Boulton.
- Svampa, Maristella (2012, marzo). «Consenso de los *commodities* y megaminería». *América Latina en Movimiento. Extractivismo: contradicciones y conflictividad* [versión en línea], Quito, (473), pp. 5-8. Recuperado el 27 de marzo de 2012 de <http://alainet.org/publica/alai473.pdf>
- Tamayo, Eduardo (2009, 12 de enero). «Gobiernos progresistas y movimientos ambientalistas». *América Latina en Movimiento* [sitio web]. Recuperado el 22 de abril de 2012 de <http://alainet.org/active/38206>
- Terán Mantovani, Emiliano (2010, 7 de mayo). «“Independencia” y colonialidad del poder. Un debate teórico, político y epistemológico a propósito del Bicentenario». *Sociologando* [blog]. Recuperado el 13 de agosto de 2012 de <http://www.sociologando.org.ve/pag/index.php?id=33&idn=299>
- (2011, 13 de marzo). «Una visión a largo plazo de la Crisis económica-financiera de 2008: perspectivas históricas, teóricas y políticas (I)». *Sociologando* [blog]. Recuperado el 13 de marzo de 2011 de <http://www.sociologando.org.ve/pag/index.php?id=33&idn=342>
- (2011, 6 de junio). «Identidad y revolución en Venezuela: el concepto de “pueblo” en Hugo Chávez». *Netwar y Movimientos Antisistémicos* [blog]. Recuperado el 6 de junio de 2011 de <http://forajidosdelanetwar.blogspot.com/2011/06/identidad-y-revolucion-en-venezuela-el.html>
- (2011, 4 de julio). «El Spinoza de Negri: apropiación para una ontología anarquista». *Sociologando* [blog]. Recuperado el 4 de julio de 2011 de <http://www.sociologando.org.ve/pag/index.php?id=33&idn=348>
- (2012, 14 de febrero). «Venezuela. El desastre de Guarapiche nos habla: ¿La Faja del Orinoco? ¡No! Eso no es ningún desarrollo». *Kaos en la Red* [sitio web]. Recuperado el 14 de febrero de 2012 de <http://www.kaosenlared.net/america-latina/item/7791-venezuela-el-desastre-de>

guarapiche-nos-habla-%C2%BFa-faja-del-orinoco?-no-eso-no-es-ning%C3%BA-desarrollo.html

Terzian, Pierre (1988). *La increíble historia de la OPEP*. Miami: Macrobit Corporation.

The World Bank (2012). «Turn Down the Heat: Why a 4°C Warmer World Must Be Avoided. A Report for the World Bank by the Potsdam Institute for Climate Impact Research and Climate Analytics». *The World Bank* [sitio web oficial]. Recuperado el 21 de noviembre de 2012 de http://climatechange.worldbank.org/sites/default/files/Turn_Down_the_heat_Why_a_4_degree_centrigrade_warmer_world_must_be_avoided.pdf

Tibaldi, Susana (2012, 15 de febrero). «Pobreza y cambio climático tienen un solo camino posible de salida: encontrar un nuevo paradigma». *Portal Rio+20* [sitio web oficial]. Recuperado el 20 de febrero de 2012 de <http://rio20.net/documentos/pobreza-y-cambio-climatico-tienen-un-solo-camino-posible-de-salida-encontrar-un-nuevo-paradigma>

Tierra Firme (1985, octubre-diciembre). «Venezuela bajo el gomecismo», III, (12).

Total (2011). «Inauguration of Pazflor, Angola's latest deepwater giant Development». *Technology and Business Petroleum* [sitio web oficial]. Recuperado el 1 de diciembre de 2011 de <http://www.tbpetroleum.com.br/news/see/id/19966/titulo/Inauguration+of+Pazflor,+Angola%E2%80%99s+latest+deepwater+giant+development>

Tovar, Ernesto (2011, 9 de diciembre). «\$11 millardos en créditos suma Pdvsa durante 2011». *El Universal* [versión en línea], Caracas. Recuperado el 30 de diciembre de 2011 de <http://www.eluniversal.com/economia/111209/11-millardos-en-creditos-suma-pdvsa-durante-2011>

____ (2012, 25 de febrero). «China entra al área minera para extraer oro en Las Cristinas». *El Universal* [versión en línea], Caracas. Recuperado el 6 de septiembre de 2012 de <http://www.eluniversal.com/economia/120225/china-entra-al-area-minera-para-extraer-oro-en-las-cristinas>

____ (2012, 6 de septiembre). «Prevén que en 8 meses habrán desalojado patios de coque en Jose». *El Universal* [versión en línea], Caracas. Recuperado el 17 de septiembre de 2012 de <http://www.eluniversal.com/economia/120906/preven-que-en-8-meses-habran-desalojado-patios-de-coque-en-jose>

____ (2012, 8 de noviembre). «Ventas de crudo del Fondo Chino suman \$41,5 millardos». *El Universal* [versión en línea], Caracas. Recuperado el 26

- de febrero de 2013 de <http://www.eluniversal.com/economia/121108/ventas-de-crudo-del-fondo-chino-suman-415-millardos>
- (2012, 11 de diciembre). «Pdvsá logrará 12% de la meta de producción temprana en la Faja». *El Universal* [versión en línea], Caracas. Recuperado el 15 de diciembre de 2012 de <http://www.eluniversal.com/economia/121211/pdvsá-logrará-12-de-la-meta-de-producción-temprana-en-la-faja>
- Trómpiz Valles, Humberto (2011, 2 de enero). «Revolución Bolivariana y acumulación originaria en la Venezuela petrolera». *Aporrea* [blog]. Recuperado el 8 de enero de 2011 de <http://www.aporrea.org/imprime/a114922.html>
- (2011, 6 de enero). «Gumersindo Torres y la siembra del petróleo en Venezuela». *Aporrea* [blog]. Recuperado el 24 de septiembre de 2013 de <http://www.aporrea.org/actualidad/a115152.html>
- Trómpiz Valles, Humberto y Escuela Socialista de Coro (2013, 2 de noviembre). «Pedro Manuel Arcaya y los orígenes del rentismo petrolero venezolano». *Rebelión* [revista digital]. Recuperado el 3 de noviembre de 2013 de <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=176294>
- Unceta Satrústegui, Koldo (2009, abril). «Desarrollo, subdesarrollo, maldesarrollo y postdesarrollo. Una mirada transdisciplinar sobre el debate y sus implicaciones». *Carta Latinoamericana. Contribuciones en Desarrollo y Sociedad en América Latina* [versión en línea], Montevideo, (7), pp. 1-34. Recuperado el 29 de mayo de 2012 de <http://pdf2.hegoa.efaber.net/entry/content/455/CartaLatinoAmericana07Unceta09-1.pdf>
- UPI (2007, 6 de marzo). «Report: Oil sands costs up 55 percent». *Energy Resources* [sitio web oficial]. Recuperado el 24 de febrero de 2013 de http://www.upi.com/Business_News/Energy-Resources/2007/03/06/Report-Oil-sands-costs-up-55-percent/UPI-66341173200112/
- Uzcátegui, Rafael (2010). *Venezuela: La revolución como espectáculo. Una crítica anarquista al gobierno bolivariano*. Caracas-Madrid-Tenerife-Buenos Aires: El Libertario/Editorial La Cucaracha Ilustrada/LaMalatesta Editorial/Tierra de Fuego/Libros de Anarres.
- Vallenilla Lanz, Laureano (1952). *Cesarismo democrático*. Caracas: Tipografía Garrido.
- Vía Campesina* (2004, 23 de abril). «Vía Campesina respalda el proceso bolivariano de Venezuela». *Rebelión* [revista digital]. Recuperado el 20 de febrero de 2013 de <http://www.rebelion.org/hemeroteca/ecologia/040423via.htm>

- Vitale, Luis (2002, enero). *Contribución al Bicentenario de la Revolución por la Independencia de Venezuela* [versión en línea]. Santiago de Chile: Universidad de Chile. Recuperado en enero de 2002 de http://mazingger.sisib.uchile.cl/repositorio/lb/filosofia_y_humanidades/vitale/obras/sys/aaml/i.pdf
- Vivas, Fabricio (1991). *Los tres primeros siglos de Venezuela 1498-1810*. Caracas: Editorial Fundación Eugenio Mendoza.
- (1993). *Los grandes períodos y temas de la historia de Venezuela (v Centenario)*. Caracas: Instituto de Estudios Hispanoamericanos de la Universidad Central de Venezuela.
- Wallerstein, Immanuel (1995). *La reestructuración capitalista y el sistema-mundo* [versión en línea]. Conferencia magistral en el xx° Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, México, 2 al 6 de octubre de 1995. Recuperado el 23 de julio de 2012 de <http://www.uruguaypiensa.org.uy/imgnoticias/605.pdf>
- (1997). «Ecología y costes de producción capitalistas: no hay salida». *Aporrea* [blog]. Recuperado el 14 de mayo de 2012 de <http://www.aporrea.org/internacionales/a142622.html>
- (2004). *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos*. Madrid: Akal Ediciones.
- (2007). «El racismo: nuestro albatros». En *La decadencia del imperio*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Wexell Severo, Luciano (2009). *Economía venezolana (1899-2008)*. Caracas: Fundación Editorial El Perro y la Rana.
- World Wildlife Fund (WWF), Zoological Society of London (ZSL) y Global Footprint Network (GFN) (2008). *Informe Planeta Vivo 2008*. Recuperado el 10 de octubre de 2010 de http://assets.wwf.es/downloads/informe_planeta_vivo_2008.pdf
- (2010). *Informe Planeta Vivo 2010*. Recuperado el 5 de septiembre de 2012 de <http://awsassets.wwf.es/downloads/infoplanetavivo2010.pdf>
- YVKE Mundial y Prensa Pdvs (2013, 26 de enero). «Pdvs: Complejo Industrial José Antonio Anzoátegui opera con total normalidad». *Pdvs* [sitio web oficial]. Recuperado el 22 de febrero de 2013 de <http://www.radiomundial.com.ve/article/pdvs-complejo-industrial-jos%C3%A9-antonio-anzo%C3%A1tegui-opera-con-total-normalidad>
- Zibechi, Raúl (2008). «Nueva encrucijada para los movimientos latinoamericanos». En Ricardo Martínez Martínez (comp.), *Los movimientos sociales del siglo XXI*. Caracas: Fundación Editorial El Perro y la Rana.

- (2011, 21 de junio). *Extractivismo, segunda fase del neoliberalismo*. Conferencia dada en el Encuentro de los Pueblos del Abya Yala por el Agua y la Pachamama. Cuenca, Ecuador. Recuperado el 8 de julio de 2012 de http://www.inredh.org/index.php?option=com_content&view=article&id=413:raul-zibechi-extractivismos-segunda-fase-del-neoliberalismo&catid=73:ddhh-ecuador&Itemid=144
- (2011, 3 de diciembre). «La silenciosa revolución suramericana». *Darío Vive*. Recuperado el 5 de diciembre de 12/2011 de <http://www.dariovive.org/?p=2329>
- (2012, 4 de mayo). «¿Será América Latina el nuevo Medio Oriente?». *La Jornada* [versión en línea], México. Recuperado el 14 de mayo de 2012 de <http://www.jornada.unam.mx/2012/05/04/opinion/022a1pol>

Índice

Presentación	11
Prólogo	25
Capítulo 1	
La geografía política del desarrollo: crisis sistémica, neoliberalismo y límites del planeta	31
Crisis civilizatoria en el moderno sistema-mundo capitalista: neoliberalismo, acumulación por desposesión y multipolaridad	31
Petróleo y globalización neoliberal: límites del planeta, crisis energética y guerra global por los recursos	45
América Latina y Venezuela: panoramas de crisis y contradicciones en el juego geopolítico de la acumulación por desposesión	61
Capítulo 2	
Historia decolonial del desarrollo en Venezuela: discurso, soberanía y control de la naturaleza	71
La promesa de “El Dorado” y la constitución de la soberanía y el espacio colonial: de la Conquista a los procesos preindependentistas (1492-1810)	73
“Soberanía nacional”. Ilustración y regionalización: de la “Independencia” hasta la Revolución de Abril de Antonio Guzmán Blanco (1810-1870)	83
Modernización, civilización y formación del petro-Estado nación venezolano: desde Guzmán Blanco hasta el fin de la dictadura de Gómez (1870-1935)	93

Petro-Estado interventor, desarrollo y “pueblo”:
de López Contreras al derrocamiento de Pérez Jiménez
(1936-1958) 109

Populismo pecuniario, desarrollo petrolero y dependencia:
del pacto de Punto Fijo hasta los primeros años de la
nacionalización petrolera (1958-1978) 127

Crisis del petro-Estado, globalización neoliberal y resurrección
del nacionalismo: del gobierno de Luis Herrera Campins hasta
la llegada de la “Revolución Bolivariana” (1979-1999/2000) 141

Capítulo 3

**El renacer del petro-Estado desarrollista
y el sueño bolivariano de la «potencia energética
mundial»: el neoextractivismo y los dilemas de la
Revolución Bolivariana** 157

La “Siembra Petrolera” y la industrialización:
una alegoría del desarrollo 166

El llamado “desarrollo endógeno”:
¿Estado comunal o petro-Estado corporativo? 179

El llamado “desarrollo sustentable”:
la cara “ecológica” del extractivismo 189

Pobreza y “desarrollo”: ¿de qué pobreza y de qué “riqueza”
estamos hablando? 197

La geopolítica y el desarrollo: territorio, nación e Imperio 208

Capítulo 4

**El futuro y la Faja Petrolífera del Orinoco:
un acercamiento a los peligros de nuestro
Nuevo Dorado** 221

Naturaleza, bienes comunes y territorio: ¿“daños colaterales”
o peligro de ecocidio en la faja del Orinoco? 227

Capital financiero y desarrollo: rasgos visibles
del nuevo imperialismo en el proyecto de la faja del Orinoco 243

Capítulo 5

Alternativas al desarrollo. Tendiendo puentes hacia una biocivilización pospetrolera, poscapitalista y con soberanía territorial

257

La construcción de una hegemonía y revolución cultural hacia una biocivilización más allá de la cultura del petróleo

264

La soberanía popular-territorial y el autogobierno de los bienes comunes

271

La vía institucional-gubernamental y la puesta en marcha de transiciones concretas hacia el posextractivismo

280

*El fantasma de la Gran Venezuela: Un estudio del mito del desarrollo
y los dilemas del petro-Estado en la Revolución Bolivariana*

se terminó de imprimir en el mes de julio de 2014
en los talleres de la Fundación Imprenta de la Cultura,
Caracas, Venezuela.

En su diseño impreso en papel alternative de 59 gr.

Tiraje de 1.000 ejemplares.

